

Juan Miguel Aguilera

Sindbad

en el País del Sueño



Lectulandia

Sindbad es el intrépido capitán de El Viajero, una nave mercante ahora atracada en el puerto de Basora tras una larga travesía, donde descubre a un polizón escondido en la bodega. Se trata de Radi, un joven perseguido por unos extranjeros que han asesinado a su hermano y que buscan un misterioso libro que obra en su poder. Tras una breve duda, Sindbad decide finalmente ayudarlo y satisfacer su instinto aventurero, que tanta fortuna le ha reportado.

Así comienza una fantástica epopeya hacia el remoto País del Sueño que transcurre por territorios tan exóticos como Basora, Bagdad, la isla de Zanzíbar, el río Pangani y la Tierra de los Negros. En su camino afrontarán todo tipo de peligros, enemigos, criaturas fantásticas, descubrirán ciudades perdidas, reinos ocultos y un interminable etcétera de maravillas hasta llegar a la ciudad de Salomón, que alberga el mayor tesoro de todos los tiempos y donde tendrá lugar un enfrentamiento épico que dirimirá el mismísimo destino de la humanidad.

Lectulandia

Juan Miguel Aguilera

Sindbad en el País del Sueño

ePub r1.0
epublector 01.04.14

Título original: *Sindbad en el País del Sueño*
Juan Miguel Aguilera, 2014

Editor digital: epublector
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*Para Ray Harryhausen,
maestro y señor del sentido de la maravilla*

¡El enjambre de djinns pasa,
aullando en un torbellino!
Los tejos que desgarran su vuelo
crepitan como pinos en llamas.

Su falange, compacta y veloz,
volando por el cielo vacío,
parece una nube pálida
orlada de relámpagos.

**VICTOR HUGO,
«Los Djinns»**

1

Has de saber —pero Alá es más sabio, más prudente, más poderoso y más bondadoso — que en los años del califa Harún al-Rashid la ciudad de Basora era el santuario de los intrépidos navegantes del océano Índico. Sus innumerables torres cubiertas de azulejos, trozos de vidrio y cristal de roca brillaban al ser alcanzadas por los rayos del sol y atraían con sus destellos a los barcos que cruzaban frente a la costa, prometiéndoles ricos mercados para sus productos y evitando así que remontasen el río Tigris hacia Bagdad.

Porque Basora era la puerta al mar del califato y cada tarde se congregaban en sus puestos naves de todas las formas y tamaños: lanchas estrechas, semejantes a galeras impulsadas por varios remeros, gráciles dhows de velas triangulares que venían de puertos lejanos, gordos baghlahs para el transporte de esclavos, jihaazis y sambuks de popa cuadrada, creando entre todos el espectáculo abigarrado de un bosque de mástiles recortándose contra el cielo. De cada una de sus bodegas surgían sacos con mercancías valiosas, balas de lana aprisionada entre zunchos de cuerda, barriles y cajones que los estibadores iban apilando en los muelles.

* * *

El capitán Sindbad comía distraídamente una manzana bajo la sombra del palo mayor de su nave. *El Viajero* era un dhow de dos mástiles construido enteramente con teca de la India. Su casco afilado estaba pintado de brillante color azul celeste, sus cuadernas eran fuertes, a semejanza de las costillas en el pecho de un toro, y se alineaban con precisión formando una cintura abombada. Como tantos otros barcos llegados de todos los rincones del océano Índico, fondeaba en Basora para descargar las mercancías conseguidas durante la temporada del monzón. Perlas de Omán y piedras preciosas de Nepal, maderas de sándalo, resinas aromáticas como el incienso

del Zufar y la mirra, la savia del árbol de la sangre de la isla de Socotra, el ámbar gris, el clavo, la canela, el áloe y el marfil.

Los monzones soplaban en invierno del nordeste hacia el sudoeste, en verano los vientos se invertían y soplaban del sudoeste al nordeste. Durante siglos, intrépidos marinos como Sindbad habían dominado el comercio en aquel rincón del mundo. Gracias a su profundo conocimiento de los vientos estacionales, aprovechando el impulso de los monzones, viajaban a voluntad por todo el océano Índico. Así se habían abierto nuevas rutas por Persia, India, China y toda la costa este africana hasta Madagascar. Ningún otro pueblo podía rivalizar en el arte de la navegación con los hijos de Mahoma y sus estilizados dhows de grandes velas triangulares.

Sindbad entornó los ojos y escuchó los gritos de las gaviotas. Disfrutó de ese instante de calma. La brisa de la tarde era demasiado cálida y traía el aroma de las especias mezclado con el salitre y el pescado seco, pero durante unos minutos el silencio y la quietud fueron casi perfectos. A sus treinta años había aprendido a valorar esos momentos. Las preocupaciones parecían diluirse en el rumor de las olas que golpeaban suavemente contra las rocas del malecón, a lo lejos relucían penachos de espuma dejados por el incesante paso de las naves.

Por ese año había completado su ruta, ahora tan sólo le quedaba distribuir las mercancías, obtener el mejor precio por ellas y descansar en su casa a la espera de que llegara la próxima temporada de monzones. Un ritual que se repetía año tras año.

La vida en el mar era muy dura, aunque también era tan seductora como una puta pintada de alheña, solían decir los marinos. Su propia historia estaba plagada de altibajos, épocas en las que había sido indeciblemente rico y otras en las que había tenido que pedir para comer. «Es la vida», solía decir, «la marea nos arrastra y nunca controlamos nuestro destino, pero merece la pena saborear sus partes amargas tanto como las dulces».

Era consciente de que tarde o temprano llegaría el día de retirarse. En realidad, ya lo había intentado en varias ocasiones, pero siempre volvía al mar.

* * *

De repente, mientras seguía perdido en estos pensamientos, estalló un revuelo en los muelles. Entre exclamaciones de asombro, la gente que se hallaba en el puerto corrió para asomarse a cualquier sitio desde el que se pudiera divisar mejor lo que fuese que llegaba del mar. Muchos señalaban con sus manos hacia lo lejos.

¿*Qué está pasando?*, se preguntó Sindbad mientras arrojaba la fruta al agua y se ponía de pie para otear también en la dirección que indicaban.

—¡Allí, allí! —gritaban unos estibadores—. ¡Mirad allí!

Todos señalaban la entrada del puerto. Era la hora mágica y la luz tenía un ángulo que dificultaba la visión. Hizo visera con la mano y consiguió distinguir dos naves panzudas y destartaladas. Pese a su peculiar diseño, los parapetos defensivos y las tablas de abordaje no dejaban lugar a dudas de que se trataba de sendos barcos de guerra, quizá de algún país extranjero. No eran juncos chinos, así que quizá provenían del occidente cristiano. Lo cierto era que las dos llevaban el emblema verde del califa ondeando en sus cofas, por lo que supuso que debía de tratarse de mercenarios al servicio de Bagdad. En sus cubiertas vio moverse a hombres y distinguió el inconfundible brillo del acero de las armas y las armaduras.

Pero lo más extraño era una tercera nave, a la que aquellas dos parecían escoltar. Esta era tan asombrosa que Sindbad ni siquiera estaba seguro de que se tratase de un barco.

—Lo están custodiando —dijo alguien de su tripulación—. Esas naves de guerra deben de haber apresado a ese extraño barco en alta mar.

—¿Crees que eso es un barco? —preguntó otro.

—¿Eres tonto, Habib? —dijo un tercero—. ¿Qué puede ser si no?

—No tengo ni idea, pero a mí me parece un molino de río antes que un barco...

Lo cierto es que Sindbad nunca había visto nada igual. La nave parecía construida por completo de metal, bronce o cobre. El sol del atardecer destellaba en las curvadas y bruñidas superficies de su casco. Su proa maciza se elevaba sobre las aguas. No tenía velas, mástiles ni remos; tan sólo una larga chimenea que arrojaba una majestuosa columna de humo negro. A los costados llevaba dos grandes ruedas con palas, semejantes en verdad a las de un molino.

Sindbad observó que el barco no se movía impulsado por velas ni remos, sino por aquellas ruedas que batían el agua con perfecta regularidad, levantando olas de espuma blanca que dibujaban dos rastros paralelos a su popa. Se fijó también en otro detalle curioso, los costados del casco estaban grabados con unos símbolos extraños y angulosos.

Ante la mirada atónita de todos, la asombrosa embarcación cruzó la dársena, siempre rodeada por los dos barcos de guerra, y atracó en uno de los muelles de la zona oeste del puerto.

—¡Es mágica! —exclamó el marinero al que habían llamado Habib.

Sindbad se volvió hacia él. Era un hombre huesudo y algo encorvado, de nariz ganchuda y la piel curtida por el sol y la sal.

—¿Qué has dicho? —le preguntó.

—Que esa nave no es impulsada por el viento o por los remos, como cualquier otra. Lo que la mueve es la magia, capitán. Tiene que pertenecer a algún mago poderoso.

Sindbad asintió pensativo y tomó una decisión difícil. Le hizo una señal al grumete para que se acercase.

—Alí, ve a buscar a Yahiz a su camarote —le ordenó—. Seguro que estará contando sus queridísimos bichos y quizá se niegue a venir, pero insístele. La verdad es que no tengo ganas de aguantar sus quejas, pero creo que es importante que ese erudito vea esto.



El sol del atardecer destellaba en las curvadas y bruñidas superficies de su casco.

2

Trabajaba cerca del puerto de la ciudad de Basora un artesano de gran talento llamado Hussein. Afamado orfebre, fabricaba hermosos utensilios y adornos de metal, y en sus composiciones combinaba sabiamente los siete metales básicos: oro, plata, níquel, cobre, cinc, antimonio y hierro. Dominaba también la antigua técnica del damasquinado, labraba dibujos minuciosos embutiendo finos hilos de oro y plata en acero o hierro pavonado.

Su buen oficio era reconocido en toda la provincia y se ganaba bien la vida, de modo que podía mantener a su esposa y a sus dos hijos, e incluso proporcionarles algunos lujos.

Pero un día llegó a la ciudad una leva del ejército del califa y reclutaron a Hussein para trabajar a las órdenes de algún desconocido general, en alguna lejana frontera. A partir de entonces fue su hijo mayor quien tuvo que hacerse cargo del negocio. Su nombre era Aakil, había sido el ayudante de su padre y ahora se veía obligado a aprender rápidamente el oficio para sacar adelante a toda la familia. Pero las cosas no iban del todo bien; el talento de Aakil aún no podía compararse con el de Hussein, y su hermano Radi se negaba a ayudarlo en el taller.

Se decía que Radi había escogido el mal camino, que pasaba los días sin hacer nada de provecho, zanganeando por las calles de Basora, jugando a los dados, o enzarzándose en peleas. Aakil siempre lo disculpaba en público por este comportamiento, a la vez que pensaba que su hermano aún estaba sufriendo por la desaparición de su padre, al que había adorado. Sin duda, era ese dolor en su corazón lo que lo hacía actuar de ese modo.

—Pero ¿qué quieres, hermano? —le dijo—. Reacciona de una vez, ¿no ves que es precisamente ahora cuando la familia más te necesita?

—No hay nada que yo pueda hacer, Aakil. La fortuna o la desdicha, todo ya es igual para mí.

—No digas eso. Cada hombre se labra su propio destino con su esfuerzo y su perseverancia, de acuerdo por supuesto con la voluntad de Alá.

—¿Como nuestro padre? —preguntó Radi con amargura a la vez que se ponía de

pie.

Ya era casi tan alto como su hermano, y aunque todos decían que estaba demasiado flaco, era más fuerte de lo que parecía. Y también ágil, capaz de trepar por una pared como una lagartija. Vestía una camisa blanca, limpia pero descosida, con los codos rotos y maltratados, calzones de algodón parcheados y babuchas de fieltro. Tenía quince años recién cumplidos y se parecía cada vez más a Aakil, la misma barbilla hendida y los pómulos altos; rasgos que ambos habían heredado de su padre. Sus ojos castaños asomaban por debajo de los mechones de pelo negro que le caían sobre la frente y miraban desafiantes.

—Sé cómo te sientes por su ausencia, pero te aseguro que volverá muy pronto.

—Eso no lo sabes, no hemos tenido noticias de él desde que se marchó.

—A veces parece que la fortuna nos levanta y nos hace caer por puro capricho, pero nuestro padre nos enseñó a tener fe y a escoger siempre el camino recto.

—Nos enseñó esas y muchas otras cosas, y luego desapareció casi sin despedirse.

—No se fue de nuestro lado por su voluntad, eso lo sabes muy bien, hermano.

—Pero nos dejó solos, esa es la única verdad.

Aakil no contestó y volvió a concentrarse en su trabajo. Era un muchacho tranquilo, que odiaba los enfrentamientos y las discusiones, el silencio solía ser su reacción frente a la rabia de su hermano menor. Estaban rodeados de herramientas y utensilios de metal a medio elaborar, cuidadosamente dispuestos sobre un gran banco de trabajo. El olor ácido de la viruta de cobre llenaba el taller. Aakil se inclinó sobre un libro de pequeño tamaño y tapas de viejo cuero negro. Por un momento pareció haberse olvidado de Radi y su enfado.

—Pues tú tampoco parece estar trabajando mucho —le reprochó Radi a su hermano mayor, no cejando en su pretensión de tener una pelea con él.

—Lo estoy haciendo, créeme —dijo Aakil mientras pasaba lentamente las hojas de pergamino—. Encontré este libro entre las cosas de nuestro padre. Está muy manoseado y me parece que aquí aprendió muchos de los secretos de su oficio. Ahora podrá enseñármelos a mí.

—¿Y crees que así te convertirás de la noche a la mañana en un gran artesano? Eres un ingenuo, hermano. Sólo son símbolos trazados con tinta.

—Son palabras —le explicó Aakil—, y cuando conoces su significado es como escuchar en tu cabeza la voz del hombre que las escribió. No importa si murió hace mil años: una parte de él sigue viva en estos símbolos, te habla y te cuenta historias, y también te enseña como si un maestro viviera encerrado entre estas hojas.

—¿Y tú puedes leer ese libro?

—No del todo. Algunas partes están escritas en un idioma desconocido para mí, pero nuestro padre hizo anotaciones en los márgenes, mira...

Aakil le mostró el libro abierto por una página y Radi reconoció la letra de

Hussein.

—Y también tiene dibujos suyos —observó.

—Sí, y son de gran ayuda para entender el significado de todo.

Radi frunció el ceño y miró a su hermano con escepticismo. Dudaba que pudiera entender de aquellos símbolos extraños ni la mitad de lo que pretendía. Sin embargo, se había sentido fascinado por el libro. Es cierto que parecía muy antiguo, y si provenía de algún lejano país quizá contuviera también historias y asombrosos dibujos sobre sus habitantes. Radi nunca se cansaba de escuchar relatos sobre tierras ignotas y los monstruos que las habitaban.

Aakil terminó de estudiar el libro y lo dejó a un lado, sobre el banco de trabajo.

Cogió una lámina de brillante metal rojizo y empezó a golpearla con un pequeño martillo. El cobre se fue curvando dócilmente mientras él martilleaba aquí y allá, para así transformar aquel disco metálico en un caldero o una sartén para las gachas. Luego frotaría la superficie curvada del recipiente con esmeril hasta que brillase casi como si estuviera hecha de oro. Era cierto que su técnica aún no podía compararse con la de su padre, pero cada vez lo hacía mejor y seguiría esforzándose hasta alcanzar la perfección. Por el bien de la familia.

Aprovechando que su hermano estaba ocupado, Radi se acercó al banco en el que Aakil había dejado el libro y se apoderó de él. Mirando a su hermano de reojo, con un movimiento rápido, lo ocultó entre los pliegues de su fajín.



Técnica del damasquinado

3

Al-Yahiz apareció en cubierta. Vestía una túnica negra sin adornos, como siempre, y llevaba su gran turbante blanco algo ladeado y deshilachado.

—¿Sucede algo, capitán? Estaba trabajando cuando uno de tus hombres ha entrado para interrumpirme. Me ha dicho que suba a cubierta por orden tuya, sin darme más explicación.

Sindbad lo miró; su verdadero nombre era Abú Uthman Amr Ibn al-Bahr al-Fukaymi Basri. Lo de «al-Yahiz» (el Bizco) se debía a una malformación de sus ojos que hacía difícil saber hacia dónde miraba en cada momento. Era muy flaco y alto como una pértiga, y contemplaba el mundo desde arriba con sus ojos estrábicos. Siempre iba algo encorvado, y los rizos negros y desordenados siempre le asomaban por debajo del turbante. A pesar de su aspecto vulgar y de las bromas crueles que solía gastarle la tripulación, Yahiz era un hombre muy sabio. Pertenecía a la escuela de los mutazilíes de Basora, que creían que la voluntad de Alá no era arbitraria y que era posible llegar a interpretarla a través del estudio de la ciencia y la naturaleza.

Como respuesta, Sindbad señaló el barco de metal atracado en el muelle.

—¿Qué es eso? —le preguntó Yahiz—. No tiene velas, ni espacio para los remos...

—Esperaba que me lo aclarases tú. A fin de cuentas, eres un erudito.

Yahiz abrió aún más sus grandes y estrábicos ojos y se pasó una mano por la frente.

—Nunca había visto un barco así, capitán —dijo.

—¿Ves esos símbolos angulosos grabados en el casco? ¿Qué crees que significan?

—Sólo puedo especular, capitán. Si esa nave proviene de alguna región remota y desconocida del mundo, quizá esa sea la forma de escritura en ese lejano país.

—Deberías haberla visto moverse —Sindbad señaló con el dedo—, entró por la bocana y atravesó suavemente la bahía. ¡Ffffssssssh! Como bien dices, no tiene velas ni remos, pero esas ruedas que lleva a los lados giran y giran levantando espuma, a la vez que echa humo por la chimenea. Los hombres piensan que es cosa de magia, y estoy por darles la razón.

Yahiz negó con un gesto.

—Dudo de la magia realizada por los hombres. La naturaleza organizada por Alá es infinitamente más poderosa y sabia que el ingenuo deseo de los brujos por dominarla.

—Entonces, ¿qué explicación le da tu ciencia a ese prodigio?

Yahiz miró a Sindbad con sus ojos de camaleón.

—Debe de ser un ingenio mecánico, capitán. Y creo saber de lo que se trata.

—¿Quieres decir que tienes una explicación al movimiento mágico de esa nave?

Yahiz se frotó la barbilla. Sus ojos brillaban con una idea.

—Acompáñame a mi camarote y te lo mostraré.



El camarote de Yahiz era más estrecho que el de Sindbad y además estaba abarrotado. Para tapar el techo de madera, el erudito había extendido una lona de color azul oscuro sobre la que había pintado puntos blancos que representaban las principales estrellas del firmamento. Por todas partes se amontonaban extravagantes utensilios de muy diversa índole, además de pilas de cajas llenas de insectos disecados. Yahiz los mataba con un preparado de su invención y luego los atravesaba con alfileres de oro.

El erudito los había acompañado durante su último viaje, había pagado con generosidad su camarote y se había dedicado a reunir todo tipo de utensilios en cada puerto que visitaban, además de recolectar plantas y bichos que cazaba con una red. Cuando Sindbad le preguntó por qué hacía eso, el erudito respondió que desde su edad más temprana seguía fielmente uno de los preceptos fundamentales del profeta Mahoma: «Buscad la Ciencia desde la cuna hasta la tumba». Observando su aspecto tan poco agraciado, el capitán no pudo evitar recordar aquel otro que decía: «Aceptad la sabiduría y no miréis el recipiente que la encierra».

Aunque eran muy distintos, los dos poseían la misma pasión por lo desconocido. Yahiz prefería investigar en silencio y a la luz de un candil, sin salir de su camarote. Sindbad, en cambio, siempre había anhelado la emoción del contacto con lo maravilloso. Necesitaba ver con sus propios ojos, tocar, oler y sentir la fascinante extrañeza de un mundo plagado de cosas asombrosas que desbordaban la mente.

Recordó una escena de su niñez. Acompañado por su tío visitó el puerto de la ciudad en la que había nacido. Bajo un rojizo crepúsculo, cinco dhows de triangulares velas blancas remontaban pausadamente el río Sind. La visita de los comerciantes era siempre un acontecimiento esperado porque traían objetos exóticos para vender, además de noticias del resto del mundo. Pero en esa ocasión, los viajeros traían algo aún más asombroso, una pluma de ave roc. Tan enorme que tuvieron que descargarla

entre dos hombres para mostrársela a los vecinos a cambio de unas monedas. Según los comerciantes, el roc levantaba elefantes adultos con sus garras y los llevaba volando hasta el nido para alimentar a sus crías. Sindbad contempló aquella pluma gigantesca e intentó imaginar el tamaño del ave que la llevó. Y fue entonces cuando supo que iba a dedicar su vida a recorrer el mundo en busca de maravillas.

Yahiz abrió un baúl y extrajo de él una esfera de cobre.

—¿Qué es eso? —preguntó el capitán.

—Hace muchos años, leí un antiguo manuscrito griego, el manual de Herón de Alejandría para construir juguetes mecánicos y engranajes movidos a vapor. — Mientras hablaba, Yahiz colocó la esfera sobre una mesa, desenroscó un tapón situado en su ecuador y vertió dentro agua de una jarra—. En el texto se describía un ingenioso artefacto llamado «eolípila» que inmediatamente decidí construir. Es este que tienes aquí.

—¿Es una especie de clepsidra?

—Ahora lo verás, capitán. Fíjate bien, porque en esto no hay magia ninguna.

Yahiz cerró el tapón con fuerza. En sus polos, la esfera tenía incrustados dos tubos de cobre doblados en forma de «L» en direcciones opuestas. Yahiz apoyó los tubos en una horquilla de bronce. Acercó un candil encendido a la esfera y dejó que la llama calentase lentamente su superficie. Pasado un rato, Sindbad empezó a impacientarse.

—¿Eso es todo? ¿Un recipiente para calentar el agua?

—Espera un poco, capitán. No tardará.

Por los tubos empezó a escapar poco a poco el vapor, cada vez con más fuerza. Entonces sucedió el milagro: la esfera se puso a girar a toda velocidad mientras el vapor emitía un silbido agudo al salir a presión en direcciones opuestas.

—¡Ahí lo tienes, capitán! —exclamó el erudito con entusiasmo—. Está girando igual que hacían las ruedas de esa embarcación, y no es magia. Al calentarse, el agua se convierte en vapor. Como puedes observar, es posible usar el poder de ese vapor para mover una máquina.

—Entonces ese barco usa la fuerza del vapor.

—Eso creo, capitán —dijo Yahiz mientras apartaba la llama de la esfera, que se fue deteniendo lentamente—. Que yo sepa, Herón nunca pasó de construir ingeniosos juguetes como este. Pero es evidente que los mismos principios que descubrió podrían aplicarse a máquinas de gran tamaño, capaces de impulsar un barco sin el concurso del viento o la fuerza de los remos. Averigua de dónde proviene ese barco de metal y sabrás de un lugar en el que el hombre ha desarrollado esa técnica más allá de nuestros sueños.

Sindbad se tocó el arete de oro de su oreja izquierda y respiró hondo. Tener noticias de la existencia de un pueblo tan avanzado resultaba emocionante. Como era habitual en él, de repente necesitaba saberlo todo sobre aquellos hombres capaces de

construir barcos que se impulsaban sólo con vapor. Quería conocer su país y sus costumbres, sus valores, su forma de vivir. Mientras la excitación ante lo maravilloso se apoderaba de nuevo de su espíritu, una amplia sonrisa se dibujó en su rostro. Pocas cosas le producían una sensación tan intensa como encontrarse de repente ante lo asombroso e inesperado.

Pero esta vez había algo que despertó su preocupación. Como soñador incorregible que era, solía olvidarse a menudo la parte de su mente que se ocupaba de valorar las cosas prácticas. Pero en ese momento comprendió que su forma de vida podía estar en peligro. La supremacía en el Índico que los dhows y los baghlahs poseían, gracias al conocimiento que tenían de los monzones los marinos árabes, se vería amenazada por naves sin velas como aquella.

Sin embargo, si descubría su secreto, eso le abriría las puertas a una fortuna incomparable.

—Tengo que saber más de ese barco —decidió Sindbad al cabo de un instante.

—¿Y qué piensas hacer, capitán? ¿Irás a bordo para preguntar a su tripulación?

—Iré, pero prefiero ver las cosas con mis ojos antes que escucharlas de la boca de otro.



Al-Yahiz

4

Radi estaba sentado sobre una estera, con las piernas cruzadas y el viejo libro sobre ellas. Pasó las páginas con rapidez, pero muy pronto se vio defraudado. Allí sólo había símbolos y dibujos incomprensibles para él. Algunos parecían hechos por su padre.

Se preguntaba por qué le había robado el libro a su hermano. Lo había hecho siguiendo un impulso, simplemente se había apoderado de él y luego había salido del taller. Es posible que le molestara el desmedido optimismo de Aakil, su obstinada certeza de que únicamente con esfuerzo y trabajo era posible salir de cualquier situación, por muy mala que fuera, aunque la suerte te viniera en contra. Quizá le fastidiaba su pretensión de ser tan buen artesano como su padre sólo leyéndose aquel librito, del que estaba seguro de que entendía tan poco como él.

Quería darle una lección a su hermano y ahora se arrepentía. Además, no serviría de nada, pues pasara lo que pasase, Aakil seguiría tan optimista como siempre. Así que decidió regresar al taller para devolver el libro y dejar a su hermano con sus ilusiones.

Pero fue interrumpido por ruidos y gritos que provenían del exterior. Entonces resonó un estruendo en la puerta principal de la casa, seguido de un coro de risas. Guardó el libro y se volvió hacia la ventana. A través de las cortinas de algodón, los últimos rayos de sol le daban un tono anaranjado a la habitación. La ciudad de Basora ya no era más que una silueta rojiza mientras el sol se hundía detrás de los tejados.

Sonó un estallido. Alguien había estrellado un objeto que se había hecho trizas contra la pared. Pasado el primer instante de sorpresa, se puso en pie de un salto y se dirigió hacia la puerta. Cuando estaba a punto de abrirla, Aakil le retuvo por el brazo.

—Tranquilízate, hermanito —le dijo—. En esta casa no necesitamos más problemas.

Pero los problemas parecían empeñados en buscarlos a ellos, porque los de fuera empezaron a aporrear la puerta en ese momento.

Aakil iba a abrir, pero esta vez fue su madre la que acudió para detenerle.

—Es verdad que no necesitamos más problemas —le dijo—, y si sales ahora, seguro que acabarás peleándote. Aplícate el consejo que le has dado a tu hermano y

esperad los dos aquí.

—No, madre. Iré yo —insistió Aakil—. Es mi deber.

—En todo caso, sería el deber de tu padre. Pero él no está en casa —dijo ella con aplomo—. Así que quedaos los dos aquí callados mientras resuelvo esto.

Abrió la puerta para enfrentarse sola a los hombres que seguían vociferando en el exterior. Entonces se hizo el silencio y tres bárbaros se volvieron para mirarla con descaro.

Uno de ellos se adelantó. Tenía el pelo rojo, rapado en las sienes y largo por detrás, peinado en trenzas atadas con cordones. Llevaba un colete de cuero sobre una sucia camisa abierta hasta la barriga. El vello de su pecho, rojo y espeso, brillaba empapado de sudor. Era muy alto y recio, casi un gigante. Sus brazos desnudos y musculosos estaban cruzados de cicatrices. Largos mostachos taheños caían a ambos lados de su cara.

La mujer, que nunca había visto a un hombre con el pelo rojo y la piel tan pálida, se preguntó si estaría en presencia de un demonio.

—¿Qué se te ofrece? —preguntó, intentando aparentar tranquilidad. Sabía que sus hijos estaban escuchando y no quería asustarlos.

Los extraños ojos de color azul del pelirrojo se pasearon por el cuerpo de la mujer. Hizo un gesto apreciativo y sus compañeros echaron a reír detrás de él.

—¡Vino! —dijo señalando la botella vacía que llevaba en la mano, y repitió—: ¡Vino!

—Este es un hogar decente —respondió ella—. No sabemos de sitios donde venden las bebidas prohibidas por el Profeta, ¡la paz y las bendiciones de Alá sean con él!

—¡Vino! —insistió el extranjero—. ¿Dónde hay vino?

Desde la penumbra de la calle, los otros bárbaros empezaron a gritar también pidiendo vino. Ella los ignoró y se dispuso a cerrar la puerta.

—Haced el favor de dejarnos en paz —dijo.

El extranjero interpuso el pie para impedir que ella cerrase. Sus ojos azules se clavaron en los de la mujer.

—Deja entrar —dijo.

La mujer se quedó sin aliento por el miedo y la sorpresa. De repente se había dado cuenta de que el bárbaro estaba fingiendo. En la cruel decisión de sus ojos vio que en realidad no estaba borracho, así que ¿a qué venía esa pantomima?

—¿Qué queréis de nosotros? —balbuceó.

El bárbaro la sujetó por la muñeca y tiró de ella para apartarla de la puerta.

En ese instante, Radi salió de la casa y se lanzó contra él. A pesar de la diferencia de tamaño y peso, la sorpresa hizo que el extranjero trastabillara y cayese de espaldas sobre los adoquines. El muchacho aprovechó para ponerse a horcajadas y empezar a

darle golpes en la cara. El bárbaro se lo quitó de encima asestándole un sonoro bofetón con el dorso de la mano, como quien espanta una mosca. Luego se puso en pie, desenvainó la espada y le apuntó con ella. Su cara estaba congestionada por la ira y el aire brotaba de su boca en cortos y furiosos resoplidos.

Radi empezaba a levantarse, inconsciente del grave peligro en el que estaba, cuando alguien lo sujetó por el pescuezo y tiró de él hacia atrás con unas manos duras como tenazas.

Era Aakil. Su hermano lo lanzó sin miramientos contra los adoquines. Sujetaba una daga en la mano. Había salido con ella para defender también a su madre, pero con un gesto pausado, la dejó en el suelo. Luego se volvió hacia el extranjero.

—Señor —empezó a decir, alzando las manos para mostrar que ya no llevaba ningún arma—, te ruego que perdones a mi hermano. Es un muchacho que no sabe nada de...

No dijo una palabra más. El bárbaro pelirrojo avanzó un paso y con un movimiento líquido, casi casual, lo atravesó de parte a parte con su acero.

Radi lo vio desde el suelo, pues todo sucedió tan deprisa que ni tuvo tiempo de levantarse. Se quedó atónito, sin dar crédito a sus ojos. Como en un sueño febril, escuchó el grito desgarrador de su madre. De rodillas sobre los adoquines, Aakil se apretaba el pecho, con un gesto de asombro pintado en el rostro. El joven se miró la mano manchada de sangre y después se derrumbó de frente, antes de que su madre llegase para sujetarlo.

Mientras la mujer lloraba y gritaba desconsolada, acunando entre sus brazos el cadáver de su hijo mayor como si fuera el de un bebé, el extranjero miró alrededor con frialdad. Ya no quedaba ni rastro de su pretendida borrachera. La espada seguía desnuda en sus manos, reluciendo a la luz de los faroles. El último tercio de acero estaba manchado de sangre que se deslizaba hasta la punta y goteaba dejando un charco sobre los adoquines. Sin decir nada, el asesino pasó junto a ellos y entró en la casa. Sus compañeros lo siguieron en silencio.

Radi se puso en pie, recogió del suelo la daga de su hermano mayor y se abalanzó detrás de ellos. Su madre le gritó desesperada que no entrase en la casa.

Pero él no le hizo ningún caso.

* * *

La puerta del taller estaba abierta. Radi oyó el ruido de los cacharros de cobre y latón arrojados al suelo. Al parecer los extranjeros buscaban algo. ¿Esperaban encontrar allí ese vino por el que parecían tan ansiosos? Los bárbaros lo estaban revolviendo todo,

empeñados en una búsqueda frenética. Arrojabán sin miramientos las cacerolas, que rebotaban contra las paredes, vaciaban los cajones en el suelo y escarbaban entre los trozos de cobre.

Uno de ellos encontró la libreta de cuentas del taller y todos se acercaron interesados. Pasaron las hojas y, cuando comprobaron que no era lo que buscaban, la echaron a un lado.

—Así que esto es lo que queréis —dijo Radi mientras levantaba el libro negro en alto.

Mientras hablaba, caminó hacia ellos con la mente enturbiada por la furia y el deseo de venganza. El asesino pelirrojo se giró. Su piel se veía aún más pálida a la luz de las velas que iluminaban el taller y sus labios parecían casi tan azules como sus ojos.

—¡Tú! —exclamó señalando al muchacho.

Radi corrió hacia él, con el libro en una mano y la daga de su hermano en la otra. El extranjero blandió la espada y cuando Radi se puso a su alcance le lanzó una estocada corta y seca, directa a los ojos. El muchacho la esquivó, pero no lo suficientemente rápido para evitar que la hoja le abriera un corte profundo en el pómulo derecho. Se agazapó como un gato para colocarse junto al bárbaro, se levantó de un salto y le asestó una puñalada en el costado.

Por desgracia, el pelirrojo estaba protegido por aquel colete de cuero con escamas de metal cosidas y el cuchillo no penetró. Mientras tanto, sus dos esbirros ya habían desenvainado las espadas y se lanzaban a la vez contra Radi. Intentaron rodearlo pero él conocía muy bien el taller de su padre, se tiró al suelo y rodó debajo de la mesa de trabajo. Había jugado allí infinidad de veces y sabía que algunas tablas estaban sueltas. Las arrancó mientras las espadas de los bárbaros picoteaban a su alrededor buscando ensartar su cuerpo y se deslizó por el hueco.

Se arrastró por debajo de la casa y salió a la calle por la parte de atrás. Se detuvo un instante para asomarse a mirar.

Los vecinos habían empezado a salir de sus casas y habían formado un corro alrededor de su madre y del cadáver de Aakil. También había acudido un grupo de guardias del puerto, alertados por las voces y los gritos. En medio de todo aquel caos, vio a su madre alejarse en compañía de una vecina. El saber que al menos ella estaba a salvo le hizo respirar aliviado.

Los guardias no se decidían a entrar para enfrentarse con los bárbaros. En cualquier caso daba igual, porque aquellos salvajes habían roto la ventana del taller y estaban escapando también por la trasera de la casa. La cabeza pelirroja del asesino de Aakil apareció en el hueco de la ventana, y sus ojos se clavaron en él. Gritó a sus esbirros, advirtiéndoles que había visto al muchacho. Lo señaló y Radi decidió que no debía quedarse más tiempo por allí.

Echó a correr calle abajo, sin girarse para ver si lo seguían. Corrió tan rápido como pudo y se metió en las estrechas y húmedas callejuelas que llevaban al puerto. Corrió hasta que le faltó el aire y todo empezó a nublarse ante sus ojos. Hacía demasiado calor a pesar de que era de noche, pero no dejó de correr. El miedo le había dado alas a sus pies. Intentó no boquear como un pez, pero le dolía cada vez más el costado y era difícil reprimir las grandes bocanadas de aire que le exigían sus pulmones.

Por fin se detuvo, no aguantaba más y su corazón batía como un tambor contra su pecho. Estaba en uno de los muelles, un dhow con el casco pintado de azul se hallaba amarrado en él.

Se volvió temiendo ver la cara del pelirrojo justo detrás de él, pero estaba solo. Una vez más, el conocimiento que tenía de su entorno, al contrario que aquellos extranjeros, le había salvado la vida. Ahora tenía que pensar qué hacer.

Empezó a caminar hacia el dhow.



El vino en al-Ándalus

5

Frente a la puerta del camarote de Yahiz, Sindbad oyó un correteo bajo sus pies. Era demasiado pesado para provenir de las patas de un roedor.

Entonces vio unas gotas de sangre que marcaban un rastro en el suelo.

Desenvainó su espada y abrió la trampilla que daba acceso a la obra viva del barco. Con una lámpara de aceite en la mano, bajó por una corta escalera que desembocaba en la sentina, una maloliente caverna de paredes de madera entre cuyos baos se acondicionaba parte de la carga.

Chapoteó en el agua sucia que le llegaba a los tobillos y rodeó la base del palo mayor. Allí se sujetaba la boca de descarga, una bomba de madera destinada a achicar el agua de mar que penetraba a través de las costuras del casco. Justo detrás de ella había visto escabullirse un bulto. Arrastrándose entre las tablas húmedas y las valijas entibadas, la sombra intentó escapar hacia la salida y cruzó junto a Sindbad. Él contuvo el primer impulso de ensartarlo con su acero y se limitó a darle una patada que lo lanzó contra las cuadernas.

Después se acercó con la linterna en lo alto y la espada preparada.

—¡No me mates, señor! ¡No me mates! —chilló el intruso.

Sindbad le iluminó el rostro. Era un muchacho con una gran herida en el pómulo derecho. La sangre resbalaba por su rostro y le empapaba la camisa.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

—¡No soy nadie! —dijo el joven llevándose las manos a la espalda—. ¡Sólo un vagabundo que buscaba algo de calor! Te juro que si me tiras al agua nadaré hasta la orilla sin causarte más problemas.

Sindbad se mantuvo alerta. Nunca menospreciaba a un rival por insignificante que pareciera. Incluso un mosquito podía dañar los ojos de un león.

—No voy a hacerte ningún daño —aseguró, sin dejar de apuntar al muchacho con la espada—. Pero suelta el cuchillo que tienes escondido.

Descubierto en su artimaña, el chico descubrió la daga y la arrojó lejos de sí.

—Muy bien. —Sindbad envainó la espada, lo agarró por el brazo y tiró con fuerza de él—. ¡Vamos!

—¿Qué vas a hacer, señor? ¿Me vas a arrojar por la borda?

—No, no te voy a tirar al mar.

* * *

Salieron de la bodega y Sindbad llamó a la puerta del camarote de Yahiz. El erudito asomó la cabeza. Uno de sus ojos miraba a babor y el otro a estribor.

—¿Qué se te ofrece ahora, capitán? —preguntó. Entonces vio al muchacho con la cara manchada de sangre y exclamó—: ¿De dónde ha salido este?

—Es un polizón. —Sindbad empujó la puerta—. ¿Tienes aguja e hilo?

—Por supuesto que tengo aguja e hilo.

—Pues cósele esa herida antes de que se desangre.

Yahiz hizo que el muchacho se sentase en un taburete junto a la ventana. Luego enhebró una aguja con la hebra más fina que tenía y empezó a suturar el corte en el pómulo.

A Sindbad le admiró la entereza del chico. Aunque le lagrimeaban los ojos y apretaba los dientes, no gritó ni se quejó. Quizá por eso empezó a caerle bien en ese instante.

—¿Cómo te llamas?

—Radi, señor.

—Yo soy el capitán Sindbad...

—¿El capitán Sindbad? —El chico abrió los ojos—. ¿El famoso capitán Sindbad?

—El mismo.

—Aakil... —Radi se detuvo un instante e hizo una mueca de dolor que Sindbad atribuyó a la aguja que manejaba Yahiz—. Mi hermano Aakil me habló mucho de ti, capitán. Él hacía trabajos para los armadores del puerto, y ellos le narraron tus grandes aventuras. Dicen que una vez te enfrentaste a un pájaro roc.

Sindbad sonrió.

—No creas todo lo que cuenta la gente en los puertos.

—¡Auch! —Esta vez Radi sí dio un respingo cuando la aguja penetró demasiado hondo.

—Este hombre que te está curando es Yahiz, un sabio. Con él estás en buenas manos.

—¿Seguro, capitán? —dijo Radi con aprensión, mientras miraba de reojo a Yahiz—. Ni siquiera me está mirando.

—Te estoy mirando —replicó Yahiz de mal humor—. Tú límitate a quedarte quieto.

—¿Cómo te has hecho eso? —le preguntó Sindbad—. ¿Qué hacías en mi bodega?

—Esconderme, capitán. Los que me hirieron así querían acabar el trabajo.

—¿Por qué no fuiste a denunciarlos a la guardia del puerto? —sugirió Yahiz.

—Porque... no confío en ellos, señor. Son unos cobardes.

—¿Quiénes eran esos que te atacaron? —quiso saber Sindbad.

El muchacho estudió al marino. Parecía intentar decidir si debía confiar o no en aquel famoso marinero de rostro flaco y anguloso, la piel atezada por el sol y el pelo largo y enmarañado. Los ojos de Sindbad eran de un marrón tan claro que, por contraste, casi parecían dorados al destacar en un rostro tan moreno. Unos ojos que en aquel momento parecían sinceros y amigables. Vestía con cierto lujo: calzón blanco, un largo caftán encarnado bordado con flores y pájaros, botas de tafete amarillo y un turbante de muselina de color ceniza.

—Creo que eran soldados extranjeros —dijo por fin Radi—. Se habían empeñado en buscar algo en el taller de mi padre. Uno de ellos tenía el pelo rojo. Fingió estar borracho para meterse en nuestra casa... ¡Y asesinó a mi hermano Aakil!

La voz de Radi se quebró por primera vez. El muchacho guardó silencio durante un instante, mientras parecía luchar contra las lágrimas.

Sindbad y Yahiz se miraron.

—¿Dices que buscaban algo en el taller de tu padre? —preguntó Yahiz, que casi había terminado de coser el pómulo—. ¿Quién es tu padre?

—Un honrado artesano. Dominaba el arte de trabajar el metal, de modelarlo, extrusionarlo y embutirlo para crear delicados adornos de Damasco. Pero hace casi un año el ejército del califa lo reclutó para llevárselo lejos, y no lo hemos vuelto a ver.

Yahiz cortó el hilo y se apartó un momento para contemplar satisfecho su obra. Al chico le quedaría una cicatriz de por vida, pero la herida se curaría bien.

—¿Y tienes idea de lo que buscaban esos extranjeros? —preguntó Sindbad.

Radi volvió a dudar. Finalmente, miró a Sindbad a los ojos y respondió:

—Sí, capitán. Buscaban esto.

El chico sacó un libro forrado con piel negra que guardaba en su fajín y se lo entregó al marino, que pasó las páginas rápidamente.

—Un libro escrito en una lengua desconocida. ¿Por qué crees que lo querían?

—Porque ahí están todos los secretos del arte de mi padre —respondió Radi—. El que posea ese libro podrá aprender a trabajar el metal como él. Eso me dijo mi hermano.

Sindbad dudó que aquello fuera tan sólo una pelea entre caldereros ansiosos por robarse los secretos de su oficio. Siguió pasando hojas y encontró algo que le hizo detenerse. Con una señal pidió a Yahiz que se acercase y le mostró aquella página del libro.

—Son los mismos símbolos que están grabados en el costado de la nave —dijo

Yahiz.

—Así es —repuso Sindbad—. Creo que la llegada de esas naves extranjeras, el barco que echa humo, y el asalto que ha sufrido la casa de este chico, guardan relación.

Yahiz lo miró con una sonrisa.

—Un misterio, capitán.

—Me gustan los misterios.

Sindbad le devolvió el libro al muchacho y le preguntó:

—¿Tu madre está bien?

—Es a mí a quien buscan, capitán, porque saben que yo tengo el libro. Por eso necesito salir como sea de Basora. Si me llevas a otra ciudad, puedo pagarte con mi trabajo.

—¿Y cómo lo harás? ¿Acaso eres marino?

—No, pero aprendo rápido, señor. ¡Ponme a prueba!

El capitán sonrió. Aquel descarado que lo miraba con tanta insolencia le recordaba a él mismo y su propia actitud desafiante cuando tenía sus mismos años.

Estaba decidido: ayudaría a aquel muchacho.

—De acuerdo. Pero si te conviertes en un incordio, no dudaré en arrojarte por la borda.

—¡No lo haré, señor! Te agradezco esta oportunidad. Deja que te bese la mano.

Sindbad la apartó rápidamente cuando el muchacho estaba a punto de cogerla.

—No hagas que me arrepienta.

—Ya me vale, capitán —dijo Radi con una reverencia—. Que de pequeños principios a veces resultan grandes finales.

—Ya veremos —dijo Sindbad, intentando darle a su voz un tono de amenaza—. Lo que sí que quiero que hagas es escribirle una carta a tu madre. No puedes dejarla con la incertidumbre de saber si su hijo está vivo o muerto.

—Con gusto lo haría, capitán. Pero no sé leer ni escribir.

—Tu madre no puede quedarse sin una explicación. Yahiz escribirá la carta y tú se la llevarás esta noche. Yo intentaré averiguar qué es lo que esconde dentro esa nave mágica.



Medicina en el Islam

6

Un pegajoso calor sofocaba la ciudad como una manta de lana húmeda mientras la luna se elevaba sobre los balcones. El pavimento relucía con sus destellos en los charcos salinos. Sindbad y Radi abandonaron la cubierta de *El Viajero* y caminaron por callejuelas en las que empezaba a brillar la luz amarilla de algunas lámparas de aceite.

—Intenta que nadie te vea —le dijo Sindbad al muchacho—, pero deja la carta que ha escrito Yahiz en un lugar donde tu madre pueda encontrarla. Así sabrá que estás bien y que vas a permanecer escondido con amigos hasta que las cosas se calmen.

—Sí, capitán, y te agradezco mucho lo que haces por mí.

—Pues ve y no pierdas más el tiempo.

Sindbad se dirigió a la zona oeste del puerto, donde la luz de la luna hacía destellar el casco de la extraña nave de metal. En el muelle se habían reunido un nutrido grupo de descargadores. Hacían turno esperando que llegase la mañana por si eran contratados por los tripulantes de la nave de metal. Estaban bastante organizados y habían encendido un fuego para calentarse mientras cenaban. El aroma del humo y su guiso cargado de especias empapaba el aire. Se abrió paso entre ellos y contempló el barco atracado. Calculó que tendría unos treinta metros¹ de eslora. Era de fondo plano, con la proa ancha y la popa casi vertical. Su poco calado la hacía ideal para remontar cursos fluviales. Un rastro de humo seguía escapando por su chimenea y se elevaba lentamente hacia el cielo.

Cuatro luces amarillas deambulaban como luciérnagas por su cubierta.

—Guardias —musitó para sí.

¿Serían los mismos extranjeros de los que le había hablado Radi? Probablemente, pues no había visto una nave como esa en ninguno de los países que había visitado en sus viajes por el Índico. Aquellos guardias estarían vigilando la pasarela, así que tenía que encontrar otro modo de subir a bordo. Se le acercó un hombre con la tez curtida y el cuello cuarteado por el sol, y le ofreció un tazón humeante.

Sindbad se lo llevó a los labios. Era sopa de tapioca demasiado condimentada.

—Gracias, hermano. —Señaló hacia el barco de metal y le preguntó—: ¿Qué se sabe de esa nave tan extraña?

—No mucho. Pero todo el mundo habla de ella en Basora y quise venir. Algunos aseguran que hay demonios dentro de ese barco y que por eso echa humo sin parar. Pero yo nunca he visto un demonio y necesito trabajo. Por eso vine. ¿Quieres un turno?

—No, gracias —dijo devolviéndole el tazón—. Creo que esperaré a que llegue otro barco.

Se dirigió a una zona solitaria del muelle, donde encontró una lancha para la descarga de mercancías sujeta al amarradero. Soltó amarras, saltó a su interior y empezó a remar con cuidado, intentando no levantar salpicaduras ni hacer ruidos que pudieran delatarle. Lentamente, se acercó por estribor al barco de metal. Desde su perspectiva se recortaba contra el cielo como una inmensa y amenazante silueta oscura. Si uno de los guardias miraba en su dirección, lo descubriría de inmediato. Pero no podía hacer otra cosa que seguir y remar con sigilo.

La lancha se detuvo al chocar suavemente contra el casco. Sindbad había tomado la precaución de adelantar un remo para ir frenando su velocidad. Aun así, sonó un sordo *tump* que le puso los pelos de punta. Se quedó inmóvil y en silencio, con la mano en la empuñadura de su espada, pero nadie se asomó por la borda metálica.

Pasó las manos por el casco. Estaba fabricado con planchas de cobre unidas entre sí. ¿Cómo era posible que flotase? *El metal se hunde y la madera flota*, pensó. Quizá Yahiz tuviera también una explicación para eso. De momento, él estaba decidido a averiguar esa misma noche todo lo que pudiera sobre aquella asombrosa embarcación.

* * *

Se quitó las botas, se colgó la espada al hombro y empezó a trepar. Las planchas del casco estaban superpuestas, por lo que era posible sujetarse en los rebordes con las puntas de los dedos de manos y pies. No era fácil, pero Sindbad estaba acostumbrado a escalar por las jarcias incluso en un barco azotado por los vientos y las sacudidas de una tormenta. Su cuerpo era fuerte y fibroso, sus músculos se marcaban nítidos bajo la piel curtida por el mar.

Cuando llegó arriba se deslizó por encima de la borda y se acurrucó detrás de un rollo de cuerdas. Había visto a uno de los guardias caminando a unos metros de él. El hombre llevaba en la mano un candil cubierto con un capuchón, para que su luz no le deslumbrase. En la otra mano sujetaba una lanza de punta larga y afilada. Esperó

agazapado hasta que se alejó.

Los castillos de proa y popa estaban cubiertos con grandes toldos tensados con cuerdas. En su interior brillaban lámparas cuya luz atravesaba las lonas y esparcía una suave iluminación por la cubierta. La chimenea era un tubo alto y estrecho, que se levantaba cerca de la popa de la nave. Algunas chispas salían de su boca mezcladas con el humo y se elevaban hacia el cielo confundándose con las estrellas.

Una portilla daba acceso al interior. Sindbad la cruzó y empezó a descender por unas escaleras de madera. Lo impulsaba su obstinada curiosidad, la misma que había marcado sus acciones desde que era un niño. Ignorando el peligro de que lo descubriesen e intentaran matarle, quería ver la máquina de la que le había hablado Yahiz, el artefacto maravilloso que tenía el poder de impulsar aquel barco de metal. Sólo cuando lo contemplara con sus propios ojos lo creería. Según Yahiz, si aquella máquina existía, debía de encontrarse debajo de la chimenea. Miró a un lado y a otro. Estaba en un largo corredor con el suelo de madera y las paredes de metal, con puertas a ambos lados. Unas lámparas de aceite creaban un ambiente fantasmagórico. El aire era denso y estaba empapado con el humo de las esencias que se consumían en unos pebeteros colgados del techo. Su olor era desconcertante, una mezcla de sándalo y azufre que irritaba los ojos. También olía a alquitrán, a mohó, a algas secas, óxido y grasa, y a otras cosas que no era capaz de identificar.

Avanzó con cuidado, y al girar una esquina casi tropieza con un anciano sentado en el suelo, en medio del pasillo. Parecía un *sufí*, sus viejos dedos repasaban las cuentas de un *tasbith*, el collar con las 99 cuentas que representaban los 99 nombres de Alá y sus 99 atributos divinos. El viejo levantó el rostro hacia él y murmuró:

—Alá es grande.

Sindbad quedó paralizado durante un instante, temiendo que el anciano empezase a gritar de un momento a otro para avisar a los guardias. Pero sus ojos eran dos esferas de cristal deslucido que parecían mirar más allá de él, mientras sus labios repetían la misma cantinela, como si su alma se encontrase muy lejos, en un trance místico. «Alá es grande.»

Pasó junto a él y siguió avanzando por el pasillo.

Sus pasos lo llevaron hacia las entrañas del barco de metal. Descendió por una escalera sin cruzarse con nadie más, el aire se tornó aún más espeso y el corredor, más angosto. Era asombroso pensar que estaba dentro de una nave que flotaba en el mar, pues era como recorrer las mazmorras de un castillo. La humedad resbalaba por las paredes, que ahora eran de un metal oscuro, manchado de orín. Aquel último pasillo terminaba en una puerta metálica muy ancha. Se acercó a ella y la tocó con la mano. Estaba caliente. Tenía sentido si detrás se encontraba la máquina de vapor de la que le había hablado Yahiz. Notó en el rostro el calor que emanaba como un vaho del metal oscuro. Empujó y descubrió que la puerta estaba abierta.

La sala se hallaba caliente como un horno y el aire tan lleno de humo que impedía ver con claridad a más de dos metros. Algunas guedejas de aquel vapor amarillento escapaban por el umbral hacia el pasillo y se retorcían amenazadoras, como tentáculos que intentasen atraparlo por los tobillos. También emanaba de allí aquel olor insólito que no lograba identificar. Una sustancia desconocida flotaba en el aire, como un perfume o una esencia inmaterial y terrorífica.

De forma inconsciente, Sindbad retrocedió un paso. No pudo evitar que la piel se le erizase por todo el cuerpo; era como si su alma rechazase el contacto con una presencia mágica, al igual que la carne reacciona ante el roce con el fuego. Yahiz le había descrito el aspecto que podía tener aquella máquina de vapor capaz de hacer girar las ruedas que impulsaban la nave de metal. Basándose en su juguete griego, incluso le había hecho un dibujo que mostraba una gran caldera donde un fuego calentaba el agua para convertirla en vapor. A través de la cortina de humo, Sindbad no acertaba a distinguir ninguna máquina; pero sí veía arder varios fuegos.

Dio un paso adelante y se introdujo en la sala, agitando los brazos por delante para intentar despejar el humo que lo envolvía. Las llamas crepitaban en el interior de braseros situados a diferentes alturas, creando un calor insoportable. El sudor le corría a chorros por el cuerpo y el corazón golpeaba desbocado dentro de su pecho.

Algo enorme ocupaba el centro de la estancia. Y estaba vivo.



Comerciantes en el Islam

7

Sindbad se detuvo en seco y se quedó contemplando la espeluznante criatura que se puso lentamente en pie frente a él. Aquel ser debía de medir tres metros de altura, por lo que tuvo que encorvarse para no chocar contra el techo.

—*Wewe ni nani?... Msaada!* —exclamó, y su voz grave hizo retumbar las paredes.

Comparándolo con las proporciones de un hombre, era delgado para su altura. Estaba cubierto por una armadura completa de metal negro, revestida de arabescos y de intrincados ornamentos de metal rojizo. En un principio aquellos dibujos le parecieron a Sindbad un damasquinado de oro. Pero cuando aquel ser se movía, las grecas doradas fluían y discurrían como ríos sobre el metal negro, dibujando símbolos angulosos que duraban un instante, para luego disolverse y volver a formar otros diferentes. Parecían hechos de cobre fundido y reflejaban el brillo anaranjado y tembloroso de los braseros.

Contempló fascinado aquel gigante de voz de trueno y movimientos lánguidos, sin saber cómo reaccionar ante él. La criatura se erguía como un gato dispuesto a saltar sobre un ratón.

—¿Qué eres? —musitó Sindbad blandiendo su espada, que de pronto le parecía un arma patética e insignificante.

—*Basi kwenda!* —gritó el gigante con tanta fuerza que hizo que le dolieran los oídos. Aquella voz estruendosa despertó en él sentimientos de piedad y de temor al mismo tiempo.

Sindbad retrocedió un paso y aquel ser impresionante se inclinó hacia él.

—*Basi kwenda!* —repitió mientras intentaba mover las piernas sin lograrlo.

¡*Está encadenado!*, comprendió Sindbad. El gigante era en realidad un esclavo, las pesadas botas de su armadura estaban soldadas al suelo de metal de la sala. La armadura oscura que lo cubría era una especie de cepo que lo mantenía prisionero en aquel sitio.

En las paredes de babor y estribor había dos grandes ruedas con poleas, cada una de ellas de unos dos metros de diámetro, con su circunferencia forrada con un tejido escamoso y multicolor, parecido a la piel de una serpiente. Imaginó que ese era el

mecanismo que hacía girar las ruedas de palas situadas en el exterior, pero no logró comprender su funcionamiento.

Aún estaba admirando aquel artefacto cuando la criatura saltó hacia él.

Sindbad retrocedió sorprendido, pero no lo bastante rápido para evitar que unos dedos gigantes, enfundados en guanteletes de metal negro, alcanzasen su pecho y le rasgasen la camisa.

Cayó hacia atrás y reculó para situarse fuera del alcance de aquella manaza que la criatura tendía para atraparlo. Las botas metálicas seguían firmemente soldadas al suelo, pero los tobillos del gigante estaban doblados en una posición imposible para un ser humano.

Sindbad se miró el pecho. Los dedos del gigante le habían desgarrado la camisa y habían dejado cuatro marcas rojizas sobre su piel. Notaba calor y escozor, como si aquel breve contacto le hubiera producido una quemadura profunda.

Una furia salvaje se había apoderado de repente del monstruo. Golpeó con un puño una de las paredes y toda la sala tembló.

El damasquinado cambiante que cubría la armadura creó nuevos flujos de intenso color dorado, y volvió a estirarse hacia él de una forma inverosímil, como si los tendones que sujetaban su esqueleto fueran extraordinariamente elásticos. A punto estuvo de alcanzarlo de nuevo con su mano, que Sindbad logró evitarlo a duras penas apoyándose en los codos y arrastrándose hacia atrás.

Pero el gigante siguió alargando su mano, hasta que la espalda de Sindbad chocó contra el mamparo y ya no pudo retroceder más. No había escapatoria, estaba a su merced. Los dedos del gigante iban a cerrarse sobre su cuerpo cuando algo lo detuvo en seco.

Sindbad se volvió instintivamente y vio al anciano sufi de pie en el umbral. Sujetaba algo metálico en la palma de la mano y sus labios murmuraban:

—*Bismillah!* ¡Me refugio en el poder de Alá de los susurros de los shaitanes y de su presencia maligna! *Bismillah!*

Cuando escuchó aquellas palabras, Sindbad no pudo evitar un estremecimiento. Sin embargo, era evidente que funcionaban, pues aquel gigante negro retrocedió ante ellas.

El anciano guardó el objeto metálico en una funda negra y volvió sus ojos opacos hacia Sindbad.

—Si me ayudas a salir de aquí —le dijo—, te haré más rico de lo que puedas soñar.



Las grecas doradas fluían y discurrían como ríos sobre el metal negro.

8

Mientras abandonaba la sala ardiente y cerraba la sólida puerta de metal detrás de sí, Sindbad pensaba en Yahiz. Quería darse el gusto de contarle cuanto antes a aquel engreído erudito que estaba completamente equivocado: una criatura como aquella sólo podía provenir de un mundo mágico. Y era real. Las cuatro marcas en su pecho lo probaban.

—¿Qué era ese monstruo? —le preguntó al anciano mientras recorrían los pasillos.

—Te lo explicaré a su debido tiempo, hermano. Ahora lo primordial es salir de aquí. Tu irrupción no ha podido pasar desapercibida. Pronto estos corredores se llenarán de guardias.

El anciano se había cogido de su brazo y mantenía su mismo paso. Era ciego o tenía la visión muy limitada, pero se movía con una sorprendente agilidad.

—¿Por qué confías en mí? —le preguntó Sindbad.

—Porque no me queda más remedio. Esos extranjeros asesinaron a mis hombres y yo solo no puedo escapar. Al principio pensé que eras uno de ellos y que venías a matarme, pero cuando entraste en el cuarto de al-Hajjaj supe que no era así. Imagino que eres un vulgar ladrón. Por eso confío en que me creas cuando te digo que te haré rico si me ayudas.

—¿Al-Hajjaj? ¿Es así como se llama ese ser?

—Sí.

Sindbad meneó la cabeza.

—Pues yo no soy un ladrón, sino capitán de una nave mercante. En mis viajes he visto cosas asombrosas, pero nada que se compare a esa criatura.

El sufi lo condujo por otro camino, un pasillo estrecho que se dirigía hacia babor.

—¿Seguro que por aquí vamos bien?

—Sí —respondió el anciano—. Estarán vigilando la escotilla por la que entraste, esperando atraparte cuando intentes huir por ella. Tenemos que hallar otra ruta de escape.

Al doblar una esquina vieron un farol de mano caído a un lado. La mecha aún

ardía en el charco de aceite que empapaba el suelo, y su luz iluminaba tres cuerpos caídos en grotescas posturas, proyectando sus sombras retorcidas contra las paredes y dándole a la escena un tono fantasmagórico.

—Son mis hombres —dijo el sufí—. Esos canallas nos descubrieron cuando intentábamos escapar y los asesinaron. A mí me perdonaron la vida, de momento.

Sindbad se acercó a los cadáveres. El primero sujetaba aún la espada en la mano derecha. Se había defendido, pero no le había servido de mucho. Tenía una cuchillada en el costado y otra en el centro del pecho. El segundo caído había recibido un tajo en la garganta y varios en el torso. Las huellas en el suelo le confirmaron que habían sido atacados por al menos seis hombres. Aquellos desdichados no debieron de tener ninguna oportunidad, pues sus atacantes los habían rodeado sin apenas darles tiempo para defenderse.

Sindbad oyó un ruido delante de él y llevó la mano a la empuñadura de su espada. Con un murmullo sibilante, la hoja de acero abandonó la funda.

Por el pasillo avanzaba un guerrero de extraño aspecto, que también blandía una espada. Sus ojos, de un azul desvaído, estaban clavados en Sindbad. Tenía el pelo rojo y un mostacho aceitado le tapaba casi por completo la boca. Vestía una capa de viaje y una larga y pesada chaqueta de cuero con escamas metálicas cosidas a ella. Aquella prenda le llegaba por debajo de los muslos y le cubría la mayor parte de los brazos.

—*Quis es tu?* —dijo en latín, un idioma del que Sindbad conocía sólo algunas palabras. Pero eso sí lo entendió; le estaba preguntando que quién era.

—¿Y de dónde has salido tú? —le preguntó a su vez Sindbad.

Mientras hablaba, obligó al anciano ciego a colocarse detrás de él.

Sindbad se volvió, otros dos hombres de aspecto extravagante, vestidos con capas de pieles y armados con espadas negras, salieron de las sombras por el lado contrario del pasillo. Embistieron a la vez contra él, envueltos en una confusión de capas al vuelo, como cuervos ansiosos por clavarle sus picos de acero. Sindbad los contuvo con dos estocadas bajas, sacó la daga y alcanzó a uno de ellos en la parte desprotegida de la axila.

El hombre herido se apartó, sangrando, y el otro ocupó su lugar. Sindbad lo mantuvo a una distancia segura levantando la espada en ángulo recto para impedir que se acercara.

El pelirrojo atacó entonces desde el otro lado, con un movimiento fulgurante a pesar de lo aparatoso de su vestimenta. Sin embargo, su objetivo no fue Sindbad sino el anciano sufí. Le clavó una estocada en la espalda y luego retrocedió. El marino gritó como si el herido hubiera sido él. Sujetó al anciano rodeándolo con el brazo izquierdo para evitar que cayese al suelo.

Los tres extranjeros acordaron con una señal cargar a la vez, encerrándole en una confusión de estocadas estrechas y rápidas. El vertiginoso intercambio de golpes de

acero sonaba como el repiqueteo de un martillo: *tac, tac, tac...* Parando y devolviendo estocadas a derecha y a izquierda a una velocidad cegadora.

Sindbad se defendía con su único brazo libre. Detuvo cada una de sus ofensivas mientras se protegía la espalda apoyándola contra una de las puertas del pasillo. Respondió convenientemente con su acero a cada ataque, moviendo el brazo según las evoluciones de las espadas, subiendo, bajando o flexionándolo cuando era necesario para cubrirse de las acometidas que sus enemigos se turnaban en lanzarle. Mientras tanto, el anciano se iba convirtiendo en un peso muerto que entorpecía sus movimientos. Sindbad comprendió que no podía seguir sujetándolo durante mucho rato si quería tener una oportunidad de salvarse él mismo.

Recordó a un maestro de esgrima que solía decirle que la victoria era el resultado de controlar el espacio y limitar las opciones del enemigo. Con esa intención, Sindbad dejó un amplio hueco en su defensa. Uno de los extranjeros vio allí su oportunidad de acabar con él de una estocada y se lanzó a fondo con entusiasmo. Sindbad esquivó la línea del que acometía, adelantó su brazo con rapidez y acertó a su enemigo en la base del cuello.

El hombre, herido de muerte, se derrumbó como un saco roto. Sus compañeros, asombrados por la fiereza del contraataque, retrocedieron como harían varias serpientes sorprendidas por la reacción de un gato.

Acosado, sí, pero peligroso e imprevisible.

* * *

Sindbad aprovechó su desconcierto y golpeó con el talón la puerta que estaba detrás de él. La cerradura cedió. Era una especie de despensa. Se metió rápidamente arrastrando al anciano herido. El extranjero del pelo rojo lanzó un gruñido ininteligible y su secuaz intentó impedir que cerrase la puerta. Pero Sindbad fue más rápido y consiguió asegurarla empujando una pila de cajas que cayeron y se amontonaron detrás de ella. Comprendió que eso no los detendría por mucho tiempo.

Miró alrededor, desesperado. Aparentemente no había salida.

Dejó al anciano ciego tendido en el suelo.

—Aún no sé cómo, pero te voy a sacar de aquí —le prometió.

El sufí pareció que lo miraba con sus ojos ciegos. Estaba mal herido y respiraba débilmente mientras el alma se le escapaba del cuerpo por la cuchillada. Sindbad pensó que se estaba ahogando en su propia sangre, lo levantó y apoyó su espalda contra la pared.

Entonces el viejo colocó algo en la palma de su mano. Era plano y ligero, y estaba envuelto en tela negra.

—Tienes que entregarle esto a la dama de Bagdad —dijo—. Ella te dará la recompensa que te prometí...

—¿A quién? ¿Quién es esa dama?

La puerta se estremeció ante las embestidas de los que estaban empujando desde fuera.

Sindbad guardó el objeto en el cinturón sin mirarlo e intentó arrastrar al anciano lejos de la puerta. Este se negó a que lo moviese.

—Me muero. Pero tú debes escapar y llevarle el talismán a la dama de Bagdad... Sigue la luz y no dejes que caiga en manos de los bárbaros...

—¡No podemos escapar de aquí! —exclamó Sindbad.

El anciano extendió una mano temblorosa para señalar la pared del fondo.

—¡Por allí...! —musitó con un hilo de voz casi inaudible, y dejó caer el brazo.

Después se quedó inmóvil. Sindbad se inclinó hacia él. Ya no respiraba.

Otro topetazo abrió la puerta un palmo, desplazando las cajas que se amontonaban detrás. Sindbad se puso en pie, sabía que allí estaba acorralado y no tenía ninguna posibilidad de vencer. Pero se dio la vuelta y se acercó a la pared que el desdichado anciano le había señalado.

Varias cajas de embalajes estaban apiladas contra ella. Las apartó y descubrió una pequeña escotilla que había estado oculta hasta ese momento. La abrió y se asomó al exterior. Las nubes tapaban por completo la luna, sumiendo las aguas de la bahía de Basora en la oscuridad total.

La puerta cedió por fin y los extranjeros irrumpieron en la sala. No se lo pensó más y saltó. Se hundió en el agua negra y luego flotó inmóvil y silencioso, rezando para que no se despejase el cielo y así pudiera permanecer oculto en aquella oscuridad que tan propicia le había sido. Desde abajo, él sí que podía distinguir la sombra del guerrero del pelo rojo asomándose por la escotilla.

Dejó pasar un tiempo y luego empezó a nadar lentamente hacia el muelle, intentando no hacer ningún ruido. Entonces vio que un bote se dirigía hacia él. Se puso en alerta, pues pensó que era uno de sus enemigos, pero no parecía tripularlo más que un solo remero.

—Soy yo, capitán —susurró la voz de Radi—. He venido a buscarte.

Sindbad trepó al bote y preguntó:

—¿Qué haces tú aquí?

Sin dejar de remar muy despacio para no atraer la atención, el muchacho dijo:

—Iba a llevarle la carta a mi madre. Pero entonces vi al guerrero del pelo rojo dirigiéndose hacia el muelle. Es el mismo que asesinó a mi hermano.

—Sí, creo que yo también me he encontrado con ese pelirrojo esta noche.

El muchacho frunció el ceño.

—Lo seguí con sigilo hasta aquí. Iba a subir a la nave de metal para hacerle pagar su crimen, pero entonces te vi saltar.

—No eres enemigo para ese hombre, Radi —dijo Sindbad—. Considérate afortunado de haber escapado de tu encuentro con él con una cicatriz de por vida.

—¡Tengo que vengarme! —exclamó Radi—. ¿Qué harías tú en mi caso?

Prefirió no contestar a eso.

—Volvamos a *El Viajero*, chaval. Tendrás que aplazar tu venganza para otro día.

Sindbad sacó el paquete envuelto en terciopelo negro que el sufí le había dado. Un «talismán», le había dicho. Lo abrió y descubrió que se trataba de una lámina de metal con forma de pentágono. Tenía el tamaño justo para caber en la palma de su mano, y al tacto descubrió que su superficie estaba labrada con un trazado complejo y anguloso.

¿Eran letras o un dibujo? No podía saberlo en esa oscuridad, pero muy pronto tendría la oportunidad de estudiarlo con detenimiento. Y eso es lo que iba a hacer apenas llegase a *El Viajero*.

Sabía que ya era incapaz de resistirse a un misterio semejante.



Acero de Damasco

9

En la cubierta de *El Viajero* se estaba celebrando una fiesta. Cuatro mujeres danzaban y un grupo de músicos tañía sus instrumentos: grandes tambores planos y dulzainas. Las bailarinas llevaban cinturones de monedas que agitaban al mover las caderas mientras la tripulación batía las palmas acompañando sus movimientos.

En un rincón del castillo de popa, Alí Gafar, piloto y hombre de confianza del capitán, regateaba con uno de los más ricos comerciantes de Basora. Y era evidente que todo aquel espectáculo se había montado en su honor. Además de navegar y conocer el océano Índico como la palma de su mano, Gafar sabía cómo hacer negocios. Por ello Sindbad, demasiado impulsivo y directo para las sinuosidades del regateo, siempre lo dejaba hacer a él.

—¡Por las barbas de mi padre! —exclamó Gafar en ese momento, levantando la voz—. Dime una cosa, Mustafá, ¿estás interesado en hacer un trato o no?

—Eso va a depender de la calidad de la mercancía que me ofreces, hermano. Tus precios nunca son baratos —respondió el comerciante con calma. Era un hombre gordo, de corta estatura, tocado con un gran turbante blanco y vestido con lujosas sedas y muselinas.

—Porque siempre tenemos lo mejor.

—Esa es una afirmación muy atrevida, hermano.

Ambos estaban sentados frente a frente bajo la toldilla, sobre grandes almohadones y frente a una bandeja de pastelillos de canela y miel. A pesar del tono cortante de las palabras, era evidente que los dos disfrutaban del momento.

—Compruébalo tú mismo —dijo Gafar mientras le ofrecía un cofrecito abierto.

Estaba lleno de perlas, que Mustafá cogió una a una y se metió en la boca. Cada perla tenía el tamaño de una guinda y ya no le cabían más en los carrillos. Aun así, intentó introducirse la última.

—Si te tragas alguna —le advirtió Gafar—, te la cobraré. No voy a esperar a que la...

Mustafá levantó una mano para pedirle calma. No podía hablar con la boca llena de perlas. Se inclinó sobre un cuenco y las fue escupiendo.

—Son dulces —dijo cuando pudo volver a hablar.

—Dulces como la miel de azahar —afirmó Gafar con una sonrisa que mostraba una gran separación entre sus incisivos.

Para un comerciante experto como Mustafá, el sabor de las perlas era una gran fuente de información. Las más saladas provenían del Mar Rojo y eran de calidad inferior, merecedoras de ser desterradas a un oscuro rincón de la tienda. Las dulces, en cambio, venían de las islas del océano Índico, donde eran más difíciles y más peligrosas de conseguir, pero el alto precio que se podía cobrar por ellas hacía que valiese la pena el riesgo.

Gafar se acercó al comerciante y le susurró una cifra al oído. Este abrió mucho los ojos. Parecía asombrado e indignado a la vez.

—¡Es abusivo! —exclamó—. Estaría condenando a mi familia a pasar hambre si te pago semejante disparate por estas perlas.

Alí Gafar sonrió de nuevo. Contaba los cuarenta años, un marino de toda la vida que había pasado más tiempo en alta mar que pisando tierra firme. Corpulento y de cuerpo ancho, lucía una calva brillante y curvilínea. Tenía las cejas tupidas, y unos mostachos largos y retorcidos que hacían juego con las punteras de sus babuchas. Vestía un chaleco de gamuza verde con flores rojas bordadas, que dejaba al aire su torso curtido por el sol.

—No tienes que hacerlo, ni yo te lo pediría —dijo—. Estoy seguro de que en la ciudad de Bagdad, a la que iremos pronto, sabrán apreciar el verdadero valor de nuestro producto. Quizá tanta belleza no está al alcance de todos.

—Me ofendes, Gafar. Sabes que mi tienda es la más prestigiosa de Basora.

—Por eso te las he ofrecido en primer lugar, amigo mío. Pero yo también soy de Basora, y mi conciencia no puede consentir que la familia de un paisano pase hambre. En cambio los niños de Bagdad no me quitarán el sueño, que Alá en su infinita sabiduría cuide de ellos. En la capital podré obtener el precio que merece un producto de semejante calidad.

Gafar iba a levantarse, pero Mustafá lo sujetó por el brazo.

—Espera, podría ofrecerte algo más. Pero no tanto como solicitas.

El piloto sonrió satisfecho. Su gesto fue como el de un gato que se relame al comprobar que la presa está ya a su alcance. *Que Alá permita siempre que haya incertidumbre entre el vendedor y el comprador*, pensó. Y sin dejar de sonreír, cruzando los brazos, dijo:

—Hablemos entonces.

* * *

Su conversación se vio interrumpida de repente cuando Sindbad y el muchacho subieron a la cubierta de *El Viajero*. El capitán cruzó entre sus hombres y se dirigió hacia la proa, dejando un rastro líquido a su paso. Se quitó la camisa empapada y la arrojó a un lado. Luego trepó a la amura de babor y desde allí vio cómo las palas de la nave metálica comenzaban a girar y su chimenea arrojaba un humo negro y espeso. ¡Se estaba preparando para zarpar!

—¡Por las barbas de mi padre...! ¿Qué te ha pasado, capitán? —le preguntó Gafar acercándose a él—. ¿Es que te has caído al agua?

Sin dejar de mirar hacia el barco de metal que ya empezaba a ponerse en movimiento, Sindbad le ordenó a su piloto:

—¡Bota de inmediato la lancha y que maniobre para sacar a *El Viajero* del puerto!

—¿Qué? —Gafar miró atónito a su capitán.

Sindbad saltó junto a él y le puso una mano sobre el hombro.

—Nos vamos ahora mismo, amigo mío —le dijo—. Ocúpate tú de todo.

—Pero, capitán, tenemos negocios en marcha. Nos han pagado señales y...

Mustafá se acercó entonces a ellos. Saludó al capitán llevándose la mano al pecho, a los labios y a la frente, y dijo con voz engolada:

—El famoso capitán Sindbad, supongo. Me es muy grato conocer por fin a un marino tan famoso. El relato de tus viajes anda en la boca de todos.

—No creas todo lo que se cuenta —le replicó mirándolo de refilón—. Mis disculpas, hermano, pero debo pedirte que abandones mi nave inmediatamente. Vamos a zarpar.

Una expresión de asombro se dibujó en el ancho rostro del comerciante.

—¡No puede ser! —exclamó. Sus tres papadas temblaron a la vez—. He adquirido mercancías que aún están en tu bodega. Ahora mismo estaba negociando con mi buen amigo Alí Gafar la compra de estas perlas.

Mustafá levantó el cuenco lleno de esferas nacaradas para que Sindbad pudiera verlo.

—Lo siento. —Le quitó las perlas al mercader y, dándole la espalda, se volvió hacia Gafar—: Amigo mío, tenemos que seguir a esa nave antes de que desaparezca en el horizonte.

—No va a ser fácil, capitán —dijo el piloto.

Sindbad suspiró y se llevó la mano a los riñones. Se había lastimado al salir apresuradamente por la escotilla de la nave de metal.

—Gafar, quien quiere hacer algo encuentra un medio; quien no quiere hacerlo encuentra una excusa. Tenemos que ir ya detrás de ese barco, amigo mío.

Mientras la tripulación se recuperaba del desconcierto y se iba incorporando a la complicada tarea de preparar el dhow para volver a navegar, Sindbad se acercó a los músicos y las bailarinas, que estaban inmóviles y expectantes.

—¿Quién está al mando? —preguntó.

—Yo, capitán —dijo el que tocaba las charanas, una especie de castañuelas.

Sindbad le dio al músico unas monedas para que las repartiera con su gente.

—Tenemos prisa. Debes bajar a tierra ahora. Pero antes...

Le entregó la carta que Yahiz había escrito para la madre de Radi.

—Quiero que busques a la mujer a la que va dirigida esta carta y se la des. Con discreción. Si lo haces bien, a mi vuelta habrá más monedas para que tú las repartas.

Sindbad le hizo memorizar las señas que Radi le había dado, y luego dejó que los músicos abandonasen el barco por la estrecha pasarela.

Mustafá ya estaba en el muelle, y la ira había enrojecido aún más su rostro mofletudo.

—¡Te arrepentirás de esto, Alí Gafar! —gritó.

El piloto lo miró con consternación desde la proa, pero no dijo nada. El bote ya estaba amarrado delante de *El Viajero*, y los hombres a los remos esperaban su señal.

—¡Adelante!

Gafar sabía que muy pronto lamentaría haber dado esa orden.



Música persa

La superficie del río Tigris relucía como una larga cimitarra que se curvase suavemente hacia el horizonte. Las orillas se fundían con la oscuridad y sólo se adivinaba la silueta de la vegetación recortando las estrellas. La luna dominaba un cielo de color violeta oscuro, que ahora estaba limpio de nubes. Su reflejo y el de las estrellas, en la plácida superficie del río, creaban la extraordinaria ilusión de que navegaban en silencio por el cielo.

El Viajero era una nave algo mayor y con mejor aparejo que el dhow árabe común de un palo y proa baja. Podía navegar por el océano y luego remontar el curso de un río. Ahora llevaba una buena velocidad. Una brisa franca que soplaba del través hinchaba las velas y hacía vibrar los cordajes y las jarcias. A pesar de ello, la nave de metal era demasiado rápida y pronto se había perdido en la distancia.

No tiene importancia, pensó Sindbad. Un barco tan impresionante remontando el Tigris sólo podía tener un destino: los muelles de Bagdad.

Los tripulantes cumplían con su trabajo, pero no estaban muy contentos con él. Podía entenderlo. A su llegada a Basora, después de tantos meses de viaje, esperaban disfrutar de algunos días con sus familias antes de reanudar el viaje hasta Bagdad.

Gafar era quien más molesto parecía.

—Había iniciado tratos, capitán —le dijo—, y los comerciantes me habían dejado dinero a cuenta. Ahora pensarán que les hemos robado.

—A la vuelta lo devolveremos todo y abonaremos los intereses de rigor.

—¡Pero hasta entonces nuestra honestidad quedará en entredicho!

Sindbad apoyó las manos en los hombros de Gafar.

—Amigo mío, te prometo que lo que estamos siguiendo vale la pena. Sabes que en otras ocasiones me he dejado llevar por mi instinto y que los resultados siempre han sido provechosos para todos. Por favor, confía ahora en mí y transmítele esa confianza a la tripulación.

Gafar se alejó no muy convencido y dejó a Sindbad solo en la proa, mirando ensimismado hacia un punto situado frente a ellos, allí donde el barco de metal había desaparecido en la oscuridad.

Sabía que esa noche no conseguiría dormir. Ni siquiera iba a intentarlo; tenía demasiadas preguntas y emociones revoloteando en la cabeza.

Alzó la vista y vio a Radi encaramado a una jarcia. El muchacho aprendía rápido y ya se estaba convirtiendo en un miembro útil de su tripulación. Sin embargo, Sindbad no olvidaba que su principal motivación para seguirle en aquella aventura era su deseo de vengarse del extranjero pelirrojo. Él, que había cruzado su espada con aquel hombre, sabía que Radi tuvo mucha suerte de salir con vida de su encuentro. El muchacho tenía motivos sobrados para buscar venganza, pero a la vez le preocupaba que esto se convirtiese en un problema más en aquel viaje.

Un confuso Yahiz salió de su camarote y se acercó a él. Las huellas de almohada en su mejilla izquierda revelaban que había estado durmiendo hasta un instante antes.

—Capitán —dijo—, ¿nos estamos moviendo!

—¿Por las rojas barbas del Profeta, por fin te has dado cuenta! —exclamó Sindbad—. Tienes el sueño pesado, erudito. Si no te despertaron la fiesta de anoche ni las maniobras para salir del puerto, no lo lograría ni un terremoto.

—Pero, pero... —Parecía que a Yahiz se le amontonaban las palabras y era incapaz de decir nada—. Esto no es posible, capitán. Yo tenía que desembarcar por la mañana. A primera hora tengo prevista una reunión con el círculo mutazilí de Basora para exponer las conclusiones de mi viaje. ¿No puedo llegar tarde a esa reunión!

—Puedes incluso no llegar en ningún momento. Porque lo que no puede hacer un hombre es saltar fuera de su sombra.

—¿Pero esto es inadmisibile!

—Créeme, estamos navegando por el Tigris rumbo a Bagdad. Basora y tu círculo *mutazilí* ya han quedado a varias horas a nuestra espalda.

Los ojos de camaleón de Yahiz se esforzaron en concentrarse en Sindbad.

—¿Por qué no se me informó de esto, capitán? Nuestro acuerdo terminaba en el instante en el que regresáramos a Basora. No tienes derecho a retenerme en tu nave. ¿Por qué no fui despertado y se me dio la oportunidad de desembarcar con mi equipaje?

—No hubo tiempo —dijo Sindbad. La verdad era que, entre el ajetreo y las prisas por no perder el rastro de la Nave Mágica, se había olvidado por completo de su pasajero.

La ira hizo que el flaco rostro de Yahiz enrojeciese.

—Esto es... ¡inadmisibile! —repitió.

Sindbad, que nunca lo había visto tan enfadado, aprovechó ese momento para decir:

—Estuve en el interior del barco de metal, como te dije que haría.

Yahiz parpadeó desconcertado.

—¿Qué?

—Estuve en el interior de esa nave extraña —repitió Sindbad más lentamente—. Quería ver la máquina de vapor de la que me hablaste. Así que me introduje en las entrañas de esa nave para comprobar si tu teoría era cierta...

—¿Y la viste? —le interrumpió Yahiz, olvidando al instante su enfado—. Dime, capitán, ¿viste la máquina de vapor?

—No la vi porque no había tal. En lugar de un artefacto mecánico me encontré, en cambio, con una criatura extraordinaria, un ser que debe de tener un origen mágico... —Y Sindbad añadió con satisfacción—: Por lo tanto, estabas en un error, Yahiz.

—Cuéntame lo que viste, capitán, por favor —le rogó el *mutazilí*.

Sindbad lo hizo con todo lujo de detalles, y le describió el cuarto de paredes de metal rojizo, los braseros caldeando el aire y la asombrosa criatura de tres metros de altura que estaba prisionera en el corazón de la nave.

—Un anciano sufí me entregó esto —explicó, mostrando el talismán pentagonal—, y me dijo que debía llevarselo a una dama de Bagdad. Se parece a los símbolos grabados en el casco de la nave. Los mismos caracteres angulosos del libro de Radi.

Yahiz lo observó durante un rato y dijo:

—Los del libro son caracteres hebraicos, lo comprobé hace unas horas. Como nosotros, los antiguos hebreos también le daban mucha importancia a la geometría de la letra, el sentido trascendente de la escritura y sus valores ocultos.

—¿Puedes entender lo que dice?

—Hay que interpretarlo, capitán. Para los hebreos, como para nosotros, el misterio de la escritura proviene de Dios. El cuerpo de la escritura son las consonantes, las vocales constituyen el espíritu, lo que insufla vida a la palabra y permite su interpretación. Muchas veces, las claves vienen dadas a través de curiosas formas visuales. Aquí los caracteres han sido deformados para que se ajusten al espacio pentagonal, pero... —Yahiz giró el talismán y por fin encontró la posición correcta—. Se lee de derecha a izquierda, en círculo hacia el centro, y lo que dice es: «Abro para ti una puerta en la oscuridad».

Sindbad alzó las cejas.

—¿Y eso qué significa?

—No lo sé, pero es lo que dice y... ¡Un momento! —Yahiz se propinó una sonora palmada en la frente—. ¡Sí, claro, tiene que ser eso! Djinn viene del verbo árabe *djinna*, «oculto», o también «cubierto de oscuridad». Así que el texto podría traducirse también como: «Abro para ti una puerta al país de los djinns».

—¿Me estás diciendo que eso que vi en la bodega era un djinn?

—No hay otra explicación. Capitán, ¡esto es fascinante! —exclamó lleno de entusiasmo—. Mientras viajaba contigo, he intentado catalogar todas las especies animales y las razas humanas que encontrábamos en nuestro camino. ¡Pero no

encontré ni rastro de los djinns!

—¿Y no consideras que los djinns son criaturas mágicas? Algo que tú mismo afirmaste que no era posible que existiese.

—Oh, no, no, capitán —negó con un firme gesto de la cabeza—. Los djinns son reales, su existencia en nuestro mundo está probada por varias citas del Sagrado Corán, cuyo capítulo setenta y dos está enteramente dedicado a ellos: «He creado al hombre de barro, de esa arcilla a la que se da forma fácilmente. Antes de él, había creado ya a los djinns de un fuego sutil». Los djinns fueron hechos por Alá de fuego, del mismo modo que los hombres fuimos hechos de barro. Son muy poderosos, mucho. Algunos como Shaitán o Iblis se negaron a obedecer a Alá.

—¡Lo que vi era una criatura asombrosa! Nunca me he encontrado con nada igual.

—En este mundo hay muchas criaturas desconocidas, capitán, y los djinns forman parte de él, nos guste o no. Son tan materiales como esta nave o cualquier otra cosa que podamos ver a nuestro alrededor. Comen, tienen hijos, mueren... Alá los creó antes que a los hombres y después que a los ángeles, pero de alguna forma están ligados al género humano. En el Sagrado Corán se usa varias veces la expresión común «los djinns y los hombres», para referirse a las criaturas con alma que gozan del libre albedrío.

—¿Libre albedrío?

—Así es, capitán. Los ángeles están protegidos del pecado y obligados a obedecer a Alá. Pero entre todas sus criaturas, a los hombres y a los djinns nos otorgó la capacidad para elegir entre el Bien y el Mal. Por eso unos djinns son malvados y otros son fieles devotos del Señor. Igual que pasa con los hombres.

—Y algunos son esclavos, por lo que parece —dijo Sindbad—. El que estaba en el interior de esa nave se encontraba encadenado, y creo que me pidió ayuda... O algo así.

—¿Te habló en árabe?

—No, usó una lengua extraña de la que no pude entender ni una palabra.

—¡El idioma de los djinns!

—Eso debía de ser —asintió Sindbad.

De repente, Yahiz se acercó a él y lo abrazó efusivamente.

—Amigo mío —dijo—, ¿cómo podré agradecerte esto? ¡Ahora tengo la oportunidad de conocer a un individuo de la otra raza inteligente con la que compartimos el mundo! ¡Los djinns! Jamás se ha hecho un estudio verdaderamente riguroso sobre ellos.

—¿Y qué interés tendría eso? Son seres extraños.

—Este es un mundo extraño, capitán —afirmó el erudito—. Nuestros reinos se enzarzan en guerras a causa de pequeñas diferencias en la interpretación de nuestra

fe, y existen razas y culturas tan extrañas que no alcanzamos ni a imaginar. Creo que sólo a través del estudio y el conocimiento de toda la Creación, incluso de lo más ajeno, podemos entendernos a nosotros mismos y alcanzar algún día la paz. Quiero estudiar a los djinns, su historia, su cultura, sus costumbres... Es una oportunidad maravillosa, capitán, y te la debo. ¡Gracias, gracias, hermano!

—Muy bien —dijo Sindbad, apartándose un poco. No estaba seguro de que le agradase la nueva familiaridad con la que Yahiz le trataba—. Ahora hay que intentar alcanzar esa nave movida por un djinn, lo que no va a ser fácil.

—Sí, por supuesto, capitán. Haz tu trabajo, que yo regresaré a mi camarote para buscar cualquier referencia de interés sobre los djinns que encuentre en mis libros.

* * *

El Viajero siguió su curso. El sol se elevaba en un cielo de un asombroso color lavanda. Su luz perfilaba las generosas curvas del velamen desplegado. Navegaban trazando amplios zigzags para remontar la corriente, aprovechando las suaves bocanadas del viento. En torno a ellos se dilataba el Tigris, con sus aguas sonrosadas por el reflejo de la aurora. Las orillas palpitaban de vida. Palmerales y arbustos reseco desfilaban ante sus ojos. Patos, grullas y golondrinas habitaban entre sus juncos.

Poco a poco, el río se fue llenando de naves de todas las formas y tamaños, como si una gran ciudad flotante hubiera emergido de repente. Bagdad estaba cada vez más cerca, y todos navegaban hacia ella siguiendo aquel camino líquido. Sindbad preguntó a otros capitanes por el barco de metal sin velas. Nadie le dio una respuesta clara. Algunos creían haber visto algo remontando el río a gran velocidad en mitad de la noche, pero era demasiado extraño, estaba oscuro y dudaban de sus propios ojos.

Sindbad llegó a pensar si él no lo habría soñado también. Recordó el fuego y la impresionante presencia del djinn, y las emociones de aquella noche volvieron a él.

Deseaba y temía a la vez encontrarse de nuevo con aquel ser fantástico.



El río Tigris

11

La campana de relevo de guardia repicó bajo el tendal de popa. Habían pasado un día y otra noche remontando el río, así que Bagdad no podía estar ya muy lejos. Sindbad salió de su camarote, se lavó la cara en un barreño de agua y trepó a la cofa donde Radi montaba guardia.

—Ya está a la vista, capitán —dijo el muchacho señalando hacia la proa.

Bagdad, la suntuosa, brillaba entre las ondulaciones ocre de la tierra. Varios anillos concéntricos que encerraban un gran montículo verde, un jardín salpicado de palacios que parecían astillas de plata y mármol. Sindbad nunca se cansaría de admirar su belleza.

La Ciudad Circular era una idea tradicional de los arquitectos sasánidas, que seguían consideraciones cosmológicas que se remontaban a los asirios. Se ubicaba en las planicies fértiles del Tigris, y su diámetro externo era de casi tres kilómetros. Tres murallas concéntricas protegían la ciudad. La primera tenía una altura de treinta metros y estaba guardada por ciento doce torres. La segunda alcanzaba los cuarenta metros. Entre una y otra se abría un ancho glacis, mientras que entre la segunda y la tercera se encontraba el anillo de barrios de la ciudad, distribuidos en cuarenta y cinco cuadrantes separados por cuatro avenidas radiales que partían de las cuatro puertas de entrada.

Dentro de la tercera muralla había un inmenso parque circular de mil quinientos metros de diámetro donde se situaban los palacios, los edificios del gobierno y los templos. El Palacio de la Puerta de Oro, la residencia del califa y de su familia, ocupaba su corazón, flanqueado por la Gran Mezquita. Una gran cúpula de color verde, revestida de ladrillos esmaltados, dominaba el complejo, alzándose por encima de los demás edificios y palacios. Los brillantes destellos de su pulida superficie eran lo primero que el viajero distinguía al acercarse a Bagdad.

* * *

La nave de Sindbad pasó por delante de varios muelles y fue a atracar en el que estaba situado más al norte de la ciudad, después de completar la curva que el Tigris dibujaba alrededor de Bagdad. Hasta ese momento no habían visto ni rastro de la nave del djinn.

Sindbad empezaba a sentirse preocupado. Había remontado el río calculando que su destino era Bagdad. Pero el barco metálico no estaba allí. Su tripulación lo miraba con el ceño fruncido, de modo que continuar el viaje río arriba no parecía una buena opción.

Aquel último puerto de la ciudad disponía de dos muelles. Uno empedrado, con una torre cuadrada de defensa en su extremo exterior. El otro estaba construido sobre pilones de madera y daba servicio a las pequeñas embarcaciones que transportaban mercancías y personas hasta los grandes barcos fondeados en el centro del río. Entre ambos muelles se abría una playa de arena fina, donde algunos hombres y mujeres limpiaban pescado o reparaban redes de pesca.

Los muelles formaban un tapiz policromo y palpitante, tan abigarrado que aturdió los sentidos. Una decena de dhows estaban alineados con las velas recogidas. En el cielo volaban las gaviotas que habían seguido a las naves desde el mar. Lanzaban gritos y caían como piedras alrededor de los barcos para coger los desperdicios arrojados por las bordas.

Amarraron en el muelle de piedra. Desde allí partía una calle adoquinada que llevaba a la muralla exterior de Bagdad. Estaba cuajada de cabezas que se asomaban unas sobre otras, una multitud que acudía a curiosear las mercancías que llegaban al puerto. El lugar era un delirio de voces, ruidos, olores y colores flotando sobre la arena. Olía a pescado, a cebollas y coles, a sudor humano y de bestias, a sándalo, cúrcuma y un centenar más de especias diferentes. También a perfumes de ámbar y almáciga. Los artículos eran amontonados en pilas conforme se descargaban de los barcos. Por todas partes los pescadores pregonaban su producto en árabe y en persa. Unos mercaderes pesaban dátiles mientras otros ofrecían cestas de peces del río.

—Con todo el respeto, capitán —dijo Habib Qudama, que era a la vez el carpintero y el cocinero de *El Viajero*—, ¿qué hacemos aquí? Yo tengo familia en Basora. Estarán esperando que me reúna con ellos después de tantos meses en el mar.

—Tranquilo, hermano, seguro que nuestro capitán tiene una buena razón para todo esto —dijo Gafar dándole a su voz un tono de seguridad que sus ojos parecían contradecir.

Sindbad puso una mano sobre el hombro de Habib y le dijo:

—Hermanos, os pido a todos más paciencia. Ya sé que esperabais descansar en Basora y reuniros con vuestras familias, pero lo que hemos seguido hasta aquí es muy valioso. Os garantizo que hará que todo este esfuerzo valga la pena.



Bagdad, la ciudad circular

El anillo exterior de murallas de Bagdad estaba protegido por un sólido terraplén hecho de ladrillos y cal. Sindbad cruzó el puente tendido sobre el foso en compañía de Radi y Yahiz, a los que había pedido que le acompañasen. Los tres entraron en la ciudad por la Puerta de Siria, que era la que estaba situada más al noroeste.

Las cuatro puertas se llamaban Kufa, Basora, Khorasán y Siria, como los nombres de los caminos que partían hacia esos lugares. Cada una de ellas tenía hojas dobles de hierro, tan pesadas que hacían falta varios hombres para abrirlas y cerrarlas. Después de cada puerta, ocupando el espacio entre la primera y la segunda muralla, era necesario atravesar el patio de las alcazabas donde vivía la dotación de guardias que custodiaban día y noche las entradas a Bagdad. A continuación se entraba en la ciudad propiamente dicha por una amplia avenida radial, acotada por bulliciosos bazares cubiertos con bóvedas de lonas pintadas de azul y blanco.

El aire vibraba al son de los tambores, las cítaras y las flautas. Los comediantes y los saltimbanquis animaban a la multitud que fluía alegre, entre los puestos de comida y las tiendas en las que se podía adquirir cualquier mercancía imaginable. Comerciantes sirios, árabes, hindúes, malayos y chinos se daban cita en la ciudad. Las cortesanas, con vistosas flores de alheña pintadas en las mejillas, competían con los faquires y los predicadores por atraer la atención del público. Desde lo alto de los minaretes, los muecines se contagiaban de la excitación general y llamaban a la oración con un arrebato incesante.

—Bien, Yahiz —dijo Sindbad mientras caminaban junto a las filas de tiendas—. Me dijiste que tenías una idea de cómo encontrar a esa dama de la que me habló el sufi.

—Tras estudiar el libro del muchacho —el erudito hizo un gesto hacia Radi, que iba a su lado—, he llegado a la conclusión de que su padre realizó ciertos trabajos para algún distinguido ciudadano de Bagdad. Creo que el libro proviene de esa casa noble, y que el artesano dibujó un plano de calles para encontrarla en caso de que tuviera que ir a visitarlo.

—Es verdad —asintió Radi—. Fue hace más de dos años, pero recuerdo que mi

padre viajó a Bagdad para recoger un encargo. A su regreso, nos habló de una gran casa y de un erudito que vivía en ella con su bella mujer extranjera. Al parecer era un trabajo importante al que dedicó muchos meses encerrado en su taller, pero ya no nos contó nada más.

—Su bella mujer extranjera —repitió Sindbad—. ¿Crees que puede tratarse de la «dama de Bagdad» de la que me habló el sufí?

—Quizá, capitán, quizá —dijo Yahiz—. En cualquier caso, es un buen punto por el que podemos empezar a buscar a esa tal dama misteriosa.

—¿Qué necesitas para encontrar esa casa?

—Un lugar situado a una buena altura sobre la ciudad.

—Te lo conseguiré.

* * *

Sindbad condujo a sus amigos por una calle que discurría paralela a la muralla. Sus pensamientos iban y venían por la cabeza como pájaros asustados. A pesar de su aparente seguridad, empezaba a temer que todo aquello no le llevaba a ninguna parte y que había arrastrado a sus hombres lejos de sus familias para nada. Pero no podía mostrar ni la sombra de una duda. En eso se basaba la autoridad del capitán de un barco, en no dudar nunca. Y si además llevaba razón, es que era un buen capitán.

Llegaron a una gran casa que se apoyaba contra el muro, no mostraba nada especial ni ostentoso en su fachada. Una figura envuelta en un chador de seda negra les abrió la puerta. El velo le cubría el rostro, la nariz y la boca, de modo que el único detalle que revelaba su condición femenina eran sus grandes ojos negros y el aroma del perfume de jazmín. Les condujo en silencio hacia el interior y al cruzar un gran patio abierto todo cambió.

Entraron en una gran habitación, y las luces y los colores se volvieron suntuosos de repente. Radi sintió que se le aceleraba el corazón. Nunca había visto tal exuberancia de tejidos y aromas, y no tuvo más remedio que admirarse ante la variedad y brillantez de los atuendos de las bellísimas mujeres que se exponían sin recato ante sus jóvenes ojos, vestidas de sedas, terciopelos, rasos y brocados. Algunas estaban casi desnudas, ataviadas sólo con piedras preciosas y plumas que relucían sobre la piel de color ébano, alabastro o canela.

Al fondo de la sala, el rostro oscuro de un eunuco reflejaba la luz de las lámparas de aceite. Apartó una cortina y por ella entró una mujer muy alta, vestida con un caftán de raso de color verde bordado de oro. Era una dama de larga cabellera rubia recogida a su espalda con una trenza. Sólo unas finas arrugas alrededor de los ojos

azules delataban su verdadera edad.

—Bienvenido, capitán —dijo—. Es un placer recibirte de nuevo en mi casa.

—Ella es Aquilah —explicó Sindbad tras saludarla—. Fue la esclava favorita del anterior califa, que poco antes de morir le regaló la libertad y una pequeña fortuna. Ahora es dueña de esta casa y de varias similares en el centro de Bagdad.

—Y tú eres uno de mis mejores clientes —dijo ella con una sonrisa—. Mi casa está a tu servicio y al de tus amigos.

—Gracias, Aquilah. Necesito esa habitación discreta, junto a la muralla.

—Entiendo —asintió—. Acompañadme, por favor.

Caminando detrás de la mujer, cruzaron otro patio abierto al cielo raso, cercado por deslumbrantes fachadas encaladas y solado con cantos de río, con fuentes de agua cantarina y abundante vegetación. Desde allí se podía ver la muralla interior de ladrillo rojo, que se elevaba a gran altura sobre la casa de Aquilah. El olor del sándalo y el jazmín lo inundaba todo.

Una veintena de pequeñas habitaciones individuales comunicaban con aquel patio. La mayoría preservaban su intimidad con gruesas cortinas de lienzo. De algunas llegaba la música de una tañedora de *kuitra*, una especie de laúd de sonido gangoso y seco. Junto a la puerta de cada una había una pileta de mármol con agua para hacer abluciones rituales. A eso se dedicaba la casa de Aquilah. En ella, los hombres ricos de Bagdad se podían reunir en un ambiente agradable para hacer sus negocios. Y también, si así lo deseaban, podían contraer matrimonios de tiempo limitado. La fórmula era una especie de contrato de boda abreviado. El precio del servicio era la dote simbólica que aseguraba la rectitud de la dama durante el tiempo del matrimonio, que podía durar apenas una hora, el tiempo justo para la consumación.

Aquilah los llevó por un pasillo muy estrecho hasta una habitación cerrada por una puerta de madera. Su interior era un cubo sin ventanas, con sólo una estera de paja colgada de la pared del fondo. Ella se quedó en el umbral mientras sus invitados pasaban.

Yahiz miró atónito el cuarto vacío, intentando entender por qué estaban allí.

—Gracias, Aquilah —dijo Sindbad—. Aprecio tu hospitalidad. Ahora debes dejarnos.

La mujer cerró la puerta y se oyó el sonido del pestillo.

—Parece que eres un personaje privilegiado en esta casa —comentó Yahiz, no sin ironía.

—Me paso la vida en el mar, ¿crees que tengo tiempo para cortejar a una mujer? Pero dejemos eso, ahora debemos apresurarnos. Venid detrás de mí.

Se acercó a la pared opuesta a la puerta y apartó la estera, descubriendo un pasadizo oculto que continuaba con una estrecha escalera de caracol.

—Creo que nos debes una explicación, capitán —dijo Yahiz—. ¿Qué es esto?

—Aquilah utiliza esta escalera para facilitar la salida discreta de algunos clientes. Por debajo desemboca en un pasadizo que lleva a otro edificio. Pero por arriba...

Treparon por los húmedos escalones de piedra. Sindbad llegó al final y empujó una trampilla sobre su cabeza. Salió por ella y sus dos compañeros lo siguieron. Con medio cuerpo aún dentro del hueco, Yahiz lanzó una mirada a su alrededor. Estaban en el antepecho de la gran muralla interior. Era como una amplia calzada de ladrillo que recorría todo el perímetro con una anchura que permitía a varios hombres recorrerla a caballo. Las torres de vigilancia se elevaban a lo lejos a gran altura, silueteadas de rojo por el sol poniente y arrojando largas sombras.

Sindbad corrió hasta las almenas y les hizo una señal para que fueran con él.

—¿No crees que podrían vernos desde las torres, capitán? —preguntó Radi.

—La muralla es demasiado grande para tenerla toda vigilada en tiempo de paz. No te preocupes por eso: las sombras son nuestras aliadas. Ahora, mirad los dos hacia fuera.

Yahiz apenas asomó la nariz por encima del muro y lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Es el barco del djinn! ¡Lo has encontrado, capitán!

A no mucha distancia, remontando la corriente del Tigris, había una curva con un remanso. Sindbad la conocía bien; algunos pescadores solían ir allí para ahorrarse el arancel del puerto. La nave de metal estaba atracada en ese meandro, tal y como había adivinado.

Radi se asomó también y entornó los ojos con odio.

—En ese barco está el hombre que asesinó a mi hermano —dijo entre dientes.

Sindbad lo obligó a volverse y a mirarle.

—Sí, pero si te he traído conmigo es porque a partir de ahora vas a hacer las cosas a mi modo. Solucionaremos este asunto juntos. ¿Está claro?

—Sí, capitán —dijo el muchacho bajando los ojos—. Será como tú dices.

—Muy bien, lo primero es encontrar la casa de esa mujer.



La mujer en el Islam

13

Al caer la noche, miles de lámparas se fueron encendiendo por toda la ciudad. Era como si un puñado de estrellas amarillas y titilantes se hubieran precipitado hacia la tierra, depositándose dentro de aquel cuenco gigantesco que era Bagdad. También en el río, los barcos habían encendido sus fanales y sus reflejos se arremolinaban y danzaban sobre la negra superficie de las aguas, hasta perderse a lo lejos en la oscuridad de la noche.

Con más confianza, Sindbad y sus acompañantes se habían puesto de pie junto a las almenas. No se apreciaba ningún cambio en la nave de metal, que seguía detrás de la curva del Tigris, oculta de la vista desde los puertos de Bagdad. Unas pocas lucecitas deambulaban por su cubierta. Yahiz consultaba el plano trazado por el padre de Radi. No eran más que unas cuantas líneas de tinta sobre una de las hojas del libro, y no estaba tan claro como había creído al principio. Al comparar el plano con la ciudad real le costaba ver la relación entre el trazado de las calles y esas líneas. Lo giraba una y otra vez sin encontrar la posición correcta.

—Tu padre sería un gran calderero, muchacho, pero no tenía ni idea de dibujar un mapa.

—No lo hizo para que lo interpretases tú. Lo dibujó para sí mismo —replicó Radi.

—Explícame una cosa, Yahiz —dijo Sindbad, que seguía atento a cualquier movimiento en la Nave Mágica—. Si ese barco está hecho de metal... ¿cómo es posible que flote?

Radi se volvió y asintió a la pregunta de Sindbad.

—Es verdad —dijo—, yo también me he preguntado lo mismo.

—Que el muchacho no lo sepa, lo entiendo —dijo Yahiz—. Pero tú, capitán...

—Yo, ¿qué?

—Siendo marinero... ¿no sabes por qué flotan los barcos? Me cuesta creerlo.

—Porque son de madera —dijo rápidamente Radi.

—¿Es que ninguno de los dos ha oído hablar de Arquímedes?

Sindbad sacudió la cabeza y preguntó:

—¿Es un capitán de Basora?

Yahiz abrió la boca para responderle, pero Radi lo interrumpió:

—Mira, capitán, ¡aquella luz está parpadeando! ¡Una, dos, tres, se apaga!

—Lo está repitiendo... ¡Es una señal! —exclamó Sindbad—. El sufí dijo: «Sigue la luz». Se refería a esa luz, claro. ¡Y yo sé en qué barrio está esa casa!

Sin decir nada más, Sindbad se metió como una flecha por la trampilla y empezó a bajar por la escalera de caracol. Radi y Yahiz lo siguieron como pudieron. Dieron vueltas y vueltas mientras descendían a toda velocidad por aquella estrecha y húmeda espiral de piedra.

El erudito empezaba a marearse con tanto giro.

—¡Más despacio, capitán! —gritó—. ¡Más despacio o no podré seguirte!

—¡Hay que llegar a ella antes de que la luz deje de brillar!

—Pero no es necesario correr. Con ese punto de referencia lograré situar la casa.

—Lo siento, amigo mío, pero ya tuviste tu oportunidad —le gritó Sindbad.

Yahiz intentó seguir su paso, pero resbaló en aquellos húmedos escalones, perdió pie y bajó varios tramos rebotando sobre sus posaderas mientras gritaba de dolor.

Sindbad y el muchacho llegaron a un pasadizo que conducía a una vivienda abandonada, situada junto a la casa de Aquilah. El capitán abrió la puerta y echó a correr calle abajo.

Mientras tanto, Yahiz alcanzó la base de la escalera y cruzó el pasadizo, apoyándose contra las paredes. Cuando salió por fin a la calle, apenas logró ver la espalda del capitán y de Radi alejándose a la carrera. Intentó seguirles, pero no pudo. Giró sobre sí mismo como si siguiera dando vueltas dentro de la espiral de la escalera, se le enredaron los pies y cayó tan largo como era. Todo rodaba ante sus ojos, se puso de lado y vomitó.

* * *

Sindbad y el muchacho se metieron por una callejuela perpendicular a la avenida radial. Las paredes encaladas estaban tan cerca unas de otras que a veces tenían que ponerse de lado para pasar. Las ramas de algunos árboles frutales asomaban entre los tejados y proyectaban sombras aún más profundas sobre la calle. Allí el tacto era más útil que la vista para orientarse.

El callejón desembocó en otro un poco más amplio, y Radi señaló hacia arriba.

—¡Mira, capitán! ¡La luz!

Atravesaron otra calle igual de estrecha y, de repente, se toparon con una gran pared de piedra maciza, con una ventana abierta al exterior situada a tres pisos de altura. Justo allí había estado parpadeando la luz, pero ahora estaba oscura.

Aunque se hallaba en una calle bastante estrecha y relativamente lejos del centro, la casa era un verdadero palacio. Tenía columnas de mármol y el techo era de vigas de cedro trabadas. Del muro colgaban medallones con caligrafías. Una tapia no muy alta continuaba a partir de esa pared para rodear todo el palacio. Las palmeras asomaban sus cabezas por encima del muro, y dejaban colgar sobre ellos sus brillantes racimos de dátiles.

De repente, algo llamó la atención de Sindbad. Detrás de la celosía de rombos que cubría la ventana donde había estado la luz advirtió un movimiento.

—Radi, quédate aquí y vigila la calle.

—Pero, capitán...

—No hay nada más que hablar —le cortó Sindbad—. Y que no se te ocurra abandonar el puesto que te he dado. Esa es una falta muy grave para un marinero.

—No, capitán. Vale, aquí estaré.

—Eso espero, o tendrás que buscarte otro barco.

Sindbad trepó por el muro y saltó a un gran patio abierto lleno de flores y frondosos árboles frutales. Le llegó la fragancia de los higos, relucientes de gotas de miel. Una brisa tibia evaporaba las esencias de las flores de azahar y los jazmineros que empezaban a abrirse.

En un extremo del patio, las ramas más altas de una encina se extendían hasta casi rozar la ventana del tercer piso. Lanzó una mirada en derredor. Todo parecía tranquilo. Avanzó hasta la pared, oculto entre los setos, y empezó a trepar por el árbol. La corteza era rugosa, con salientes a los que agarrarse de forma bastante segura. Alcanzó la cornija del tercer piso y se agarró a una de las columnas. Asegurando el pie en un resquicio, saltó al borde del alféizar y se asomó por los agujeros de la celosía. Pero no logró distinguir nada, dentro estaba bastante oscuro. Empujó la hoja de la ventana e introdujo medio cuerpo, atento a cualquier movimiento.

En ese instante, unas manos fuertes como tenazas lo atraparon por el cuello y lo obligaron a entrar de un violento tirón.



Principio de Arquímedes

Sindbad rodó por el suelo e intentó ponerse rápidamente en pie para enfrentarse a su desconocido enemigo. Pero sus ojos se toparon entonces con unos bellísimos pies desnudos cuyos tobillos estaban adornados con ajorcas de oro y perlas. Alzó un poco más la vista y vio a una hermosa mujer plantada ante él, en el centro de la habitación.

—¿Qué buscas en mi casa?

Su voz tenía un acento desconocido para él, pero era tan fascinante como su presencia, que irradiaba un halo de misterio. Su piel tenía el tono exacto de la canela y los pómulos estaban exquisitamente marcados en su rostro ovalado. Vestía un caftán de raso reforzado con alamares y perlas que realzaban la majestad y arrogancia de su pose. Su cabellera era negra, larga y lisa, apenas cubierta por un pañuelo de muselina sujeto con agujas de oro. Los ojos, grandes, hermosos, de mirada profunda, eran de un color entre castaño y negro.

—Yo... señora... —musitó Sindbad, sin salir de su asombro.

—No te atrevas a intentar nada —le interrumpió ella—. Mi fiel Mesut podría quebrarte el cuello como si fuera una ramita seca. Estás avisado.

Sindbad giró la cabeza y vio a un hombre de abultada barriga y cráneo rapado, con los brazos en jarras y los ojos clavados en él. De su cuello colgaba una cajita de marfil sujeta alrededor del mismo con cintas rojas. Comprendió que el tal Mesut era un eunuco y que en esa cajita guardaba sus testículos momificados para así poder entrar entero en el Paraíso.

Volvió a concentrarse en la presencia mucho más agradable de la dama.

—Quiero disculparme, señora, por haber irrumpido así en tu vivienda —empezó el marino mientras se ponía en pie lentamente.

—Quédate donde estás —le advirtió ella.

—No tengo excusa, pero lo consideraré necesario porque tenía que entregarte...

Se llevó la mano a la faja como si fuera a sacar una daga. La mujer volvió los ojos hacia Mesut y le hizo una seña. El eunuco agarró por la espalda a Sindbad y le puso la hoja de un cuchillo en la garganta, de tal forma que no podría mover ni un dedo sin que lo degollara. Ella alargó una mano, cogió el objeto de su cinturón y se lo arrebató.

Era el pentágono de cobre grabado con símbolos extraños.

El bello semblante de la mujer adquirió de repente una expresión muy seria.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó—. No me mientas.

—No tengo intención de mentirte. —Sindbad estiró el cuello para alejarlo de la hoja—. Un anciano sufí me lo confió. Alabado sea Alá en todas las circunstancias. Estaba herido de muerte y me pidió que lo pusiera a salvo de sus asesinos y que se lo entregase a «una dama de Bagdad». «Sigue la luz para llegar a ella», me dijo.

—¿Estuviste en el barco que lo trajo aquí? —La mujer lo miró con interés.

—Sí —dijo Sindbad—. Un extraño barco de metal que podía navegar sin velas ni remos, y lo que vi en su interior me produjo tal asombro que perseguí su estela hasta Bagdad.

—¿Y qué fue lo que viste? —preguntó ella muy lentamente.

Sindbad tragó saliva. El filo de acero seguía apoyado en su gaxate.

—Un djinn.

—¿Un djinn?

—Sé que no me crees, señora. No tienes por qué creerme. Yo mismo no lo creería si no lo hubiera visto. Pero puedo demostrarte que soy un hombre recto. Soy capitán de un dhow atracado en el puerto de Siria, mi tripulación te dará fe de mí.

La mujer le hizo una señal a Mesut y este apartó el cuchillo.

—Dime, en ese barco de metal del que me hablas, ¿viste a mi esposo?

—No sé quién es tu esposo, señora.

—Qaid abd al-Siqalabi ibn Muawiya al-Dajil, servidor de la Sagrada Casa de Alá, y embajador del califa ante el emir al-Hakam I de al-Ándalus.

Al-Ándalus. La palabra despertó de inmediato ecos de aquella remota región a la que Sindbad siempre había deseado viajar. Le parecía estar paladeando su exotismo y percibiendo los fantásticos y disipados perfumes que evocaba el nombre de aquel lejano Reino del Ocaso.

—¿Acaso tú eres de allí, señora?

—Soy Aisha al-Farida, de Córdoba.

Sindbad asintió. Se decía que las mujeres andalusíes eran diferentes de cualquier otra mujer del islam. En Sevilla había mujeres con la condición de jurisconsultos, y otras mujeres en Córdoba ejercían el oficio de la notaría. Famosos eran los casos de mujeres que lograron repudiar a la segunda esposa de su marido, simplemente porque habían previsto en su propio contrato matrimonial conservar dicha facultad. Ciertamente, las andalusíes eran mujeres sorprendentes. Y en ese momento él podía comprobar que su fama era cierta.

—Qaid es un hombre alto, de porte elegante, con la barba entrecana.

Sindbad rememoró el aspecto de los tres cadáveres que había visto en el pasillo de la nave de metal, y dijo:

—No vi a nadie con esas características. ¿Dónde se supone que está tu esposo?

—Lejos. Muy lejos. Hace dos años que no sabía de él. Me pidió que encendiera una luz en esa ventana cada noche, y así lo he hecho. Prometió que la persona que acudiera un día a su llamada me llevaría ante él. Pero tú no eres esa persona.

—Lamento decepcionarte, señora, pero no. El anciano sufí me dio ese talismán junto con el encargo de que te lo trajese —dijo Sindbad, señalando el pentágono de cobre que Aisha le había arrebatado—. No sé más.

—Tu acento me dice que también eres extranjero.

—Nací en la India, pero mi barco y mi tripulación son de Basora. Mi nombre es Sindbad, el capitán Sindbad, seguro que habrás oído hablar mucho de mí... —Sonrió—. Sí, soy yo, y te aseguro que muy poco de lo que cuentan sobre mis aventuras es exagerado...

—Nunca había oído hablar de ti, capitán Sindbad.

—¿No? —preguntó él intentando disimular su decepción.

Aisha negó con un gesto pensativo y luego bajó los ojos hacia el pentágono metálico. De repente pareció tomar una decisión, alzó de nuevo la vista hacia él y dijo:

—Capitán, sígueme, quiero mostrarte algo.

Fue detrás de ella y atravesaron una abertura cuadrada y sin puerta que daba a un pasillo muy estrecho. Sindbad se volvió para ver si el eunuco los seguía, pero se había quedado vigilando junto a la ventana. El suelo estaba cubierto por una magnífica alfombra. Los pies descalzos de Aisha no hacían ningún ruido al caminar sobre ella, pero el raso de su falda rozaba contra las paredes con un suave rumor. La siguió fascinado y obediente, como un pagano ante la imagen de una diosa. Su perfume le embriagaba como el humo de *hashish*. Se sentía sin aliento al estar tan cerca de la mujer más hermosa que había visto en toda su vida. Le asaltaron locos deseos de cogerla del brazo, besarla, y luego escapar juntos en su barco, lo más lejos posible.

Tal vez lo hubiera hecho de ser diez años más joven.

Aisha sacó un manajo de llaves y abrió una pesada puerta de madera. Entraron en una habitación que era una curiosa mezcla de sobriedad y lujo. Las paredes eran de escayola y el suelo estaba cubierto de mosaicos sencillos. Olía a papel y a pergamino. La estancia no tenía ventanas; toda la luz provenía del techo, de una lucerna adornada con vidrios de colores que proyectaban reflejos de arco iris sobre el suelo. Varios almohadones de exquisita seda estaban dispuestos junto a un banco de cedro aromático de modo que se pudiera apoyar el brazo mientras se escribía. La pared del fondo estaba ocupada por una librería repleta de documentos, apilados hasta ocupar todo el espacio disponible.

Sindbad reconoció también diversos instrumentos científicos; un astrolabio, un reloj de sol poliédrico, un calendario lunar y de mareas, varias esferas armilares y un globo de cobre rodeado por un anillo de azófar forrado de cartón con los signos del

zodiaco pintados.

De las otras paredes colgaba una gran variedad de mapas; algunos representaban territorios de los que Sindbad nunca había oído hablar. Recordó lo que le había contado Radi: que su padre había trabajado para un erudito miembro de una casa noble.

—Este es el despacho de mi esposo. Aquí pasaba sus horas de estudio.

La mujer cerró la puerta tras de sí y le dio dos vueltas a la llave.

* * *

Sindbad se alegró de que el eunuco se quedase al otro lado, pero se preguntaba qué guardaría ella en aquella habitación.

A un lado de la sala había una mesita redonda de madera de acacia, con los pies tallados como las garras de un león. El centro del tablero contenía una delgada lámina de oro incrustada, con su superficie cubierta por un intrincado damasquinado. Sindbad quedó admirado por la habilidad del artesano que había labrado su superficie. Recorrió los delicados relieves con la yema de los dedos. Con finísimos hilos de oro había dibujado una maraña de formas y motivos de gran complejidad que se cruzaban una y otra vez, capa sobre capa.

La delgada tabla de oro labrado tenía un hueco con forma de pentágono justo en el centro, como si alguien hubiera cortado con una cuchilla una parte de ella.

—Esta mesa ha pertenecido a la familia de mi padre durante generaciones —le explicó Aisha—. Mi esposo descubrió que esos dibujos ocultaban una clave, que decidió descifrar. La estuvo estudiando durante años y encontró referencias a ella en textos muy antiguos provenientes de todas las partes del mundo, desde la India hasta la lejana China. Cuando terminó su embajada y vinimos a instalarnos en Bagdad, formó parte de nuestro equipaje. —La mujer colocó el talismán de cobre en la muesca del centro. Encajaba perfectamente—. Siempre he tenido esta mesa a la vista. Dicen que es la mejor forma de esconder algo. Los hombres del gran visir Ibn Jaldun han registrado la casa en muchas ocasiones, buscándola, pero nunca la han relacionado con lo que tanto codiciaban. En una ocasión, incluso tomé sobre ella una infusión de especias con un miembro de la familia de los Barmacías.

—Eres muy valiente, señora —admitió Sindbad—. Pero dime el motivo de que esta mesa sea tan valiosa que hasta el gran visir de Bagdad la desea.

Aisha avanzó un paso hacia él y su rostro quedó casi pegado al del marino.

—Capitán, te contaré todo lo que sé —musitó—. Necesito confiar en alguien.

Colocó sus manos sobre las mejillas de Sindbad y se inclinó hacia delante. La

primera reacción de él fue retroceder un poco, pues no imaginó lo que la mujer pretendía hacer. En su experiencia, era inconcebible que una dama tomase la iniciativa de esa forma. Jamás había oído nada semejante. Pero ella se acercó aún más, hasta que sus labios se rozaron, apenas un roce que puso todo el cuerpo del hombre en tensión, como las cuerdas de un laúd a punto de romperse.

Pero ella no se apartaba y él se dejó llevar por el deseo que había estado conteniendo. La estrechó con fuerza entre sus brazos y aspiró profundamente el sedoso aroma de su piel. Notó cómo su corazón se aceleraba mientras la besaba en el cuello. Recorrió su cuerpo con las manos, con movimientos apasionados, intentando dejar de pensar y de buscarle explicaciones a lo que estaba pasando. Dejó que sus sentidos tomaran el mando.

Ella no rehuyó el contacto. Al contrario, se apretó aún más contra el marino y lo besó en la boca. Un beso hambriento, largo y cálido, empapado de una profunda carnosidad, que hizo que a él se le erizase toda la piel. A través del tejido de su camisa, sintió la presión caliente de los senos de la mujer contra su pecho. Se arrodillaron en el suelo, frente a frente, y empezaron a quitarse la ropa. Él la miraba a los ojos con una expresión de asombro e incredulidad.

Entonces ella desnudó sus pechos. Tenían una forma deliciosa, una curva de suave tersura, la piel un poco más pálida que la del resto de su cuerpo, los pezones oscuros.

¿Está pasando esto de verdad?, se preguntó Sindbad.



Su voz tenía un acento desconocido para él, pero era tan fascinante como su presencia.

Aisha sirvió un gran vaso de agua y se lo dio a Sindbad. Mientras saciaba su sed, ella se sentó frente a él y lo observó con detenimiento.

—Tienes derecho a sentirte confundido por lo que acaba de suceder —dijo.

Ciertamente, estaba desconcertado. Tenía arañazos en la espalda y le dolía el labio por un mordisco apasionado de ella. Aunque Aisha era una mujer, daba la impresión de que disfrutaba haciendo el amor tanto como un hombre. Inconcebible. Era algo nuevo para él, pues ni siquiera las muchachas de Aquilah se atrevían a tanto. Había viajado lo suficiente como para saber que las costumbres y lo que se considera correcto cambian tanto de un país a otro como las especias con las que se sazona la comida. Pero nunca se había encontrado nada semejante.

Sin embargo, negó con la cabeza y dijo:

—No pido explicaciones por los regalos inesperados.

—No te engañes, yo amo a mi esposo, pero él y yo nunca tuvimos relación carnal.

—¿Es posible?

—Él es un hombre muy sabio, un filósofo que siempre ha tenido su mente ocupada en asuntos más elevados que los placeres físicos. Quisiera ser como él, pero ciertamente no lo soy. Tengo mis necesidades, capitán, como tú también las tienes. Mientras él estaba a mi lado su presencia era como un bálsamo que me hacía olvidarlas. Pero al verme aquí sola, encerrada entre estas paredes durante dos años, prisionera en mi propia casa... He esperado su regreso cada instante interminable de ese tiempo. Ahora por fin recibo noticias tuyas, pero con ellas viene el temor de que pueda estar en peligro... Sindbad, soy una mujer sola. ¿Qué puedo hacer?

—Yo te ayudaré —le aseguró él con un gesto vehemente.

—¿Lo harás? ¿De verdad posees un barco?

—*El Viajero*, un dhow de dos palos que ahora está a tu servicio, mi señora.

—No pareces un marino. Hay algo aristocrático en tus rasgos y tus movimientos. Eres de estirpe noble, yo percibo esas cosas. Cuéntame tu historia para que pueda confiar en ti.

—Has acertado, señora. Mi familia era noble y dominaba la región del valle del

Sind, pero uno de los hermanos de mi padre reunió un ejército de mercenarios para arrebatarle el trono. Yo entonces apenas era un niño y quería a mi tío, pero mi padre y mis hermanos mayores fueron asesinados por él. A mí me perdonó la vida, me encerró en una torre del palacio y me puso un grillete adornado con oro y joyas. Mi tío tenía esa clase de sentido del humor.

Sindbad le mostró a Aisha la amplia cicatriz que lucía en su tobillo derecho.

—Un día, cuando ya había cumplido los quince años, un mercenario de pelo rubio cortó mis cadenas con su espada y me ayudó a escapar. Nunca supe por qué. Huí lejos y por fin pude cumplir mi sueño de ser navegante. Con el dinero que me dieron por aquel grillete enjoyado, compré mi dhow, *El Viajero*, y contraté al mejor piloto de Basora.

Aisha asintió.

—Es una historia asombrosa, pero te creo. Pareces un hombre acostumbrado a decir la verdad.

—Lo hago, señora.

—Entonces, noble capitán Sindbad, tienes que llevarme con mi esposo. Debo reunirme con él y advertirle de las intrigas que se están fraguando en Bagdad. Mi vida está en tus manos.

Sindbad sintió que el corazón se le aceleraba y comprendió que estaba hechizado por su belleza. En aquel momento daría su vida para protegerla, si ello era necesario. Y eso despertó una llamita de sospecha en su mente. ¿Lo había planeado ella de ese modo? Era evidente que ahora, con él como aliado, su situación había mejorado ostensiblemente.

—Te ayudaré, señora —dijo serenando el gesto. Se llevó la mano al pecho, a los labios y a la frente—. Con la ayuda de Alá.

—Mi esposo te pagará magníficamente por tu ayuda, te lo aseguro.

Sindbad frunció levemente el ceño cuando ella volvió a citar a su marido.

—¿Qué es eso tan valioso que encontró tu esposo y le hizo marcharse de tu lado?

—La tierra de los djinns.

—¡La tierra de los djinns! —repitió él con asombro.

—Hacia ella partió hace dos años, cuando descifró el código grabado en la mesa de mi familia. Encontró la descripción y la posición geográfica de ese reino oculto, situado en algún lugar de África. Pero el pentágono de cobre del centro de la mesa se había perdido. Se trataba de un talismán para protegerse del poder de los djinns, y sin él era imposible adentrarse en sus territorios. En su larga investigación de la mesa, encontró también las claves para fabricar una copia de él, contrató a un artesano de Basora y le indicó cómo hacerlo.

—Sí, conozco esa parte de la historia. Pero ¿por qué de cobre y no de oro?

—El metal de cobre es dañino para los djinns. De ahí el valor extraordinario de

esos talismanes a pesar de tratarse de simples trozos de metal.

—¿Por qué no lo acompañaste en su viaje?

—Por orden de Yahia Ibn Jalid, el gran visir del califa, tuve que quedarme en Bagdad como rehén hasta el regreso de Qaïd.

—¿Por qué? —se extrañó Sindbad.

—Mi esposo es un idealista. Dicen que los djinns son como los hombres, capaces de seguir la senda de Alá o de perderse. Qaïd partió hacia las lejanas tierras de África en busca de las naciones de los djinns. Como embajador al frente de una delegación de eruditos de las diferentes sectas de nuestra religión. Quería que los djinns conociesen nuestra fe para convencerlos de que se uniesen a nosotros en la Gran Casa del Islam.

—Muy loable, pero sigo sin entender por qué te encerraron aquí.

—Porque el califa está bajo la influencia de sus consejeros Barmacés, y estos desconfiaban de las intenciones de mi esposo. Se iba a encontrar con seres de un poder inmenso, y quizá estableciese alianzas personales con ellos. ¿Y si regresaba con un ejército de djinns para conquistar Bagdad? Le dieron lo que pedía, pero a cambio me retuvieron a mí como rehén. Quizá por la amistad de mi esposo con el califa Harún al-Rashid, me han tratado bien durante estos años.

—Quizá ahora las cosas han cambiado. El sufí que me entregó el talismán fue asesinado frente a mí por unos bárbaros. Y la familia del artesano que fabricó el talismán fue atacada y su hijo mayor, asesinado. Es posible que ya no estés segura en esta casa.

—Eso pienso yo también —dijo Aisha mirando fijamente a Sindbad—. Pero tú me has prometido que me ayudarías a escapar de esta prisión, ¿verdad?

—Primero tengo que deshacerme de ese gigante que está al otro lado de la puerta.

—No quiero que mates a Mesut. Durante estos dos años ha sido amable conmigo.

—Quizá pueda dejar sin sentido a tu guardián, si lo cojo descuidado y lo golpeo con algo muy grande... —Sindbad fue sopesando los objetos que estaban en la habitación y por fin se decidió por el reloj de sol poliédrico, que tenía una repisa de bronce bastante voluminosa. Miró a Aisha y añadió—: Estoy listo.

—Lo haremos juntos —le dijo ella mientras hacía girar la llave en la cerradura.

Sindbad se colocó detrás de la puerta mientras Aisha la abría.

—Entra, Mesut —dijo la mujer con voz tranquila—, necesito tu ayuda.

El eunuco dio un par de pasos dentro de la habitación; debió de notar que pasaba algo raro porque se giró de repente, pero Sindbad ya se había lanzado hacia él y descargaba el reloj de sol sobre su gorda y calva cabeza.

Mesut quedó inconsciente al instante con el golpe y se derrumbó como un montón de sacos de grano. En su caída chocó contra la mesita de madera de acacia, que estalló bajo su peso y se hizo astillas que volaron por toda la sala.

—Alabado sea Alá, porque esto está resuelto —exclamó Sindbad—. Ahora salgamos de aquí, señora. Uno de los hijos del artesano está esperándome abajo, vigilando la calle. Si no ha mandado ninguna señal es que sigue despejada. Vamos.

Aisha miró con tristeza los restos destrozados de la valiosa mesa que había pertenecido a su familia. Suspiró. Luego se agachó, recogió el pentágono de cobre y se lo entregó a Sindbad.

—Aquí tienes —dijo—. Si lo has protegido hasta ahora podrás seguir haciéndolo hasta que estemos seguros. Confío en ti, capitán. Podemos irnos cuando quieras.



Califato abasí

Yahiz estaba sentado con las piernas cruzadas en el primer patio de la casa de Aquilah, frente a un atril con el Sagrado Corán abierto en la sura LXXII. Tenía los hombros echados hacia delante y una expresión de abatimiento en el rostro.

La muchacha del chador negro le había ofrecido comida, pero él la rechazó y pidió a cambio alimento para su alma. No había servido de nada; era incapaz de concentrarse en la lectura mientras su mente le reprochaba una y otra vez el haber perdido a Sindbad.

—¡Estúpido, cretino, grandísimo estúpido!... —murmuraba para sí. Sentía ganas de abofetearse en ambas mejillas.

En momentos como aquel, dudaba incluso de su propia capacidad y eso le causaba la sensación de que la tierra se abría debajo de sus pies. ¿Qué quedaba de él si perdía también ese asidero? Había nacido en una familia acomodada, pero desde niño todos lo habían considerado un vago y un indolente que perdía el tiempo entre libros en vez de hacer algo útil con su vida.

Además, su feo rostro lo hacía parecer un cretino, por lo que nadie había esperado nunca demasiado de él. Quizá por eso se había aferrado a la ciencia como último recurso para darle sentido a su mundo. Se había esforzado y había conseguido grandes cosas, o al menos así lo consideraba él. Pero situaciones como la que acababa de vivir le dejaban la sensación de que quizá quienes lo menospreciaban no andaban tan errados. En cualquier caso, el capitán sabía que él no era un hombre de acción, sino de espíritu y razonamiento sosegados. No debería haberle puesto en semejante aprieto. Eso también había sido poco considerado por su parte.

Entonces, para su asombro, la muchacha del *chador* negro regresó acompañada por Radi y Sindbad. Caminaba junto a ellos una bellísima mujer vestida como una gran dama.

—¡Alabado sea Alá! —exclamó Yahiz—. Estaba muy preocupado por ti, capitán.

—Todo está bien, amigo mío, pero debemos apresurarnos. Quiero presentarte a Aisha al-Farida de Córdoba, del lejano reino de al-Ándalus.

El erudito hizo una reverencia y saludó formalmente a la dama.

—Al-Ándalus —murmuró con voz soñadora—. Siempre deseé viajar a aquella tierra.

—Hay que regresar al barco de inmediato —le interrumpió Sindbad—. No perdamos ni un instante más, la tripulación estará preocupada.

Yahiz frunció el ceño y miró al capitán y a la dama sucesivamente. Allí pasaba algo. ¿A qué venía tanta prisa? Se preguntó qué interesantes sucesos se habría perdido en esas horas.

Salieron de la casa de Aquilah y se dirigieron hacia el muelle en el que estaba atracado *El Viajero*. Aisha iba cubierta con un *chador* que sólo dejaba ver sus ojos. Las calles estaban vacías como un cementerio y no quedaba ninguna luz encendida en los portales. Evitaron la avenida radial y caminaron por callejuelas tortuosas. Radi iba hablando con Aisha, contándole la desdicha que se había abatido sobre su familia desde que su padre fue reclutado. Ella apenas tenía memoria de él, pero sí recordaba que le pareció un hombre honesto.

Yahiz y el capitán se adelantaron unos pasos. El erudito aprovechó para preguntarle:

—Una mujer muy hermosa. Pero ¿qué tiene ella que ver con el barco de metal?

—Es la esposa de Qaid abd al-Siqlabi ibn Muawiya al-Dajil. ¿Te dice eso algo?

—¡Qaid el erudito! Por supuesto, capitán, eso lo explica todo. Qaid abd al-Siqlabi es el más respetado estudioso de las tradiciones sobre los djinns.

—¿Lo conoces?

—Lo vi en alguna ocasión, hace años. Pero no puedo enorgullecirme de conocerlo.

—¿Es un hombre viejo?

—¿Viejo? No, capitán. Es algo mayor que yo, pero no diría que es viejo.

¿Por qué casarse con una mujer tan bella como Aisha si su intención era no tocarla?, se preguntó Sindbad. Le parecía tan absurdo que dudó que ella le hubiera dicho toda la verdad.

Consideró lo que estaba haciendo, había empeñado su palabra, su barco y a su tripulación en la improbable misión de buscar a ese tal Qaid abd al-Siqlabi en las lejanas tierras de África. En el país de los djinns, le había dicho Aisha.

¿Es que me he vuelto loco? ¿Cómo le voy a explicar ahora esto a mis hombres?

Si no podían volver a sus casas con sus familias, iban a amotinarse. Y, por otro lado, él también se había ganado un descanso después de una dura temporada. Pero allí estaba, embarcándose en una nueva aventura. ¿Le proporcionaría ese viaje algún beneficio o sólo peligros sin fin? Pensó que aquella mujer le había hechizado de una forma mucho más efectiva que si hubiera realizado un conjuro o le hubiera hecho tomar un bebedizo.

Estar al servicio de una mujer era una lastimosa sensación que no le gustaba. Pero

lo único que él tenía entonces en la mente era buscar la oportunidad de volver a estar a solas con ella.

Avanzaban rodeados por una oscuridad casi completa. Las fachadas de las casas se alineaban una junto a otra como una única e interminable muralla.

—Esto no me gusta —murmuró Aisha—. Hay demasiado silencio.

Sindbad les ordenó detenerse y dijo:

—Me voy a adelantar hasta *El Viajero*. Si todo está bien te haré una señal.

—Capitán, yo voy contigo —dijo Radi.

—De acuerdo. Pero es mejor que los demás os quedéis aquí —aconsejó Sindbad—. Yahiz, la dama y tú estaréis seguros mientras no abandonéis este callejón. Si todo está en calma en el muelle, enviaré a alguien a buscaros.

—Ten mucho cuidado, capitán —dijo Aisha.

Sindbad la miró. ¿Estaba preocupada por él o por el capitán del barco que podía llevarla hasta su esposo? Lo más lógico era lo segundo, claro, pero la voz de aquella hermosa mujer poseía una cualidad íntima y sensual que le hacía sentirse como un héroe legendario.

Hinchó el pecho y le dijo:

—Antes de que te des cuenta, señora, estaremos navegando río abajo. Y luego por el mar hacia la tierra de los djinns. Lo peor ha pasado, pero no está de más ser precavidos.

* * *

Sindbad y el muchacho abandonaron su escondite y recorrieron la calle ancha hasta la Puerta de Siria. No se veía ni un alma, ni siquiera los guardias de la puerta, y eso sí que era extraño. El muelle se hallaba también en silencio. Al fondo podían ver el perfil de su dhow recortándose contra la bruma del río. Parecía vacío.

—Aquí pasa algo raro, capitán —dijo Radi.

—Me temo que tienes razón, muchacho.

Sindbad retrocedió varios pasos, sacó de su fajín el talismán y lo colocó sobre el quicio de una puerta. Luego cruzaron el muelle y caminaron hacia el barco. De pronto, notó que tenía la boca seca. Todo estaba tranquilo; demasiado tranquilo, como si no hubiera nadie a bordo. Cuando estaba a punto de poner un pie en la pasarela, se detuvo.

—Hay gente escondida en cubierta —dijo dando un paso atrás.

Radi no tuvo tiempo de decir nada. De repente, todo se precipitó. Una decena de guardias turcos del califa aparecieron por encima de la borda, con arcos tensados en

sus manos, preparados para lanzar una andanada de flechas contra ellos.

Sindbad y el chico se dieron media vuelta e intentaron huir hacia la ciudad, pero más soldados se materializaron en lo alto de la muralla y les apuntaron también. Estaban rodeados y no tenían escapatoria. Si intentaban correr hacia el río, su única posibilidad, los dejarían agujereados como dos cedazos antes de que lograsen dar un par de pasos.

Un oficial de la guardia del califa, un mameluco muy alto que lucía una brillante armadura de placas y estaba tocado con un turbante azul, apareció en la cubierta del dhow.

—¡Ríndete y vivirás para ver un nuevo día, capitán! —dijo.

—¿Dónde está mi tripulación?

—No estás en posición de hacer preguntas.

Detrás del oficial, los soldados tensaron sus arcos.

—¿Qué hacemos, capitán? —musitó Radi.

—Nos hemos quedado sin opciones, muchacho —contestó Sindbad.

Sacó muy despacio su espada y la dejó caer en el suelo. Al menos, esperaba que Aisha y Yahiz hubieran tenido tiempo de ponerse a salvo.

—Has hecho lo correcto, capitán —dijo el mameluco con voz amable—. Te prometo que tus hombres están bien. Te llevaré con ellos...

Cuando el oficial dio un paso más, la luz de la luna le iluminó el rostro. Su barba era rubia y tenía los ojos azules, de un tono tan oscuro como el acero bruñido. Sindbad se quedó petrificado por la sorpresa. El oficial se detuvo, extrañado por la expresión del marino, tan intensa que el instinto le hizo llevar de inmediato la mano a la empuñadura de su espada.

—¡Tú! —exclamó Sindbad.

—¿Es que me conoces? —preguntó el mameluco.

Sindbad no tuvo tiempo de responder. Alguien se acercó por detrás y le golpeó en la cabeza con el pomo de una espada.



Los mutazilíes

Un tropel de criados entraron en la gran sala de audiencias del Palacio de la Eternidad. Iban cargados con paquetes que fueron depositando en el suelo, frente a los extranjeros vestidos con pieles, cueros y cotas de malla cubiertas de grasa. Eran cristianos; sus ropas oscuras y sucias contrastaban con el esplendor multicolor de la corte del califa. Y olían mal; algunos cortesanos habían empapado sus pañuelos con perfume y se los llevaban discretamente a la nariz.

Harún al-Rashid estaba recostado sobre un montón de almohadones de plumas de ganso, impasible, con los brazos extendidos a los lados y la mirada perdida. El rictus de sus labios mostraba la incomodidad y el fastidio que le producía aquella recepción. El califa sentía un profundo desagrado por la ciudad de Bagdad, a la que llamaba «la Sauna», pues deploraba su calor sofocante y las polvaredas procedentes del desierto. Debido a ello había trasladado su residencia a Raqqa, en el Alto Éufrates, dejando el gobierno del califato en las hábiles manos de sus visires, todos miembros de la familia de los Barmacías. Pero la llegada de la embajada del Carlomagno le había obligado a permanecer en la ciudad durante los meses más calurosos, y eso le desagradaba más que ninguna otra cosa en el mundo.

Un lacayo iba cantando los presentes ofrecidos por el califa a sus invitados cristianos. Pasaba junto a las cajas y las abría para que se pudiera admirar su calidad. Pero iba muy lento, consultaba una y otra vez la tablilla en la que llevaba todo anotado. El gran visir Yahia Ibn Jalid al-Baramika se impacientó y apartó al criado para ocuparse él de anunciar los regalos. Era un hombre pequeño, encorvado, de rostro agrio y ceñudo, vestido con una aparatosa túnica de brocado, acolchada y recamada de oro, de cuyo cuello su cráneo rapado sobresalía como un pájaro asomando de un nido. Iba tocado con un turbante negro, insignia de su rango.

El viejo gran visir estaba convencido de que vivía rodeado de inútiles y holgazanes, y de que sólo podía confiar en él mismo si quería un trabajo bien hecho.

—Ropajes de marta cebellina, de lobos cervales y de armiño —dijo sin tener que consultar ninguna nota. Su memoria era prodigiosa—. Otro ropaje de lobo con raso carmesí, con una guarnición de dos palmos en la que está bordada la historia de los

persas. Seis piezas de brocado muy fino, de tres cañas y media la pieza. Dos juegos de ajedrez tallados en marfil y en jade. Una decena de alfombras con urdimbre farsbaf, bordadas con oro, seda y plata. Tapicerías de cueros adobados con fragancias de maderas olorosas. Varios frascos de resina de Zufar. Botones olorosos de fino almizcle. Un reloj hecho por los relojeros del califa que tañe una campanada cada hora. Cuchillos, espadas y dagas guarnecidas de oro, turquesas y rubíes...

Los muros de piedra se elevaban a gran altura, hasta el techo abovedado, soportado por numerosas columnas. El sol de la tarde penetraba entre las celosías de las ventanas proyectando sombras romboidales sobre las interminables cajas de regalos.

—Impresionante —dijo en su lengua bárbara el duque Eginhardo, embajador de Carlomagno, a la vez que se atusaba el bigote—. Pero ¿cómo esperan estos sarracenos que nos llevemos todo esto a nuestro país?

El gran visir hizo una mueca ante la notoria descortesía del extranjero. Hablaba perfectamente el latín, pero apenas entendía unas pocas palabras del dialecto cristiano que había utilizado el embajador. Sin embargo, su comentario le había llegado muy claro. Dio unas palmadas y los criados retiraron un cortinaje, descubriendo una gran puerta con forma de arco que daba a un patio. Por ella entró un elefante pintado de blanco y cubierto de adornos y joyas.

—Me han informado —dijo en latín— que esta bestia puede acarrear todo el peso hasta vuestras tierras sin ningún problema. Ella misma será otro regalo para vuestro rey.

Un murmullo de admiración corrió entre los presentes. Ni siquiera los cristianos pudieron seguir fingiendo indiferencia, pues en Europa no se había vuelto a ver un paquidermo desde los tiempos del cartaginés Aníbal. Cuando acabó la ceremonia, retiraron al elefante de la gran sala, y el aburrido Harún al-Rashid desapareció casi al mismo tiempo.

* * *

Ibn Jalid condujo a la delegación extranjera a un salón más pequeño donde se sirvieron xarab y pastelillos. Los cristianos pidieron vino a voces, pero nadie les hizo el menor caso. Desde una ventana arqueada se podía ver la ribera del río Tigris orlada de juncos y arbustos.

—¿Dónde está el califa? —preguntó bruscamente el embajador, hablando en latín con la boca llena. Era bastante gordo, y la papada le colgaba desde las orejas como una bolsa de grasa que parecía a punto de desprenderse en cualquier momento. El pelo

gris, largo y enredado, le caía sobre los hombros manchando de grasa el cuello de piel de marta de su capa. Su barba era tan fina como una línea de carboncillo—. Debo tratar con él personalmente los asuntos que mi señor Carlomagno me ha encomendado.

Ibn Jalid levantó la mano derecha para que el duque Eginardo pudiera ver el gran anillo con sello Abassí que lucía en su dedo medio, y dijo con su perfecto latín:

—Hace dos años, el califa Harún al-Rashid me entregó este anillo y me dijo: «Mi fiel Yahia Ibn Jalid al-Baramika, te invisto a ti con el dominio sobre todos mis súbditos. Gobiérnalos como te plazca, destituye a quien quieras, ejecuta a quien desees, nombra a quien consideres oportuno, conduce todos los asuntos como mejor te parezca». De modo, duque, que es conmigo con quien tienes que tratar esos asuntos de tu señor Carlomagno.

Sus labios se estiraban en una sonrisa cortés, pero los ojos permanecían tan fríos como cuentas de vidrio negro. Eginardo captó aquella mirada y cambió de actitud.

—De acuerdo —dijo—. Hablemos. En primer lugar, transmítele al califa el agradecimiento de nuestro señor Carlomagno por su generosidad. Sus regalos serán bien recibidos en el día de su coronación como Emperador de los Romanos.

Ibn Jalid alzó las cejas y dijo con la voz más suave que fue capaz de articular:

—Por favor, ¿puedes repetir? No sé si he oído bien. ¿Has dicho... «emperador»?

Pomposo como un gallo por la mañana, el duque Eginardo se acercó al gran visir y le habló con un lento y teatral susurro:

—Aún no lo sabe demasiada gente, pero creo que a nuestros queridos aliados de Oriente puedo confiárselo: durante la misa del próximo día del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, Carlos I el Grande será coronado *Imperator Augustus* por el papa León III.

Ibn Jalid asintió mientras retrocedía un poco, asqueado por el fuerte olor de sudor revenido del embajador. Después dijo:

—Esa sí que es una noticia inesperada. Pero merece celebrarse como corresponde. Desde Bagdad enviaremos una delegación y más regalos a... ¿Adónde?

—La coronación se celebrará en la basílica de San Pedro y San Pablo, en Roma. Pero no son baratijas lo que el futuro emperador espera del califa. La coronación reabrirá viejas heridas con el Imperio bizantino. Por eso contamos con la ayuda de Bagdad, del mismo modo que nosotros somos vuestros aliados frente a los emires omeyas de Córdoba.

Desde que el emir Abd al-Rahmán se independizó de Bagdad, el califa no había tenido otra obsesión que recuperar aquellos territorios. Pero al-Ándalus se encontraba demasiado lejos, fuera del alcance de su mano. De modo que en Bagdad miraban con buenos ojos que los cristianos hostigaran desde el norte a los emires de Córdoba.

—Esa alianza es ahora más fuerte que nunca —le aseguró Ibn Jalid llevándose la mano al corazón y con una amplia sonrisa dibujándose en sus labios.

—Los tiempos que se avecinan reclaman algo más que palabras —dijo Eginhardo, advirtiéndole que Ibn Jalid jamás sonreía con los ojos—. Sabemos que está en tu poder la esposa del hombre que descubrió el país de los djinns. Puesto que participamos en la captura del barco milagroso, también queremos compartir todos sus beneficios.

—¿A qué te refieres exactamente, duque?

—Queremos formar parte de la expedición que preparáis hacia el país de los djinns como embajadores de Carlomagno. Queremos presentarle nuestros respetos al rey de los djinns.

Por encima de mi cadáver, pensó Ibn Jalid. Pero dijo:

—Por supuesto, estoy convencido de que nuestras dos naciones, que ahora son hermanas, pueden beneficiarse juntas de un encuentro tan importante.

Uno de los extranjeros, un enorme pelirrojo con trenzas y largos mostachos, se dirigió al gran visir en latín con un tono poco respetuoso:

—Soy el barón Jürgen de Westfalia, *missi dominici* de Carlomagno. Ese tal Sindbad que tienes prisionero asesinó a uno de mis hombres. Exijo que me lo entregues de inmediato.

Ibn Jalid respiró hondo y consiguió mantener la calma. En vez de responder directamente al pelirrojo, le dijo a Eginhardo:

—Por favor, dile al barón que el hombre que él mató era un sufí, un hombre sabio, no un guerrero, y que por lo tanto no había necesidad de asesinarlo. Además, ahora sabemos que transportaba el talismán. Por culpa del barón, el sufí se ha llevado su secreto a la tumba.

—Entregadme a ese capitán Sindbad y yo le sacaré la verdad —gruñó Jürgen.

—O lo matarás antes de que pueda decir nada.

—¿Me estás llamando estúpido? —preguntó el barón apretando los dientes. Un extraño fulgor de amenaza brilló en sus ojos. Ibn Jalid comprendió que tenía enfrente a un animal feroz e imprevisible que de un momento a otro podía volverse muy peligroso.

—¡Por favor! —dijo el embajador alzando las manos en gesto conciliador—. No sirve de nada llevar la conversación por esa senda.

Ibn Jalid mantuvo la mirada del pelirrojo y dijo:

—Quizá te lo entreguemos, pero primero lo interrogaremos nosotros. No queremos que sucedan más «accidentes». Somos aliados, como bien dices, pero ahora estáis en nuestro país y debéis ateneros a nuestras costumbres.

—¿Dónde está la mujer de al-Ándalus? —preguntó el embajador.

—Encerrada de nuevo. Esta vez nos hemos asegurado de que tenga un guardián que no la deje escapar.

Jürgen miró al gran visir con una expresión de absoluto desprecio.

—Sois demasiado blandos.

Ibn Jalid asintió con una sonrisa que ocultaba su ira. Estaba asqueado por tener que recurrir a semejantes aliados, pero no le quedaba más remedio. Debía actuar con cautela. Cada vez había menos hombres a su alrededor en los que podía confiar. Sólo se sentía seguro de la desmedida codicia por el oro de aquellos bárbaros. Sabía que la alianza se mantendría mientras creyesen que gracias a él podían conseguirlo en cantidades indecentes. Decidió mantener la calma; ya se presentarían otras oportunidades de castigar la arrogancia de aquel barón.

Cuando dos años antes llegó a Bagdad desde al-Ándalus, Qaïd abd al-Siqlabi ibn Muawiya al-Dajil le había propuesto al califa algo asombroso. Afirmaba conocer el paradero geográfico del país de los djinns de los que hablaba el Sagrado Corán, y le pedía al califa, como comendador de los creyentes, que abasteciese una expedición por mar para dirigirse a aquellas tierras y atraer a los djinns a la Casa del Islam.

—Lo que propones es una locura —había dicho entonces Ibn Jalid—. Aunque de verdad encontrases a los djinns, necesitarías un ejército inmenso para penetrar en sus tierras.

—Llevaré la mínima escolta posible —dijo Qaïd—, porque ningún poder humano nos preservaría de la cólera de esas potencias oscuras cuyos dominios vamos a penetrar. Por ello no es conveniente que nos enemistemos desde el principio con los djinns alardeando de llevar unas armas que resultarían tan amenazadoras como inútiles.

—En ese caso, lo que propones es un suicidio y un derroche de recursos del califa.

—No es tal —afirmó Qaïd con seguridad, mostrándole un pentágono de cobre con unos símbolos extraños grabados en él—. Poseo los antiguos talismanes que Alá entregó a los hombres. Con ellos, podré defenderme de los djinns.

A pesar de los consejos en contra del visir, Harún al-Rashid había aprobado la expedición. Una madrugada, tres baghlahs zarparon hacia lo desconocido con el propio Qaïd al frente. Iba acompañado por un centenar de ulemas, mulás y otros eruditos en la ley coránica. Después de aquello, el califa había delegado su poder en los Barmacías para retirarse a su agradable palacio situado en la orilla del Éufrates.

Ibn Jalid había aprovechado para llevar adelante sus planes, y preparó un recibimiento adecuado para Qaïd por si regresaba algún día. Comprendió que sólo podía confiar en los miembros de su propia familia y en aquellos bárbaros cuyo único interés era el oro que iban a obtener de esa alianza. *Estúpidos ignorantes*, pensaba ahora el visir. El oro no era nada comparado con el poder inmenso que poseían los djinns. Aunque se mantenían ocultos y apartados de los humanos, estaba seguro de que existían. Y aquel que lograra dominarlos y esclavizarlos, como había hecho Salomón, se convertiría en el amo absoluto del mundo.

De *todo* el mundo, tanto del islam como de las tierras dominadas por los infieles.

—Me ocuparé personalmente de la esposa de Qaid —dijo el visir mirando a los bárbaros—. Ella nos dirá dónde está escondido ese medallón. Os lo aseguro.



Carlomagno

Sindbad despertó en el interior de una sala de la alcazaba de la Puerta de Kufa. Estaba rodeado de guardias. Preguntó por Radi, pero nadie le dio ninguna explicación.

Rezó para que Aisha y el erudito hubieran conseguido escapar. Pero en ese caso, ¿adónde irían? Su tripulación también habría sido apresada y su barco, requisado. Tendrían que buscar otro medio para salir de Bagdad, y Yahiz no era precisamente un hombre de recursos.

No mucho después, llegó un herrero que le colocó lo que jocosamente llamaba «pie de amigo»: unos hierros que unían ambos tobillos y de los que subían unas cadenas que llegaban a su cintura, donde se asían dos argollas que le sujetaban las manos.

Cuando estaba encadenado, apareció el oficial mameluco del muelle. Vestía una camisa blanca y unos pantalones bombachos. Era rubio, alto y musculoso, con los rasgos marcados y los ojos azules. Un color imposible de olvidar.

—Capitán Sindbad... —dijo mirándolo fijamente—. Había oído contar historias sobre ti. Tu nombre es muy conocido entre los navegantes del Índico...

—No te lo creas todo —dijo el marino, mirándolo.

—Sindbad... —repitió el mameluco—. Hasta ahora no me había fijado, pero tu nombre no tiene significado en árabe ni en persa. ¿Es tu verdadero nombre, capitán? No lo creo... Sind-bad. En la lengua urdu significa: «El Señor del Sind».

—Ya veo que hablas urdu.

—El río Sind, al que en otros lugares se conoce como el Indo. Por lo tanto, eres del nordeste de la India, del valle del Indo. Yo estuve allí y aprendí su lengua.

—¿Me recuerdas? —dijo Sindbad—. Porque yo no olvido que tú me liberaste de la prisión en la que me encerró mi tío. Pero nunca supe quién eras.

—Mi nombre es Kassim, fui esclavo y luego mercenario libre en el valle del Indo, luchando por cualquiera que pudiera pagarme. Sí, yo te liberé de aquella torre hace ya muchos años, pero fue por orden de tu tío. Por desgracia para ti, no puedo hacer lo mismo ahora.

—¿Mi tío te dijo que me dejases libre? ¿Por qué?

Sindbad no podía entenderlo. Era el legítimo heredero, y libre siempre sería un peligro para el usurpador de su tío. ¿Por qué había decidido dejarlo con vida?

El oficial mameluco no contestó, y se limitó a fruncir el ceño.

—Siento que no podamos seguir hablando, capitán. Alguien que está muy por encima de mí tiene planes para tu futuro. Que Alá te guarde, porque no creo que volvamos a vernos.

El mameluco se dio media vuelta y abandonó la sala. Dos guardias turcos cogieron a Sindbad por las axilas y le hicieron ponerse de pie. Lo sacaron a la luz del sol y lo arrastraron por el patio de la alcazaba. Intentaba avanzar con pasos cortos, pero los guardias le obligaban a ir más deprisa. Pensó que su destino era uno de los agujeros excavados en el patio de la fortaleza, que estaban cubiertos con una reja y recibían el nombre de «olvidaderos».

De repente, alguien lo agarró por el brazo y lo obligó a darse la vuelta. Y Sindbad se encontró cara a cara con el bárbaro que había asesinado al viejo sufí.

Jürgen sonrió burlonamente mientras los turcos lo arrastraban lejos del olvidadero. Lo llevaban en vilo, con la punta de los pies apenas rozando el suelo. El pelirrojo señalaba el camino. *Bien, pensó Sindbad, no hay duda de que el bárbaro me va a matar, pero nada puede ser peor que ser enterrado vivo en uno de esos míseros agujeros.*

* * *

Llegaron a una casucha de adobe y paja que se hallaba al final de la alcazaba. Junto a la puerta de tablas que cerraba la choza esperaba un hombre viejo y calvo, extremadamente delgado, vestido con una túnica negra sin adornos.

—Capitán Sindbad, supongo —le dijo señalándolo con un dedo—. Tú y yo tenemos asuntos que tratar.

—Gran visir, Yahia Ibn Jalid al-Baramika. Te vi una vez.

—Entonces ya me conoces. —El visir tenía los ojos vidriosos y la piel amarillenta, agrietada de finísimas arrugas que se plegaban alrededor de su boca en una desagradable mueca que pretendía ser una sonrisa—. Pasa, te lo ruego.

El visir abrió la puerta. Desde fuera parecía la garita de un guardia, pero una vez dentro el ácido olor del guano de paloma inundó las narices de Sindbad. Había jaulas de caña para las mensajeras amontonadas contra las paredes, y el suelo estaba cubierto de paja y excrementos de ave. El sol penetraba por entre los numerosos vanos en la cubierta de paja del techo, trazando lanzas luminosas que parecían casi sólidas por la cantidad de polvo suspendido en el aire. En el centro de la estancia

había una figura solitaria con las manos en la espalda. Una capucha de arpillera le cubría el rostro. A pesar de eso, la reconoció de inmediato. Era Aisha.

Los dos guardias lo lanzaron contra el suelo. Sindbad forcejeó e intentó levantarse.
—¡Aisha! —gritó.

El bárbaro le cerró la boca de un puntapié. El dolor fue como un estallido de luz frente a sus ojos. Perdió el conocimiento durante un segundo o dos. Cuando abrió los ojos se hallaba boca arriba, mirando el azul del cielo a través de los agujeros en el techo de paja. Dos palomas se acurrucaban sobre uno de los palos que sustentaban la techumbre. Una tercera, que penetró envuelta en luz por uno de los huecos, empezó a disputarles el sitio.

Tenía la boca llena de sangre. Palpó con la lengua las pequeñas astillas de un diente roto, y tuvo que escupirlas antes de lograr articular:

—Aisha, soy yo... No tengas miedo... voy a sacarte de aquí.

—Capitán, no deberías hacer promesas que no puedes cumplir —le aconsejó Ibn Jalid.

—Te lo ruego, no le hagas daño...

—Entonces dime dónde está el talismán de cobre.

—¡Sindbad! —gritó Aisha. Su aliento empujaba la tela pegada a su rostro y la volvía a aspirar dibujándole el hueco de la boca—. ¡No les cuentes nada!

Intentó responderle, pero se atragantó. Tosió, escupió y, al fin, logró decir:

—Suéltala, gran visir. Te juro que ella no tiene el talismán.

El anciano se había situado detrás de Aisha. Tenía las manos apoyadas en los hombros de la mujer, que temblaba bajo su contacto como un cervatillo aterrorizado.

—Ya sabemos que ella no tiene el talismán, capitán —dijo el gran visir—. Y eso es porque te lo entregó a ti. La mujer no tiene por qué sufrir, dínos dónde lo has escondido.

—Yo tampoco lo tengo —murmuró Sindbad.

—Falso —dijo Ibn Jalid—. Sabemos que lo tienes tú, capitán. No lo llevabas cuando te capturamos porque lo escondiste en algún lugar entre la casa de Aisha y el muelle. —La sonrisa de oreja a oreja del anciano parecía a punto de rasgarle la piel.

Para mirarle a los ojos, Sindbad tuvo que alzar la cabeza en una postura tan forzada que sintió una punzada en la espalda.

—Gran visir, te ruego que...

—Basta de súplicas, capitán. Así están las cosas, acéptalo, porque te voy decir lo que va a suceder a continuación... Lo voy a explicar muy claro para que no te quede ninguna duda.

Al decir esto, el visir tiró de la capucha que cubría la cabeza de Aisha y descubrió su rostro pálido por el miedo, sus hermosos ojos hinchados por las lágrimas.

Se sintió desolado al tener que contemplar, impotente, su sufrimiento.

—Capitán —musitó Aisha girando los ojos hacia Sindbad, y la palabra sonó casi como una plegaria—. Por favor, no...

—Confía en mí —dijo él.

—Capitán, ¿te importa si continúo con lo que te estaba diciendo? —dijo Ibn Jalid mientras caminaba alrededor de la silla con el saco de tela en la mano—. La verdad es que tú puedes liberar de inmediato a esta desdichada si así lo deseas.

—Ya no tengo el talismán, gran visir. Los guardias turcos que me capturaron me lo robaron, igual que un pendiente de oro que tenía en gran estima. —Separó los brazos del cuerpo, todo lo que permitieron las cadenas—: Regístrame y comprobarás que digo la verdad.

Ibn Jalid se volvió hacia Jürgen y le ordenó con voz tranquila:

—Barón, puedes empezar cortándole la nariz y las orejas a la mujer.

El bárbaro del pelo rojo desenvainó un largo cuchillo de hoja recta, y como una bestia furiosa se abalanzó hacia ella.

—¡No! —suplicó Sindbad—. ¡Espera!

El gran visir alzó la mano para que Jürgen se detuviera.

—Espero —dijo—, pero mi paciencia se agota. ¿Qué tienes que decirme?

—Es que no lo tengo ahora conmigo. Lo juro por las rojas barbas del Profeta.

—Ya sé que no lo llevas encima. Repito: ocultaste el talismán en algún lugar entre la casa de Aisha y la Puerta de Siria. ¿Dónde?

—Yo... —Sentía la mente tan entumecida como el cuerpo. No sabía qué hacer.

—Ya veo que pretendes seguir mintiéndome. Ella pagará ahora por tus mentiras. Barón Jürgen, empieza, por favor.

Aisha estaba tan aterrorizada que ni siquiera lograba gritar. Sus ojos estaban clavados en la daga que el bárbaro sujetaba frente a su rostro. Sindbad intentó levantarse para saltar contra él, pero uno de los turcos que lo vigilaban lo agarró por el pelo y aplastó su cara contra la paja apestosa que cubría el suelo, obligándole a respirar a través del excremento de paloma. Se debatió, pero con las manos y los pies atados por una cadena, y tan débil que no tenía de dónde sacar fuerzas, no pudo hacer gran cosa. Cuando lo soltaron, logró alzar el rostro para gritar:

—¡Te lo diré! Te diré dónde escondí el talismán...

—Sindbad, no —musitó Aisha con un hilo de voz.

—Tendrás otra oportunidad de ser sincero, capitán —advirtió el gran visir—. Si no me convences, ella perderá la nariz. ¡Habla!

—Cerca de la Puerta de Siria hay una casa que hace esquina, con unos leones tallados en su fachada. Encima del marco de la puerta principal encontrarás el talismán.

—Más vale para los dos que estés diciéndome la verdad.

—Si la dejas libre, juro que te llevaré al lugar y te lo entregaré.

—Me temo que no —dijo el gran visir, rascándose la barbilla lampiña—. Si el talismán está donde dices, Aisha será muy valiosa para mí. No puedo permitirme liberarla.

—¡Este hombre es mío! —gritó Jürgen en latín mientras señalaba a Sindbad—. ¡Tenemos una cuenta pendiente!

—Tampoco puedo permitirlo —dijo Ibn Jalid con calma.

—¿Por qué? —gritó el bárbaro.

Los dos guardias turcos se interpusieron entre él y el gran visir.

—Porque aún puede serme útil, y asesinarlo por una venganza personal sería un derroche estúpido. Primero comprobaremos si lo que nos ha dicho es verdad.

El barón Jürgen apretó los puños malhumorado, pero aceptó la orden del visir.

—Ibn Jalid, si le haces daño a esa mujer, ¡te mataré! —dijo Sindbad desde el suelo—. No importa lo alto que estés, te buscaré y te mataré.

El más grande de los turcos asió la cadena que iba desde los pies de Sindbad a las muñecas y dio un violento tirón que a punto estuvo de descoyuntarle los huesos de los brazos.

—Tienes razón, capitán, estoy demasiado alto para ti. Tu lugar, desde ahora y hasta el final de tus días, va a ser un profundo agujero en el suelo.

Sindbad iba a contestar, pero el turco levantó un pie enfundado en una pesada bota y lo descargó con todas sus fuerzas sobre su frente. Y la oscuridad volvió a abatirse sobre él como una bandada de cuervos negros.

Nunca supo cuánto tiempo permaneció sin sentido, hasta que todo empezó a aclararse.

—Háblame, Sindbad, dime algo —murmuró la voz de una mujer.

¿Había cruzado la orilla y se encontraba en el Paraíso? Levantó un poco la cabeza para averiguarlo. El movimiento le provocó un estallido de dolor que recorrió su cuerpo y una oleada de náuseas. Intentó contenerlas, pues sabía que si vomitaba aún le dolería más. Se pasó la mano por los ojos y parpadeó. El resplandor de las antorchas del exterior teñía de color escarlata los barrotes de una ventana. La mujer que le había hablado estaba arrodillada junto a él.

Tenía la mente tan confusa que le costó reconocerla.

—¿Aisha? —musitó intentando fijar la vista.

—Aquí estoy —dijo ella acercándose más.

—¿Qué ha pasado?

—No te muevas. Estás muy débil, pero te he curado la herida de la frente y la he vendado con trapos limpios. Siento lo que ha pasado.

Sindbad le suplicó que le diera un poco de agua. Ella mojó un trapo y lo acercó a sus labios. Chupó ansioso el líquido, tosió y volvió a sentir otro ramalazo de náuseas. Permaneció inmóvil hasta que remitió, y entonces le preguntó:

—¿Dónde están los demás?

—Han ido a buscar el talismán allí donde dijiste que estaba escondido. ¿Era verdad?

—Sí. No podía arriesgarme a que te lastimasen.

Aisha sacudió la cabeza con un gesto lastimero y cerró los ojos como si rezara.

—Entonces todo está perdido —musitó—. Con el talismán, el gran visir y los bárbaros viajarán al país de los djinns para enfrentarse a mi esposo.

—Lo siento.

—Sé que lo has hecho por mí —dijo ella acariciándole la mejilla.

Aisha se inclinó y lo besó en los labios. No fue el momento ni el beso que a él le hubiera gustado volver a compartir con aquella mujer, pero le hizo sentirse mejor durante un instante.

Oyó que la puerta de la celda se abría, y entró la luz del exterior.

—Ya están aquí —dijo Aisha—. Van a separarnos, Sindbad. Que Alá te guarde.

Los ojos de él se encontraron con los de Aisha. No había espacio para las palabras; tan sólo cruzaron una mirada de dolor y desesperación. En ese momento todo parecía perdido.

Pero Sindbad sujetó la mano de la mujer entre las suyas.

—¡Te encontraré —le prometió—, aunque te arrastren al fin del mundo!



El río Sind

Sindbad llevaba días sentado en la negrura, abrazándose las rodillas y con la cabeza apoyada contra la pared del pozo. Sólo cambiaba de posición para estirarse todo lo que le era posible en aquel espacio tan estrecho y desentumecer los músculos. Y cada vez que lo hacía sonaban en la oscuridad los chasquidos de sus huesos doloridos.

Percibió el filo de luz que se escabullía por la boca del agujero, una señal de que la noche estaba llegando y el mundo exterior también penetraba en la oscuridad. En el interior del olvidadero, la negrura al caer la noche se volvía tan profunda que se perdía toda noción del espacio y el tiempo. En esas circunstancias lo único que podía hacer Sindbad era dormir hecho un ovillo y esperar a que llegase la mañana con la única comida que tomaría en todo el día.

Soñó con una mazmorra oscura y maloliente, y en su tobillo brillaba un grillete enjorado. Unos verdugos cubiertos con ropas negras se reían de él mientras se iban acercando ocultos en las tinieblas.

—Todo ha sido una ilusión —le dijo una de aquellas sombras con una voz que le recordó a la de su tío—. Nunca saliste de la mazmorra en la que te encerré, nunca navegaste impulsado por los monzones, nunca te llamaron capitán. Siempre has estado aquí encerrado, en las tinieblas, rodeado por estas paredes de piedra. Es tu locura la que ha tejido en la oscuridad todas esas historias de Sindbad el marino, pero todo es mentira, engaño, y morirás aquí solo.

En sus sueños y duermevelas le costaba diferenciar la tenebrosa realidad que lo rodeaba de las sombrías pesadillas de su pasado, y llegó a dudar de qué era real en sus recuerdos.

* * *

Despertó de repente, confuso y sin saber dónde estaba, pero no tardó en recordarlo

cuando sus manos palparon las ásperas paredes del pozo.

Alzó la cabeza sobresaltado al oír cómo algo repicaba contra los barrotes de hierro que cerraban el pozo. Con mucho cuidado para no hacer más ruido, la persona que estaba arriba retiró la verja y lanzó la misma soga de esparto que utilizaban para bajarle los alimentos.

—¡Sube! —le apremió.

Sindbad se puso en pie y sujetó la soga con las manos. Dio un tirón para comprobar que estaba bien sujeta, y empezó a trepar. No sabía lo que le esperaba, pero no podía ser peor que seguir en aquel olvidadero hasta la muerte. Trepó con dificultad, pues sus brazos parecían seguir dormidos. Pero consiguió impulsarse apoyando los pies contra la cuerda, hasta que llegó a la boca del pozo. Con las manos se agarró a la reja para salvar el último tramo.

Era de noche, y no se veía movimiento en el patio de la alcazaba. Frente a él se erguía una sola persona. El desconocido levantó su linterna para iluminarle el rostro.

—Cálmate, capitán, soy yo —dijo.

Sindbad apartó la vista, cegado, pero reconoció la voz.

—¿Radi? —preguntó en tono ronco.

—¡El mismo! ¡Me alegro mucho de volver a verte, capitán! —La sombra lo abrazó y a punto estuvo de hacerlo caer.

Los ojos de Sindbad empezaban a acostumbrarse a la luz, y por fin pudo distinguir el rostro risueño del muchacho.

—¿Cómo es que estás libre, Radi? ¿Sabes algo de Aisha?

—Me encerraron en una casa junto a Yahiz y el resto de la tripulación. Pusieron dos guardias en la puerta, pero no era un lugar muy seguro y conseguí escaparme por el techo.

—¿Sólo dos guardias? ¿Estás seguro?

—Seguro, capitán. Pero debemos apresurarnos ahora. Durante tres días he estado espionando el patio de la alcazaba. Dentro de un momento llegará el relevo de la guardia y esto se llenará de soldados. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

El chico lo llevó hasta la base de uno de los muros y levantó la linterna por encima de su cabeza para mostrar el cuerpo ensangrentado que colgaba en lo alto de unos ganchos. Sindbad reconoció a Mesut, el eunuco. Los cuervos le habían comido los ojos.

—Tenemos que irnos —insistió Radi.

En un rincón, apoyado contra el muro, habían abandonado un viejo carro sin ruedas. Le habían quitado los atalajes metálicos y la madera se desmenuzaba entre los dedos de tan podrida que estaba. Radi apartó a un lado unas tablas que él mismo había colocado un momento antes y descubrió una grieta bastante estrecha. Sindbad la miró abatido.

—¿Has entrado por ahí?

—Sí, capitán.

—Pues te felicito, porque yo no puedo pasar por ese agujero tan estrecho.

—Tienes que hacerlo, capitán. He revisado todo el perímetro de la alcazaba y no hay otra forma de salir de aquí. Yo iré primero.

Con mucho esfuerzo, Sindbad consiguió meterse por el agujero después de quitarse toda la ropa y hacer un bulto con ella. Se arañó el pecho y las piernas con los bordes afilados de la grieta, pero siguió adelante ignorando el dolor, y pasó. Se hallaba en una especie de túnel largo y estrecho, entre la pared donde estaba el agujero y otro muro que se levantaba tan cerca del primero que podía tocarlo con alargar la mano. Era de piedra asentada con mortero.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Sígueme, capitán —dijo Radi levantando la linterna.

Recorrieron el túnel caminando hacia la derecha hasta que se encontraron con otro muro. En realidad era un arbotante de la muralla, y cerca de su base se encontraba la salida de un desagüe por el que Radi pasó después de retirar la reja.

—Muchacho —dijo Sindbad mientras volvía a vestirse—, eres asombroso.

—Siempre tuve la habilidad para colarme en cualquier sitio —dijo Radi con una sonrisa.

—Muy bien, llévame ahora con mi tripulación.

Se alejaron de la alcazaba y corrieron por las callejas paralelas a la muralla.

—¿Qué más ha pasado en estos días? —preguntó Sindbad.

—La nave del djinn partió después de embarcar tropas. Dicen que el propio gran visir iba al frente de ellas, y que ahora es su hijo Yafar quien está a cargo del gobierno de Bagdad. También hay quien cuenta que vieron a una hermosa mujer subir a bordo.

Sindbad sacudió la cabeza. La imagen de Aisha, atada y aterrorizada, era demasiado dolorosa. Intentó apartarla de su mente, pero le resultó imposible. Se dirigieron hacia una de las casuchas apoyadas en la cara interna de la muralla.

* * *

Como Radi le había dicho, dos hombres armados montaban guardia frente a una puerta de madera remachada con clavos. Lo hacían en una actitud muy poco marcial, pues uno estaba tumbado en el suelo boca arriba y el otro, sentado a su lado, se había quitado las alpargatas y se rascaba concienzudamente la piel entre los dedos. Al verles llegar se pusieron en pie a la vez y los miraron con recelo. Sindbad alzó una mano para saludarlos y, antes de que pudieran reaccionar, se lanzó contra ellos. A uno lo

aplastó contra la puerta y le clavó una rodilla en el estómago. Tras arrancarle la lanza de las manos, golpeó al otro con el asta en la cabeza.

—No tengo tiempo para tonterías —le dijo al muchacho cuando se acercó.

Se agachó sobre los dos cuerpos inconscientes y buscó entre sus ropas hasta que encontró un manojo de llaves atadas con una cuerda. Abrió la puerta y entraron.

Era una especie de almacén. Junto a la entrada se apilaban dos torres de capazos de mimbre cubiertos de moho y polvo. Se adentraron en un corredor que desembocaba en la escalera que conducía al sótano. Al llegar abajo, la luz anaranjada de varios velones en la pared les mostró una espaciosa cuadra de dos pisos de altura. Estaba encalada, aunque algunas grietas y desconchones dejaban ver el ladrillo rojo de las paredes. Un aljibe ocupaba el centro, y a su alrededor se encontraban los tripulantes de Sindbad, echados sobre esteras en el duro suelo de cantos de río. La mayoría roncaban ya a aquellas horas.

—¡Capitán! —exclamó una voz conocida.

El piloto Alí Gafar sujetaba una linterna en la mano. Se la entregó a uno de los que le acompañaban y así pudo abrazar a su capitán.

—¡Amigo mío! —dijo Sindbad emocionado.

Yahiz se acercó a saludar a Sindbad.

—Capitán, me alegra verte —dijo el erudito—, creímos que habías muerto.

—¡Sigo por aquí, amigos míos, y he venido a liberaros a todos!

El resto de los hombres que estaban en la cuadra se habían despertado y miraban a Sindbad desde sus duros lechos. Ninguno de ellos parecía tan entusiasmado como Gafar.

—¿No me habéis oído? —repitió Sindbad extrañado—. ¡Poneos en pie! Vamos a salir todos juntos de este sucio agujero.

—Yo no voy a ningún sitio, capitán —respondió Habib Qudama desde el fondo—. Me alegro de que estés vivo, pero los que tenemos familia no podemos seguirte más. Porque si huimos ahora, nuestras esposas e hijos serán los que sufrirán las consecuencias.

—Habib... —empezó Gafar.

—Tú no tienes familia, hermano —dijo este—. Márchate con ellos y con los que están en tu situación. Pero yo me quedo, e imagino que unos cuantos harán lo mismo que yo.

—Amigos míos, siento el daño que os he causado —dijo Sindbad con sinceridad—. Pero oídme todos: juro que más pronto que tarde os compensaré por las pérdidas de este año.

Los marineros mantuvieron el silencio. Esta vez no estaban enfadados, sólo parecían cansados. Intercambiaron miradas entre ellos, pero sus ojos rehuyeron los de Sindbad.

—Agradecemos la intención, capitán —dijo Habib—. Pero lo único que deseamos ahora es salir de este trance lo mejor posible. Para ello creemos que lo mejor es que te marches cuanto antes de este lugar y nos dejes en paz, porque tu presencia nos compromete a todos.

—¡Pandilla de desagradecidos y mezquinos! —masculló Gafar.

—Déjalo, amigo —dijo Sindbad—. Tienen razón.

—Pero...

—No hay nada más que hablar. Salgamos de aquí.

Con la mitad de sus hombres, Sindbad abandonó la mazmorra.

—¡Después de todo lo que has hecho por ellos, capitán! —masculló Gafar cuando los otros hombres no podían oírles.

—De los panes del pasado no se come. Por mis errores soy yo quien está ahora en deuda con ellos, y te aseguro que haré todo lo que esté en mi mano para compensarles. Pero debo decirte que estoy obligado por una promesa, y no puedo esperar que me sigáis en mi destino.

—No te entiendo, capitán. ¿A qué promesa te refieres?

—Hay una mujer, Aisha, que ahora está en manos de los malvados que nos encerraron. Le prometí que no la iba a abandonar, y no pienso hacerlo. Voy a ir tras ella.

—¿Adónde, capitán?

—Al fin del mundo si hace falta. Pero no te puedo pedir que me acompañes.

Gafar dudó. Era evidente que estaba cansado de aventuras, agotado tras la temporada de viajes y con ganas de regresar a su casa en Basora. Sin embargo, al cabo de un instante dijo:

—No hace falta que lo pidas, capitán. A donde vayas, iré contigo, yo también estoy atado por una promesa. Los buenos pilotos no abandonan una nave cuando son necesarios.

Sindbad se detuvo y abrazó a Gafar con emoción.

—Muchas gracias, amigo mío. Te aseguro que todo volverá a su cauce. No voy a rendirme nunca. Pero lo primero es recuperar *El Viajero* y dejar atrás esta ciudad.

Tomaron el camino del puerto.



Mazmorras

El amanecer se deslizaba envuelto por la bruma que emanaba del río. El cielo, aún oscuro en su mayor parte, se iba tiñendo de una turbia claridad anaranjada. Habían abandonado el embarcadero y navegaban rodeados de centenares de barcazas silenciosas y oscuras. Naves de todos los tipos y tamaños se entrecruzaban y se esquivaban frente a ellos y por sus costados, en un nervioso e incesante movimiento, impulsados por sus velas o agitando el agua con los remos. Era difícil imaginar un lugar más concurrido que el río Tigris a primera hora de la mañana.

El Viajero desplegó velas y Bagdad fue desdibujándose entre la bruma.

Habían encontrado la nave atracada en el muelle de la Puerta de Basora. Estaba sin vigilancia, con las bodegas vacías. Habían robado todas las mercancías que transportaban y que habían reunido con tanto esfuerzo durante los meses en el mar. Incluso las muestras que Yahiz estaba clasificando en su camarote habían desaparecido misteriosamente.

Al avanzar el día, el cielo se fue despejando y el sol se reflejó sobre la superficie líquida, mientras el dhow se deslizaba con suavidad por la corriente a favor. La brisa saturaba la atmósfera con el olor de la hierba. Las riberas más cercanas del río se veían salpicadas de embarcaciones de pesca atracadas. Algunos saludaban con amplios ademanes a los navegantes.

La tripulación del dhow había quedado reducida a la mitad, y era insuficiente para manejar la nave. Los pocos marineros disponibles tenían que multiplicar sus esfuerzos.

Sindbad iba al timón, atento a cualquier movimiento detrás de ellos. Pero nadie los seguía.

—¿Dónde está Yahiz, capitán? —preguntó Gafar—. Aquí necesitamos ayuda y ese hombre suele encerrarse en su camarote siempre que hay que arrimar el hombro.

—No lo culpo. Se puso muy triste cuando vio que le habían robado las cajas de insectos, las plantas desecadas y los animalillos que había ido recogiendo durante los seis meses de viaje. Y la verdad es que aún no puedo entender qué utilidad tendrían todas esas cosas para nadie.

—También ha desaparecido toda nuestra carga, capitán, pero hay que seguir adelante.

—Tienes razón —suspiró—. Iré y lo traeré a cubierta aunque no quiera.

—Aunque sólo sea para que suba a la cofa y vigile el río durante un rato.

—Ocúpate tú del timón, Gafar.

* * *

Sindbad se dirigió al camarote de Yahiz. La puerta estaba entornada. Llamó con los nudillos y la abrió sin esperar la respuesta.

—Yahiz... —empezó a decir Sindbad.

El erudito se volvió. Sonreía y parecía dominado por la excitación.

—¡Capitán! —exclamó—. No te oí llegar. Estaba concentrado en mi trabajo.

—Pareces feliz —dijo Sindbad.

—Lo estoy, capitán. Creo que he descifrado una parte importante de este misterio.

Sobre el tablero de la mesa vio varios trozos de papel, en ellos había anotado los fragmentos que iba traduciendo del libro de Radi.

—¿Estás seguro?

El erudito cogió el libro y dijo:

—Como sabes, capitán, este libro recoge la transcripción, palabra por palabra, que hizo Qaid de los textos grabados en la tabla de la mesa de la casa de Aisha, de la que me hablaste... ¿Es verdad que resultó destruida al caerle encima ese eunuco gigantesco?

—Hecha astillas.

—Una verdadera pena, porque sin duda era algo muy valioso. Bueno, a lo que vamos, el padre de Radi usó ciertas indicaciones contenidas en este libro para fabricar el talismán, pero contiene mucha más información, y muy interesante como comprobarás. Mira, lee...

Señaló una línea del texto original. Sindbad se acercó y vio los conocidos caracteres angulosos.

—Sabes perfectamente que no puedo entenderlo —suspiró.

—Ah, capitán, discúlpame. Olvidé que no sabes leer el hebreo antiguo.

—No sé leerlo, no. En realidad eres la única persona que conozco que sabe hacerlo.

—Bueno, aquí dice... Te lo traduzco: «Salomón, hijo de David».

—Sigo sin entender adónde nos lleva eso.

—Salomón, el rey Salomón... La forma del pentágono fue la clave para

descifrarlo, pues ese era su símbolo, un pentágono regular estrellado. Dispuesto con el vértice superior vertical representa una figura humana: cabeza, dos brazos y dos piernas abiertas... La relación del Hombre con todas las cosas del Universo...

Al ver la mirada de incompreensión de Sindbad, Yahiz se impacientó. Cogió uno de los papeles de la mesa y leyó:

—«Que el hombre altivo sepa que nadie es eterno. Pero si alguien hubiera merecido la eternidad, ese sería Salomón, sabio entre los sabios. Salomón ordenó a los djinns: construid una ciudad que perdure en el tiempo, hasta el día de la Resurrección. Los djinns fabricaron planchas de cobre y las dispusieron formando un anillo, y sobre esta muralla colocaron un techo que se volvió más firme que la roca más dura»... Y ahora, capitán, viene lo interesante: «Antes de morir, Salomón encerró en su ciudad los grandes tesoros que había recogido por todo el mundo. Porque como rey alcanzó la grandeza, pero como todo hombre un día fue llevado al seno de una fosa. Porque el poder es efímero, excepto para Alá, al que hay que temer y que es generoso».

—¡Los tesoros del rey Salomón! —exclamó Sindbad.

—Sí, capitán. Según se afirma en el Talmud, Salomón, Alá lo bendiga y le otorgue la paz, reunió a los djinns y a los hombres y les ordenó que construyeran con cobre fundido una ciudad que permaneciese hasta el día del Juicio Final. Una ciudad en la que pudiera guardar todos sus tesoros y todos sus libros. Tal ciudad se levantó allí donde no había llegado hombre alguno, excepto Salomón y Du al-Qarnayn, su arquitecto.

—Ya veo el interés del gran visir de Bagdad en todo esto. Cegado por el mayor tesoro de todos los tiempos, ha decidido arriesgarse e ir en persona hasta la tierra de los djinns.

—Es muy posible —dijo Yahiz, feliz de sí mismo.

—¿Y cómo vamos a encontrarlo nosotros? —preguntó Sindbad.

—¡Esto nos mostrará el camino! —exclamó el erudito, agitando el volumen negro en el aire—. En este libro está todo, transcrito por Qaïd desde la Mesa de Salomón que quedó hecha astillas. Afortunadamente, porque es un manual para fabricar con exactitud el talismán con el que Salomón dominó a los djinns, y también contiene las indicaciones para localizar ese remoto lugar en la Tierra. Nos da unas precisas coordenadas que utilizan las constelaciones y las estrellas del firmamento para determinar la posición de esa «Ciudad de Cobre». Será tan fácil como seguir un rastro de piedras. ¡Así es como Qaïd encontró la tierra de los djinns!



El Dhow

Kassim al-Mamluk se detuvo durante un instante antes de entrar en el camarote. Se atusó con la mano su bigote rubio, ajustó con cuidado el turbante de seda azul y comprobó que todos los detalles de su atuendo militar se hallaban en orden. Luego llamó a la puerta y esperó hasta que una voz de mujer preguntó quién era.

—Soy el capitán Kassim —dijo—, de la guardia del califa.

—Pasa —dijo Aisha.

El camarote era apenas un cubo con las paredes, el techo y el suelo de madera. No tenía ventanas y los únicos muebles eran un pequeño arcón y la estera sobre la que Aisha estaba sentada. La mujer tenía la cabeza gacha, como si rezara, no la levantó para mirarle.

—¿Qué deseas? —preguntó.

—Me han ordenado que te lleve a la bodega de popa.

Aisha alzó por fin los ojos hacia el mameluco. Era un hombre alto y de porte altivo, sin caer en lo arrogante. Sus ojos eran de un asombroso color azul oscuro, grandes y expresivos. Estaba levemente inclinado hacia ella, con los brazos a los lados.

—La bodega de popa —repitió Aisha—. Allí está encerrado el djinn, ¿no es así?

—Sí, señora. Tienes que acompañarme porque el gran visir desea que estés presente mientras interroga a la criatura.

—¿Por qué?

Kassim sonrió, y al hacerlo se dibujaron unos profundos surcos en sus mejillas.

—No lo sé, señora. El gran visir no acostumbra a explicarme sus intenciones. Pero te puedo asegurar que no correrás ningún peligro. Se nos ha dado orden de que protejamos tu vida por encima de cualquier otra circunstancia.

Aisha sonrió con amargura. El cansancio había dibujado dos sombras amoratadas debajo de sus grandes ojos.

—¿Y si mañana te ordena que me degüelles mientras duermo, lo harías?

El mameluco quedó desconcertado por la pregunta, como si esta hubiera sido una estocada inesperada.

—No, señora —dijo por fin.

—Entonces ¿me despertarías antes de degollarme? —se burló ella.

—No lo haría, señora. Yo no asesino a mujeres.

—Entonces traerías a alguien para que lo hiciera.

—Basta, señora. —El capitán se puso muy recto y la sonrisa se borró de su rostro —. Debo llevarte con el gran visir.

Aisha pensó que no estaba bien torturar a la única persona en aquel barco que le había demostrado algo de compasión. Pero se sentía furiosa y aterrorizada, y necesitaba que alguien le explicase qué hacía allí y qué iban a hacer con ella. *Si alguien te muerde, te hace recordar que tú también tienes dientes*, pensó.

Se puso en pie.

—De acuerdo, vamos.

Salieron del camarote y recorrieron juntos el pasillo central de la nave de metal, a la que el gran visir había bautizado con el rimbombante nombre de *El Conquistador*.

* * *

Habían atravesado el estrecho de Ormuz tras recorrer el golfo Pérsico en un tiempo imposible y se habían adentrado en el océano Índico. Ni las mareas ni los vientos retenían el avance implacable de aquel milagroso barco.

Luego, *El Conquistador* puso rumbo hacia el sur, bordeando la costa de Omán.

La tropa embarcada estaba compuesta por los guerreros turcos comandados por el capitán Kassim y por los hirsutos bárbaros del barón Jürgen.

Cuando Aisha se encontró de nuevo con el gigantesco pelirrojo, se quedó paralizada por el miedo y la rabia. El barón Jürgen dio un paso hacia ella y soltó una risotada.

—Veo que no puedes olvidarme —se burló.

Se hallaban en la sala que daba acceso a la cámara del djinn. Inconscientemente, Aisha se refugió un poco detrás de Kassim. Entre el mameluco y el bárbaro se produjo un largo cruce de miradas, y las manos de ambos rozaron los pomos de sus espadas.

La calma tensa regresó cuando el gran visir Ibn Jalid entró en la sala por la misma puerta por la que habían llegado Aisha y el capitán. Observó a los guerreros desafiándose con un gesto de satisfacción. Mantener a Jürgen y a Kassim enfrentados le garantizaba la fidelidad de ambos, pues se tendrían que vigilar el uno al otro durante todo el viaje.

—Fíjate bien, Zafir —le dijo al hombrecillo vestido de blanco, con la cabeza rapada y aspecto de mendigo que le acompañaba—, yo siempre lo digo: ten cerca a tus amigos y aún más cerca a tus enemigos. Al menos hasta que sepas distinguirlos.

El hombrecillo llevaba una cuerda de cáñamo enrollada en su antebrazo izquierdo. Con sus manos nudosas tejía distraídamente su extremo. Al advertir que Aisha lo estaba observando, se volvió hacia ella y desplegó una amplia sonrisa que enseñaba sin complejos los numerosos vacíos entre sus dientes. Kassim le explicó con susurros a la mujer:

—Es un derviche famoso en Bagdad. Se dice que su *baraka* es poderosa y que se ha enfrentado a djinns que habían poseído a personas. El gran visir lo ha traído como asesor.

Un guardia apareció entonces arrastrando a un hombre atado de pies y manos. Las cadenas lo obligaban a andar tan encorvado que casi arrastraba por el suelo una larga barba entrecana. Ibn Jalid ordenó que lo librase de sus cadenas, y aquel desdichado pudo por fin adoptar una postura recta. Lo que demostró que era un hombre de extraordinaria altura y fuerza. Aisha oyó los chasquidos de su columna vertebral cuando se puso en pie después de tantos días en aquella incómoda postura. El cautivo la miró con ojos vidriosos y cansados.

—Siento volver a verte en estas circunstancias, señora —dijo.

—¿Te conozco? —le preguntó Aisha.

—Así es, señora. Soy Hussein al-Rahmaan, el artesano de Basora al que tu esposo encargó fabricar el talismán. Estos hombres me sacaron con engaños de mi casa y quisieron que crease una réplica para ellos. Lo que, según les expliqué, era imposible sin el libro negro que me entregó tu esposo. Hay infinidad de parámetros en las medidas y proporciones del talismán que es necesario cumplir para que funcione. Ningún hombre podría recordarlos todos, y por eso es preciso seguir minuciosamente las fórmulas que contiene ese libro. Por favor, te ruego que les confirmes mis palabras para que me suelten y pueda regresar con mi familia.

Aisha lo miró con tristeza.

—No creo que estos canallas den ningún crédito a lo que yo diga. Y tu familia...

—Dime, ¿sabes algo de ellos? —preguntó ansioso.

Aisha asintió, pero desvió la vista. No quería contarle a aquel desdichado que su hijo mayor había sido asesinado. Y precisamente porque los esbirros del gran visir habían entrado en su casa buscando ese libro negro que él necesitaba para fabricar otro talismán.

En cambio le preguntó:

—¿Tienes un hijo de quince años llamado Radi?

El orfebre abrió mucho los ojos.

—¡Sí! —exclamó—. Ese es mi pequeño, ¿lo has visto? ¿Está bien?

—Lo he visto y está bien... —No podía decirle más. Con los ojos chispeando de ira, se volvió hacia el gran visir y añadió—: Te estás arriesgando mucho, Ibn Jalid. El califa es amigo personal de mi esposo. ¿Tiene él noticia de tus nauseabundas

acciones?

El gran visir sonrió, y en su rostro se formaron cientos de diminutas arrugas.

—A nuestro califa ya no le importa nada. Ni amigos ni enemigos, ni propios ni extraños. Él vive feliz en su paraíso privado a las orillas del Éufrates. Yo tengo todo el poder.

—La crueldad es el único poder de los cobardes —escupió ella.

El derviche se acercó con un estuche de madera. Dentro estaba el talismán de cobre. Ibn Jalid lo levantó para que todos pudieran verlo. Después se volvió hacia Aisha y le preguntó:

—¿Lo reconoces? Estaba justo donde Sindbad nos dijo que estaría. No se atrevió a mentir porque lo convencí de que estaba dispuesto a llegar a donde fuera. Aunque no lo creas, soy un hombre de Estado que odia la crueldad, pero esta muchas veces es el camino más corto.

—Ya tienes todo lo que has ansiado durante tanto tiempo —dijo Aisha—. Entonces, ¿por qué nos mantienes prisioneros a mí y a este hombre?

Los labios del gran visir se curvaron en una sonrisa.

—Porque espero que ambos me sigáis siendo útiles en el futuro. Sé que el talismán contiene las indicaciones para llegar a la tierra de los djinns, y mis expertos ya lo están descifrando. Tu esposo me habló de ello cuando intentaba conseguir el apoyo del califa. Pero si este hombre logró fabricar un talismán, es posible que otros artesanos hayan creado otras réplicas. Se trata de un cabo suelto, y no me gustan los flecos en mis planes. Por lo tanto, debo preguntarte: ¿encargó tu esposo la fabricación de otros talismanes?

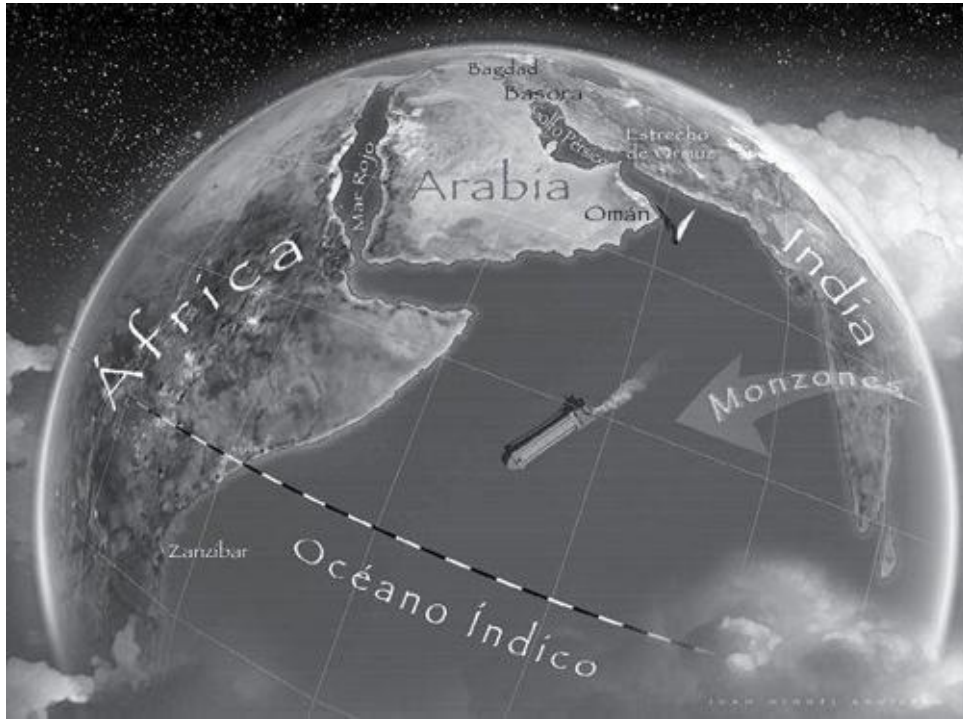
—Cientos de ellos —dijo Aisha.

El gran visir hizo un gesto de despecho.

—Por supuesto, no esperaba que me dijese la verdad. Pero quiero que sepas que si nos siguen nos encontrarán preparados, así que abandona toda esperanza... Ahora, basta de charla.

El visir le hizo una señal a uno de los guardias y este descorrió los cerrojos.

Cuando la puerta de metal oscuro se abrió, una densa bocanada de calor los golpeó a todos. La temible silueta del djinn se perfiló al fondo.



El Conquistador puso rumbo hacia el sur, bordeando la costa de Omán.

Aisha contuvo el aliento. La criatura estaba envuelta por una nube de humo proveniente del anillo de braseros que la rodeaba. Sus contornos difuminados no ocultaban su tamaño gigantesco. Medía más de tres metros, y su cuerpo estaba embutido en una armadura negra recubierta por completo de símbolos dorados brillantes y fluidos, similares a los del talismán.

Aquel gigante era un djinn, un ser poderoso y ancestral reducido a simple esclavo, que impulsaba la nave de metal haciendo girar unas grandes ruedas con la fuerza de sus brazos.

—Hay naciones entre los djinns, igual que las hay entre nosotros —explicó el derviche—. Algunas se oponen al contacto con los humanos y otras no. Pero sin duda los efrits son los más hostiles hacia nosotros. Este que vemos aquí prisionero es uno de ellos, un efrít muy antiguo y poderoso, así que hay que tener cuidado con él. Son maestros del engaño y pueden manipular hasta cierto punto lo que vemos de ellos. A veces se pueden hacer pasar por hombres. Pero se les puede reconocer porque, a diferencia de nosotros, no tienen sombra.

—¿Cómo es eso? —quiso saber Ibn Jalid.

El derviche puso su mano delante de una de las lámparas de aceite y dijo:

—Como todos podemos ver, la llama produce sombras en los objetos, pero la llama en sí no tiene sombra propia. Los efrits, aunque tienen una forma corpórea para caminar por este mundo, no pueden ocultar por completo su verdadera naturaleza ígnea.

Intimidados por las palabras del derviche, nadie se atrevió a entrar en aquella sala abrasadora ni a acercarse más al cautivo. Mientras se limitaban a mirarlo desde el otro lado de la puerta, el humo fluyó entre ambas estancias y la zona del djinn quedó algo más despejada. Cuando fue posible ver más detalles, el visir señaló las dos bandas de piel escamosa que ceñían las grandes ruedas situadas en las paredes de babor y estribor.

—¿Sabes qué es eso? —le preguntó al derviche.

—Es tejido vivo, una criatura de ese otro plano de la realidad al que sólo algunos

djinns pueden acceder. Apenas vemos alguna pequeña parte de ella, el resto es invisible a nuestros ojos humanos. Mueve esta nave y obedece ciegamente la voluntad del efrít, del mismo modo que él acata nuestras órdenes.

—Es difícil de entender, ¿verdad? —dijo Ibn Jalid—. Un ser tan poderoso como ese efrít que permanece esclavizado y sumiso como si fuera un vulgar corderillo. Me pregunto por qué.

—Es la voluntad de Alá, nada más —explicó el derviche palpando su cuerda de cáñamo—. Fíjate, señor, en los caracteres grabados en el pentágono de cobre.

—Ya veo que son unos símbolos muy parecidos a los que recubren por completo la armadura de ese monstruo. —Al agacharse para comprobarlo, la calva del gran visir brilló como una cúpula pulida bajo la luz de las antorchas.

—Lo que tienes en tus manos, gran visir, es el talismán para controlar a los djinns que concibió el profeta Salomón, que la paz y la misericordia de Alá sean con él —dijo el derviche.

—¿Y crees que su poder es real?

—Lo es. Alá, alabado sea el Señor de los Mundos, creó a los djinns mucho antes que a los hombres, y por ello están bajo su mandato. En total creó a tres mil de ellos.

—¡Tres mil djinns! —repitió el gran visir, admirado.

—Esos son los que Alá creó directamente. Pero como son inmortales y pueden procrear como nosotros, es de suponer que ahora su número será mucho mayor. Fueron algo más de un centenar los que ayudaron a Salomón a construir el Templo de Jerusalén y la Ciudad de Cobre, donde el rey sabio escondió todos sus tesoros. Pero muchos se levantaron contra el rey y hubo una gran guerra entre los hombres y los djinns. Una guerra en la noche de los tiempos, en la que los efríts casi fueron exterminados. A los que sobrevivieron, Salomón los encerró en recipientes de metal que taponó con su talismán para mantenerlos confinados por toda la eternidad.

—Con este simple pedazo de... cobre.

—Así es, gran visir. El talismán te dará el poder del mismísimo Salomón, que Alá lo bendiga y le otorgue paz. —El derviche señaló hacia el gigante encadenado—: Fíjate, señor, cómo se estremece al intuir su cercanía. En los caracteres grabados en su armadura puedo leer que se trata de uno de los efríts que luchó contra Salomón. Su nombre es al-Hajjaj, el Peregrino.

El gran visir sonrió satisfecho y se volvió hacia Hussein.

—Por eso Qaid quería que su esposa tuviera uno de los talismanes —dijo—. Para protegerla durante el viaje del ataque de los djinns. Pero seguro que mandó hacer más.

—Yo sólo fabriqué uno, gran visir —aseguró el padre de Radi—, precisamente el que ahora tienes en tus manos.

—Pero aún no has contestado mi pregunta, Zafir. —El visir le miró a los ojos—.

¿Estás seguro de que el talismán bastará para protegernos cuando penetremos en la tierra de los djinns?

—Los djinns son como los hombres en sus emociones y deseos —explicó el derviche—. Muchos son pacíficos y reservados, pero a los que debemos temer es a los guerreros. Cuando Alá creó a los hombres, muchos djinns se rebelaron e intentaron exterminarnos. Con su poder, lo hubieran logrado en pocos años. Pero Alá, que es justo y compasivo, nos dio los talismanes para defendernos de ellos. Su fuerza desaparece y su voluntad queda anulada cuando se encuentran bajo el influjo de los caracteres grabados en la superficie del metal de cobre.

—Demuéstramelo —dijo Ibn Jalid, devolviéndole el talismán.

—¿Cómo? —preguntó el derviche sujetando con cuidado la lámina de metal con los dedos, como si fuera un objeto muy caliente—. Yo no...

—Te he traído, Zafir, porque me han asegurado que en todo Bagdad eres el que tiene más conocimientos sobre la raza de los djinns. —*Y también el que posee menos coraje*, añadió el visir para sí, *por lo que no espero que te atrevas a traicionarme*—. Quiero que camines hasta el djinn con el talismán, y que coloques una mano sobre su armadura negra.

—¿Qué? —Zafir empezó a sonreír como si Ibn Jalid hubiera hecho una broma.

El gran visir le hizo una señal a un arquero. Este preparó un dardo y apuntó al derviche.

—Es mi mejor tirador —explicó—. Si se te ocurre poner al djinn en mi contra, morirás al instante con una flecha hundida en el cráneo.

El derviche lo miró desconcertado, la sonrisa se había congelado en sus labios.

—¿Y por qué iba yo a hacer algo así, mi señor?

—Es sólo por si acaso —repuso el gran visir con una mueca cruel.

Jürgen se acercó a él y le colocó una cuerda alrededor de la cintura. Luego le dio un empujón para que caminase hacia el djinn.

—¡Ve! —le ordenó.

—Yo no... No puedo hacer esto —tartamudeó el derviche, sus ojos hundidos y asustadizos estaban en continuo movimiento—. ¡Sentiré mi miedo y me matará!

—El talismán te protegerá como me has asegurado —dijo el gran visir.

—Pero esa es la teoría... De ahí a la práctica hay que investigarlo más.

—Eso es lo que vamos a hacer precisamente ahora.

Aisha advirtió que las huesudas piernas del derviche temblaban y que las rodillas le chocaban entre sí, e intercedió por él:

—Vas a enviar a ese desdichado a la muerte. Ese monstruo lo destrozará.

—No lo hará si el talismán funciona como él dice.



El derviche avanzó poco a poco, encorvado, tirando de la cuerda atada a su cintura. El otro extremo lo sujetaba Jürgen, que iba largándosela poco a poco. El arquero seguía con cuidado sus movimientos, apuntándole siempre a la cabeza.

Zafir cruzó el umbral y se metió en la cámara ardiente del djinn. El calor era tan intenso que empezó a sudar de inmediato, pero siguió avanzando.

No se atrevía a mirar hacia delante, ni siquiera a levantar un poco la vista. Sus ojos estaban fijos en sus propios pies desnudos, que marcaban pasito a pasito la distancia que lo separaba de aquel monstruo de más de tres metros de alto. No lo podía ver, pero sentía su presencia cada vez más cerca. Oía su respiración y el crujido de las láminas de su armadura, y notaba cómo la masa de su cuerpo desplazaba el aire al moverse.

Accidentalmente, el derviche tocó un brasero con el hombro y saltaron algunas chispas que rebotaron en el suelo. Tosió. El aire estaba cada vez más caliente y más cargado, le costaba respirar. Con cada inhalación sentía fuego entrando en sus pulmones.

—*Bismillah*... —musitó.

Avanzó un poco más y vio las botas de la armadura negra, clavadas al suelo, a dos palmos de sus propios pies. Levantó la cabeza, atemorizado, y vio al djinn sobre él como un titán que sujetase la bóveda celeste. Los símbolos extraños fluían como oro líquido por todo su cuerpo acorazado.

El gigante bajó la cabeza. Tan sólo lo miró, pero el derviche fue incapaz de contener su vejiga y se orinó encima. Se quedó inmóvil, con las piernas temblándole y la humedad resbalando por sus muslos, incapaz de apartar la mirada de los ojos del djinn, dos destellos rojos que relucían a través de las rendijas oscuras de la celada.

—*Kwenda mbali, kidogo mtu!* —bramó el djinn.

Zafir retrocedió un paso y repitió frenéticamente la invocación:

—*Bismillah... Bismillah... Bismillah... Bismillah... Bismillah...*

La voz del gran visir le llegó desde la otra sala:

—¡Tócalo! ¡Debes tocarlo con la mano, Zafir!

El derviche levantó el pentágono y lo miró con los ojos extraviados de asombro. De repente se había puesto tan caliente que le quemaba los dedos. Unos caracteres habían aparecido dentro del laberinto de letras hebreas y brillaban como si estuvieran trazados con metal fundido. Zafir no pudo leerlos, pero aquello lo tranquilizó.

El talismán le estaba protegiendo.

Volvió a acercarse al djinn y extendió la mano, muy despacio. Los dedos le temblaban. Por fin, su palma se posó sobre el metal negro. Fue como tocar una estufa

de hierro, pero el gigante no le atacó.

—¡Ya puedes volver! —exclamó el visir.

Cuando el derviche regresó con los demás, Ibn Jalid le dijo al artesano:

—Alégrate, el talismán que fabricaste funciona.

—Me alegraré cuando me devuelvas con mi familia —murmuró Hussein.

Uno de los guardias creyó detectar en su tono una falta de respeto hacia el gran visir, y le propinó un sonoro bofetón que lo derribó al suelo.

—Recogedlo y llevadlo a su celda —ordenó Ibn Jalid. Luego señaló a Aisha—: Encerradla también a ella. Pero tratadla como si fuera la favorita del califa, aún puede sernos de gran utilidad cuando nos adentremos en la tierra de los djinns.



Los efrit

23

En el puerto de Basora, Gafar recorría los locales donde solían reunirse los marinos y los animaba a embarcarse en *El Viajero*. Necesitaba desesperadamente completar la tripulación.

No tuvo mucho éxito. De algún modo, las noticias de Bagdad ya habían llegado a Basora y la gente no quería oír lo que tenía que decirles. La mayoría se levantaban y lo dejaban con la palabra en la boca. Otros se ponían violentos y acusaban al capitán Sindbad de haberse pasado a la piratería. Un par de veces, Gafar tuvo que dejar inconsciente de un puñetazo a alguien porque se llevó la mano a la daga. La situación no pintaba bien.

Pero aún podía empeorar.

Al salir de uno de los locales, Gafar se topó de frente con Mustafá, el mercader. Venía acompañado por dos sujetos de aspecto bestial. Parecían dos orangutanes con el cuerpo afeitado, y llevaban grandes estacas en las manos.

—¡Volvemos a vernos, Gafar! —Los ojos del comerciante se iluminaron, pero luego se inclinó hacia delante y frunció el ceño—. Estoy seguro de que recordarás que te pagué una sustanciosa señal. Pero tu nave se marchó y yo no recibí mi mercancía. ¿Qué te parece?

—Eso lo vamos a solucionar, hermano —dijo Gafar, mientras los dos orangutanes se situaban a su derecha y su izquierda para cerrarle cualquier posibilidad de huida.

—Por supuesto que lo vamos a solucionar —dijo el comerciante—, o te garantizo que no saldrás vivo de aquí.

—Vayamos por partes —dijo Gafar llevándose la mano a la oreja. Se quitó el pendiente que colgaba de ella y se lo entregó ceremoniosamente al comerciante.

—¿Y qué quieres que haga yo con esto? —preguntó Mustafá mirando el pendiente en la palma de su gruesa mano.

—Es una perla negra, muy rara, muy valiosa. Con esa joya solucionamos el enojoso tema del adelanto y así podemos pasar a otros asuntos.

—Yo no quiero comprar esta perla, te di un adelanto para...

Gafar dio un paso hacia el comerciante y lo sujetó por ambas muñecas. Era una

especie de medio abrazo fraternal, pero los dos matones se acercaron amenazantes.

—Amigo —dijo Gafar en tono confidencial—, tú eres Mustafá al-Ualid Ibn Uthbah, miembro de una de las familias más importantes de la ciudad. ¿Quieres terminar tus días siendo sólo un rico comerciante de Basora, gordo y rodeado de tus mujeres?

—Bueno —Mustafá dudó—, la verdad es que no me parece un mal plan.

—Sería un buen plan para la mayoría de la gente, pero no para ti, hermano. Alá, alabado sea su nombre, ya quiso que nacieses rico, Mustafá, así que convertirte en alguien un poco más rico no es un gran proyecto de vida.

—¿Y qué sugieres? ¿Que regale mis bienes a la mezquita, que te perdone la deuda, que me afeite la cabeza y me dedique a recorrer desiertos predicando la palabra del Profeta, la paz y las bendiciones de Alá sean con él?

—No, no espero que hagas eso, sino que te conviertas en el hombre más rico y poderoso de toda Persia, y que sólo entonces construyas una gran mezquita en Bagdad para alabar a Alá.

Mustafá lo miró escéptico.

—Empieza entregándome la mercancía por la que he pagado.

—El capitán Sindbad no tuvo más remedio que arrojar toda la carga por la borda —mintió Gafar. No quería entrar en detalles sobre lo sucedido en Bagdad—. Ahora se encuentra en el fondo del río, y nuestras bodegas están vacías.

—¿Que hizo qué?

—¿Recuerdas la nave de metal sin velas ni remos que entró en el puerto el día que estábamos negociando?

—Claro que la recuerdo —respondió Mustafá—. Pero ¿qué tiene esto que ver con lo que hablábamos? ¿Has dicho que tu capitán arrojó la carga por la borda? ¡Es un loco! Me parece que no quiero seguir escuchándote.

Mustafá se apartó y les hizo una señal a sus esbirros. Uno de ellos sujetó las manos de Gafar a su espalda mientras el otro se preparaba para golpearle en el vientre con su estaca.

—¡Espera, Mustafá! —protestó Gafar—. Nuestra vieja amistad no puede acabar así...

—Tú y yo nunca hemos sido amigos. —Mustafá levantó una mano para dar la señal.

Gafar dijo atropelladamente:

—Pregúntate por qué el gran visir ha desaparecido de Bagdad y ha dejado el cargo a su hijo Yafar. Porque imagino que esa noticia también habrá llegado hasta aquí.

Mustafá siguió con la mano en alto durante un rato. Por fin, ordenó a sus esbirros que soltasen al marino y que se apartasen a un lado.

—Está bien. Dímelo tú, ¿por qué? —preguntó.

Gafar resopló aliviado.

—¿Es que no sientes curiosidad, Mustafá? Una nave maravillosa llega a tu ciudad y luego desaparece misteriosamente, y a ti no te preocupa otra cosa que el mísero adelanto que entregaste por unas vulgares mercancías.

—No pongas a prueba mi paciencia, Gafar.

—¿De dónde viene esa nave mágica que es capaz de navegar sin velas ni remos? El capitán Sindbad la siguió hasta Bagdad, allí desveló su misterio y descubrió su procedencia. Aquel barco procede de una tierra donde se ocultan las mayores riquezas que ha contemplado jamás ningún hombre. Las mayores riquezas, Mustafá.

El comerciante abrió los ojos de par en par.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como que hay pájaros en el cielo y peces en el mar. Se trata de un tesoro tan inmenso que hasta el gran visir Ibn Jalid zarpó en su busca, no sin antes encerrar a nuestra tripulación para que no pudiéramos llegar antes que él a ese destino maravilloso. Pero el capitán Sindbad tiene algo que el gran visir no tiene.

—¿Y qué es? —preguntó Mustafá.

—¡Un mapa que indica dónde se encuentra el tesoro! Por eso el capitán vació toda la carga de su dhow, porque tiene la intención de regresar de su aventura con las bodegas repletas de oro y joyas. Lo único que necesita ahora es completar la tripulación de *El Viajero*.

El comerciante se quedó pensativo unos segundos, y después dijo:

—Yo tengo tu tripulación.

—¿Tú? —Gafar entornó los ojos con desconfianza.

—¡Sí! Son buenos marinos y hacen rutas para llevar mis productos por el Mar Rojo.

—No son más que «caboteadores» —dijo Gafar con desprecio—, marineros de río.

—¡No, no, no! Son buenos marinos, con muchos años de experiencia. Yo sólo quiero lo mejor en mis barcos. Dile a tu capitán Sindbad que ya tiene su tripulación.

—Se lo diré, pero no la querrá en su barco.

—Me ofendes, Gafar. ¿Qué crees que te estoy ofreciendo? Son hombres de confianza.

El piloto dudó durante un largo rato, justo hasta que la paciencia de Mustafá parecía a punto de agotarse. Por fin dijo:

—De acuerdo, no puedo prometer nada pero hablaré con el capitán Sindbad, y estoy seguro de que él mismo querrá examinar a tus hombres antes de aceptarlos. Pero que conste que te hago un gran favor al pasarte por delante de otros muchos aspirantes.

—Y yo te lo agradezco, amigo mío —dijo Mustafá llevándose la mano al pecho, a

la boca y a la frente—. Así que haré algo que nunca antes he hecho. Viajaré personalmente en la expedición, y así me aseguraré de cuidar de mi gente y de mi dinero.

Gafar suspiró. Al capitán no le iba a gustar nada aquello.



Golfo Pérsico

24

Sindbad estaba supervisando los preparativos para la larga travesía, cuando Gafar llegó al muelle acompañado por un individuo bajo y gordo, tocado con un enjoyado turbante de raso blanco, adornado con una larga pluma de garza. Su túnica llevaba más perlas, plumas, bandas, cadenas, cintillos y botones de oro que la fachada de un platero. Sindbad reconoció al comerciante con el que Gafar regateaba cuando partieron hacia Bagdad.

Además, iban con ellos siete hombres con aspecto de marineros de agua dulce.

—Es lo que he podido encontrar, capitán —se disculpó Gafar.

—Y yo estoy dispuesto a apoyar tu expedición con algo más que con tripulantes, capitán Sindbad —dijo Mustafá.

El comerciante hizo un gesto amplio y señaló varias carretas cargadas hasta los topes que entraban en ese momento en el muelle.

—Gafar, ¿puedes explicarme esto? —pidió Sindbad.

—Mis disculpas, capitán, pero no he encontrado a nadie dispuesto a unirse a nuestra expedición ni crédito para comprar los víveres que necesitamos. Excepto Mustafá al-Ualid, que quiere asociarse con nosotros. No sólo eso, también pretende acompañarnos.

Sindbad se quedó con la boca abierta, sin saber qué decir.

—¿Qué contestas, capitán? —preguntó el comerciante—. ¿Me aceptas como socio?

—¿Tenemos otra opción?

—Me temo que no, capitán —dijo Gafar—. No si queremos partir cuanto antes.

—De acuerdo —dijo Sindbad frunciendo el ceño—. Que lo carguen todo.

El cabestrante del dhow empezó a izar los toneles llenos de agua y víveres que transportaban los carros y los fue colocando en la bodega. Las piezas de carne salada de vaca y los sacos con legumbres secas eran cargados sobre los hombros de la tripulación y subidos por la pasarela. Mustafá se ocupaba de llevar el registro, mientras que Gafar se aseguraba de que los suministros estuvieran bien asegurados en la bodega. No había nada que le pusiera más nervioso que una carga pesada

soltándose durante una tormenta.

Sindbad lo miraba todo con expresión desolada. No tenía ninguna duda de que aquel gordo comerciante le iba a dar problemas.

* * *

—¡Capitán! —llamó una voz femenina.

En el muelle se había congregado un grupo de unas diez mujeres; algunas de ellas llevaban niños pequeños en los brazos y otros mayores asomaban entre sus faldas.

Descendió por la pasarela y se acercó a ellas.

—Tú eres Fátima, la esposa de Habib —le dijo a la que había hablado. Se volvió hacia otra de las mujeres y afirmó—: Y tú eres Jameela. Te recuerdo.

—Capitán —dijo Fátima—, ¿dónde están nuestros esposos?

Sindbad se volvió hacia ella. Sólo el óvalo de su rostro era visible, el resto estaba cubierto por un *chador* de color azul oscuro.

—En Bagdad, encerrados en un calabozo de la ciudad —respondió Sindbad, y añadió a toda prisa—: Pero no tienes nada que temer, los liberarán muy pronto. No hay nada de lo que puedan acusarlos, así que en unas semanas os reuniréis todas con vuestros maridos.

—¿Y de qué viviremos hasta entonces, capitán? —preguntó Fátima.

—¿Cómo dices?

—Estábamos aguardando que nuestros esposos llegaran a casa cuando supimos que *El Viajero* había zarpado de nuevo. Habían estado seis meses fuera, los esperábamos a ellos y esperábamos el dinero que traían, porque ya no nos quedaba nada.

Sindbad suspiró y se llevó las manos a las sienes con un gesto de dolor, como si sufriera jaqueca. Por fin volvió a mirar a las mujeres con una expresión calmada.

—Esperad aquí. Voy a ver lo que puedo hacer.

Volvió a subir a la cubierta de *El Viajero* y caminó hasta Mustafá, que hacía cálculos sobre la tapa de un tonel.

—Necesito que me hagas un préstamo.

El comerciante levantó su gruesa cabeza hacia él.

—¿Cómo? —preguntó.

—Necesito dinero. Sólo quinientos dinares. Te lo devolveré.

—Las cosas no se hacen así, capitán. ¿Para qué quieres ese dinero?

Sindbad se apartó para que pudiera ver a las mujeres con sus hijos en el muelle.

—No entiendo —dijo Mustafá.

—Son las esposas de mi tripulación, y necesitan la paga que nos requisaron.

—La tendrán cuando regresemos con ese tesoro del que me ha hablado Gafar. Así es como acordaste hacerlo con tu gente, ¿verdad?

—Sí, pero ellas estaban esperando el dinero que iba a llegarles con nuestro regreso. Ahora no tienen nada para alimentar a sus hijos. Es culpa mía, ya lo sé, pero...

—No te culpes, capitán —dijo Mustafá—. Las cosas pasan aunque no queramos, sólo por la voluntad de Alá. Pero ahora no puedo atender tu petición, mi fortuna no es un pozo sin fondo, por desgracia. A veces hago inversiones arriesgadas, sí, pero no veo qué beneficio puedo obtener dándoles mi dinero a esas mujeres.

—¿Ni siquiera un beneficio para tu alma?

—Para eso ya doy limosna en la mezquita. Pero una donación de quinientos dinares me parece demasiada generosidad.

—Te lo devolveré a su tiempo —le aseguró Sindbad.

—Quizá. Pero ya me debes demasiado y sólo tengo como garantía la palabra de Gafar.

Malhumorado, Sindbad bajó de nuevo la rampa y se acercó a las mujeres.

—Vuestros maridos volverán pronto —les aseguró.

Fátima empezó llorar y Sindbad tuvo el impulso de abrazarla para consolarla. Echó los brazos hacia delante, pero apenas le rozó los hombros con la punta de los dedos, una furiosa bola de pelo surgió de detrás de sus faldas y se estrelló contra su estómago. Era un niño de unos diez años. Lo sujetó por el pelo para alejarlo de él y aun así el muchacho se las arregló para alcanzarle con un puñetazo en el costado.

—¡Mi padre te matará!

—¡Ya basta, Adel! —le ordenó Fátima—. ¡Quieto ahora mismo!

—¿Es tu hijo? —preguntó Sindbad mientras sujetaba la cabeza del niño.

—Sí. Te pido perdón, capitán.

Dejó que la madre se ocupase del niño, y se dirigió hacia la fila de carros que esperaban pacientemente su turno de descarga.

—¿Es el tuyo? —preguntó a uno de los arrieros que estaba tumbado a la sombra.

—Sí, capitán —dijo sin levantarse.

—¿Y qué llevas?

—Grano y legumbres sobre todo. También galletas secas.

—¿Y este? —dijo Sindbad señalando el siguiente carromato.

—Ese es mío, capitán. Llevo carne conservada en salazón.

—Muy bien. —Los ojos de Sindbad brillaron—. ¿Veis a esas mujeres de allí?

—Sí —respondieron los dos arrieros.

—Bien, porque vais a llevar los víveres a donde ellas os indiquen.

Sindbad regresó a la cubierta de *El Viajero*. El traqueteo de los dos carros que se

alejaban llamó de inmediato la atención de Mustafá. El comerciante corrió hacia la borda y empezó a dar voces y a agitar los brazos para llamar la atención de los arrieros.

El capitán le cogió una de las manos y se la bajó.

—¿Qué haces, capitán? —preguntó Mustafá, rojo de rabia.

—Me comprometo a devolverte el coste de esos carros a nuestro regreso —le aseguró.

—¡Muy bien, capitán! —exclamó furioso—. ¿Te sientes mejor ahora? La generosidad con dinero ajeno es sin duda una experiencia reconfortante.

—No me siento feliz —admitió Sindbad—. Lamento de verdad lo que les ha pasado a mis hombres. Ojalá estuviera en mi mano cambiarlo.

Mustafá lo miró fijamente y dijo:

—Un consejo, vuelve cargado de oro y nadie se acordará de los malos momentos.



Sindbad el Marino 1.^a

—Me han hecho venir a verte para que averigüe si hay o no más talismanes fabricados por otros artesanos —le dijo Hussein al-Rahmaan a Aisha—. Pero no tengo ninguna intención de interrogarte sobre eso, tan sólo quiero que me digas si mi familia está bien.

Tenía la espalda apoyada contra la puerta del camarote de Aisha, los hombros echados hacia delante y la espalda un poco encorvada.

Ella lo miró con compasión. Sintió que no tenía fuerzas para darle esa noticia.

—Hay algo que puedes hacer ahora por tu familia —le dijo—. Puedes ayudarme a preparar un plan de huida. Escaparemos juntos de aquí y yo te aseguro que mi esposo te compensará y hará que regreses cuanto antes con los tuyos.

—¿Huir? —Hussein la miró como si estuviese loca—. ¿Has olvidado que estamos a bordo de un barco, en mitad del mar? No hay ningún sitio al que huir. Aunque lográsemos robar uno de los botes, ¿sabrías tú manejarlo, orientarte con las estrellas para llegar a tierra firme? Yo no. Moriríamos los dos, perdidos en la inmensidad. Lo que dices no tiene sentido.

—Tenemos un destino, la isla de Zanzíbar —dijo ella con calma—. Cuando lleguemos a sus costas, será el momento de escapar. Debemos estar preparados para actuar juntos.

—¿Cómo piensas escapar con todos esos hombres vigilándonos?

Aisha abrió mucho los ojos.

—Soltaremos al djinn, y en la confusión aprovecharemos para huir.

—¿Soltar al djinn? ¡Nos matará a todos!

—No si tenemos el talismán. Escúchame, Hussein al-Rahmaan, porque pronto tendrás la oportunidad de robarlo. Estoy segura de que el gran visir te pedirá que fabriques copias de él. Dices que no puedes sin el libro negro, pero finge que vas a intentarlo, y entonces...

—¿Sabes lo que estás proponiéndome? —le interrumpió él.

—No podré huir sin tu ayuda. Y si nos quedamos, moriremos los dos. Yo no volveré a ver a mi esposo y tú nunca estarás otra vez con tu familia.

El artesano respiró hondo y dijo muy lentamente:

—Tú viste a mi hijo Radi... ¿Sabes algo de mi esposa y de mi otro hijo?

Su voz parecía tranquila, pero sus ojos delataban su ansiedad.

—Tu esposa está bien, creo... —dijo Aisha por fin, sin atreverse a mirarlo a los ojos—, y también Radi, pero...

—Aakil, mi hijo mayor, ¿qué le ha pasado? —preguntó el artesano con voz ahogada.

—Murió. Lo lamento.

El cuerpo del hombre se estremeció como si sus huesos se hubieran licuado. Durante un momento pareció que se iba a derrumbar sobre el suelo. Aisha hizo ademán de incorporarse para ayudarlo. Pero Hussein se recompuso y volvió a levantar la cabeza.

—Fue por el libro negro, ¿no es así? —preguntó con un hilo de voz—. Los hombres del gran visir fueron a mi taller a buscarlo y mi hijo se enfrentó a ellos...

—Radi me dijo que fueron los bárbaros, ese gigante pelirrojo, y que tu hijo mayor se sacrificó por defender a tu familia. Se comportó como un héroe.

Eso no parecía importarle al artesano en ese momento. Parecía incapaz de oír nada más allá de su propio derrumbe interior.

—Les dije que necesitaba el libro, que sin él no podría fabricar más talismanes. ¡Fui yo!

—No pienses eso, Hussein. Los únicos culpables de tanta desdicha son los canallas que ahora nos mantienen prisioneros. ¡Tenemos que unir nuestros esfuerzos para escapar de ellos!

El artesano no pudo aguantar más. Abrió la puerta y abandonó atropelladamente el camarote. Aisha lo oyó correr por el pasillo, gritando de dolor e impotencia. No se había sentido con fuerzas para decirle nada más, pero podía comprender cómo se sentía aquel hombre.

* * *

Cuando era una niña de seis años, Aisha tenía un palacio en miniatura entre las ramas de un árbol del jardín de su casa en Córdoba. Estaba tallado en madera con exquisito cuidado, y reproducía hasta el menor de los detalles la fachada, las torres, los tejados cubiertos de minúsculas tejas típicas de un palacio de al-Ándalus. Una tarde, Aisha jugaba en su interior cuando un hombre apareció entre las torres en miniatura. Llevaba una barba deshilachada y sucia, un parche en el ojo izquierdo y un cuchillo en la mano derecha.

—¿Eres un hombre malo? —preguntó Aisha, muy seria.

El hombre estaba sorprendido por la pregunta, y la mirada de la niña de grandes ojos pareció arrebatarse toda su firmeza. Sonrió torpemente para tranquilizarla, aunque ella no parecía asustada, y escondió el cuchillo detrás de su cuerpo.

—No soy malvado —le dijo él. Pero Aisha supo que mentía.

—¿Ah, no? Entonces ¿qué haces aquí?

—¿Tú eres la hija de Moshé ibn Daud? —preguntó el desconocido.

—Sí, así es —respondió ella con una dignidad asombrosa para sus pocos años.

El hombre inclinó la cabeza con un gesto de pesar.

—Lo siento mucho, pequeña... —Parecía que iba a añadir algo, o hacer algo, pero se dio la vuelta y empezó a descender por el árbol.

Aisha se asomó y le preguntó:

—Espera, ¿adónde vas? ¿Por qué has entrado aquí?

El hombre se tapó la cara con las manos y echó a correr hacia la valla del jardín. Se encontró con otro individuo que salía de la casa de sus padres.

—¿Qué haces? Tu cuchillo está limpio —le dijo este.

—Yo no puedo. Hazlo tú si quieres. Yo no puedo. Que Alá me perdone.

Se oyeron gritos dentro de la casa, y los dos hombres corrieron y saltaron la valla. Eran partidarios de Sulaymán, uno de los hijos de Abd al-Rahmán, y no se conformaban con la decisión de este de nombrar heredero a su otro hijo, Hisham. El padre de Aisha era de origen hebreo y el banquero más rico de Córdoba, y estaba apoyando decididamente al nuevo emir con su dinero. Por eso aquellos desconocidos lo asesinaron junto a su madre esa noche.

Aisha tuvo que irse a vivir con la familia de la hermana mayor de su padre, que al casarse se había convertido al islam, pero nunca olvidó el dolor de la muerte de sus padres. Tampoco olvidaría que aquel malvado había sido incapaz de hacerle daño a ella, y esa fue la primera señal de que tenía un poder especial sobre los hombres, si mantenía la calma.

Pero aquella fue una herida en su alma que nunca acabó de cerrarse, la imagen de sus asesinos la acompañaba siempre en sus pesadillas.

Se preguntó qué haría ahora Hussein.



Sindbad el Marino 2.^a

Mientras contemplaba la ciudad de Basora alejarse, Radi no podía dejar de pensar en su madre. No se había atrevido a ir a verla por miedo a que alguien le estuviera esperando allí. Pero se sentía avergonzado por las angustias que le había causado a lo largo de los años. Le dolía recordar todo lo que la había hecho sufrir por haber sido tan mezquino e indolente. Se juró que cuando la volviera a ver a su regreso, la abrazaría. Y luego le entregaría el gran tesoro que sin duda iban a encontrar, y le diría: «¡Nunca más vamos a pasar penalidades, madre!».

Pero no le hablaría de su venganza. Sabía que eso no iba a gustarle, pues sólo la haría sufrir de nuevo y recordar la pérdida de su hijo mayor. A él tampoco le gustaba, pero no tenía más remedio que seguir adelante. Aquel bárbaro pelirrojo tenía que pagar por haberle arrebatado la vida a su hermano. Eso era más importante para Radi que todo el oro del mundo.

Pero, de algún modo, la muerte de su hermano había hecho que sus sueños se cumplieran, y él también se sentía mal por eso. Hacía mucho que había decidido que necesitaba escapar lejos de su ciudad, abandonar aquella existencia gris para enfrentarse al mundo exterior. Desde que era niño, había deseado enrolarse en un barco y hacer carrera en el mar. Su padre le apoyaba en esa idea; después de todo, el taller iba a ser para su hermano.

Pero, claro, todo se torció el día que se lo llevaron de casa. Desesperado, Radi llegó a planear esconderse en un barco que se dirigiese a algún remoto lugar del mundo. Ser un polizón sin más equipaje que sus ganas de vivir aventuras, su deseo de aprender y de ver cosas nuevas, de gozar de la libertad y vencer los peligros que surgieran en el camino. Ahora navegaba hacia la aventura y el peligro en el dhow del famoso capitán Sindbad. Esta era la vida que siempre había soñado, pero qué precio tan terrible había tenido que pagar para conseguirla.

—Algún día volveré, madre —musitó mirando hacia la ciudad que se perdía en el horizonte—, y ese día todos nuestros problemas terminarán.



Cuando atravesaron el estrecho de Ormuz, el mar embravecido sacudió el casco del dhow con un firme balanceo que adormeció a los más curtidos en el mar, pero que a Mustafá le hizo echar la papilla. Los tripulantes recogieron una de las velas. El viento arreciaba y las olas rompían contra las amuras. En el timón, Sindbad miraba hacia el cielo y sacudía la cabeza, augurando que la cosa pintaba mal y que se avecinaba una tormenta.

—Capitán, tienes que dejarme en tierra —rogó Mustafá cuando consiguió arrastrarse junto a él—. ¡Yo no estoy hecho para esto!

—Haberlo pensado antes —respondió Sindbad, sujetando con fuerza el timón.

Aquel sujeto había sido un grano en el culo desde el primer momento. *El Viajero* sólo disponía de dos camarotes a popa: el de Sindbad y el que ocupaba Yahiz. Mustafá se había negado a dormir en cubierta, y le había disputado al erudito su espacio privado. Pero Yahiz se pasaba el día estudiando y descifrando los complejos enigmas del libro negro. Tenía su camarote repleto de trozos de papel, recortados y clasificados. Era imposible hacer ese trabajo sobre cubierta. Sin embargo, Mustafá, que no sabía nada del tema, seguía insistiendo. Tanto, que al final Sindbad, para dejar de escuchar sus lamentos, le cedió su propio camarote. A él no le importaba dormir en cubierta con la tripulación. De hecho, lo prefería. Sólo tuvo que trasladar los tratados náuticos y las cartas de navegación al compartimento de Yahiz, donde los guardó bajo llave.

Pero ni siquiera con eso cesaron las protestas de Mustafá, que encontraba el camarote de Sindbad demasiado estrecho y pretendía entrar en el de Yahiz para comprobar si era más espacioso. Se quejaba de que no le cabía ni el turbante, y en eso no le faltaba la razón, porque Sindbad no había visto en su vida uno tan enorme como el que lucía el comerciante. Mustafá se paseaba por cubierta con él y a veces el viento lo arrastraba rodando, y sobresaltaba a los hombres. En una ocasión, harto ya, Sindbad lo agarró y lo lanzó al agua. Se acabó el problema del turbante. Hubiera querido poder hacer lo mismo con el propio Mustafá. Pero un tal Ozman, uno de los nuevos marineros, de elevada estatura y aspecto bestial, nunca andaba muy lejos de él, y Sindbad tenía la seguridad de que Mustafá le pagaba para que lo protegiese.

—¡Me estoy muriendo, capitán! —exclamó ahora el gordo comerciante agarrándose a la borda para no caer de bruces—. ¡Serás culpable de mi muerte!

Sin el turbante, su cabeza calva parecía diminuta, pues tenía las orejas de ratón y la barba afilada y retorcida hacia arriba como la punta de una babucha. Los ojos eran dos botones negros en medio de una cara tan redonda y tan pálida en ese momento como la luna.

—Te diré lo que tienes que hacer: come algo, eso te aliviará el mareo.

Se había instalado en cubierta el cuenco de un fogón, donde se calentaba un espeso potaje de habas para los que estaban de guardia. Para que el fuego no se apagase a causa de las rociadas del mar, el cocinero lo avivaba de vez en cuando con cucharones de brea que chisporroteaban e impregnaban el aire de un olor denso y grasiento. Sólo pensar en tragar aquel engrudo verde hizo que a Mustafá se le revolviere de nuevo el estómago. Se dio la vuelta y vomitó con fuerza hacia el mar.

Durante la noche sufrieron una fuerte tempestad de relámpagos y truenos. Estalló una descarga de rayos sobre sus cabezas, iluminando con destellos sobrecogedores la superficie del mar y haciendo visible a lo lejos la costa de Omán.

Radi nunca había imaginado el mar tan alto, negro y espumeante como lo vio entonces, rugiendo como una bestia furiosa. De entre las nubes se desprendían rayos que reptaban por el cielo hacia ellos, como si los moviese el deseo de incendiar las velas de la nave. Los relámpagos iluminaban brevemente las espesas cortinas de lluvia que se perdían en el horizonte difuminado y oscuro. De repente, el dhow se precipitó bajo una montaña de agua que inundó la cubierta barriéndola de proa a popa. La estructura del casco se estremeció con el pantocazo, como si fuera a reventar deshaciéndose en mil astillas. Los tripulantes se agarraron a los pasamanos y a todo lo que encontraban para no verse arrastrados hacia el mar.

* * *

Al final de esa larga noche en la que nadie pegó ojo, *El Viajero* se encontraba a la altura de la isla de Masira, empujado por un viento cuya fuerza terrible hacía crujir los palos como si quisiera arrancarlos de cuajo. Nada podía permanecer en su sitio del costado de barlovento, donde unas descomunales olas se estrellaban contra el casco con la fuerza de un alud.

Gafar se había amarrado al timón e intentaba ver a través de la cortina de lluvia. Las gotas de agua azotaban su rostro como perdigones. El piloto lanzaba ansiosas miradas en dirección al océano, de donde provenían los vientos que los empujaban impetuosamente hacia el promontorio rocalloso conocido como *Ra's al Ya*, cuya parte más peligrosa quedaba justamente a sotavento. Gafar, uno de los mejores pilotos del océano Índico, sabía que la costa oriental de Omán se cruzaba muy a mar o muy a tierra, ya que en medio había arrecifes y corrientes submarinas de distintas direcciones provocadas por las mareas, que se encontraban entre las más temibles del océano Índico. En tales circunstancias convenía apartarse de los bancos de arena para evitar el arrastre y las rompientes.

Pero el viento los empujaba obstinadamente hacia los arrecifes, y todo el empeño de Gafar poco podía hacer para desviarles de ese curso fatal. Aunque la costa de Omán estaba cada vez más cerca, si el dhow escollaba se haría pedazos y no habría ser humano capaz de medir sus fuerzas contra la furia de aquel mar embravecido. Todos morirían ahogados. Frente a la proa las aguas ya amarilleaban por causa de las arenas removidas por la corriente.

Alí Gafar, aislado de sus compañeros por el fragor de las olas y la cortina de lluvia, se sentía solo en el universo luchando contra un poder implacable. Oteaba el mar en busca de algún signo que revelase la presencia de rocas bajo la superficie con la misma desazón con que un condenado a muerte ve llegar la hora fijada de la ejecución.

Felizmente para todos, el viento aflojó de forma inesperada y el capitán ordenó de inmediato desplegar la mayor. Poco a poco, el dhow consiguió volver su popa hacia el arrecife y remontar aquella peligrosa encrucijada.

Después continuaron el rumbo, siempre hacia el sur, mientras la claridad del alba iluminaba un mar ceniciento pero ya calmado, entre el regocijo y el alivio de los hombres que durante unas horas habían quedado hermanados en una lucha desesperada contra el mar embravecido. En esos momentos dramáticos, el capitán Sindbad había tenido la oportunidad de calibrar a los nuevos marineros, y se sentía satisfecho de su comportamiento.

Incluso el forzado y avieso Ozman había arrimado el hombro como un marinero más, mientras su amo corría a encerrarse en su camarote.

El Viajero tenía una tripulación y un destino comunes. Sindbad deseó que con los últimos truenos de aquella tormenta hubiesen quedado atrás los peores momentos de la travesía.



Sindbad el Marino 3.^a

Después de la tormenta llegó la calma. El horizonte se convirtió en una línea perfecta que separaba los dos tonos, cada vez más oscuros, del azul del mar y el del cielo, diluyéndose uno en el reflejo del otro. La luna empezó a elevarse; era como un gigantesco globo de luz. *El Viajero*, con su velamen triangular desplegado, atrapaba la brisa suave pero constante y se deslizaba mansamente por una superficie tersa como un espejo de acero. Los peces voladores saltaban frente a la proa creando extrañas fosforescencias que permanecían en la retina.

Era una noche mágica. Tumbado en cubierta, Sindbad echó la cabeza hacia atrás para contemplar el cielo meridional y saboreó la brisa fresca y salobre como si fuera una esencia exquisita. Desde que era un grumete había disfrutado con la sensación de atravesar durante la noche la inmensidad líquida, bajo un cielo empapado de estrellas, dirigiéndose hacia un destino ignoto. El vértigo de lo desconocido, de lo inmenso, se apoderaba de su alma en noches como aquella, pero nunca rechazaba esa emoción sino que disfrutaba de ella mientras cerraba los ojos y soñaba con lugares llenos de maravillas. Estaban justo en el período de cambio del monzón, por lo que los vientos aún eran suaves e inciertos en ocasiones. Pero aquella brisa soplaba ya desde el Extremo Oriente y la India hacia el sudoeste, y los llevaría bordeando la Península arábiga y las costas del África Oriental hasta la isla de Zanzíbar.

Ese era el destino de la nave del djinn, si Yahiz no se equivocaba en sus cálculos.

Miró hacia el mar oscuro y pensó en Aisha. Se preguntó qué sería de ella y deseó con todo su corazón que estuviera a salvo. No podía quitársela de la cabeza, y en la distancia su imagen se hacía más y más grande. Apenas la conocía, excepto por ese inesperado encuentro que lo había dejado prendado de su belleza. Le había conmovido también su entereza y la fuerza serena que había demostrado ante las amenazas de Ibn Jalid. Y, sobre todo, la forma en la que había dominado su miedo. Un valor así lo había visto Sindbad muy pocas veces. Se preguntó cómo sería compartir la vida con semejante mujer y envidió a Qaid abd al-Siqlabi.

Ella admiraba a su marido, lo había comprobado en sus ojos cada vez que le hablaba de él. «Mi esposo es un idealista», le había dicho. Pero también que nunca

había tenido sexo con él.

Entonces eso no es amor, se dijo Sindbad.

Les llevaban mucha delantera, sería imposible alcanzar a la nave de metal antes de que tocaran el puerto de Zanzíbar. Sindbad miró a Yahiz, que paseaba por cubierta, y rezó una vez más para que no errara en sus cálculos.

El erudito llevaba un resplandeciente astrolabio de cobre con el que estaba midiendo la altura de una estrella sobre el horizonte. Giró la araña hasta hacer coincidir la altitud medida con el almicantarát, y el extremo de la regla le indicó la hora local. Ajeno a la curiosidad que despertaba su ritual entre los marineros que lo observaban, Yahiz abrió el cuaderno forrado en piel y anotó sus mediciones para compararlas luego con los datos que le daba el libro negro.

—Haz bien tus cálculos, erudito —le dijo Ozman—, porque tu ciencia no nos servirá cuando estemos en la tierra de los djinns. En esos mundos extraños el más sabio de los hombres es un ignorante.

Ozman tenía un aspecto amenazador. Sobrepasaba a todos los hombres en altura, tenía el pecho tan ancho como un toro y el rostro cubierto de cicatrices. Pero estas cicatrices no eran producto de heridas casuales, pues formaban intrincados dibujos. Alguien había labrado intencionadamente su cara con espirales y líneas sinuosas que dibujaban una máscara horrenda, y que permanecían lívidas cuando todo su rostro enrojecía por la ira.

Cuando alguien le preguntaba, Ozman solía hablar de la vez que viajó en el barco de un capitán loco, muy lejos, siempre hacia el sur, hasta una tierra desconocida poblada por los poonyaboong, los salvajes cazadores de cabezas, y que fue el único que regresó vivo.

—¿Qué crees que encontraremos en nuestro destino? —le preguntó Radi.

—Monstruos —dijo Ozman sin dudarlo—. Criaturas de pesadilla. Y sé de lo que hablo.

Soltó una carcajada. Al hacerlo su rostro enrojeció un poco, marcando por contraste las pálidas cicatrices de formas espirales que lo cubrían, y él mismo pareció un monstruo.

—Chico, déjate de preguntas y tráeme agua, que estoy sediento —pidió Gafar.

Radi se levantó y llenó una jarra en una de las pipas. Luego se acercó al piloto.

—Tú ya has viajado por esas aguas, ¿verdad? ¿Es cierto lo que dicen?

Gafar dio un largo trago y, tras limpiarse con la manga, dijo:

—No te creas todo lo que oyes de los marineros. A ellos les gusta contar historias aterradoras, sobre todo si hay un joven impresionable en los alrededores.

—No soy impresionable —se defendió Radi—. Pero nunca he navegado. Sólo siento curiosidad por saber con qué podemos encontrarnos. Hablan de serpientes marinas capaces de tragarse un barco entero y de pájaros que alimentan a sus

polluelos con elefantes.

—Hay cosas en este océano que la mayor parte de la gente ni siquiera alcanza a imaginar. Los que navegamos las vemos a veces, en el mar o en tierras lejanas. Criaturas asombrosas que habitan lejos de nuestras ciudades, pero que son tan reales como tú o como yo, y que viven sus vidas de modo diferente a como tú vives la tuya. Pero no por eso son demonios.

Sindbad, sentado en la borda del castillo de popa, no muy lejos de ellos, dijo:

—Venga, Gafar. Cuéntale tu historia.

—No quiero asustar al chaval —dijo el piloto, sujetando con ambas manos el timón.

—Yo no me asusto fácilmente —dijo Radi, irguiéndose con orgullo.

Otros se acercaron a escuchar el relato. Incluido Mustafá, que deambulaba aburrido por cubierta. Finalmente, Gafar asintió y empezó su relato.

—Yo era un joven marino con sólo unos pocos años más que tú —dijo dirigiéndose a Radi—. Viajaba en un dhow que hacía la ruta hasta China. Zarpábamos de Omán cuando el sol estaba en Sagitario, impulsados por el monzón de invierno, y llegábamos a Janfú en sólo ciento veinte días de navegación. En una ocasión, cerca de Ceilán, nos vimos metidos en una tormenta como la que pasamos anoche, y un golpe de mar me arrastró fuera de cubierta hacia las aguas embravecidas. En medio de un mar negro vi alejarse la popa del dhow y pensé que contemplaba la imagen de mi propia muerte.

—Pero no fue así —dijo Sindbad, que había oído la historia un centenar de veces.

—No, porque de otro modo no estaría aquí contándolo —respondió Gafar con paciencia—. Me salvé porque, cuando estaba a punto de hundirme hasta las profundidades del océano, una hembra marina me atrapó y me llevó hasta una isla, con lo que me salvó la vida.

Yahiz se acercó, con el astrolabio aún entre las manos, y preguntó:

—¿Puedes describir a esa criatura? ¿Era una sirena?

—No, no exactamente —dijo Gafar, rascándose la barba—. Las sirenas, según se cuenta, tienen medio cuerpo de mujer y medio de pez. Pero esta tenía dos piernas de mujer, y sólo era diferente de las rodillas hacia abajo, pues en vez de pies tenía aletas, pero no con escamas como los peces, sino suaves y brillantes como la piel de los delfines. En realidad toda ella tenía una piel suave y brillante, y nada de pelo.

—¿Es que estaba... desnuda? —preguntó Ozman enrojando un poco.

—Sí, desnuda como su madre la trajo al mundo. Y, al parecer, se enamoró de mí.

—¿Quieres decir que...? —Ozman frunció la máscara que era su rostro.

—Sí.

—¿Qué? —preguntó Radi, que estaba perdiendo el hilo—. ¿Qué pasó?

—Pues pasó lo que tenía que pasar —dijo Gafar—. Yo estaba solo en aquella isla

perdida en el océano, y ella venía a besarme, abrazarme y a tratarme íntimamente. Y me demostró tantas señales amorosas que al final, cuando llevaba varios meses en la isla, yo acabé cediendo. Sabía que no era humana y que probablemente era un gran pecado lo que hacíamos, pero en mi soledad la llegué a ver como una criatura hermosa y fascinante. Salvo por el detalle, claro, de que no tenía un pelo en todo el cuerpo, tenía aletas en vez de pies, y no hablaba. Al final practicamos el coito, no una sino muchas veces. Tantas que ella acabó por preñarse y cuando salió de cuentas parió un hermoso niño varón. ¡El único hijo que he tenido!

Los ojos de Gafar se humedecieron, y se los frotó con gesto brusco.

—¡Continúa! —pidió Mustafá, que también escuchaba atentamente.

—Sí, ya voy. —El piloto resopló y siguió hablando—: El niño no podía vivir en el agua como ella pues su naturaleza se parecía más a la mía. Pero la hembra marina acudía diariamente a cuidarlo y darle el pecho, como el amor y el instinto les enseña también a nuestras mujeres. Llegó a querer tanto a aquel niño, que se quedaba con él y conmigo en tierra todo el tiempo que podía. Salvo por la noche, cuando regresaba al mar para alimentarse.

—Entonces eras un hombre feliz —dijo Yahiz.

—Durante un tiempo sí. Pero pasaban los meses y yo me sentía cada vez más desesperado de seguir encerrado en aquella isla perdida. Siempre en silencio, sin poder ver ni hablar con otra gente, viviendo desnudo y sin ninguna posesión, como un animal. Mi única compañía eran aquella hembra y el hijo que me había dado. Entonces se me ocurrió la idea de hacer un fuego para atraer a algún barco que hiciera aquella ruta, pero ella me lo impidió y me robó todos los utensilios que conseguí reunir para encenderlo.

»Una mañana, cuando ella estaba a punto de llegar, hartos ya de esta situación miserable, me oculté en una pequeña cueva del interior de la isla, decidido a no regresar hasta que lograra hacer un gran fuego. Dejé al niño a resguardo en la playa, pues ella tenía que seguir dándole el pecho. Para encenderlo utilicé el sistema de frotar una varilla contra un trozo de madera. En eso estaba cuando oí gritos en la playa y corrí a observar lo que pasaba desde detrás de unas piedras.

»Al ver que yo había desaparecido, la hembra marina había enloquecido de rabia. Iba de un lado a otro de la playa, cada vez más frenética, y lanzaba los aullidos más espantosos e inhumanos que nunca había oído proferir. Al ver así a su madre, el niño también lloraba desesperado, sentado en la arena. Arrepentido de mi decisión, me dispuse a salir para tranquilizarla. Pero nunca la había visto tan alterada, se comportaba como un animal furioso. Así que dudé porque sentí miedo, lo confieso.

»Y en ese instante de duda, todo se precipitó.

»Ella cogió al niño en brazos. Como estaba hecho un mar de lágrimas, pensé que iba a consolarlo. Pero en vez de eso lo levantó sobre su cabeza y lo arrojó contra las

rocas.

»Me quedé aterrorizado, sin dar crédito a lo que acababa de ver. Pensé que aún podía salvar al niño y corrí ciegamente hacia playa. Cuando me vio llegar, ella cogió el cuerpo entre sus brazos y se hundió en el mar con él. Nunca los volví a ver.

»Ya solo en la isla, conseguí encender el fuego. El humo atrajo a un barco que pasaba cerca, y así escapé por fin de mi encierro. Pero, de algún modo, siento que mi alma sigue encerrada en aquella isla horrible. Nunca me he vuelto a enamorar, nunca he vuelto a desear tener una familia. Estoy solo y soy un viajero, eso es todo.

Hubo un instante de silencio y por fin Yahiz dijo:

—Ciertamente, es una historia asombrosa.

Los demás también se habían quedado sobrecogidos por el relato de Gafar.

—Asombrosa pero cierta —aseguró el piloto.

—Por supuesto —dijo Yahiz—. Pero esa criatura no era una sirena, sino un *marid* hembra. Una raza de djinns asociados a las aguas abiertas de los mares y océanos. Tuviste suerte de sobrevivir, porque en la naturaleza de los *marids* está el ser coléricos y vengativos.

—Pero ¿es posible que un hombre engendre descendencia en una djinn hembra?

—No lo sé —dijo el erudito rascándose la cabeza confuso—. Pero son maestros del engaño. Ella muy bien podría haber robado ese niño para decirte después que era tuyo.

—No, ese era mi hijo; de eso estoy seguro.

La historia había impresionado a Mustafá, que dio rienda suelta a su locuacidad y empezó a relatar cuentos fantásticos que había oído en los muelles de Basora, o que quizá se estaba inventando en ese momento para causar asombro a los demás. Sindbad ya había observado que el comerciante era ese tipo de hombre que se pone nervioso si durante un momento no es el centro de una conversación.

Al cabo de un rato, Gafar le interrumpió y dijo:

—Por eso siempre digo que hay cosas extrañas y asombrosas tanto en la tierra como en el mar. Razas de las que no sabemos nada y que viven ocultas a nuestros ojos, pero con las que sin ninguna duda compartimos este mundo por voluntad de Alá.

—Es verdad —dijo Yahiz—. Somos razas muy diferentes las que hemos habitado este mundo desde la noche de los tiempos. Siempre apartados los unos de los otros por los desiertos y los mares. Pero ahora eso está a punto de cambiar. Encontrarnos con los djinns, conocer su cultura y su percepción del mundo cambiará para siempre nuestra visión de nosotros mismos. Por eso, y no por el oro o los tesoros que podamos encontrar, es tan importante este viaje.

—Bueno, yo me quedaré con el oro ya que tanto lo menosprecias —dijo Mustafá—. Que incluso al perro que tiene dinero todos lo llaman «señor perro».

—Hay algo más en todo esto que el dinero o la satisfacción de la curiosidad —dijo Gafar, pensativo—. Imaginad el poder que logrará la nación que establezca un pacto con los djinns. Con unos aliados semejantes, nadie podrá oponérsele jamás.

—Has dado en el clavo, amigo mío —dijo Sindbad—. Es ese el motivo por el cual el gran visir desconfiaba del viaje de Qaid y ha decidido ir en persona. El embajador de la humanidad ante los djinns será el hombre más poderoso de todos.

Si es capaz de sobrevivir a su encuentro, añadió para sí Sindbad.



Sindbad el Marino 4.^a

Aisha sabía que Ibn Jalid pensaba utilizarla para someter a Qaid. Del mismo modo que había conseguido que Sindbad le entregase el talismán, amenazando con mutilarla o asesinarla delante de sus ojos. Y no estaba dispuesta a convertirse en el arma con la que aquel canalla pensaba destruir a su esposo. No, tenía que escapar como fuese.

—Estamos cerca de Zanzíbar —le dijo el mameluco—. Casi se puede oler ya el aroma de las especias en el aire. ¿Has visitado alguna vez estas tierras, señora?

—No, capitán. Y te aseguro que no esperaba hacerlo en estas circunstancias.

Cada día, Kassim pasaba varios minutos en su camarote, hablando de todo y de nada. Siempre se mostraba educado y benévolo, pero para Aisha no era difícil imaginar lo que aquel atractivo oficial tenía en la cabeza mientras conversaba de cosas banales con ella.

No se engañaba a sí misma. Desde niña era consciente del efecto que causaba en los hombres. Al principio le molestaba la falsa amabilidad de todos, la forma tan burda en que le daban la razón en todo lo que decía sólo porque era hermosa. Pero más tarde había comprendido que su belleza podía ser un arma y que no era conveniente ni inteligente despreciar ese don.

A fin de cuentas, los hombres habían usado la fuerza y la furia que la naturaleza les había dado para someter al mundo. En cambio a las mujeres se les enseñaban los valores de la bondad, la sumisión, el recato, la abnegación y la entrega, argumentando que esas eran las únicas cualidades femeninas. Los hombres habían forjado a su antojo a las mujeres, porque eran conscientes del poder que ellas tenían para someterlos a ellos.

Pero, desde aquel día en el que unos asesinos entraron en su casa, Aisha había hecho voto de utilizar cualquier cosa que estuviera a su alcance para sobrevivir y lograr sus propósitos.

Y sabía que su belleza no era un arma despreciable.

—Necesito salir y respirar ese aire con olor a especias, Kassim —dijo acercándose al mameluco, hasta casi tocarlo—. Te lo ruego, ¡estoy a punto de enloquecer aquí

abajo!

—No tienes que preocuparte por eso. Muy pronto pisaremos tierra y podrás caminar a tu gusto sin que nadie te moleste.

—¿Y por qué no ahora? ¿Adónde puedo ir? ¿Es que temes que huya a nado?

Kassim sonrió con suficiencia.

—No, mi dama, no es por eso en absoluto. ¿Cómo ibas a huir? Estamos en un barco. Es por tu seguridad por lo que no se te permite salir. La cubierta de esta nave no es lugar para una mujer tan joven y bella como tú.

—¿Por qué no?

—Está atestada de guerreros. En los míos puedo confiar, porque son hombres devotos de Alá. Pero también están esos bárbaros, que son unos salvajes sin modales, y que sin duda molestarían a una dama tan hermosa como tú si la vieran paseando por cubierta.

—Oh, ¿es por eso?

Por supuesto que era por eso, comprendió Aisha. Aquel hombre no le suponía la iniciativa suficiente para intentar huir sola. Y quizá ella le había dado la razón al permanecer sumisa y encerrada en su casa hasta que llegó Sindbad. Pero entonces había tenido un buen motivo; sabía que Qaid, a su regreso, iría a buscarla a aquella casa.

—Sí, es por tu seguridad —insistió Kassim—. Además, los guerreros están hacinados en cubierta y no te sentirás a gusto en su presencia. Pero te doy mi palabra de que cuando toquemos tierra yo mismo te acompañaré en tu paseo.

Aisha se agachó y abrió el baúl. Estaba lleno de ropa, pero escogió un *chador* negro y sin adornos. Lo levantó para que Kassim pudiera verlo.

—¿Crees que con esto también soliviantaré a tus hombres?

El velo le cubriría el rostro, la nariz y la boca, de modo que lo único que quedaría expuesto serían sus grandes y hermosos ojos negros.

Kassim observó la prenda durante un instante y luego volvió a mirar a Aisha.

—Ya te he dicho que el problema no serán mis hombres, sino los bárbaros.

Aisha se acercó a él con la prenda entre sus manos levantadas, como si le rogase, y rozó con los nudillos el pecho del hombre.

—Te lo pido a ti, capitán. Necesito salir de esta celda horrible y respirar un aire que no esté confinado entre cuatro paredes. Lo necesito ahora mismo o siento que moriré. Me marchitaré como una flor encerrada en una habitación oscura.

Kassim dio un paso atrás. Era un hombre que jamás había retrocedido ante un enemigo, pero ahora se sentía alterado y el corazón le latía con fuerza.

—¡De acuerdo! Pero no puedo acompañarte, porque otros asuntos me retienen aquí abajo. Llamaré a dos de mis soldados para que cuiden de ti, señora.

—Te lo agradezco, capitán.

—Voy a cerrar con llave la puerta para que puedas cambiarte en la intimidad. Avisaré a mis hombres mientras tanto. No te retrases.

Cerró la puerta y Aisha oyó el chasquido del mecanismo de la cerradura. Volvió de nuevo junto al arcón y sacó otras prendas que estaban ocultas en su fondo.

* * *

No mucho después, Kassim golpeó la puerta con los nudillos.

—¿Estás preparada? —preguntó.

—Sí, capitán. Puedes pasar.

El capitán abrió la puerta y vio a la mujer ataviada con aquel feo *chador* negro que ocultaba por completo sus formas femeninas. Le presentó a los dos jóvenes soldados turcos que esperaban en el pasillo.

—Tienen orden de cuidarte durante tu paseo por cubierta.

—Te lo agradezco mucho, capitán —dijo Aisha a través del velo.

Kassim asintió y dijo a sus hombres:

—No permitáis que nadie se acerque a ella y traedla de vuelta en media hora.

Escortada por los dos soldados, Aisha cruzó el pasillo y subió el tramo de escaleras que llevaba a cubierta. La luz del sol la cegó y tuvo que cubrirse los ojos con la mano. Cuando por fin pudo enfocar la vista contempló un espectáculo abigarrado.

El desorden era total. Doscientos soldados estaban acampados por toda la cubierta. No parecía quedar un palmo de suelo libre. En cada rincón se levantaba una tienda improvisada con lonas y cuerdas. Los hombres habían encendido fogones en el interior de cuencos de metal, y donde un soldado guisaba otro partía leña y un tercero llegaba con agua. Unos hablaban a gritos, otros cantaban, juraban o se quejaban. Cada cual estaba concentrado en atender a sus cosas, su ropa, su jergón, o en obedecer las órdenes recibidas. Algunos escribían sobre una pila de cajas, otros se aseaban, había quienes remendaban sus ropas con aguja e hilo.

Aisha se asomó por la borda y miró a lo lejos haciendo visera con la mano. El azul purísimo del cielo apenas era rozado por unos trazos de nubes blancas. Divisó a lo lejos la isla de Zanzíbar. La nave estaba al paio, como si esperase una señal antes de acercarse más a la ciudad de Mkokotoni. Esta parecía una colina blanca asomada al borde del mar, tan deslumbrante como una plancha de plata recién cincelada. Las casas se veían tan apiñadas que desde la distancia toda la población parecía formar un solo edificio con filas de balcones y ventanas. Al contrario de lo que le había dicho el capitán, a Aisha no le llegó el olor de ninguna especia. Era difícil, con el hedor a humanidad hacinada que flotaba en la cubierta.

Imaginó que Kassim sólo intentaba impresionarla.

—Quiero ir a proa. Desde allí se verá mejor —les dijo Aisha a sus dos escoltas.

Tuvieron que sortear las cajas apiladas con provisiones, las cuerdas que tensaban las tiendas y las esteras donde dormían o rezaban los soldados. Todos se volvían para verla pasar, tan asombrados como si un espíritu llegado del más allá recorriese su campamento.

Aisha se cruzó con varios bárbaros que jugaban a los dados y apostaban sobre una manta echada sobre cubierta. Clavó los ojos en el que estaba a punto de lanzar, y mientras caminaban no dejó de mirarlo fijamente. El cristiano se detuvo con los dados en el puño y mantuvo la mirada de la alta figura envuelta en negro que pasaba.

—¿Qué haces? ¡Tira de una vez! —le gritó un compañero.

—¡Me ha mirado! —dijo el bárbaro en su lengua poniéndose en pie—. ¡Me ha mirado!

—Pero ¿qué dices, Lotar? Toma bebe...

El cristiano le dio un manotazo a la jarra de vino, que se hizo añicos contra el suelo, y abriéndose paso entre sus camaradas se dirigió hacia Aisha y los dos guardias turcos.

—¡Tú, Ojos Bonitos! —gritó—. Me has mirado, ¿por qué?

El bárbaro era recio de cuerpo pero corto de estatura, con el rostro surcado de cicatrices y los ojos enrojecidos por el vino. La barba sucia e hirsuta le llegaba a la mitad del pecho.

—Apártate —ordenó uno de los guardias, colocándose entre él y la mujer.

Lotar lo derribó de un puñetazo. El otro guardia desenvainó su espada, y el brillo de su acero fue inmediatamente contestado por el refulgir de las armas de los compañeros del bárbaro.

Mientras los guerreros se enfrentaban como gallos en un corral, Aisha se escabulló a toda prisa hacia la borda de babor. Allí se escondió detrás de un montón de fardos, se quitó el *chador* negro por la cabeza y lo arrojó al mar. Debajo estaba completamente vestida, pero de hombre, con unos pantalones ajustados, una camisa y un chaleco de cuero. Había escondido su largo pelo negro dentro de un apretado turbante. En el fajín llevaba algo que también había ocultado en el doble fondo del baúl: una delgada pero afiladísima daga de acero de Toledo.

Regresó al interior de la nave por la misma compuerta por la que había salido y recorrió el largo pasillo hasta popa. Si se cruzaba con alguien, esperaba que no la reconociese. Así que avanzó lo más aprisa que pudo, con la cabeza gacha.

Bajó por las escaleras situadas al fondo del corredor. Tras cruzar una sala vacía se encontró frente a la puerta de metal con las inscripciones. La empujó.

Su interior estaba tan caliente y tan lleno de humo como lo recordaba. La negra figura del djinn giró lentamente su gigantesca cabeza hacia ella.

—He venido a liberarte —le dijo Aisha.



Todos se volvían para verla pasar, tan asombrados como si un espíritu llegado del más allá recorriese su campamento.

Aisha paseó por la gran cámara llena de humo. El resplandor rojizo de los braseros lo iluminaba todo. El djinn se levantó lentamente, encorvándose para no tocar el techo.

—Tú y yo somos prisioneros en esta nave —le dijo Aisha doblando el cuello hacia atrás para mirarlo—. Compartimos el deseo de escapar. Piénsalo, podemos colaborar.

—*Huna seal!* —bramó la criatura, y las paredes temblaron.

Los símbolos grabados en fuego por toda su armadura destellaron como carbones avivados por un fuelle. La criatura se lanzó contra la mujer, que retrocedió asustada hasta que su espalda chocó contra el mamparo. La garra del gigante se acercó poco a poco a su rostro. Por el calor que emitía parecía hecha de plomo fundido. Las marcas extrañas brillaban cada vez más, como si su luz reflejara la furia de la criatura.

Aisha blandió su cuchillo, que frente a aquel monstruo era un arma ridícula. La garra siguió acercándose.

—¡Detente! —gritó la mujer, agitando la daga en el aire—. ¿Por qué me atacas? ¡Yo quiero ayudarte!

—¡Tú no tienes talismán! —dijo el monstruo pronunciando el árabe con lentitud.

—¡De acuerdo, no tengo el talismán! ¿Y qué? Ya veo que eres un ser inteligente y que hablas mi idioma. Entonces entiendes que si me matas no podré liberarte de tu cautiverio.

El djinn pareció dudar un momento, y su manaza se detuvo cuando estaba a punto de cerrarse sobre la cabeza de Aisha. Después retrocedió un poco.

—Sí. Libérame si puedes.

—No es tan sencillo —dijo Aisha sin bajar la daga—. Si te suelto me matarás, ¿verdad?

—*Ndiyo!*... ¡Sí!

—¿Por qué?

—Tú eres un humano, y el rey humano Salomón me encerró...

—¡Pero yo quiero liberarte!

—¿Y quién eres tú? Un *mdudu*, un gusano ante mis ojos.

—Y tú eres al-Hajjaj, «el Peregrino». Intenta recordar quién eres.

—Ese nombre. Sí, al-Hajjaj, el Peregrino. Soy yo... *Lakini hivi karibuni mimi si habari kwamba jina...*

—¿Esa es la lengua de los djinns? —preguntó Aisha—. Pero también puedes hablar en mi idioma, ¿no es cierto?

—Sí. Hace mucho tiempo que no la hablaba, pero estoy recordando... Sí, soy al-Hajjaj. Yo he visto moverse los continentes y cómo tu mísera raza se arrastraba fuera del barro.

Entonces Aisha le contó la historia que una vez le había relatado su esposo:

—Tú luchaste contra Salomón junto con muchos de tus hermanos, pero él os derrotó y os convirtió en esclavos. Os obligó a trabajar en su última obra, la ciudad que duraría hasta el final de los tiempos: la Ciudad de Cobre. El viejo rey os vigilaba desde lo alto de los montículos de piedra del desierto, erguido a pesar de su avanzada edad, pero en silencio.

»Un día, después de muchos años y mucho esfuerzo, los djinns esclavos pusisteis la última pieza y la obra quedó terminada. Esperabais ser liberados en ese momento, pero Salomón siguió allí de pie, sujetando su cayado. Su figura era portentosa, impasible como un dios de mármol. El viento y el sol del desierto agitaban su larga barba e iluminaban su rostro. A pesar de que la ciudad estaba terminada, los djinns pensasteis que el rey no estaba satisfecho, y antes de arriesgaros a un nuevo castigo, decidisteis continuar trabajando bajo el sol y bajo la luna. Mientras, Salomón continuaba mirándoos imperturbable, siempre apoyado sobre su cayado. Pasaron siglos y los djinns os esforzabais más y más para complacer a vuestro amo, pero nada parecía ser suficiente para el rey Salomón. Los djinns no teníais ni idea de cuánto duraba una vida humana, porque vosotros sois inmortales, así que seguisteis. Hasta que un día...

—Hasta que un día —completó al-Hajjaj—, un gusano royó la vara en la que se apoyaba Salomón, y el rey se derrumbó sobre la arena. Era una momia reseca, Salomón había muerto cientos de años atrás.

—Ese gusano liberó a tu pueblo de su tiranía. Del mismo modo yo puedo liberarte a ti ahora. Pero debes jurar que no me matarás. ¡Jura por el Sagrado Gusano! Si mientes, Alá quiera que toda tu raza vuelva a ser esclava de un humano.

El djinn dudó.

—Puedo matarte ahora como a una sabandija.

—Puedes. Y entonces seguirás como esclavo para siempre. ¡Jura, te digo!

El djinn levantó el puño como si fuera a aplastarla. Aisha sintió que se le paralizaba el corazón y cerró con fuerza los ojos. Entonces al-Hajjaj dijo:

—Juro por el Sagrado Gusano que respetaré tu vida si me liberas.

Aisha abrió los ojos. En el dorso del guantelete de hierro negro que el djinn tenía levantado frente a ella vio unos alambres de cobre.

—Córtalos —dijo al-Hajjaj.

Aisha obedeció, y la hoja de su daga fue cortando uno a uno aquellos filamentos. El guantelete se abrió y cayó al suelo. El impacto sonó como una campanada. El djinn retorció entonces sus dedos de una forma asombrosa y consiguió sacar la mano del guantelete, que se desarmó en piezas que también cayeron al suelo con un repiqueteo metálico.

Al-Hajjaj levantó su garra liberada y agitó en el aire unos dedos largos y articulados como patas de araña. Su piel era escamosa y pálida, un poco sonrosada como la piel de un recién nacido. Las uñas parecían los espolones curvados de un ave de presa.

—¡Ya está! ¡Soy libre, soy libre! —gritó mientras soltaba una carcajada, embriagado por la euforia—. ¡Soy libre!

Asustada, Aisha retrocedió aún más y se acurrucó en la esquina de la cámara que formaba la pared de la puerta con la de estribor. Se tapó los oídos, ensordecidos por la risa del djinn, que retumbaba contra las paredes.

Con su mano libre, al-Hajjaj fue arrancándose trozo a trozo la armadura. Sus garras eran tan afiladas como el cuchillo de Aisha y cortaban los nudos de cobre que unían las placas entre sí. Cuando lo hacía, saltaban chispas y su enorme cuerpo se convulsionaba como si soportase un dolor extremo. Las piezas de la armadura saltaban y rebotaban por todos lados. Debajo del metal su piel fue descubriéndose poco a poco, arrugada y rosácea como la de un feto.

Entonces las campanillas empezaron a repicar sobre su cabeza. El djinn las agarró con su mano libre y las arrancó con furia. Después se quitó el otro guantelete, y con ambas manos se agachó para soltar los lazos de las botas, cuyas suelas estaban soldadas al suelo.

* * *

Alertados por los ruidos, tres guardias entraron en la sala. Se quedaron paralizados al ver que el gigante estaba casi completamente desnudo y libre. Con los brazos trémulos, le apuntaron con sus lanzas. Él se llevó las manos a la celada que aún llevaba sobre la cabeza, y con un movimiento rápido se la quitó, mostrándoles a todos su espantoso rostro.

Su aspecto era como el de un anciano que hubiera sobrepasado la edad en la que hasta el más longevo de los hombres estaría muerto. El cuerpo esquelético, los miembros largos y huesudos, las articulaciones hinchadas. Las manos y los pies eran en proporción demasiado grandes. La cara arrugada como una máscara marchita.

Una extraña excrescencia ósea nacía sobre el tabique nasal y se proyectaba hacia arriba, dividiendo en dos la frente, como una cresta. Sus ojos eran rojos, como glóbulos de sangre, y brillaban malévolos; las orejas, puntiagudas y carcomidas. La boca, llena de dientes cónicos como los de un pez, era tan ancha que parecía partir en dos su flaco rostro. Cuando se quitó la celada, el pelo se le desenrolló como una nube blanca y flotante a su espalda. Casi llegaba al suelo y era tan sutil como el humo.

De repente, los soldados se encontraron frente a un monstruo esquelético de tres metros y medio de altura, con dientes de alimaña y tan pálido como la muerte.

Eran hombres valientes, pero aquella visión los paralizó. El djinn arrojó su celada contra uno de ellos y lo alcanzó en el cráneo. El soldado cayó hacia atrás, sangrando por la nariz y los oídos. Apartó al otro con un distraído manotazo, como quien espanta una mosca molesta.

El tercer guerrero cargó contra el gigante enarbolando la lanza, y al-Hajjaj hizo algo asombroso. Desde donde estaba, Aisha lo vio con terrible claridad y se quedó paralizada por el horror. El djinn alargó su garra, que era cuatro veces más grande que la mano de un hombre, y la hundió en el pecho del lancero. Pero no rasgó su carne, la garra se metió en ella como si se hundiera en el agua, y al retirarla se llevó consigo el corazón palpitante de aquel desdichado, que murió en un instante mirando cómo aquella víscera latía aún entre las garras del djinn.

Al-Hajjaj lo arrojó a un lado y siguió soltando las grandes botas de hierro que estaban soldadas al suelo. Más guerreros de Ibn Jalid entraron en la cámara. Desde la esquina en la que estaba acurrucada, Aisha vio llegar también al barón Jürgen, rodeado de varios de sus bárbaros.

Entonces irrumpió en la sala Hussein al-Rahmaan y empujó a uno de los guardias para abrirse paso. El viejo derviche corría detrás de él, mientras gritaba:

—¡Detenedlo! ¡Detenedlo! ¡Ha robado el talismán del gran visir!

* * *

Hussein cruzó entre los soldados sin dificultad. Estaban tan pasmados por todo lo que allí estaba sucediendo que no acertaron a sujetarlo cuando estuvo a su alcance. El orfebre los dejó atrás y corrió hacia la criatura gigante que se levantaba al fondo de la sala.

Jürgen, con la espada en la mano, fue el único que se lanzó detrás de él.

Hussein se plantó valientemente frente al monstruo. El djinn aún estaba agachado sobre sus botas, soltando las fijaciones. El artesano levantó la mano y le mostró el humeante talismán que había llevado oculto en el fajín. A aquella distancia del djinn

se había puesto al rojo vivo.

—¡Yo soy tu amo ahora! —gritó con todas sus fuerzas. A pesar de que le estaba abrasando la mano, colocó el pentágono sobre su cabeza para asegurarse de que el djinn lo viera bien—. ¡Soy tu amo y te ordeno que destruyas esta nave, y que me lleves a tierra sano y salvo!

Mientras decía esto, el barón Jürgen descargó su espada y le asestó un tajo en la mano. Varios dedos volaron cortados. El pentágono saltó de la mano de Hussein para ir a parar al otro extremo de la cámara, donde desapareció entre jirones de humo y trozos de escombros.

—¡El talismán! —gritó Jürgen a sus hombres—. ¡Que alguien vaya a buscarlo!

Pero el djinn ya había liberado sus pies. Levantó una pieza de la armadura y la arrojó con todas sus fuerzas sobre el barón, que saltó hacia un lado y escapó por muy poco de morir aplastado. No así dos de sus hombres, que obedeciendo sus órdenes habían corrido en pos del talismán. A uno de ellos, el djinn lo aplastó contra el suelo de una patada. Al otro lo levantó con sus garras y lo partió en dos, y lanzó sus pedazos contra las paredes.

El artesano estaba de rodillas en el suelo. Había perdido tres dedos de su mano derecha y con la izquierda se apretaba con fuerza los muñones, para contener la sangre. El djinn lo atrapó con su gigantesca zarpa, luego se puso en pie para empujar con la otra mano el techo de planchas de cobre. Este empezó a combarse y a chirriar. Cuando el djinn clavó sus espolones en el metal se produjo un estallido de chispas que cayeron como una cascada sobre Aisha.

Relámpagos azules saltaron nerviosos como culebras entre el metal y los brazos del djinn, chisporroteando y quemándole la piel. De su brazo izquierdo colgaba Hussein el artesano, inconsciente o muerto, era difícil decirlo. Pero el djinn lo llevaba con él, tal y como le había ordenado. La criatura gigante aulló de dolor pero no cejó en su empeño mientras aquellos relámpagos se extendían por todo su cuerpo, iluminando la cámara con un parpadeante resplandor azul. Pese a todo, consiguió arrancar las placas de metal y las lanzó contra los soldados que seguían atacándole desde abajo. Sin molestarse en mirarlos, el djinn se abrió paso y despejó un túnel que atravesaba la segunda cubierta y la primera.

Una cabeza monstruosa asomó entre los guerreros acampados en el exterior. La primera reacción fue de pánico, pero enseguida los hombres reaccionaron y corrieron a por sus armas. El djinn se agachó otra vez dentro de la cámara en la que había estado encadenado y miró a la figurilla que estaba encogida en un rincón, en medio de todo aquel caos, los escombros, el humo, los relámpagos y la sangre.

—¡Sácame de aquí! —le gritó Aisha—. ¡Cumple tu juramento!

—Te juré que no te mataría, y no te he matado. ¡Adiós, mujer gusano!

El djinn trepó hasta el exterior y se puso en pie sobre la cubierta. Hussein seguía

colgando de su brazo. Estaba rodeado de soldados que esperaban una orden para atacarle. Ibn Jalid salió por una de las escotillas sujetando un paño sobre su frente, mientras la sangre le manaba de una herida bastante aparatosa. Al ver a la horrenda criatura se quedó atónito.

El capitán Kassim se plantó al frente de los arqueros y levantó la mano.

—¿Preparados? —Los hombres tensaron sus arcos—. ¡Disparad!

Una nube de flechas voló hacia al-Hajjaj, que flexionó las piernas, hasta que casi tocó la superficie de la cubierta con su huesudo trasero, y saltó haciendo temblar toda la nave.

Las flechas se clavaron inútiles en el lugar donde el blanco había estado hasta un instante antes. Arrastrando con él al artesano, el djinn volaba ya por el cielo, o más bien saltaba trazando un arco asombroso hasta aterrizar en la playa al pie de Mkokotoni.

Después, con otro salto tan asombroso como el anterior, al-Hajjaj se elevó de nuevo en el aire y trazó una curva que lo hizo desaparecer por el otro lado de la isla de Zanzíbar.



Sindbad el Marino 5.^a

Cuando el gran visir Ibn Jalid regresó de su reunión con el viejo gobernador de Zanzíbar, su batel venía acompañado por tres dhows con las velas desplegadas.

Subió a la cubierta destrozada de *El Conquistador* y ordenó a los capitanes que preparasen a sus hombres para abandonar de inmediato la nave de metal. Esta había quedado severamente dañada por la aparatosa huida del djinn, y sin su fuerza muscular impulsándola no era más que un montón de chatarra medio hundida. Afortunadamente, había conseguido que el gobernador le diera otras naves y más hombres para seguir adelante con su viaje.

Pero había algo que le preocupaba aún más, así que llamó a Kassim al-Mamluk para que le informase de lo que había sucedido durante su ausencia.

—Mis disculpas, gran visir —dijo el capitán mameluco—. El talismán no ha aparecido. Es posible que el djinn se lo llevase con él.

—¡Estúpido, no podría ni tocarlo! —bramó Ibn Jalid. La furia despertó un dolor taladrante en su cabeza, allí donde el bastardo de Hussein le había golpeado. Respiró hondo y se tranquilizó. Volvió a dirigirse a Kassim—: Discúlpame, capitán. Son los nervios los que han hablado por mí. Pero esta es una situación muy difícil. Sin el talismán no podremos acercarnos a los djinns y toda nuestra misión estará en peligro.

Es peor aún, se dijo para sí el gran visir. *También ha desaparecido el artesano que podría haber fabricado otro talismán a partir de una simple lámina de cobre.*

Kassim aceptó las disculpas con frialdad, e Ibn Jalid desvió la mirada para que el mameluco no pudiera ver su rostro enfurecido.

¡Menudo cretino! Como siempre, se sentía rodeado de mentecatos e incompetentes. Y aquel capitán era el peor de todos. Tan alto como una torre y tan necio como un camello. Se juró que en cuanto volvieran a Bagdad se ocuparía de él. Sí, su estúpida cabeza rubia iba a adornar los muros de su palacio: lo juró por las rojas barbas del Profeta. Pero ahora lo necesitaba. A pesar de su inteligencia superior, el visir era un hombre viejo y débil, y necesitaba a aquellos montones de músculos sin cerebro para sobrevivir y seguir adelante con sus planes.

Pero antes era necesario dar un escarmiento.

—¿Barón Jürgen! —llamó—. ¿Puedes venir un momento?

El bárbaro estaba supervisando el embarque de sus hombres. Dejó a uno de sus capitanes a cargo de la tarea y se acercó al gran visir.

—¿Qué pasa ahora?

—¿La mujer sigue encerrada en su celda?

—Por supuesto. —El bárbaro miró de reojo a Kassim y añadió—: Me ocupé de ello en persona, últimamente es difícil confiar en nadie.

—Tráela a cubierta. Necesito hablar con ella.

El barón desapareció por una de las portillas que llevaban al interior de la nave. Ibn Jalid se volvió hacia el mar con las manos entrelazadas a su espalda. Fingió que miraba con interés los trabajos de carga de los dhows para no tener que mirar a Kassim.

* * *

Jürgen regresó a cubierta con Aisha sujeta por un brazo. La joven vestía una *chilaba* de seda verde, adornada con bordados y perlas. Llevaba el pelo suelto, largo y negro.

Kassim la miró con la expresión del que ve a la mujer de sus sueños.

—Me alegra comprobar que has renunciado a tu atuendo masculino, señora —dijo el gran visir—. No te favorecía, aunque sin duda debió de resultarte muy útil para intentar huir.

—¿Qué quieres de mí, visir? —dijo Aisha con gesto aburrido—. Ya te dije que no sé dónde está el talismán. Fue Hussein quien te lo robó, no yo.

El barón Jürgen sacudió a la mujer por el brazo. Ibn Jalid le pidió calma.

—Tienes razón. Ese malnacido de Hussein se apoderó del talismán. Lo estaba interrogando junto con el derviche, por si podía averiguar más cosas sobre el significado de los símbolos grabados. Entonces él dijo que quizá sí podría hacer otra copia de aquel pedazo de cobre. Aseguró que al ver los símbolos que componían la armadura del efrit cautivo, había comprendido que había una manera sencilla de hacerlo. Yo dudé de sus palabras, pero el beneficio era demasiado grande como para andarse con muchas precauciones, así que se lo entregué durante un momento... Y entonces tú liberaste al djinn. En el caos que se produjo a continuación, Hussein me golpeó y se apoderó del talismán. Tú eres responsable de todo.

—No sabes cuánto lo lamento —se burló Aisha.

—Sí, ya me imagino lo dolida que estás por todo lo que ha pasado.

—No lo estoy, esa es la verdad. De hecho ahora lo estaría celebrando si de ese golpe te hubiera dejado seco, gran visir. Pero por desgracia no me puedo atribuir

parte del mérito. Piénsalo, tú que eres tan inteligente, Hussein y yo estábamos separados y sin comunicación, ¿cómo podríamos haber coordinado tan bien nuestras acciones? ¿Has pensado en eso?

—En realidad, no sé si estabais confabulados, ni me importa ahora —dijo Ibn Jalid apretando los labios con rabia—. Lo que quiero saber es dónde se encuentra el talismán.

—Yo no lo tengo. —Aisha le mostró las manos—. Quizá deberías registrar al barón Jürgen por si lo lleva encima. Él lo hizo saltar de la mano de Hussein y se dio mucha prisa en enviar a sus hombres para apoderarse de él. Tal vez te convendría registrar su camarote.

Jürgen levantó la mano para abofetearla, pero Ibn Jalid dio un paso y se la retuvo.

—Ten calma, barón —dijo—. Uno de tus golpes la dejaría sin sentido, y aún no he terminado de interrogarla.

—Pues no parece que estés consiguiendo mucho —bufó el barbitaheño.

—No tengo el talismán —dijo Aisha mirando desafiante al gran visir—. Has registrado mi celda y no lo has encontrado. ¿Por qué no asumes que alguien de tu alrededor te ha traicionado? Alguien en quien ahora confías ha robado el talismán y lo usará contra ti en cuanto tenga la oportunidad de dominar a un djinn.

Ibn Jalid se quedó mirándola durante un instante, con los ojos tan inexpresivos como los de una serpiente. Luego se volvió hacia Jürgen y le dijo:

—Qué curiosa es esta mujer de al-Ándalus. Nunca he conocido a nadie igual en toda mi vida. ¿Cómo es posible que me hable con tanto descaro? ¿Es que en Occidente no les enseñan educación a sus mujeres? ¿Son las mujeres de tu tierra igual de rebeldes?

—A mí no me mires, visir —dijo Jürgen—, en el norte sabemos cómo meter a las mujeres en cintura. Pero esos andalusíes... Los hombres parecen mujeres de tanto perfume como se echan, y las mujeres parecen hombres por su impudicia. ¿Quién los entiende?

—Fascinante lugar. Se me están quitando las ganas de visitarlo algún día.

—Gran visir —dijo Aisha—, acepta que has perdido. Sin el talismán no puedes seguir adelante, bastará un solo djinn para destruir todo tu pequeño ejército.

—¡Silencio, mujer! —dijo Ibn Jalid señalándola con el dedo—. ¡No interrumpas a un hombre mientras habla! ¿Cómo te atreves? ¡Eres una descarada! Te exhibes delante de nosotros con los cabellos sueltos. ¡No tienes vergüenza! ¿Cómo sé que no llevas el talismán encima ahora mismo, oculto debajo de tus ropas?

—¿Qué? —exclamó Aisha.

—Barón, arráncale las ropas a esta desvergonzada. Sin miramientos.

Kassim, que había asistido en silencio a la conversación, dio un paso adelante.

—Señor —dijo—, no puedo consentir que...

No tuvo tiempo de completar la frase. De un tirón salvaje, Jürgen le arrancó la *chilaba* a Aisha. La seda se desgarró y las perlas que la adornaban se desparramaron por el suelo. La mujer quedó completamente desnuda ante los ojos de todos. El sol arrancó destellos de su piel morena, mientras ella intentaba cubrirse con las manos los pechos y el sexo.

Los hombres que trabajaban al fondo trasladando paquetes y barriles a los dhows lanzaron una exclamación y se acercaron para mirar. Después de varias semanas sin ver a una mujer, la excitación recorrió sus filas como una tormenta de fuego.

Kassim se quitó la camisa y corrió hacia Aisha. Se la echó sobre los hombros y ella la sujetó con las dos manos para cubrirse. Detrás de ellos, algunos de los soldados murmuraban excitados y otros proferían comentarios obscenos. Uno de los cristianos se lanzó hacia la muchacha con los brazos extendidos. El capitán mameluco lo derribó de un puñetazo y desenvainó su espada para hacer frente a los hombres.

—¿Quién va a ser el siguiente? —dijo mientras agitaba el arma en el aire.

Nadie más se acercó, pero todos los ojos estaban clavados en Aisha.

Ibn Jalid soltó una carcajada.

—Capitán —dijo—, es digno de elogio cómo te esfuerzas en defender la virtud de alguien que carece por completo de ella. Deberías dirigir tus esfuerzos a encontrar el talismán que desapareció porque dejaste escapar a esta mujer.

Kassim miró al gran visir y su mano se apretó con tanta fuerza alrededor de la empuñadura de su espada que los nudillos se le pusieron blancos. En su mente se dibujó con nitidez la secuencia: avanzar hacia el gran visir, levantar la espada y dejarla caer con todas sus fuerzas para que la diminuta cabeza calva de aquel canalla rodara por el suelo. Pero no lo hizo, porque con el rabillo del ojo vio que Jürgen desenvainaba también su espada y se quedaba a la expectativa. La tensión entre los dos hombres creció, pero no llegó a estallar.

El gran visir sonrió. Había captado las intenciones del mameluco, y también las ganas del barón de que Kassim pasase de los pensamientos a los hechos para así responder a su ataque. Pero al final no había ocurrido nada. Era precisamente ese equilibrio lo que buscaba cuando puso a aquellos dos perros al frente de la expedición.

Se volvió hacia Jürgen y dijo:

—Barón, revisa bien las ropas de la mujer por si el talismán está oculto en ellas.

Jürgen palpó la *chilaba* con sus gruesos dedos, pero no encontró nada. Después comenzó a desgarrar la seda tira a tira con su espada hasta cerciorarse de que el talismán no estaba allí.

—Mi marido te matará por esto —le dijo Aisha mientras se esforzaba en no llorar de rabia y de vergüenza. Se había sentado en el suelo, con las piernas dobladas bajo ella, e intentaba en vano cubrírse las también con la camisa de Kassim.

—Tu marido me dará lo que yo le pida a cambio de tu vida —le respondió el gran visir mirándola con desprecio—. Ahora eres mi talismán para controlar a los djinns.



Sindbad el Marino 6.^a

El Viajero llegó junto al pecio medio hundido de la nave de metal.

La isla de Zanzíbar estaba tan cerca que se distinguían perfectamente los monos de pelaje rojo buscando mariscos en la playa y las bandadas de tejedores que volaban sobre la ciudad blanca de Mkokotoni. El sol arrancaba destellos de las paredes encaladas y reverberaba en algunos cantos que sobresalían de la muralla de tapial. Sólo interrumpían la uniformidad de aquella colmena de marfil el alminar de la mezquita, cubierto de pinturas de vivos colores, y la fortaleza con la bandera abásida verde y blanca ondeando sobre una gran torre cuadrada.

Sindbad ordenó bajar la barca de remos. Abordó la nave de metal en compañía de Yahiz y cuatro marineros. Estaba tan abandonada como parecía. No quedaba nadie a bordo, pero en el interior de la cámara en la que habían mantenido prisionero al djinn encontraron muchos cadáveres, la mayoría destrozados. Sindbad levantó una placa de metal negro y dedujo que había formado parte del peto de la armadura del djinn. Los símbolos luminosos que recubrían su superficie habían desaparecido sin dejar huella.

—La criatura se les escapó —dijo Yahiz, señalando lo obvio mientras volvía con el pie otra placa de la armadura.

—Sí, me pregunto cómo —dijo Sindbad mientras se asomaba al amplio agujero en el techo que atravesaba las dos cubiertas de la nave. A través de él se veía el cielo.

Había examinado con aprensión los cuerpos esparcidos por el suelo, en avanzado estado de putrefacción y cubiertos por nubes de moscas y otros insectos, mezclados con las montañas de escombros. Gracias a Alá, no había ninguna mujer entre ellos.

—En la cubierta hay restos de un campamento que pudo albergar a dos centenares de personas —observó Yahiz—, pero no hemos contado más que siete cadáveres.

—La mayoría escaparon —estuvo de acuerdo Sindbad, rezando para que Aisha estuviera también a salvo.

Los hombres que se habían quedado arriba los llamaron a voces a través del agujero, y regresaron a la cubierta. Entonces vieron que *El Viajero* estaba rodeado por un enjambre de pequeños barcos de vela con balancines a los lados. Cuando llegaron

con el bote junto a ellos, uno de los negros que tripulaban aquellos barquitos de aspecto frágil se puso en pie sujetándose al palo de la vela y señaló hacia la isla de Zanzíbar.

—¡El señor gobernador del califa te espera! —dijo.

* * *

Los monos habían desaparecido de la orilla, espantados quizá por las personas que estaban montando un toldo para proteger del sol una gran alfombra colocada sobre la arena. Cuando llegaron a la playa, el gobernador de la isla les esperaba repantigado en un cómodo almohadón, a la sombra del toldo. Miró a Sindbad sonriente.

—Como súbditos del califa, mi deber es ayudaros en lo que pueda —dijo.

El gobernador tenía una expresión risueña en su mofletudo rostro. Sus cejas eran blancas y su barba, salvo algunos pelos blancos, de un hermoso y profundo color negro. Tendría unos sesenta años y parecía vigoroso a pesar de su edad y de la cojera de su pierna izquierda. Llevaba una raída chilaba y un tahalí de cuero hervido, viejo y gastado, que sujetaba dos alfanjes, uno a cada lado de su voluminoso vientre.

Los siete guardias que había llevado al encuentro también iban armados. Se habían situado entre él y la orilla de la playa, impidiéndole cualquier intento de huida hacia el bote y sus compañeros. A Sindbad no le pasó desapercibido ese detalle.

A pesar de todo, el marinero le enseñó al gobernador el sencillo mapa que Yahiz había trazado a partir de los datos que había ido descifrando de la tabla de oro.

—Al otro lado de la isla de Zanzíbar está la costa de *Bilad al-Sudan*, la Tierra de los Negros. Y el río que desemboca en esta playa se interna hacia las montañas.

—El río Pangani, sí —dijo el gobernador cruzando los dedos.

—¿Qué hay más allá de esa cadena montañosa?

—Mesetas cubiertas de hierba.

—¿Y más allá de ellas?

—Más colinas y pantanos, rocas y barro —contestó el gobernador mientras se acariciaba su larga barba—. Es el País del Sueño, el reino de la mosca tse-tse, que acaba por igual con los hombres y el ganado. Un sitio poco saludable.

—¿Y no hay ciudades en el interior?

—¿Ciudades? —dijo el gobernador, mirando pensativo hacia el mar—. ¡Ah, sí! Río arriba hay una ciudad llamada Hofu, pero no creo que jamás la haya visitado ningún musulmán. Es un lugar enfermizo. ¿Sabes que Hofu significa «Miedo» en la lengua de los negros?

—¿Y cómo consiguió ese nombre tan poco agradable? —preguntó Sindbad.

—Te contaré una historia. Hace muchos años, cuando yo aún era joven, visité un lejano país. Tan lejano, tan lejano, que ya ni recuerdo su nombre ni cómo llegué a él. No sé si fue por la Ruta de la Seda hacia la inmensa China, o tal vez fue cruzando el Índico en la ruta por mar hacia el sagrado Ganges, o quizá ocurrió en mis años de camellero por la ruta de Ubar... Lo que sí recuerdo es que conocí a un anciano marinero que me habló del País del Sueño y de los inmensos tesoros que el rey Salomón escondió en algún lugar de él. A partir de entonces, mi única obsesión fue viajar a dicho país y encontrar ese tesoro. Tras años de empeño, conseguí ser nombrado gobernador del califa y por fin toda esa riqueza estuvo a mi alcance. Pero, ¿sabes, capitán?, nunca me atreví a ir más allá de la costa. Organizaba una expedición tras otra, hacía planes minuciosos, pero, a última hora, siempre encontraba la excusa para no partir.

—¿Qué era lo que tanto temías? ¿Las moscas del sueño?

El gobernador sonrió ante el descaro de Sindbad y dijo:

—No, capitán, hay algo mucho más terrorífico que los insectos en ese país ignoto. Dicen que esas tierras están habitadas por los ghuls, una raza innoble que antaño fue tributaria del poderoso imperio de los djinns. Son alimañas despiadadas que asesinan y devoran a todo extranjero, blanco o negro, que intenta cruzar por su territorio. El río, por lo que sé, ya no es navegable a partir de Hofu. Si quieres llegar a la Gran Montaña tendrás que dejar tu barco y seguir a pie por territorios desconocidos y malsanos, que están habitados por los djinns.

—¿Los djinns viven en esa «Gran Montaña»?

—Desde la costa situada frente a la isla de Bemba, hasta la Gran Montaña, es territorio de los efrits. Y desde el otro lado de la cordillera Korogwe hasta el río Sabaki. Se dice que los efrits son los más despiadados entre todas las razas de djinns. Ni siquiera las caravanas de negros que traen especias y marfil se atreven a cruzar por allí. Gracias a la bondad de Alá, nuestras islas se han mantenido a salvo de ellos. Y ojalá que sigan así para siempre.

—¿Has visto alguna vez uno de esos efrits?

El gobernador se puso en pie y caminó cojeando por la playa hacia el lado contrario a la ciudad. Un muchachito negro lo siguió con un parasol de mimbre.

—Ven, quiero mostrarte algo.

Se detuvo junto a un gran agujero en la arena. Lo señaló y dijo:

—Esto lo hizo un djinn. Un efrít, para ser más precisos. El más grande que he visto. Saltó del barco de metal que está encallado frente a la costa y aterrizó aquí. Luego saltó de nuevo hacia el continente. Era un gigante, calculo que sobrepasaba los tres metros de altura. No sé si sabes que los efrits no dejan de crecer a lo largo de su vida. Crecen muy despacio, por lo que intuyo que este era muy viejo. Y decir que un efrít es viejo es decir mucho, mucho tiempo.

—Sí, creo que vi a ese efrít encerrado en la bodega de la nave de metal.

Las cejas blancas del gobernador se levantaron con fingida sorpresa.

—Entonces debes de ser la persona sobre la que me avisó el gran visir. Verás, Ibn Jalid llegó a estas costas hace dos semanas, y me advirtió de que quizá un día vendría alguien que me haría muchas preguntas sobre los djinns y el País del Sueño.

Sindbad se giró hacia donde habían dejado el toldo. Los guardias seguían allí.

—No te preocupes —dijo el gobernador—. No nos oyen desde donde están, podemos hablar con calma de estos asuntos.

—¿Qué tienes planeado hacer? —le preguntó Sindbad.

—¿Qué quieres que haga? —dijo el gobernador extendiendo los brazos—. Soy el representante del califa en esta apartada región, y me encuentro con la sorpresa de que nada menos que el gran visir de Bagdad ha venido hasta aquí en persona. Por cierto, que usando sus prerrogativas se ha llevado con él a toda mi dotación, más de cien hombres, y tres dhow y un baghlah de carga... ¡Ah! —Chasqueó los dedos como si acabase de recordar algo—. Y también me dio una orden muy clara: que apresase a la primera persona que llegara preguntando por los djinns, junto con toda su tripulación, y que los hiciera decapitar a todos inmediatamente. ¡Zas! Y que luego colgase las cabezas cortadas de las almenas de la alcazaba de Zanzíbar para que él pudiera verlas a su vuelta. Esas fueron sus instrucciones. ¿Qué te parece, capitán? Tendrás que reconocer que se trata de una situación espinosa.

—Lo que me interesa saber es si tienes previsto cumplir esa orden.

—Debería cumplirla, es mi deber. Pero mírame... —El gobernador se señaló sus deslucidas vestiduras—. ¿Crees que este es el atuendo para un representante del califato?

—¿Quieres oro?

El gobernador volvió a alzar las cejas. Esta vez su sorpresa era real.

—¿Oro? ¿Te refieres al oro que esperas conseguir en esa Ciudad de Cobre de los djinns? Ese te lo puedes quedar todo para ti. Lucirá muy bien sobre vuestros esqueletos blanqueados por el sol. No quiero oro. Tan sólo deseo seguir aquí sin demasiados sobresaltos. Viviendo sin lujos pero en paz con Alá. En el trono de Bagdad se sienta hoy un califa y mañana se sentará otro. Ahora es la familia de los Barmacés la que domina la política de Bagdad, pero mañana pueden caer en desgracia y ser otros los que se sienten en sus cómodos almohadones de plumas. A veces una corona enojada sólo es una diana para saber qué cabeza hay que cortar. Pero yo vivo aquí ajeno a todo eso. Te puedo asegurar, capitán, que ni en la selva hostil, ni el campo de batalla más sangriento, puede un hombre demostrar tan notoriamente su valor como en la corte de Bagdad. Tanto por la infinita variedad de sabandijas y sujetos despreciables que la componen, como por los infortunios que siempre nacen de tan confuso abismo.

—¿Entonces?

—Lo que quiero, y lo que te aconsejo, es que regreses a tu barco y te marches lejos de mis tierras. Yo juraré que no te he visto. Pero si sigues adelante con esta aventura encontrarás la muerte, igual que la va a encontrar ese presuntuoso gran visir. Es el País del Sueño, la tierra de los djinns; se puede entrar en él pero no hay forma humana de regresar.

—Yo no tengo elección.

—¿Por qué?

—¿Viste a una dama que iba con el grupo que acompañaba al gran visir?

—¡Sí! La muchacha más hermosa que vieron jamás estos viejos ojos.

—Entonces lo entenderás. No puedo dejarla en manos de esos desalmados.

—Sí, te entiendo, capitán. Eres un héroe y un romántico. Dos cualidades apreciadas por las mujeres, que sin embargo no auguran una larga vida para el hombre.

—Mi dhow remontará el río y encontraré a esa dama, aunque para ello tenga que luchar contra el ejército del gran visir, contra los djinns, y hasta contra esas malditas moscas que te hacen dormir. La cuestión es, ¿qué harás tú, gobernador?

El anciano se pasó la mano por la barba como si meditase.

—¿Qué quieres que haga? ¿Cómo podría ser inmune ante tan heroica estupidez? El hecho de que existan hombres como tú me confirma que he elegido el camino correcto en mi vida: el de ser un cobarde que sigue vivo para contar las hazañas de gente de tu categoría. Te dejaré pasar, por supuesto, pero hazlo cuando caiga la noche.

—Entonces, ¿el gran visir y sus barcos me llevan dos semanas de adelanto?

—No. Te llevaban dos semanas de ventaja cuando llegaron aquí, pero perdieron siete días organizando los nuevos barcos y consiguiendo los víveres para los cien hombres de más que iban a acompañarlos. Además, el baghlah que se llevaron es muy espacioso y recio, pero lento y torpe para navegar río arriba. Con tu ágil dhow, capitán, no tendrás problema en darle alcance. Si ese fuera tu deseo, claro.

—Lo es. Pero necesitaremos suministros. Nuestra bodega también está casi vacía.

—Pides demasiado —gruñó—. De acuerdo, encargaré a mis hombres de confianza que los lleven en barcazas un tramo río arriba. Así nadie más sabrá que te he ayudado.

—Mis hombres y yo lo sabremos, y nuestro agradecimiento se mantendrá.

—Si eres listo, utilizarás esos víveres para regresar. Pero ya sé que no lo vas a hacer. El mundo se compone de dos clases de hombres: hombres de fe sin inteligencia e inteligentes sin fe, y tú perteneces al primer grupo y yo al segundo. Aun así, te deseo suerte y ojalá que consigas rescatar a esa dama. Vuelve ahora a tu dhow y espera la noche, capitán.



Sindbad el Marino 7.^a

El Viajero navegaba por el delta del río Pangani, que se diluía desde su desembocadura en una amplia extensión de tierras desoladas. El creciente de la marea oceánica a través de la telaraña de riachuelos era lo que provocaba aquellos asombrosos cambios en el curso de las aguas mansas. Se desplazaba por una especie de laguna formada por la confluencia de varios cauces fluviales, que se juntaban y separaban tejiendo una intrincada red luminosa, y que a veces desaparecían en grandes extensiones de barro de color rojizo para volver a fluir poco después.

Era un lugar insalubre y desolado, que parecía existir ajeno al resto del mundo. En el aire sólo resonaban los chillidos de los pájaros y las grullas y el constante zumbido de las nubes de insectos que atormentaban sin piedad a los navegantes. Una planicie sin fin de vegetación salpicada por islotes de aguas turbias. A lo lejos se distinguía una cordillera: las montañas Korogwe, cuyas cimas se perdían entre las nubes. El mar había quedado atrás. Estaban adentrándose en el *Bilad al-Sudan*, la Tierra de los Negros. El corazón del continente africano.

—Capitán, ¿me llevas contra mi voluntad a una zona de peligro? —dijo Mustafá.

—Nadie te obliga a venir con nosotros. Podrías haberte quedado en Zanzíbar.

—¿Sabes perfectamente que el gobernador de Zanzíbar tenía orden de ejecutar a cualquiera que te acompañase, capitán!

Sin embargo, el gobernador había cumplido su palabra de ayudarles. Varias barcas enviadas por él acudieron a la desembocadura del río Pangani, con víveres y suministros para que pudieran continuar su viaje. Sindbad había reunido a la tripulación en la cubierta y les había expuesto con claridad la situación y las advertencias del gobernador sobre lo que iban a encontrar si seguían el viaje río arriba. No quería repetir su error de arrastrar a unos hombres a sus órdenes hacia un destino incierto. Contaba con Yahiz, que se metería en un volcán en erupción si pensase que con eso iba a aprender algo nuevo. Con su fiel Gafar y también con el joven Radi, que estaba dispuesto a seguirle hasta el fin del mundo para tener su venganza.

Pero del resto no se sentía tan seguro. Algunos habían venido con Mustafá,

cuando Sindbad estaba tan desesperado que los aceptó como tripulación sin preguntar nada más. El riesgo de un motín que colocase al gordo comerciante al frente de la expedición siempre estuvo en su mente. Por supuesto, el hecho de que las cartas de navegación estuvieran en su poder, y de que nadie más excepto él y Yahiz pudieran interpretarlas, jugaba a su favor. Aquella había sido una situación peligrosa pero necesaria, porque era imposible tripular *El Viajero* en alta mar sin todos esos hombres. Pero la navegación por un río era diferente y podrían arreglárselas perfectamente sin la gente de Mustafá. Aunque él echaría de menos al egipcio Husam, que era un gran espadachín con el que solía practicar. Y también a Fahd y a Kanu, que trepaban por las jarcias con la velocidad de dos gatos salvajes.

Pero fueron precisamente aquellos tres hombres los primeros que dijeron que estaban dispuestos a seguirle río arriba, hacia el corazón del continente negro.

Tarif, que había hecho la labor de contramaestre durante la travesía, preguntó:

—Y además de todos esos peligros, ¿qué más nos espera al final de este río, capitán? Todos hablan de un tesoro inmenso, pero nadie está seguro de la verdad.

—El gran visir de Bagdad lo ha dejado todo para viajar hasta este lugar desolado —intervino Gafar—. ¿Qué crees que ha venido a buscar?, ¿un poco de calderilla? No, amigos míos; estamos hablando del tesoro del rey Salomón, nada menos. Un tesoro tan grande que el monarca tuvo que esclavizar a los djinns para que le construyesen toda una ciudad donde guardarlo. ¡Una ciudad! Imaginad ahora la cantidad de oro de la que estamos hablando.

—Pero el gran visir no ha venido solo, sino acompañado por un ejército. Quizá la voluntad de Alá es que el tesoro sea para él —dijo otro de los marineros.

—La voluntad de Alá es que luchemos con todos los medios que Él nos da —replicó Sindbad—. Así que decidid ahora mismo lo que queréis hacer: continuar río arriba en *El Viajero*, o regresar a la seguridad de Zanzíbar en una de esas barcazas.

Todos, incluso el joven y tímido Bilal, decidieron seguir.

—No había ninguna elección que hacer —le reprochó el comerciante a Sindbad cuando las barcazas del gobernador desaparecieron río abajo—. Les has dado a elegir a los hombres entre ser ricos o morir, porque en Zanzíbar pesa una pena de muerte sobre nuestras cabezas.

Sindbad señaló las riberas del río Pangani, ahogadas por las hierbas altas.

—Puedes quedarte aquí con Ozman, si eso es lo que quieres. Te dejaremos víveres para varias semanas y a nuestro regreso te recogeremos.

—Y en el dudoso caso de que regreséis, ¿compartirás el tesoro conmigo?

Sindbad sonrió y dijo:

—Donde no hay riesgo no hay beneficio. Eso deberías saberlo hasta tú.

—Mis hombres te van a ayudar a conseguir ese beneficio.

—Y son ellos los que se arriesgan por voluntad propia.

El comerciante se quedó mirando a Sindbad a los ojos. Parecía buscar algo que decir, pero finalmente se dio media vuelta y fue a encerrarse en su camarote.

* * *

Las grandes montañas que se extendían perpendiculares al río Pangani eran pálidas, desoladas y descoloridas por el ardiente sol, como una muralla levantada por Alá para separar del resto del mundo las extensas sabanas de África. Una señal que avisaba a los hombres para que se mantuviesen lejos de las peligrosas tierras que se alzaban al otro lado de sus acantilados, de sus ciudades olvidadas que se iban convirtiendo en polvo arrastrado por el viento, y de los poderosos y malvados djinns que las habitaban.

Sindbad se sentía fascinado por aquel paisaje, tan distinto de cualquier cosa que hubiera visto hasta ese momento. Más allá de los asentamientos en la playa, todo rastro de presencia civilizada en aquellas tierras primigenias había desaparecido. Aquellos territorios sólo eran recorridos por las caravanas que se dirigían hacia Zanzíbar cargadas de sal, especias y marfil traídos desde las profundidades de África, y por tribus salvajes que no conocían la lengua común y que aún vivían en la Era de la Ignorancia.

El sol abrasaba los cañaverales coronados por penachos de color verde oscuro. La vida se mostraba exuberante de criaturas insólitas: colonias de cangrejos amarillos que sembraban el cieno de diminutas bolitas de excrementos, plantas y flores de todos los colores, aves, gaviotas y cormoranes que punteaban el cielo y anidaban entre los mangles. Peces de escamas brillantes de color cobalto y vientres pálidos nadaban, saltaban y se perseguían entre los juncos y las raíces. Cocodrilos que miraban su paso con ojos ansiosos.

Gafar había tenido que extremar sus precauciones para que la nave no quedase irremisiblemente atrapada en un barrizal o un banco de arena. Un marinero lanzaba la plomada, midiendo las variaciones de la profundidad, que iba cantándole al piloto. En algunos tramos, Gafar había ordenado que el bote navegase delante de ellos.

Durante todo el día remontaron la tibia corriente. Los meandros se fueron fundiendo poco a poco en un único cauce, que se volvió más ancho y ganó profundidad, fluyendo a través de lo que parecía una infinita pradera de hierbas altas salpicadas por algunos árboles de grandes troncos. Lentamente, las riberas cobraron un tono cada vez más intenso y se poblaron de más árboles. El verde azulado de los manglares se transformó en el verde turquesa de la selva. En el ocaso, una bruma pálida se elevó de las aguas, reduciendo el horizonte de visibilidad a menos de un tiro

de arco frente a ellos. Ni siquiera desde lo alto del palo mayor distinguían el final de aquella jungla enturbiada por el vapor.

Al amanecer, las verdes ondulaciones de la selva se mancharon con una ciudad de barro ocre y edificios cúbicos, que se desparramaban sin orden ni concierto cerca de la orilla, como castillos de arena olvidados por un niño gigante. Destacaba por encima de todos una insólita torre de piedra, gallarda y esbelta como una columna de humo blanco, una construcción incongruente con el resto que fascinó a Yahiz, quien tomando papel y pluma se dedicó a registrar cuidadosamente sus detalles.

—Nunca había visto nada igual —murmuró ensimismado mientras dibujaba—. Esa torre no tiene las características de ninguna civilización que yo conozca. Sin duda es algo mucho más antiguo que todo lo que registran los libros.

Junto a aquella ciudad vieron a hombres de piel negra que contemplaban el paso del dhow por el centro del río. Algunos corrieron hacia la orilla y se lanzaron al agua en unas canoas largas y estrechas. Sindbad ordenó entonces coger las cimitarras y estar preparados para el intento de abordaje. Pero las piraguas no se acercaron demasiado, y sus tripulantes se contentaron con navegar paralelamente a ellos durante un trecho, manteniendo la distancia y agitando los brazos frenéticamente.

—¿Por qué hacen eso? —se preguntó Yahiz.

—Es como si quisieran advertirnos que no sigamos navegando —dijo Gafar.



Sindbad el Marino 8.^a

Durante la noche la niebla se disipó, y el azul del río adquirió un tono irreal, con una extraña fosforescencia de color cobalto. El acecho de los cocodrilos de ojos llameantes, que parecían haberse vuelto extrañamente activos al abrigo de la oscuridad, los obligó a recoger el bote de remos y fondear en espera de la luz del día.

Tendido de espaldas, con las manos bajo la cabeza, Radi admiró la cúpula celeste. La luz de las estrellas los rodeaba por todas partes, recortando nítidamente los perfiles de la negra vegetación. Los astros parecían ojos que los espieran desde el cielo, desconcertantes por su brillo y blancura, haciendo que los humanos que iban a bordo de aquella solitaria nave se sintieran pequeños y perdidos en un océano de luz pálida y negrura sin fondo. Se preguntó si su hermano estaría en algún sitio allí arriba, y si miraría hacia él.

Recordó algo que una vez había oído decir a un predicador sufí: el alma era como un guijarro en las orillas del mar de la eternidad. Nada muere realmente, todo permanece y es arrastrado de un lugar a otro por las mareas.

Le gustaría creer que esa fuera la verdad.

La selva nocturna se había poblado de estremecedores sonidos y aullidos que llenaron a la tripulación del dhow de inquietud y temor. Del cieno en descomposición de las orillas se elevaban pálidos fuegos feéricos.

—En este lugar se puede oler cómo la magia empapa el aire —dijo Abdul con un susurro supersticioso.

—¡Mirad allí! —exclamó Fahd poniéndose en pie y señalando hacia el cielo.

Radi se volvió para mirar hacia donde señalaba el marinero. Una luz cruzaba el firmamento justo por encima de la silueta negra de los árboles.

Yahiz dio unos pasos por la cubierta y dijo:

—Calma, es una estrella fugaz. No hay de qué asustarse.

Y entonces, como si quisiera contradecir las palabras del erudito, la luz giró en el aire y se dirigió en línea recta hacia *El Viajero*.



Todos corrieron por la cubierta en busca de un lugar en el que refugiarse. Incluso Yahiz olvidó su anterior seguridad y se escondió detrás del palo mayor.

Pero Sindbad trepó hasta la cofa. Quería saber lo que era aquella extraña luz voladora. En una tierra hostil y desconocida, el mayor peligro al que se podían enfrentar era ignorar la naturaleza de las amenazas que los acechaban.

La luz cruzó a toda velocidad por encima del dhow. Sindbad tuvo una fugaz visión de lo que era en realidad: un tapiz de gran tamaño, de unos cinco metros de largo por tres de ancho. El resplandor provenía de un farol de hierro, que era casi tan alto como el hombre que estaba de pie sobre la alfombra voladora. Aquel extraño tenía un porte noble, en su pecho brillaban joyas y cadenas de oro, su larga túnica abierta flameaba al viento. Miró hacia abajo, y sus ojos y los de Sindbad se encontraron durante un instante. Luego se elevó a una velocidad increíble.

Su silueta se recortó contra la luna y desapareció en la distancia.

—¡Por las barbas de mi padre! —exclamó Gafar desde la cubierta.

—¿Qué era eso, capitán? —dijo Radi—. ¿Lo has visto bien?

—¡Que Alá nos ayude! —rogó Abdul levantando las manos—. ¡Era un dragón de fuego! ¡Navegamos por uno de los ríos de *al-Jahim*!

—*Al-Jahim* —repitió alguien detrás de él—. «El lugar de las llamas», ese es otro de los nombres del infierno. ¿Estás seguro, Abdul?

—Sí. Hacia allí vamos por este río. ¡Alá, ten misericordia de nosotros!

Sindbad bajó a cubierta y le hizo un gesto a Abdul para que se acercase.

—Estás hablando de cosas que ignoras —le dijo—, pero contagias tu temor a tus compañeros. ¿Qué pretendes?

—Mis disculpas, capitán. —El marinero bajó la cabeza. La llevaba rapada y llena de cicatrices, la mayor de las cuales le rodeaba el cuello. Según decían, Abdul había sido pirata y lo habían acabado colgando de un palo. Pero la cuerda se había roto milagrosamente, y desde entonces había escogido el buen camino—. Yo sólo le rezo a Alá para que nos proteja.

—Pues reza en silencio a partir de ahora, que Alá te oirá igual.

Llamó a Gafar y a Yahiz para que se reuniesen con él, y luego buscó el lugar más reservado posible, cerca de la borda de estribor. Radi intentó acercarse a ellos para enterarse de lo que estaban hablando, pero Sindbad le ordenó que subiera a la cofa a vigilar el cielo.

—¿Qué pasa, capitán? La tripulación está muy asustada, y eso no es bueno.

—Era un hombre —dijo—. La luz lo iluminaba desde abajo y no pude ver bien los rasgos de su cara, pero era humano. Una barba corta, medio canosa, y el brillo de sus

ojos...

—Volaba en una alfombra —dijo Yahiz—. Eso también pude verlo yo.

—¿Cómo es posible que una alfombra surque el cielo como un pájaro?

—Es posible, ya que lo has visto. Cuentan que el rey Salomón recorría grandes distancias sobre una alfombra voladora hecha de seda verde. Fue un regalo de la reina de Saba, y era lo bastante amplia como para que en ella cupiese cómodamente todo su séquito, los humanos a su derecha y los djinns a su izquierda. Y cuando viajaban durante el día, una bandada de grullas volaba sobre ellos para protegerles del sol.

—Pero la persona que yo vi parecía humana.

—También Salomón lo era —replicó Yahiz—, pero los djinns pueden fabricar esos objetos maravillosos para los humanos. Es otra habilidad que poseen.

—¿Qué crees que pretendía la persona de esa alfombra? —preguntó Gafar.

—Creo que buscaba algo. Observó con mucha atención nuestra cubierta, y como no lo vio, se alejó a toda velocidad.

—¿Un espía? —se preguntó Gafar.

—Es posible, pero... —Sindbad hizo una pausa.

—¿Sí, capitán?

—Estoy pensando que si alguien nos atacase desde el aire con esas alfombras voladoras, estaríamos indefensos. Les bastaría con arrojarlos piedras para acabar con todos nosotros. No sé si es mejor dejar que la tripulación siga creyendo que se trataba de un dragón.



>

Sindbad el Marino 9.^a

Aquella noche apenas pudieron dormir por culpa del calor pegajoso, las picaduras de los insectos y el miedo. El amanecer volvió doradas las aguas del río, mientras el dhow remontaba de nuevo la corriente, las dos orillas se iban alejando más y más entre sí, hasta que tuvieron la sensación de que habían vuelto a salir al mar. El terreno circundante se fue tornando cada vez más árido. Pequeños arbustos salpicaban las riberas, algunos medio enterrados por dunas gigantescas que llegaban hasta la misma orilla.

Conforme avanzaba el día, el paisaje y el clima cambiaron también. Atravesaron un territorio fantasmagórico. La vegetación de la orilla se volvió enfermiza y unas nubes negras se agruparon en el cielo, que se tornó gris de repente. Una neblina enturbiaba el aire, pero no eran nubes de vapor de agua sino de polvo arrastrado por el viento desde la sabana, que permanecía suspendido en la atmósfera como una cortina sucia y deshilachada.

Unas siluetas retorcidas asomaron a lo lejos, sobre el fondo de aquel cielo que ya tenía el aspecto de una lámina de plomo, como sombras proyectadas en un teatro chino.

—¡Mirad allí! —exclamó Radi encaramándose al aparejo.

Todos se volvieron en la dirección señalada por el muchacho. En la ribera del río, esparcidos por muchas leguas, apiñados unos sobre otros, reposaban cientos de esqueletos gigantescos. Eran como las osamentas quemadas de una antigua raza de dragones que hubieran ido a morir en aquel lugar desolado.

Siguieron acercándose lentamente a aquellas carcasas gigantes. Los hombres las contemplaban en silencio, apoyados en la borda.

Cuando llegaron a cierta distancia, la proximidad les descubrió que aquellos «esqueletos» eran en realidad los restos de muchos barcos que un día naufragaron en aquel lugar remoto, quizá atrapados por un traicionero banco de arena oculto bajo las turbias aguas del río. Un auténtico cementerio con miles de navíos de todo tipo y origen, cuyas cuadernas y quillas se habían secado al sol como los costillares y las vértebras de una manada de ballenas perdidas.

Sindbad dio orden de que recogieran velas y largasen el ancla.

Estaban más o menos en el centro del río, donde no parecía acecharles ningún peligro. Pero la inquietante visión de los arruinados restos de tantas naves naufragadas durante siglos había sobrecogido el ánimo de todos. Hacía un calor espantoso y toda la ribera parecía calcinada bajo aquel cielo plano y pesado. El sol se elevaba tras un velo espeso de polvo gris, a través del cual quedaba convertido en un disco amarillento con reflejos de cobre. Su luz iluminaba turbiamente los polvorientos pecios alineados en la orilla y la corta llanura tras ellos, que se cerraba con una cordillera de dunas. Ni un árbol, ni rastro de vegetación; lo único que se divisaba en toda la extensión abarcada por la vista, que con aquella luz gris parecía no tener realidad, eran aquellos maderos resecos. Era fácil imaginar que un débil soplo de viento bastaría para deshacerlos como una nube de cenizas sobre la tierra reseca.

—Debemos ir a la orilla —le dijo Sindbad a Gafar—. Tenemos que investigar esos restos y averiguar cuál es el motivo de tanto naufragio. Quizá en ellos encontremos alguna pista.

—¿Es necesario, capitán? —preguntó el piloto—. Este lugar me da escalofríos y no deseo otra cosa que abandonar tan tétrico paraje cuanto antes y regresar a casa...

Sindbad miró al piloto, intentando adivinar el sentido de sus palabras.

—¿Quieres regresar ahora, amigo mío? ¿Sabes el tesoro que nos espera si seguimos?

—Seremos los más ricos del infierno, entonces. Tengo miedo, capitán, no lo niego, y no creo que haya un tesoro en el mundo por el que valga la pena dejarse la piel.

—Pero yo no estoy sólo por el oro, ya lo sabes.

—Sí, esa mujer a la que le hiciste la promesa de ayudarla. Ya lo sé. Pero todo tiene un límite, capitán. Y, a fin de cuentas, es sólo una mujer. Los burdeles de Basora están a rebosar de ellas. Y algunas muy guapas. Y ninguna te pide que te metas en el infierno para poseerla.

—Este caso es diferente para mí.

—¿Quieres decir que...? —Gafar observó con atención la expresión del rostro de su capitán—. ¿Quieres decir que te has enamorado de esa mujer? ¿Quieres dejar el mar por ella? ¿Criar a los hijos que tendrás con ella en una casa caliente y aburrida hasta que mueras de viejo?

—Todos tendremos que afrontar el hacernos viejos, amigo mío.

—Yo tengo unos años más que tú, capitán. Y esas cosas no se me pasan por la cabeza.

—Deberías verla. Es diferente a todas las mujeres que he conocido.

—Es una mujer casada, capitán.

—Y yo le prometí llevarla con su esposo. Ese no es el asunto, amigo mío, sino que

no puedo dejarla abandonada en manos de esos malvados. Pero esa promesa sólo me ata a mí, de modo que entiendo tus objeciones. A mi regreso de esos pecios, si no he encontrado nada que nos aclare algo del paradero del tesoro, tú y la tripulación podréis volver a la costa.

—¿Y tú, capitán?

—Yo no voy a abandonar la búsqueda, aunque sea con la barca de remos.

—Estás loco, capitán, si piensas que te dejaré aquí solo.

—Amigo mío —dijo Sindbad colocando las manos sobre sus hombros—, en ti me apoyo para mantenerme firme en medio de todo esto. Confío en que guardarás la nave hasta que regrese. Entonces reuniré a la tripulación y hablaremos otra vez del asunto.

—Por supuesto, capitán.

* * *

Largaron la barca de remos y Sindbad se puso al timón. Kanu y Husam ocuparon los remos frente a él y colocaron sus cimitarras de abordaje al alcance de la mano. Ambos eran fuertes y ágiles, pero ninguno de los dos era un guerrero. Husam manejaba muy bien la espada y Sindbad solía practicar con él por las mañanas, pero no tenía ni idea de cómo se comportaría ante un combate real. Sin embargo, eran sus mejores opciones junto con el enorme Ozman, que también iba en la lancha. Al lado de ellos, Bilal era delgado, seco, macilento y algo encorvado. Parecía demasiado tímido para luchar, pero se había ofrecido voluntario y allí estaba.

Tarif, el marinero que iba en la proa de la barca, recogió la plomada por quinta vez. No le resultó creíble el resultado que le mostraba, de modo que la volvió a lanzar.

—¿Qué pasa? —le preguntó Sindbad—. ¿Tienes ya la profundidad o no?

—Es que es muy extraño, capitán. —Tarif era bajo y cabezón, con una mata de pelo leonina y los ojos lacrimosos y bordeados de legañas—. Aquí no hay nada que justifique tanto naufragio. El fondo está limpio y sin bancos de arena.

—Quizá, pero esos cascos siguen ahí.

—¿Qué clase de gente podría habitar un lugar como este? —Tarif largó la plomada una vez más y añadió—: Sin duda es un país tétrico.

—Lo es —asintió Yahiz con los ojos fijos en aquellos pecios desarticulados y atravesados en una playa solitaria y olvidada del resto del mundo, bajo un cielo del color del plomo—. Y aún lo será más cuando anochezca.

—Vete tú a saber lo que les pasó —dijo Radi, que remaba al lado de Yahiz.

—Esas naves parecen muy antiguas —dijo Sindbad desde la popa, con el brazo

apoyado en la caña del timón—. Quizá lo que las hizo naufragar desapareció hace mucho.

Llegaron a tocar tierra sin que la plomada hubiese detectado ningún escollo ni otra cosa capaz de explicar el estrago de embarcaciones desparramadas por la ribera. Allí la corriente del río pulía grandes rocas de formas extrañamente geométricas, chocaba contra ellas y se metía entre sus resquicios, saltando y salpicando espuma.

—Vamos. —Sindbad se adelantó un poco en dirección a los pecios—. Investiguemos esos barcos, a ver si logramos entender qué misterio hay en esta ribera.

Saltó a tierra el primero, y se hundió casi hasta las rodillas. Ozman desenvainó su espada y saltó junto a él.

—¡Barro! —exclamó—. Y tan pegajoso como mierda de hiena. Por aquí no podemos pasar, capitán.

—No tenemos más remedio —dijo Sindbad.

Le pidió a Tarif el rollo de cuerda que llevaban en la barca. Hizo un nudo corredizo y lo lanzó hacia una viga de madera que sobresalía del barro unos metros más adelante. Tiró para asegurarse de que estaba firme y le dio el otro extremo a Tarif.

—Intenta mantenerlo tenso. Nosotros nos apoyaremos en él.

Tarif ató el extremo de la soga a la roda de la barca y también comprobó que el asidero era firme. Mientras tanto, Ozman le ofreció una cimitarra al erudito, pero este la rechazó, alegando que no sabría qué hacer con ella. Los demás cogieron sus armas.

Todos saltaron fuera de la barca y avanzaron con lentitud por aquel cieno negro y maloliente, sembrado de trozos de madera podrida. Cuando llegaron a la viga a la que habían sujetado la cuerda, Sindbad tanteó con un pie apoyándose en ella.

—Aquí el terreno es firme —dijo.



>

Sindbad el Marino 10.^a

Se adentraron en una selva de hierros oxidados y retorcidos en formas sin sentido, y de vigas carcomidas como troncos de árboles en un paisaje de pesadilla. En aquel barro inmundo no podía crecer otra cosa que aquellos tristes restos.

Un gigantesco pecio se alzaba frente a ellos. En el costado de babor de su casco, consumido por el viento y la lluvia, se abrían grandes agujeros por los que asomaban las cuadernas, como el costillar de un cadáver medio devorado por los cuervos.

Sindbad se introdujo sin dudarlo por una de las brechas hundidas en el barro. Llevaba una linterna de aceite que encendió de inmediato para iluminar el espacio delante de él. La levantó sobre su cabeza y señaló el techo del camarote; estaba sujeto con vigas de cedro y se conservaba bastante bien teniendo en cuenta la ruina del exterior.

—En la tierra de Laban ya no quedan cedros lo bastante grandes para fabricar esas cuadernas —dijo Yahiz—. Esta es una nave muy antigua, quizá de la Era de la Ignorancia.

—Eso significa que tiene casi trescientos años —comprendió Sindbad.

—Por lo menos. Y es posible que todos los pecios que están aquí varados provengan de la misma época. Si subimos a la siguiente cubierta quizá lo averigüemos.

—Ten cuidado donde pisas. Este lugar se tiene en pie por un milagro.

Sindbad señaló una escalera de vieja madera que, adosada a la mampara, trepaba sinuosa hasta la cubierta superior. Empezaron a subir por ella, y a cada paso la madera húmeda y carcomida de los escalones crujía siniestramente bajo sus pies. Pero el miedo de que todo se derrumbase en un instante, enterrándoles bajo una montaña de escombros, no les impidió seguir ascendiendo. Llegaron a una especie de bodega, y al asomar la cabeza vieron varias palmeras. Nacían de unos montículos de arena para elevarse sobre sus cabezas por encima de la cubierta agujereada por la que entraban los rayos del sol. Radi se acercó a la base de una de las palmeras y cogió un dátil caído sobre la arena. Luego alzó la cabeza para contemplar los brillantes racimos que colgaban sobre él, iluminados por la turbia luz del exterior. Se llevó el fruto a la boca y

exclamó:

—¡Dulce como la miel!

—Quién sabe. —Yahiz frunció el ceño pensativo—. Hace trescientos años, quizá esta nave llevaba un cargamento de dátiles y al quedar varada los frutos germinaron en la arena húmeda arrastrada por el viento desde el río hasta el interior de la bodega. Como nada puede arraigar en ese cieno inmundo, han crecido aquí a resguardo de los elementos.

—Cosas más raras se han visto —asintió Radi llevándose a la boca otro dátil.

* * *

Treparon hasta la cubierta principal por un lateral. Allí las mamparas se habían hundido, creando una ladera de escombros sobre los que la arena se había asentado.

De nuevo estaban en el exterior, en lo alto de aquella antigua nave, envueltos por la luz plomiza del sol que se colaba a través de la atmósfera saturada de polvo. Los rodeaba una gran explanada de vieja madera blanqueada por el sol, en la que se amontonaban mástiles y fragmentos del aparejo que habían sido derribados por el viento hacía mucho. También asomaban, a través de grandes desgarrones en la tablazón, las copas de las datileras que crecían en el nivel inferior.

Husam se dio la vuelta y señaló hacia el río, diciendo:

—¡Mirad! Allí está nuestra nave.

Y esas fueron sus últimas palabras, porque dio un par de pasos en dirección a la borda y desapareció por un agujero que se abrió en ese instante bajo sus pies. Se oyó un grito agudo y luego el silencio. Cuando los demás se asomaron, vieron su cuerpo estrellado contra la cubierta inferior, la cabeza doblada en un ángulo imposible.

—¡Alabado sea Alá en todas las circunstancias! —exclamó el erudito.

—Pertenece a Alá y a Él regresaremos —rezó Tarif por su compañero muerto.

—¡Dejaos de rezos y mirad dónde ponéis los pies, o seguiréis a Husam! —advirtió Sindbad—. Pisad sobre los traveseros, son de buen cedro y es lo único que puede soportar nuestro peso.

Desde la altura de aquella cubierta no sólo podían distinguir el dhow que los había llevado hasta allí, sino que se tenía una privilegiada perspectiva de las otras naves naufragadas en aquella orilla del Pangani. Perfectamente alineadas una junto a otra, se extendían a ambos lados del mercante en el que se encontraban, dispuestas en una formación extrañamente simétrica entre el río y las colinas de dunas que lo bordeaban.

—Estas naves no están aquí varadas por un naufragio —concluyó Sindbad—. Su

alineación es demasiado perfecta. Una junto a otra, a más o menos la misma distancia, la proa encarada hacia el interior, y la popa hacia el río.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Yahiz.

—He estado en demasiados puertos como para no reconocer que esto es una dársena. Es posible que el barco de metal partiese justo de aquí. Me ha parecido ver los restos de una nave similar a lo lejos, medio tapada por la vegetación que ha crecido a su alrededor. Se me ocurre que el curso del río debió de cambiar de improviso, dejando estas naves varadas en tierra, pero con la misma disposición con la que habían atracado.

Yahiz se pasó la mano por la barba, pensativo.

—¿Qué utilidad tendría un puerto en este lugar desolado?

—Este lugar no siempre ha sido así. Si hay un puerto, también debe de haber una ciudad cercana, aunque ahora esté oculta. Tenemos que intentar ver más lejos.

A falta de un mástil que se mantuviera en pie, Radi trepó hasta la copa de una de las palmeras sujetándose a sus largas hojas. Una vez allí, contempló desde aquella altura la panorámica espectacular del río, que discurría hasta el lejano horizonte.

El sol ya descendía por debajo del nivel de las nubes, lanzando rayos transversales sobre la superficie líquida que brillaba como un espejo. *El Viajero* se veía tan diminuto como una cáscara de nuez y mantenía el equilibrio en medio de aquella corriente de plata que se desplazaba mansamente. El rumor del agua era casi imperceptible desde allí, pero sonaba como algo imaginario, como una ilusión de su mente. Pequeños remolinos de espuma blanca se formaban y desvanecían, rompían en ondas contra la orilla y se desparramaban sobre la arena mojada para retirarse al momento, como un espadachín fintando para eludir una cuchillada.

Sindbad se acercó a la palmera caminando con cuidado sobre una viga de cedro.

—¿Qué has visto, muchacho? —le preguntó.

—Aquí no parece haber nada, pero toda la orilla está llena de escombros y...

Las nubes se despejaron durante un instante, revelando un destello a lo lejos. Era una montaña inmensa que dominaba majestuosa el horizonte. La nieve cubría sus umbrías y manchaba de blanco y negro la espalda del titán, como la piel de una pantera.

Radi no pudo evitar sentirse intimidado ante aquella mole cónica alzándose hacia el cielo. Pero lo más asombroso es que a sus pies se derramaba un enorme banco de nieblas perpetuas, de modo que los árboles crecían para superar esa bruma y creaban un exuberante dosel verde. Entre los árboles, rasgando la niebla como cuchillos de obsidiana, distinguió unas torres negras y afiladas, siniestras como huesos negros.

—Creo que he encontrado la ciudad —dijo—. Pero no parece un lugar al que nadie quisiera ir.

—Hofu —comprendió Sindbad.

—¿Cómo?

—Así la llamó el gobernador.

El sol iluminó por debajo de la capa de nubes, arrojando largas sombras que revelaban detalles en el río que Radi antes no había visto. A lo lejos, atracados en una especie de red de canales que surgían del río, el muchacho distinguió tres dhows y un baghlah. Lo más extraño fue que le pareció divisar en la orilla a un grupo de soldados en formación de batalla. Fuera quien fuese el enemigo al que se iban a enfrentar, no alcanzaba a verlo, pues quedaba oculto detrás de una cortina de cañaverales.

—Veo las naves del gran visir —anunció el muchacho—. Hay hombres en la orilla, y...

Nadie escuchó su última frase, porque en ese momento Bilal gritó:

—¡Husam ha desaparecido!

Sindbad se asomó al agujero y miró hacia la bodega en la que había caído Husam. Era verdad, su cuerpo ya no estaba. Durante un instante pensó que tal vez el marinero había tenido suerte y había sobrevivido a la caída. Pero no era posible. La posición de su cuello demostraba que estaba muerto.

—¡Muchacho, baja de una vez! —le ordenó.

Radi se descolgó con agilidad desde la copa de la palmera y saltó sobre un travesero.

Cuando miró hacia abajo, al interior de la nave, vio una turba de criaturas de piel grisácea que trepaban por los maderos con una asombrosa agilidad. ¿De dónde habían salido? Era imposible decirlo, pero sin duda podían haber estado escondidos, observándolos al acecho, pues el color de su piel era casi exactamente igual al del barro que los rodeaba.

Ahora eran como una marabunta de hormigas grises que se abalanzaba hacia ellos.

—¡Alá tenga misericordia! —gritó Yahiz presa del pánico.

Sindbad desenvainó su espada e hizo un gesto a sus compañeros para que mantuvieran la calma. Pero él mismo sentía el corazón apresado por una garra oscura.

—Basta de rezos —dijo una vez más—, ahora ha llegado el momento de luchar.



>

Sindbad el Marino 11.^a

Un día antes, la pequeña flotilla compuesta por tres ágiles dhows y un panzudo baghlah había llegado remontando el río hasta aquella orilla desolada.

La inquietante presencia de los pecios también había asombrado al gran visir Ibn Jalid y a los trescientos soldados embarcados en las cuatro naves. Habían enviado a unos exploradores en una barcaza. Cuando regresaron se convenció de que por allí era imposible desembarcar a la tropa en unas condiciones en las que estuvieran listos para atacar o defenderse. Podía ser una trampa: su pequeño ejército atrapado en el barro como moscas en la miel y los enemigos ocultos entre los pecios. El gran visir, que siempre se había considerado un hábil jugador de ajedrez y solía prever los próximos movimientos del enemigo, decidió no arriesgar sus peones tan pronto.

—Seguiremos —dijo—. Quizá hallemos un lugar mejor para desembarcar y podamos acercarnos a investigar esas naves embarrancadas.

Un poco más adelante encontraron un canal que se separaba del río y se adentraba en aquella tierra anegada. Navegaron por él, rodeados de arbustos enfermizos que hundían sus raíces en el cieno. En las orillas atisbaban la presencia de seres extraños que los iban siguiendo. Salvajes de piel grisácea que vigilaban el paso de los navíos y acechaban ocultos entre la maleza, quizá dispuestos a repeler su desembarco. Desde lejos, las lanzas que llevaban parecían pesadas y sin hierros en las puntas, con sus extremos afilados y endurecidos por el fuego, aptas sólo para el combate cuerpo a cuerpo e ineficaces como armas arrojadas. Pero al advertir la presencia de los salvajes y su actitud hostil, el gran visir se convenció de que había actuado prudentemente al no desembarcar entre los pecios. Era mejor no luchar en su terreno.

Llegaron a un lugar en el que el canal trazaba una curva amplia y se remansaba, dividiéndose en una maraña de pequeños riachuelos que se enredaban con la escasa vegetación y formaban una extensa zona pantanosa y maloliente. Estrechas lenguas de barro gris se abrían entre una selva casi impenetrable de cañas, que eran lo único que podía medrar allí; aparte de los mosquitos, claro, que zumbaban en una espesa nube alrededor de los barcos, ansiosos por alimentarse con la sangre de aquellos

inesperados visitantes.

—Me parece que esto no mejora —se lamentó Ibn Jalid.

—¡Un poblado! —gritó el vigía desde la cofa.

Mientras las naves seguían avanzando por el canal, distinguieron unas chozas que asomaban entre las cañas. Parecían construidas con barro seco y techadas con pieles sin curtir. El terreno sobre el que se levantaban parecía contener suficiente gravilla para hacerlo firme. Frente a las chozas vieron a los salvajes. Su piel era gris, como si se hubieran embadurnado de barro.

—Quizá sea para protegerse de los mosquitos —aventuró alguien mientras se daba una palmada en el cuello.

Vieron a uno de ellos en el canal, lanzando una red hacia las aguas turbias.

—Pescadores —dijo el barón Jürgen, asomándose por la borda—. No les arriendo la ganancia con los peces malsanos que puedan encontrar aquí.

Iban a pasar de largo cuando el capitán Kassim vio algo. En una de las riberas, un grupo de aquellos salvajes recogía las redes. Un objeto cobrizo lanzaba destellos entre los peces atrapados. Kassim acudió a informar a Ibn Jalid, que se esforzó por distinguir lo que estaba dentro de la red. Para sorpresa del gran visir, el pescador abrió la malla dentro del agua y dejó que los peces se escaparan. Luego cogió el objeto metálico con ambas manos e intentó levantarlo. Como no pudo, varios de sus compañeros acudieron a ayudarlo.

—Al que tenga mejor vista y me pueda decir lo que es eso le daré un dinar de oro. —El gran visir levantó la moneda sobre su cabeza y volvió a preguntar—: ¿Qué es, lo sabe alguien?

—¡Mi señor! —exclamó uno de los vigías, trepando por las cuerdas para ver mejor—. ¡Parece una olla! ¡Una olla de cobre para preparar la comida!

—No me vale —dijo Ibn Jalid guardándose el dinar—. ¡Barón Jürgen, prepara una partida y apodérate de ese objeto! Quiero verlo de cerca.

—Te lo traeré enseguida —dijo Jürgen. Tenía ganas de acción y aquellos salvajes con sus palos aguzados parecían el enemigo ideal para que él y sus hombres pudieran ejercitarse.

* * *

El barón reunió a un grupo formado por los veinte guerreros con más experiencia de combate y saltó al agua al frente de ellos. Llevaba puesta la *byrnie* carolingia, una pesada chaqueta de cuero con escamas metálicas cosidas, pero sus botas se asentaron bien en el pedregoso lecho del canal. El agua fétida y estancada le llegaba por la

barbilla.

Avanzaron hasta alcanzar la playa de grava del poblado, y todos se mantuvieron allí, con la espada en una mano y un pequeño escudo redondo en la otra, esperando a que sus compañeros llegasen a la orilla. La consigna era no atacar al enemigo hasta no tener formada una falange de tres en fondo. Entonces, una vez reunidos, cargaron contra los salvajes.

Jürgen iba delante, lanzando gritos de batalla para animar a sus soldados.

En la nave, los hombres de Kassim tenían preparados sus arcos por si era necesario cubrir la carga con una cortina de flechas. Pero no parecía que fuera a hacer falta. Los salvajes, quizá impresionados por el brillo del acero de las armas de los guerreros y la perfecta coordinación de su ataque, se dieron a la fuga sin ofrecer ninguna resistencia.

Jürgen y dos de sus guerreros encontraron el objeto metálico por el que el gran visir los había enviado. Seguía enredado entre las mallas de la red. Tal como el vigía había dicho, era una especie de vasija de cobre de medio metro de diámetro y perfil abombado. Estaba sellada con una lámina de plomo, sobre la que alguien había labrado con un punzón unos símbolos que a Jürgen le parecieron iguales que los de la armadura del djinn que había huido del barco. Intentó levantarla, pero no pudo. ¿De qué diantre estaría llena para pesar tanto? ¿De plomo?

—¡Barón, mira esto! —exclamó uno de sus hombres.

Jürgen caminó hacia él. Lo que el guerrero le señalaba era el interior de una de aquellas miserables chozas de barro. Estaba repleta de vasijas iguales que la que había quedado atrapada en la red, pero destapadas y vacías. El barón levantó una. No pesaba gran cosa. Su superficie también se veía decorada con los mismos símbolos extraños.

—Barón, ¿te has fijado en las pieles que cubren estas casuchas?

Jürgen apartó la vista de la vasija y examinó el techado de la choza. Eran pieles sin curtir, tal y como había imaginado al verlas desde lejos. Su misión debía de ser proteger de la lluvia las frágiles paredes de barro. Ahora que estaba junto a una de ellas descubrió que aquel trozo de pellejo tenía nariz, boca y hasta una oreja.



>

Sindbad el Marino 12.^a

Aisha salió a cubierta estrechamente vigilada por un guardia. Cubriéndose los ojos para protegerlos de la luz, caminó hacia uno de los cuatro toneles de agua amarrados al palo mayor.

—El gran visir ha requerido tu presencia —le dijo el guardia tirando de su brazo.

—Sólo quiero un poco de agua —replicó ella, zafándose y corriendo junto al tonel. Apartó la tapa e inclinó la cara como si fuera a beber. Sí, allí estaba.

Un resplandor amarillento brillaba debajo del agua. Al darse cuenta de que cualquiera que fuese a beber podía verlo, se asustó. *Tengo que sacarlo de aquí*, pensó.

Pero el guardia tironeaba de nuevo de su brazo y otro acudía para ayudar al primero. Aisha cerró la tapa del tonel. Era lo único que podía hacer de momento. Mientras la arrastraban hacia la borda de estribor, donde le esperaba el odioso gran visir, la joven se preguntó qué podía haber pasado para que el talismán brillase así.

Después de que el djinn escapase de la cámara de *El Conquistador*, mientras todos se dirigían a la cubierta para intentar detener a al-Hajjaj, Aisha se había quedado sola durante unos instantes. Tiempo suficiente para recuperar el talismán, pues se había fijado dónde había caído cuando saltó de la mano herida de Hussein. Sabía que no lo podía llevar consigo hasta su celda, pues lo descubrirían, así que lo escondió dentro de una de las lámparas de aceite del corredor. Cuando se trasladaron al dhow, el único recipiente lo bastante grande donde había podido ocultarlo había sido uno de los toneles de agua. Allí había permanecido todo ese tiempo, mientras remontaban el río.

Pero ahora, de repente, el talismán había empezado a brillar en el fondo. ¿Por qué?

—¿Qué tienes que decirme? —le estaba preguntando el gran visir.

—¿Decirte yo? —dijo Aisha desconcertada, sin saber a qué se refería.

El visir le mostró un recipiente de cobre del tamaño de una gran sandía. Era hueco. Su interior estaba vacío y el exterior se veía decorado con símbolos exactamente iguales que los que cubrían la armadura de al-Hajjaj. Estaban trazados con tanta sutileza que sólo se veían al mover la vasija, cuando la luz incidía en ellos desde un determinado ángulo.

—¿Sabes lo que es esto? —insistió Ibn Jalid.

—No tengo idea —dijo Aisha apartando los ojos de la vasija.

—Habla, porque cualquier amenaza que nos aceche a nosotros también te afectará a ti.

Los ojos de Aisha brillaron desafiantes.

—Ahora mismo consideraría la muerte como una bendición.

El gran visir la miró con desprecio y luego ordenó a los dos guardias:

—Devolvedla a su camarote y encerradla.

Mientras los soldados se la llevaban, Aisha evitó mirar los toneles de agua. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no desviar los ojos cuando pasó junto a ellos, pero lo logró. No quería hacer nada que delatase el lugar en el que había escondido el talismán. Sabía que allí no estaba seguro, pero de momento no podía trasladarlo. Más tarde pensaría qué hacer.

* * *

Ibn Jalid esperó a que la mujer de al-Ándalus se alejase, y se giró hacia el guerrero cristiano que le había llevado la vasija.

—Esto no me gusta nada —dijo—. Vuelve a la playa y dile al barón Jürgen que reagrupe a sus hombres y que regrese al barco. Y traed a algún nativo para interrogarlo.

El guerrero saltó al agua y fue al encuentro de Jürgen. Este escuchó las instrucciones del gran visir por boca de su hombre y luego levantó una mano hacia el barco para indicar que se daba por enterado. No le iba a discutir a Ibn Jalid la orden de regresar. Aquella playa de gravilla negra le daba escalofríos. Tenía una sensibilidad especial para la magia negra y la brujería; la notaba en los pelos de la nuca, que se le erizaban de una forma casi dolorosa.

Ahora percibía la presencia de una oscura hechicería demoníaca. No resultaba difícil imaginar de qué se alimentaban aquellos salvajes que pescaban vasijas de metal, devolvían al agua los peces que atrapaban y cubrían sus chozas con pieles humanas.

Se pasó una mano por el cogote y llamó a voces a sus hombres:

—Volvemos al barco —les dijo cuando se congregaron en torno a él—. Voluntarios para capturar a algún nativo. Seguro que están escondidos detrás de las cañas, observándonos.

Dos hombres desenvainaron sus armas y se dirigieron hacia el lugar. Jürgen les advirtió:

—¡Los quiero vivos!

Uno de los capitanes, un hombre de la Marca Hispánica llamado Balaguer, que era tan fuerte como un toro, apoyó las dos manos en la vasija cerrada y consiguió agitarla.

—Oigo tintinear monedas de oro en su interior —dijo acercando el oído.

—¿Estás seguro? —le preguntó Jürgen.

—Sí, barón. Esta vasija está llena de monedas de oro, lo que explica por qué pesa tanto. Tenemos que llevarla al barco. Si la dejamos aquí los salvajes la robarán.

—Pesa demasiado para arrastrarla por el fondo del río —dijo Jürgen.

—Si es por eso, barón —dijo Balaguer—, yo tengo la solución.

—¿Cuál es?

—La abrimos y nos repartimos su contenido.

—Eso no es lo que me ha pedido el gran visir.

—¿Y qué? —dijo Balaguer encogiéndose de hombros—. Nos quedamos nosotros con el dinero y esos moros no tienen por qué enterarse.

—No —le dijo Jürgen—, de momento me parece más prudente mantener la alianza.

—Seremos prudentes, barón. Sólo quiero ver lo que oculta esta vasija.

Con un gesto brusco, Balaguer desenvainó su daga y la clavó en el sello de plomo, partiéndolo en dos. Jürgen le gritó que se detuviese, pero lo hizo demasiado tarde.

Un interminable chorro de humo negro surgió del interior de la vasija a través del sello roto y los envolvió a todos en una nube de oscuridad. Alrededor de los guerreros, el suelo se sacudió como una manta, lanzando hacia lo alto la arena, las piedras y las cañas, que saltaron por los aires como si hubieran cobrado vida.

Jürgen se frotó los ojos. Una oscuridad acre lo rodeaba, apenas podía respirar. Tosió e intentó desesperadamente ver a través del humo. Y de repente distinguió la punta de una lanza de madera que se dirigía hacia él. Consiguió esquivarla por muy poco. Parpadeó y la vista se le aclaró lo suficiente para ver a la criatura que empuñaba aquel palo.

Desde lejos le habían parecido simples salvajes cubiertos de lodo gris, pero ahora que tenía a uno de ellos justo frente a él podía asegurar que no era un ser humano. Su piel tenía el color del plomo, y tanto la forma de sus músculos como la proporción de sus miembros eran extrañas. En su rostro de pesadilla destacaban unos ojos pálidos e hinchados como los de un pez hervido y unas fauces monstruosas de las que asomaban varias filas de dientes cónicos. Carecía de nariz, pero sí tenía unas orejas anchas y desgarradas, que parecían hojas de col.

La criatura intentó ensartarlo de nuevo con su lanza primitiva, pero Jürgen la atrapó con una mano y con la otra le asestó un mandoble en la base del cuello, haciendo brotar un chorro de sangre negra. Ese golpe, dado con toda la fuerza de su brazo, hubiera decapitado a un toro, pero el engendro sólo chilló de dolor y se alejó de

él.

Jürgen se volvió al oír gritos de horror a su espalda. De entre los cañaverales salían varios monstruos más, armados con aquellos palos aguzados, y uno de ellos sujetaba por el pelo las cabezas cortadas de los dos hombres que había enviado un momento antes.

La confusión a partir de ese momento fue total. Nadie entendía lo que estaba sucediendo mientras eran atacados por aquellos monstruos que venían por todos los lados. Daban espadazos a diestro y siniestro, intentando alcanzar a sus agresores, a los que apenas podían distinguir entre el humo y, al mismo tiempo, gritaban para advertir a sus compañeros del peligro.

—¡Que todo el mundo se repliegue hacia la playa! —ordenó Jürgen.

Y entonces vio surgir a Balaguer entre la niebla negra. El desdichado estaba envuelto en llamas y gritaba lastimosamente pidiendo auxilio. Se derrumbó a sus pies y detrás de él distinguió algo más. No pudo precisar lo que era; una silueta blanca que parecía humana, pero tan brillante que se recortaba con nitidez en medio de aquella densa bruma. Caminaba con lentitud, extendiendo los brazos y desperezándose como haría un hombre que acabase de despertar. Jürgen apartó la vista todo lo rápido que pudo.

Sintió que le habían derramado aceite hirviendo en los ojos. Aulló de dolor. Y, a pesar de tener los ojos firmemente cerrados, seguía viendo aquella silueta deslumbrante.

Alguien lo sujetó por detrás y lo arrastró hacia la orilla. Los supervivientes saltaron al agua y avanzaron con dificultad hacia la nave, perseguidos de cerca por los salvajes armados con palos y piedras. Por fortuna para los hombres de Jürgen, una descarga de flechas lanzada desde la nao repelió a aquellos engendros, aunque no consiguió matar a ninguno de ellos.

Pero una decena de hombres se quedaron para siempre en aquella playa de piedras negras. La mitad de los que habían bajado a tierra.



>

Sindbad el Marino 13.^a

Cayó sobre las naves una noche sin luna ni estrellas, llena de recelo, ansiedad y terrores atávicos. Hasta el más pequeño sonido parecía contener una amenaza.

Sentado en cubierta, con la espalda apoyada en la borda, Jürgen se llevó las manos a los ojos y notó la humedad que fluía de ellos. Cuando se miró los dedos los vio manchados de sangre y pus. Le abrasaban como si tuviera dos carbones encendidos clavados en las cuencas. Llamó al barbero, que le lavó los ojos con agua y vino, pero no sintió demasiado alivio.

Entonces el vigía de uno de los dhow's gritó. Todos se volvieron hacia la playa, allí donde señalaba el horrorizado marino que daba voces. Así pudieron ver cómo las criaturas habían levantado una empalizada alrededor de un fuego. En ella fueron colgando los cuerpos mutilados de sus compañeros muertos en la playa. Jürgen oyó los gritos de sus hombres que clamaban venganza, apartó al barbero de un empujón y caminó hacia la borda donde se hallaba el gran visir. Estaba acompañado por el derviche, que contemplaba como todos tan espeluznante espectáculo.

—Voy a volver a la playa para recuperar los cadáveres de mis hombres —dijo Jürgen—. De paso, les daré un escarmiento a esos monstruos.

—Piensa lo que haces, no sabes a lo que te enfrentas —le advirtió el viejo derviche.

—Son demonios —dijo Jürgen besando la cruz grabada en el pomo de su espada—, y con la fe en mi Señor los derrotaré.

—No son demonios, sino criaturas creadas por Alá al igual que los hombres —dijo Zafir.

Jürgen enrojeció de ira.

—Estoy hasta los cojones de oír toda esa mierda sarracena. Esa criatura estaba encerrada dentro de una vasija demasiado pequeña para contenerla. Pero se transformó en llamas y me abrasó los ojos... ¡Te digo que son demonios!

—Tus ojos están lastimados, cristiano, pero yo te digo que no hay peor ceguera que la del que se niega a ver —dijo el derviche—. Los djinns son criaturas de este mundo, no del infierno. Pero Alá les otorgó el poder de habitar una esfera de la percepción que se halla fuera del alcance de nuestros sentidos. No están limitados a

moverse en las tres direcciones en las que nos movemos nosotros. No, Alá los creó con la habilidad de desplazarse en una dirección más, en una que no podemos ni imaginar, pero que está también a nuestro alrededor. El rey Salomón, mediante el talismán y sus símbolos ocultos, fue el único que logró encadenarlos en ese otro mundo. Los encerró en esas vasijas de cobre por haber desobedecido a Alá, y al ser liberados, cuando se rompen los sellos de la vasija, regresan a nuestra esfera y se ven obligados a adoptar una forma corpórea. Durante el instante de su liberación es posible ver su verdadera naturaleza ígnea. Fue esa llama primordial la que te deslumbró y te quemó.

Jürgen lo agarró por el pecho de su toga y lo levantó en alto como si fuera un muñeco.

—Lo único que me interesa saber, hombrecillo, es: ¿pueden sangrar? ¿Puedo matarlos?

—Ya basta, barón —dijo Ibn Jalid—, deja ahora mismo al derviche en el suelo.

El guerrero obedeció, pero repitió su pregunta.

—Sí, si se los hiere con cobre —dijo Zafir, arreglándose la toga que se le había subido casi hasta el cuello—. Pero aun así son más poderosos de lo que imaginas.

—Me da igual. Si sangran y se los puede matar, es todo lo que quería saber. Porque voy a regresar a la playa para recuperar los cuerpos de mis hombres.

—No lo puedo permitir —le dijo Ibn Jalid, acercándose a él.

—¡No te estoy pidiendo permiso!

El gran visir se enfrentó a él. Apenas le llegaba al pecho, pero dijo sin arredrarse:

—Obedecerás mis órdenes, barón. Ya se han perdido demasiadas vidas por actuar precipitadamente. Como verás, aún no he ordenado que nos retiremos... ¿Te das cuenta de eso?

—¿Qué pretendes hacer?

—Esperaré a que amanezca, y entonces lanzaré contra esa playa un ataque con todos nuestros hombres. Ahora la noche es su aliada en un terreno que desconocemos.

—Has decidido esperar porque los cuerpos que están colgados no son los de tus hombres.

—Ya no puedes hacer nada por ellos, barón. Obedece y aguarda al nuevo día.

Jürgen se negó, tozudo.

—Voy a regresar a esa orilla ahora. Con o sin tu ayuda, gran visir —dijo.

Ibn Jalid se acercó al guerrero. Sus labios, delgados como una cuchilla, susurraron:

—Te entregaré a la mujer si esperas hasta el amanecer. Será tuya. Pero escucha mis instrucciones.

Jürgen abrió los ojos con interés y oyó lo que el gran visir tenía que decirle.

—De acuerdo —dijo cuando terminó—. Esperaré, pero sólo hasta que amanezca.

En ese momento, sin que ellos lo advirtieran, un arquero turco que había escuchado la conversación se retiró discretamente. Fue a popa, donde se encontraba Kassim, y le informó.

* * *

El capitán mameluco descendía al interior del barco. Abrió la puerta de la celda en la que se encontraba encerrada Aisha. Estaba a oscuras, así que encendió la lámpara de aceite que colgaba en una esquina de la cámara. La estancia era apenas un cubículo situado entre dos cuadernas de la bodega. Una densa humedad atravesaba las tablas del suelo.

Allí dentro apenas se podía respirar.

—¿Quién te ha dejado en esta oscuridad? —le preguntó a la mujer.

Aisha estaba sentada sobre una estera, con la espalda apoyada contra la pared curva que formaba el casco del dhow. Al oír al capitán mameluco levantó la mirada. Sus cabellos caían en mechones de color ébano sobre los hombros.

—¿Qué está pasando ahí arriba? —preguntó—. Oigo los gritos desde aquí.

—Se prepara una batalla —respondió Kassim—. El gran visir pretende conquistar el poblado de la orilla al amanecer. Pero al parecer hay djinns que luchan al lado de esos nativos con aspecto monstruoso. Hemos visto cómo esos salvajes rescatan a los djinns de las aguas del río. A cambio, parece que los protegen. La incursión del barón Jürgen fracasó.

Pese al horror de contemplar cómo los salvajes masacraban a aquellos hombres, Kassim no pudo evitar que una sonrisa asomase a sus labios. Ver a aquel bárbaro engreído regresar al dhow con el rabo entre las piernas y los ojos abrasados le había resultado bastante satisfactorio. Al final, sus arqueros habían salvado a los cristianos de una muerte segura. Durante unos segundos, a Kassim, que también manejaba un arco, se le había pasado por la cabeza la idea de lanzar una flecha algo más baja, que cerrase para siempre la boca de Jürgen.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó Aisha.

—Podemos luchar contra los salvajes, pero no contra los djinns. Por ello te ruego, señora, que si tienes escondido el talismán me lo des ahora. Será nuestra última oportunidad de sobrevivir al día que se avecina.

—¿Te ha mandado Ibn Jalid?

—No, señora. Pero sé que muy pronto mandará a alguien para llevarte con el barón Jürgen. Has sido entregada a él, ese será tu destino si no devuelves el talismán.

Ella asintió, aparentemente tranquila.

—Será mi destino tanto si tengo el talismán como si no —dijo—. Ya nada puede impedirlo. La muerte no me da miedo, ya que estoy en paz con el Creador. Pero tengo que reconocer que me horroriza lo que va a suceder justo antes. Sé que cuando el barón termine conmigo, me entregará a su sucia tropa de bárbaros, y que ese horror seguirá hasta que un cuchillo se apiade de mí y me libere de tanto dolor.

—No lo permitiré —le aseguró Kassim.

—¿Serás tú quien me dé esa daga? —preguntó ella con un hálito de esperanza.

—No. Pero voy a impedir tanto tu sufrimiento como tu muerte.

Aisha hizo un gesto de amargura.

—¿Y qué puedes hacer para evitarlo? Vi cómo intentaste defenderme en la cubierta de la nave de metal, y te lo agradezco, pero sólo eres un hombre frente a muchos.

—Soy un capitán de Bagdad, y tengo a algunos fieles aquí. Como tú misma dijiste en una ocasión, señora, el gran visir está actuando en contra de las órdenes del califa.

Aisha se inclinó un poco más hacia él, interesada por fin en la conversación.

—¿Tienes algún plan?

—Cuatro de mis hombres más leales están aprestando ahora una barca de remos. Con la confusión de los preparativos para la batalla, nadie advertirá que escapamos río abajo.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy. Empeño en ello mi vida y mi honor. No pienso permitir que sucedan más infamias ante mis ojos. —Kassim descubrió un bulto que había mantenido oculto a su espalda hasta ese momento y añadió—: Ya sé que no te resulta extraño vestirme con ropa de hombre. Aquí tienes un uniforme de arquero que te permitirá pasar desapercibida.

Aisha cogió las ropas, las palpó como si fueran su tabla de salvación, y dijo:

—Gracias, capitán. Estaré siempre en deuda contigo.

Kassim la miró a los ojos. Alargó las manos y la sujetó por los hombros. Durante un instante, Aisha pensó que el capitán iba a atraerla hacia sí para intentar besarla. Pero el mameluco la soltó y se volvió hacia la puerta.

—Vístete rápido, señora, y sube a cubierta. Yo estaré en la amura de babor con mis hombres. No te retrases, te lo ruego. Ahora cada instante cuenta.

Salió de la celda y cerró la puerta detrás de él, pero no dejó caer el pestillo.

Las ropas de arquero consistían en una chilaba de color verde y blanco con una amplia capucha rematada por una borla, y una chaqueta acolchada. Todo ello iba sujeto a la cintura con una correa de cuero de la que se podía colgar el carcaj, detalle que Kassim no había incluido en su atuendo. Aisha se cambió a toda prisa y se echó la capucha hacia delante para ocultar su pelo y su rostro. Luego subió a cubierta y se mezcló con todo el ajetreo de los preparativos.

Los tres dhows estaban situados muy cerca, y se habían tendido cabos y rampas para cruzar de una cubierta a otra. El baghlah, en cambio, era una nave de alto bordo y no podía aproximarse tanto a la orilla sin embarrancar. Por eso se mantenía anclado en el centro del canal, mientras una fila de lanchas iba y venía llevando a los hombres embarcados en él hacia los dhows, desde los que se iniciaría el ataque. Los capitanes se transmitían las órdenes a gritos de un barco a otro. Los carpinteros trabajaban a destajo para completar unas barcasas que usarían para llegar hasta la orilla, y el ruido de los martillazos ahogaba casi cualquier otro sonido. Las tropas, tras tomar un ligero rancho servido de un humeante caldero, se iban ordenando en escuadrones, proveyéndose de flechas, hachas, cimitarras y todo lo que fuese necesario para combatir. Los armeros distribuían las lanzas entre los infantes y estos se las cargaban al hombro.

Aisha se movió entre los guerreros como uno más. Pero, en vez de dirigirse inmediatamente hacia la amura de babor, se acercó al palo mayor y retiró la tapa de uno de los toneles atados a él. Se asomó y respiró aliviada al ver el brillo anaranjado en el fondo. Gracias a Alá, nadie lo había descubierto. Se quitó el cinturón del uniforme y usó la hebilla para pescar el talismán. Guiándose con el resplandor que emitía, le resultó fácil atraparlo a pesar de la oscuridad. Lo guardó bajo sus ropas de arquero y caminó hacia la amura.

Kassim ya la estaba esperando.

—Has tardado —le reprochó.

—Mis disculpas.

—Vamos, no hay tiempo que perder. Nos confundirán con una de las lanchas que van y vienen del baghlah.

Descendieron por una escalera de cuerda hasta un batel. Allí les aguardaban cuatro hombres con uniforme de arquero, sujetando los remos. Kassim no se molestó en presentaciones; la dejó en la proa y él se situó en la caña del timón. La embarcación mediría siete metros de eslora y tenía en el fondo un mástil y una vela desmontados.

—Remad con fuerza —les ordenó Kassim a sus soldados—. Pero con calma y sin llamar la atención. Que parezca que nos dirigimos hacia el baghlah a recoger a más gente. Y estad preparados, porque cuando lleguemos al centro del canal montaremos el aparejo.



>

Sindbad el Marino 14.^a

Sindbad, con la espada en mano, hizo equilibrios sobre la viga de cedro. Fuera de aquellos estrechos nervios, toda la madera de la cubierta estaba podrida y tenía la consistencia del cartón mojado. Pisar fuera de las cuadernas significaba una caída hacia la muerte. Pero las criaturas que trepaban hacia ellos desde la bodega sabían moverse en aquella estructura ruinoso.

Uno de ellos saltó como un gato y se plantó frente a Sindbad. Estaba doblado sobre sí mismo, asiéndose con una garra al travesero de cedro. En la otra aferraba un palo largo y afilado por ambos extremos. Su piel era gris y áspera, cuarteada como barro seco. En realidad parecía sólo piel y huesos, en su espalda arqueada sobresalían como una cresta las protuberancias óseas de la espina dorsal. La criatura se fue irguiendo poco a poco, hasta mostrar por fin su rostro horripilante: ojos bulbosos, sin iris, sólo los dos puntos negros de las pupilas fijos en Sindbad. Las orejas eran membranosas y la boca ocupaba casi la mitad de su cara. Cuando la abrió, mostró unos dientes cónicos y afilados. Aquel engendro no era humano.

—Yahiz —dijo Sindbad sin apartar la mirada—, ¿qué son esas cosas?

—¡No lo sé, capitán! —El erudito estaba justo detrás de él, amontonado junto con el resto de sus compañeros sobre el estrecho espacio de la viga—. En el Corán se citan sólo dos especies de djinns: los efrits y los marids. Pero la tradición popular habla de muchas más, así que debe de tratarse de alguna especie menor. Pero no estoy seguro si...

Yahiz se interrumpió. Justo a sus pies había surgido de repente una garra, que atravesó la madera podrida e intentó atraparle el tobillo. El erudito retrocedió asustado y a punto estuvo de hacer caer a Radi, que estaba junto a él.

—¡Cuidado! —gritó el chico mientras agitaba los brazos para mantener el equilibrio.

Ozman, que estaba frente a Yahiz, se giró y lanzó una cuchillada con su cimitarra, intentando cercenar aquella garra. Pero el monstruo era demasiado rápido. Con la otra zarpa empuñaba una lanza de madera con la que golpeó la muñeca de Ozman. Este soltó su arma con un grito de dolor. El monstruo se balanceó en la viga como un

chimpancé y saltó sobre ella.

Al otro extremo de la traviesa, Sindbad avanzó hacia el monstruo que tenía frente a él. Mantenía la espada por delante, pero era demasiado corta para ganar la distancia que la criatura le marcaba con su primitiva lanza de madera. El engendro intentó clavársela en el estómago, pero Sindbad fintó, evitándola. El monstruo giró el largo bastón sobre su cabeza, luego se agachó y lanzó un golpe en arco hacia las piernas del humano. Sindbad saltó y al caer atrapó el extremo del bastón con uno de sus pies. Lo cortó con un golpe de su espada, y la criatura retrocedió unos pasos por la viga, sujetando lo que quedaba de la pértiga.

—¡Ahora estamos más igualados! —exclamó Sindbad, animándolo con un gesto para que se acercase.

En el otro extremo, Ozman retrocedió cuando el monstruo se le lanzó encima. La criatura intentó clavarle el extremo afilado de su bastón. El humano logró esquivarlo, pero perdió el equilibrio, trastabilló y cayó de espaldas. Tuvo que agarrarse a la viga para no precipitarse al vacío, lo que le dio al monstruo la oportunidad de colocarse sobre él y asfixiarlo apoyando el bastón en su cuello. El rostro de Ozman se puso primero rojo y después pasó al púrpura. Se dio por muerto. La criatura se estiró hacia él y abrió las fauces. Parecían contener miles de dientes. Un hilillo de baba goteó sobre el pecho del humano. Y entonces dudó.

Al ver el rostro de Ozman, enrojecido y surcado por extraños dibujos, ladeó la cabeza, como si se extrañase de que una criatura de cara tan horrenda no estuviera de su parte.

Radi aprovechó aquel instante de desconcierto para acuchillar al monstruo con su daga. La hoja no logró penetrar la piel costrosa de su espalda, pero hizo que la criatura se revolviese como un torbellino hacia su nuevo atacante. Quiso golpearle con el palo, y Radi lo esquivó por muy poco. Cuando alzó de nuevo la pértiga con las dos manos, parecía que el muchacho no tenía escapatoria, pero Ozman agarró al monstruo por el brazo para impedirle descargar el golpe. La bestia gris se giró y alcanzó al marinero con los afilados espolones de su otra garra, trazándole tres surcos sangrientos en el pecho.

Radi cargó contra él y propinó una patada con todas sus fuerzas en las costillas de la criatura. Desprevenida, resbaló, y no teniendo dónde agarrarse, se precipitó al vacío.

El monstruo que luchaba con Sindbad atacó sujetando el palo con una mano, como si fuera una espada. El capitán esperó hasta que estuvo a la distancia correcta y le lanzó una cuchillada que le acertó en la muñeca. Esperaba ver saltar por los aires la mano cortada, pero no fue así. El monstruo soltó el palo, pero la mano siguió unida al cuerpo. Desconcertado, Sindbad giró sobre sí mismo para ganar impulso y clavó su acero en el huesudo cuello del monstruo, justo debajo de la barbilla. Pero una vez

más, no consiguió el efecto esperado. La criatura se echó hacia atrás, liberándose de la espada que estaba hundida en su garganta. No parecía herido, sólo un poco confuso. Sindbad se agachó y lanzó otra cuchillada, esta vez a los tendones de uno de los tobillos del monstruo, que cayó hacia el fondo de la bodega.

—Estos malditos son duros de matar —masculló.

—¡Capitán! —gritó alguien detrás de él.

Sindbad se giró y vio a Radi y a Yahiz sujetando a Ozman, que estaba herido en el pecho. Pero lo que les había hecho gritar estaba más allá, atravesando el suelo de madera podrida por un centenar de sitios a la vez, agarrándose a las vigas con los espolones de sus garras, chasqueando los dientes hacia ellos. Toda una marabunta de monstruos que tenían sus ojos clavados en el pequeño grupo de humanos.

—¡Estamos muertos! —gritó Bilal con voz temblorosa—. ¡Que Alá tenga piedad de nuestras almas!

Las criaturas se lanzaron a la vez contra ellos. Aullando, las fauces abiertas y las garras dispuestas para atraparles. Muchas iban armadas con pértigas y unas pocas manejaban unas toscas espadas de metal, meros trozos de hierro con una empuñadura.

Sindbad comprendió que Bilal tenía razón. De allí no había escapatoria posible.

* * *

Al menos una docena de monstruos trepó por su lado de la cubierta, y empezaron a saltar hacia ellos desde los traveseros paralelos. Algunos llevaban trozos de armaduras de placas de metal, muy viejas y corroídas, pero que en origen debieron de ser piezas valiosas que los monstruos habían saqueado de los pecios. También debían de pesar una barbaridad, pero eso no restaba agilidad en sus saltos a los que las llevaban.

Una de aquellas bestias con armadura ejecutó un gran salto hacia la viga en la que estaba Sindbad. No llegó a completarlo. A mitad del vuelo, un dardo le atravesó la cabeza. La punta de metal rojizo le entró por la coronilla y le salió por la boca. El cadáver chocó de pecho contra la viga y cayó hacia atrás. Otras tres criaturas más fueron alcanzadas en rápida sucesión por tres flechas que venían desde arriba.

Sindbad levantó los ojos y vio al arquero que iba montado en una alfombra voladora. Llevaba una túnica de color rojo y un turbante blanco. Mientras lo miraba, lanzó dos flechas a tal velocidad que era casi imposible ver sus manos moverse.

Al otro extremo de la viga, una fila de monstruos se dirigía gruñendo hacia Yahiz y los demás. Dos alfombras descendieron a ambos lados del travesero. Los hombres que las cabalgaban debían de medir más de dos metros de altura. Iban completamente

vestidos de negro, y llevaban la cabeza y el rostro cubiertos por un pañuelo también negro, que solamente dejaba los ojos a la vista. En sus manos empuñaban unos descomunales espadones de hoja curva, con los que trituraron las filas de los monstruos. Desde la seguridad de sus plataformas flotantes, masacraron sin piedad a aquellas criaturas grises que estaban a punto de atacar a los humanos.

El arquero descendió y situó su alfombra junto a Sindbad y sus compañeros.

—Rápido, subid —dijo—. Este lugar sigue sin ser seguro.

Sindbad no se lo pensó dos veces. Saltó y la alfombra se sacudió un poco bajo sus pies, pero inmediatamente se puso rígida como una tabla de madera. Se apartó para hacer sitio a sus compañeros. Pero Bilal, que iba a ser el siguiente, se paró junto al borde.

—Yo no pienso subir ahí —dijo.

—Pues te quedas a hacer compañía a los ghuls —dijo el arquero—. Es tu decisión, pero deja pasar a tus compañeros.

Bilal se lo pensó un instante y saltó dentro de la alfombra. Después subieron los demás. Ozman era llevado entre Radi y Yahiz. La alfombra era muy amplia, debía de tener cuatro metros de ancho, con lo que todos cupieron sin apreturas. Cuando de repente empezó a elevarse hacia los cielos, Sindbad y sus compañeros se lanzaron de bruces contra el suelo. El arquero iba de pie, con las rodillas un poco flexionadas, confiado y satisfecho con su asombroso sistema de transporte. Se volvió hacia ellos y soltó una risita al ver el miedo de sus pasajeros.

—No os preocupéis, a mí me pasó lo mismo la primera vez.

La alfombra seguía subiendo y subiendo, tanto, que Sindbad pensó que iban a chocar contra la luna.

Se asomó un poco por el borde y distinguió la selva bajo él. Los pecios estaban ahora envueltos en las sombras. Distinguió las luces de popa del dhow y, muy a lo lejos, los puntos de luz que indicaban la presencia de los barcos del gran visir.

Las otras dos alfombras se pusieron a su altura. Uno de los gigantes enmascarados hizo un gesto con la mano, señalando hacia abajo.

—Hay una explanada segura bajo nosotros. Os vamos a dejar allí.

Ninguno se opuso a la idea. La mayoría de los pasajeros no habían abierto los ojos desde que despegaron. Y, cuando aterrizaron, Bilal se arrastró a gatas y besó el suelo.

Ozman había perdido el sentido y entre todos tuvieron que cogerlo por los hombros y los pies y sacarlo fuera. Dejaron su corpachón sobre la hierba. Yahiz le abrió la camisa y el arquero se acercó con un farol de aceite. Ahora Sindbad estaba seguro de que se trataba del mismo hombre que había visto la noche anterior cabalgando una alfombra, alto y de rostro noble, y una barba tan perfectamente recortada que parecía haber sido esculpida sobre sus mejillas. Vestía una elegante túnica de raso carmesí, bordada de oro y ajustada a la cintura con un talabarte del que

colgaba el carcaj lleno de flechas. Todo en él irradiaba fuerza y osadía, mientras sujetaba en su mano derecha la pértiga de la que colgaba el farol. La clavó en el suelo.

—¿Está bien tu amigo?

Yahiz le abrió la camisa y vio los tres profundos surcos en su pecho. Las afiladas garras de aquel monstruo habían cortado la piel y los músculos del ancho pecho de Ozman, hasta dejar a la vista el blanco de sus costillas. Sangraba profusamente y al erudito no se le ocurrió otra cosa que quitarse su camisa y presionar con ella contra las heridas.

—Todo fue por salvarme a mí —dijo Radi mientras se enjugaba las lágrimas que corrían por su rostro sucio—. Le debo la vida.

—Un momento antes hiciste lo mismo por él, muchacho —le recordó Yahiz.

—Esperad —dijo el arquero—. Quizá mis amigos puedan hacer algo.

Los dos gigantes habían aterrizado con sus alfombras voladoras, y acudieron a la llamada del arquero. Mientras se acercaban, se quitaron el pañuelo del rostro y revelaron así su verdadero aspecto. Sindbad y sus hombres dieron un respingo.

Tarif fue el más rápido en reaccionar, sacó su cimitarra y amenazó con ella a los gigantes. Sindbad también desenvainó su espada, pero estaba muy desconcertado:

—¡No sois humanos!

—¡Son djinns! —exclamó Yahiz.

En efecto, los dos extraños tenían un rostro afilado, en el que destacaban unos grandes ojos amarillentos con pupilas verticales como los gatos. Su piel lucía una palidez absoluta, era tan blanca como la cáscara de un huevo.

—¿Quieres que ayudemos a tu amigo o no? —preguntó uno de ellos con voz femenina. Desconcertante. Sobre su hombro derecho descansaba un animalillo, un gato de color gris.

¿Es una mujer?, se preguntó Radi. Era difícil adivinarlo con sus dos metros de altura.

—¡No te acercarás a él! —exclamó Kanu desenvainando su acero.

—Guardad las armas —dijo el arquero—. Os hemos salvado la vida hace un momento y no tenemos ningún deseo de pelear con vosotros. Si así lo preferís, daremos media vuelta y nos marcharemos. Sólo debéis tener cuidado con los leones que rondan por aquí de noche.

—Nuestras espadas no lograban matar a esos demonios. Si vuelven a aparecer...

El extraño sacó su daga y se la entregó a Sindbad.

—El acero no los mata, pero esta hoja sí lo hará si logras clavarla en uno de ellos.

—Tú eres humano —le dijo Sindbad mirándolo fijamente—. ¿Qué hace un hombre en compañía de djinns?

—Soy Qaid abd al-Siqlabi ibn Muawiya al-Dajil, servidor de la Sagrada Casa de Alá.

Sindbad asintió en silencio, de repente se le había hecho la luz. No podía ser de otro modo, era el esposo de Aisha.

—Yo soy Sindbad, capitán de la nave mercante *El Viajero*.

—Una vez hechas las debidas presentaciones, capitán Sindbad, dime: ¿quieres que salvemos la vida de tu compañero herido o no? Decídetes.

—Está bien. Ayúdale, te lo ruego.



Uno de ellos saltó como un gato y se plantó frente a Sindbad.

La barca de remos se detuvo en la confluencia entre el canal y el ancho cauce del río Pangani. Aisha se volvió extrañada hacia Kassim.

—¿Es que vas a montar la vela ahora? —le preguntó—. Estamos aún muy cerca. Nos verán desde los otros barcos.

El capitán mameluco dejó el timón y caminó hasta la proa. Se sentó frente a Aisha y la miró a los ojos. Aquella mirada fue tan penetrante que ella sintió que se le helaba el corazón.

—Imagino que has cogido el talismán. Dámelo, estará más seguro conmigo.

—Ya te dije que yo no lo tengo.

—Mentiste —dijo Kassim con frialdad—. Siempre mientes, debe de estar en tu naturaleza. Pero esas mentiras ya me han causado demasiados problemas. He perdido la confianza del gran visir por tu culpa. Y a ti te espera un destino demasiado perverso para que yo pueda consentirlo. Pero todo se solucionará si me das ahora el talismán. Sé que lo tenías escondido en algún sitio, pero seguro que lo habrás recuperado cuando saliste del dhow.

—El talismán desapareció después de que escapase el djinn de la nave de metal.

Kassim sonrió burlonamente.

—No te canses, mujer. Estoy convencido de que ahora mismo lo llevas encima. Dámelo por las buenas o me veré obligado a buscarlo yo.

Se acercó y extendió las manos hacia ella, como si fuera a registrarla. Aisha retrocedió un poco. Parecía asustada, pero en realidad tan sólo buscaba la posición correcta para defenderse. Se echó hacia atrás y descargó una salvaje patada contra el rostro del capitán.

Kassim gritó y se llevó la mano a la nariz, de la que empezó a manar sangre. Aisha se dio media vuelta y saltó al agua. Nadó hacia la boca del canal. Los largos faldones mojados del uniforme de arquero tiraban de ella hacia abajo y le impedían mover las piernas. Braceó para mantener la cabeza fuera del agua, y entonces la atrapó la corriente más fuerte del río Pangani.

Por fin, después de una lucha desesperada por mantenerse a flote, la misma

corriente la arrastró hacia la orilla. Consiguió agarrarse a unos matojos que le cortaron las palmas de las manos, pero logró hacer pie. El terreno era un cieno maloliente y pegajoso, que parecía intentar retenerla en la orilla. Ella se impulsó como pudo hacia delante, clavando los dedos en aquel barro que parecía melaza corrompida y arrastrándose sobre su vientre. Haciendo un esfuerzo desesperado con los brazos y los pies, logró llegar a un terreno que era un poco más sólido. Estaba rodeada de unas tinieblas tan profundas que hasta el cielo oscuro y sombrío parecía brillar por contraste. Miró hacia arriba y vio la silueta negra de uno de los pecios varados. Intentó ponerse en pie para correr hacia él, pensó que allí iba a encontrar un refugio.

Y entonces se detuvo, aterrorizada. Unos ojos diabólicos, surgidos de la nada, se abrieron justo frente a ella, y la miraron.

Su corazón palpitaba desbocado debajo de las ropas empapadas. Intentó retroceder hacia el río, el único camino posible pues la criatura estaba justo frente a ella. Lanzó un bramido sonoro y gutural, y el cuerpo empapado de la mujer se sacudió con un estremecimiento.

Gritó de terror cuando la criatura se separó de la capa de barro que la cubría, y reptó hacia ella con las fauces abiertas. Era un cocodrilo gigantesco, medio adormecido por la temperatura de la noche, pero aún capaz de ejecutar un ataque fulminante.

* * *

Los ojos de la bestia aún brillaban malignos cuando una flecha le atravesó el cerebro.

El reptil se derrumbó a los pies de Aisha y ella se volvió. Su salvador era Kassim, que arrojó a un lado el arco y la atrapó por los hombros. La empujó contra el suelo, no muy lejos del cocodrilo que aún se agitaba con los espasmos de la muerte. Se sentó a horcajadas sobre su cuerpo y le desgarró la pechera del uniforme de arquero.

—¡Capitán, no! ¡Te lo ruego!

Kassim tiró de la tela empapada, descubriendo sus senos. Sacó una daga y tapó con su otra mano la boca de Aisha.

—No grites —le dijo—. No sé qué otras alimañas pueden andar por los alrededores.

El capitán cortó con la daga el cinturón del uniforme que llevaba Aisha. Debajo de él, oculto en un pliegue de la tela, encontró el talismán. Lo levantó en alto, triunfante.

—¡Aquí está! ¡Sabía que lo llevarías encima!

Aisha intentó arañar los ojos de Kassim, y él la dejó inconsciente de un puñetazo. Detrás del mameluco apareció la luz de un farol.

—¡Ah, capitán Kassim, estás aquí! —dijo uno de los remeros. El otro venía justo detrás, luchando por avanzar en el barro pegajoso de aquella orilla.

El mameluco les entregó el pentágono de cobre.

—Llévdselo inmediatamente al gran visir —les ordenó—. Él necesitará el talismán para proteger a nuestro ejército de los djinns.

—¿No vienes con nosotros, capitán?

Kassim dudó un instante y por fin dijo:

—Venid a buscarme al amanecer. Participaré en la batalla, pero no permitiré que esta mujer sea entregada a los bárbaros.

—Este lugar es peligroso —dijo el soldado mirando a su alrededor.

—Sé defenderme solo. Cumplid lo que os he ordenado. Llevadle el talismán al gran visir y decidle que he sido yo quien lo ha encontrado, y que regresaré al amanecer para dirigir a mis hombres en la batalla.

Los dos arqueros se marcharon, pero dejaron el farol de aceite. Kassim lo cogió y lo acercó al rostro de Aisha. Tenía una marca amoratada en la sien, allí donde la había golpeado, pero no parecía grave. Luego bajó la lámpara y contempló con detenimiento su belleza.

Aisha despertó del desmayo y se llevó la mano a la cabeza dolorida. Le costaba enfocar la vista, intentó frotarse los ojos, pero Kassim le sujetó la mano.

—Tienes los dedos sucios de barro. Es mejor que no te toques.

Ella lo miró atónita y enfurecida. Entonces se dio cuenta de que tenía los pechos desnudos y se cerró con fuerza los dos lados de la chilaba.

Kassim la miró con una sonrisa amable.

—Es cruel que me ocultes algo que es tan bello.

La mujer se arrastró hacia atrás por el barro.

—¿Qué pretendes hacer conmigo? Ya tienes el talismán que buscabas, ¿por qué no te has marchado?

—¿Y dejarte sola a merced de bestias tan temibles como las que pululan por aquí? —El capitán señaló el reptil muerto—. No podía hacer eso. Pero tampoco me era posible llevarte a los barcos, porque el gran visir ha dispuesto que seas entregada al barón Jürgen, y eso tampoco podía permitirlo. Sé que tú no lo ves así, pero te he salvado. Deberías estarme agradecida.

—Te estoy agradecida —dijo ella mientras retrocedía un poco más.

—No quiero hacerte ningún daño —dijo Kassim mientras se acercaba.

—Entonces no me vuelvas a tocar.

—Eres muy dura conmigo, señora. Y yo siempre he querido ser tu amigo.

Kassim notó una extraña corriente de aire a su espalda y se giró.

—¡No puede ser! —exclamó.

Sí, era difícil de creer.

Al principio sólo vio una silueta recortándose contra la luna, pero poco a poco fue distinguiendo aquello que descendía en línea recta hacia ellos. Y juraba que era imposible.

Era una alfombra voladora, con dos hombres y un gran farol sobre ella.



>

Sindbad el Marino 15.^a

La alfombra aterrizó junto a Aisha, y el rostro de uno de los hombres que iba sobre ella quedó iluminado por la luz de la lámpara que Kassim había dejado en el suelo. Al reconocerlo, la muchacha sintió que se le doblaban las rodillas. El recién llegado saltó a tierra para sujetarla antes de que cayese al suelo. Ella levantó los ojos y lo miró.

—¡Qaïd! —exclamó.

—Perdóname, mi amor, por haber estado tan lejos —dijo él mientras la abrazaba.

—Pensé que no volvería a verte —musitó ella.

Kassim desenvainó su espada y dio un paso hacia ellos. Entonces, el otro pasajero de la alfombra se adelantó también hacia la luz... Y Kassim se quedó boquiabierto.

—¡Tú! —exclamó—. ¿Cómo es posible...?

—Será mejor que te quedes donde estás —le advirtió Sindbad, mientras lo mantenía a raya con la punta de su acero.

—¡El talismán! —exclamó de repente Aisha—. Lo tenía, pero ese canalla me lo robó y... deben de tenerlo sus esbirros... Eran dos en una barca. Quizá no hayan ido aún muy lejos.

Qaïd saltó sobre la alfombra y dijo:

—Luego tendremos tiempo para hablar, querida. Ahora voy a intentar recuperar el talismán. Es demasiado poderoso para que esté en las manos del traidor de Ibn Jalid.

Pero Aisha subió también a la alfombra, detrás de Qaïd, y le dijo con firmeza:

—No te he esperado tanto tiempo para ver cómo desapareces ahora delante de mí. Y, además, me necesitarás para identificar a esos hombres. Iremos juntos.

—Está bien, ¡sujétate fuerte!

La alfombra se elevó y dio una vuelta alrededor de Sindbad y el mameluco. El marino contempló a la pareja, reunida por fin, con una desagradable mezcla de emociones. *Esto es según la voluntad de Alá*, se dijo para alejar cualquier mal pensamiento.

—Capitán —le dijo Qaïd—, intentaré recuperar el talismán. Volveré a por ti.



La alfombra se alejaba como una flecha, Sindbad se quedó mirando su estela.

—Vaya —dijo Kassim—, me parece que ahora te sientes tan rechazado como yo.

Sindbad volvió el rostro hacia el mameluco y frunció el ceño.

—Será mejor que mantengas la boca cerrada.

—Pero yo sigo sin salir de mi asombro, capitán Sindbad —dijo Kassim caminando en círculo alrededor de él con la espada en la mano—. Me contaron que te habían encerrado en un agujero para el resto de tu vida... ¡Y ahora te encuentro aquí, en esta remota tierra!

—Lamento haberte desilusionado, pero da gracias de que no he olvidado que en otra ocasión fuiste tú quien me liberó.

—Entiendo que también esta vez te ayudó alguien a escapar. Ibn Jalid siempre creyó que otros podrían conocer el paradero de la tierra de los djinns y perseguirnos. ¿Por qué no tú, capitán? Pero lo que no comprendo es cómo nos has encontrado en mitad de la noche.

Sindbad señaló el farol que estaba entre los dos.

—Nos dirigíamos hacia el canal donde está atracada la flotilla de Ibn Jalid, vimos la luz y bajamos a investigar. Desde las alturas tu lámpara destacaba como una diana en medio de la oscuridad. Se la podía ver desde muy lejos.

—Ya lo sé para otra vez, pero ¿quién podría haber imaginado que llegaríais en una alfombra voladora...? ¡Una alfombra voladora! —exclamó el mameluco, sin dejar de moverse alrededor de él—. Se puede decir que he tenido una vida completa y que me he encontrado con muchas otras cosas maravillosas, pero nada que se pueda comparar con lo que mis ojos han visto durante estos últimos días.

La escena era desconcertante. La única luz era el farol de aceite en el suelo, que proyectaba sombras tenebrosas y alargadas hacia la oscuridad, siempre cambiantes conforme giraban el uno alrededor del otro. Sindbad vio la silueta del mameluco deformándose sobre el casco abombado del pecio que estaba a su espalda. Era un efecto terrorífico, que durante un momento le hizo creer que eran espías por un djinn.

—¿Por qué mi tío decidió dejarme escapar?

—¿Sigues dándole vueltas a eso? —Kassim sonrió, sin dejar de girar alrededor de él.

—Creo que tú lo sabes.

—Tu tío te apreciaba desde niño. Te conocía bien, según creo. Una vez me dijo que eras un espíritu libre, un soñador, no un político como él. Un pájaro al que le había enseñado el horror de estar encerrado en una jaula, y que nunca volvería a ella.

Una cadena es una cadena, me dijo, aunque esté recubierta de oro y de joyas. Creo que él te envidiaba de algún modo, que le hubiera gustado ser como tú y poder volar lejos de allí. Por eso quiso enseñarte una lección, para que nunca se te ocurriera regresar al valle del Sind.

—¿Eso es todo? No puede ser, tiene que haber otra razón para que me liberase.

—¿No me crees? —El mameluco se encogió de hombros—. Bueno, entonces lo averiguarás en el infierno...

Kassim golpeó con el pie la linterna de aceite y la lanzó dando vueltas por el aire. Al mismo tiempo, cargó contra Sindbad, que esquivó por muy poco la punta de su espada. Su finta hubiera sido más elegante de no haber resbalado a continuación en el barro y caído de espaldas de forma bastante ridícula. Rodó por el suelo para alejarse del mameluco, y luego se puso en pie de un salto. Kassim avanzó unos pasos hacia él y le apuntó con su hierro.

—Lo lamento, capitán, pero debo intentar regresar para advertir a Ibn Jalid, o seré acusado de traición —dijo con una voz que parecía sincera—. Si intentas detenerme, no tendré más remedio que matarte. Piénsalo, en realidad no es tan importante que regrese con los míos.

—Mis disculpas —dijo Sindbad con una sonrisa de medio lado—, pero no puedo permitir que escapes. Tampoco quiero matarte, pero lo haré si me obligas.

—Bueno —el mameluco se encogió de hombros—, tenía que intentarlo.

Y saltó hacia delante. Sindbad se agachó y desvió su furiosa estocada. Luego giró sobre sí mismo, y lanzó hacia el vientre de su enemigo una cuchillada que le desgarró la camisa.

El mameluco se echó hacia atrás, haciendo flamear la tela de su túnica como si fuese una bandera en retirada. Luego giró a su alrededor con el brazo extendido, la punta de la espada siempre apuntándole. A pesar de su aparente tranquilidad, Sindbad sabía que su enemigo estaba más nervioso que él. Tenía que finalizar el combate y escapar, de otro modo Qaid podría regresar con su alfombra voladora y abatirlo a flechazos desde el aire.

El tiempo jugaba en su contra, así que Kassim estaba obligado a llevar la iniciativa.

Volvió a atacar, y Sindbad lo esquivó colocando el cuerpo de perfil. Desvió la estocada con un toque de su hoja, y lanzó el brazo izquierdo para asestarle un puñetazo justo bajo la nuez. Kassim retrocedió dolorido, llevándose la mano a la garganta y tosiendo.

Los dientes asomaron entre su barba rubia en una torcida mueca de rabia. Pero aparentemente no había sufrido ningún daño grave y con un rugido enfurecido volvió a embestir con todas sus fuerzas. Y cometió un error. Un pequeño error que en medio de un combate dibuja la delgada línea entre ganar o perder. Vivir o morir.

Kassim se lanzó a fondo, con una estocada tan profunda que su oponente no pudo

hacer otra cosa que dejarse caer hacia atrás para evitar ser ensartado. Sindbad tocó el suelo con la mano izquierda, mientras mantenía la espada firmemente levantada con la derecha, intentando desesperadamente parar el ataque del mameluco. Pero este siguió avanzando, y en su ciega furia se empaló él mismo con la espada de Sindbad.

Al comprender lo que iba a pasar, Kassim intentó frenarse agarrándose con su mano izquierda al único asidero posible, la hoja de acero de su enemigo. Pero el filo le cortó la palma de la mano, siguió avanzando, y la espada le atravesó el vientre de parte a parte.

Un pequeño error y todo había terminado.

Kassim cayó el suelo, retorciéndose de dolor y con las manos en el abdomen.

Sindbad se arrodilló junto a él y el mameluco lo miró con los ojos desvaídos. Tenía los dientes tan apretados que oyó crujir su mandíbula.

—Sindbad... —masculló, tenía los dientes rojos de sangre—. Dile... Dile a Aisha que yo sólo quería protegerla de esa bestia de Jürgen... Díselo... No iba a hacerle ningún daño... ¡Lo juro! Yo sólo... Alá, perdóname...

Kassim murió. Sindbad se puso en pie y se volvió hacia el lugar en el cielo en el que había desaparecido la alfombra mágica. Tuvo la fuerte sensación de que las cosas no iban bien.

Había matado a un hombre al que no odiaba, y a otro por el que no sentía ninguna simpatía le había devuelto su esposa. Una mujer a la que él creía amar.



Sindbad el Marino 16.^a

Aisha se había sujetado con fuerza a Qaid y había intentado permanecer de pie mientras la alfombra voladora se desplazaba a toda velocidad, pero las piernas le temblaban. El viento le abría la chilaba y tenía que sujetársela con una mano por miedo a que una ráfaga acabase arrancándosela. Por fin desistió de seguir de pie y se puso de rodillas. Al poco tiempo se tumbó completamente sobre la blanda superficie. Entonces se sujetó a los tobillos de Qaid.

Este se volvió y la miró divertido.

—¿Estás cómoda? —le preguntó.

—Bastante. Gracias. Sí, así estoy bien, si no te importa.

—Tengo los barcos de Ibn Jalid a la vista —gritó Qaid contra el viento—. ¿Puedes asomarte por el borde y decirme si ves la embarcación de la que me hablaste?

Aisha así lo hizo, y lo que vio fue el caos de embarcaciones que iban y venían por el canal, transportando soldados desde el baghlah a los tres dhows que estaban anclados cerca de la costa. Las primeras luces del amanecer empezaban a filtrarse en el cielo del este, envueltas en una bruma turbia que ascendía desde el río. La playa negra se estaba llenando también de criaturas que se preparaban para el inminente combate.

—¿Los ves? —le preguntó Qaid gritando contra el viento.

—No, yo... —En ese momento, a Aisha todas las lanchas le parecían iguales, diminutas astillas que se movían como hormigas entre los cuatro grandes barcos—. No estoy segura. Creo que pasé más tiempo desvanecida de lo que creía... ¡No, espera! ¡Allí están! ¡Son esos!

Aisha señalaba una de las embarcaciones que recorría el canal pegada a los cañaverales, impulsada por cuatro remeros que se esforzaban en proporcionarle un movimiento rápido a la barca. Estaba ya a la vista de los dhows, y uno de los remeros se puso en pie y empezó a gritar:

—¡Ah del barco! ¡Lo tenemos! ¡Tenemos el talismán!

Su voz llegó clara incluso a la altura en la que estaban.

—Por si necesitábamos alguna prueba —dijo Qaid mientras sacaba una flecha y la colocaba en su arco—. Sujétate fuerte, Aisha.

La alfombra empezó a descender a toda velocidad hacia la barca. Qaïd tensó la cuerda y disparó. El dardo se clavó en la espalda del último remero, que se derrumbó hacia delante. Su compañero de banco lo miró atónito, y antes de que pudiera decir nada recibió su flecha en el cuello. Qaïd era un experto cazador de grullas, y sabía que cuando estas van en bandada, lo mejor es empezar desde atrás hacia el frente.

Pero el segundo remero no murió instantáneamente y consiguió advertir a los otros dos. El que estaba de pie, se dio la vuelta y los vio llegar. Su cara se descompuso en una máscara de asombro, pero se tiró al suelo, y la flecha que iba dirigida contra él se clavó en la contrarroda. El otro remero se había escondido ya entre los bancos.

La alfombra voladora pasó como un rayo sobre sus cabezas, y empezó a girar para atacarles de nuevo. Pero entonces recibió una lluvia de flechas proveniente del más cercano de los dhows. Un dardo atravesó el tejido y la punta asomó a un palmo del rostro de Aisha.

—¡Ponte de pie, rápido! —dijo Qaïd mientras intentaba alejarse lo más rápido posible.

Una nueva andanada partió en pos de ellos. Aisha se giró y vio la nube de dardos siguiéndoles certeramente.

—¡Están a punto de alcanzarnos! —gritó.

—¡Más rápido! —dijo Qaïd, como si hablase con la alfombra.

La alfombra aún se movió con más velocidad, y Aisha tuvo que agarrarse con fuerza a su esposo para no ser arrastrada por el viento. Detrás de ellos, los dardos perdieron su impulso y cayeron al canal.

Qaïd se volvió y vio cómo la barca de remos llegaba a tocar el casco del dhow, y cómo los dos supervivientes trepaban hacia la cubierta por una escalera de cuerda.

—Al menos lo hemos intentado —dijo.



Sindbad el Marino 17.^a

Cuando la mancha amarillenta y difusa que era el sol ya estaba sobre el horizonte, el gran visir Yahia Ibn Jalid abandonó su camarote para reunirse con los adalides de su pequeño ejército. El derviche se movía nervioso a su alrededor y le terminaban de ajustar las hebillas de un peto de cobre con incrustaciones de oro puro en forma de espirales. El metal estaba tan pulido que era posible ver toda la cubierta reflejándose en él. Los herreros habían trabajado aquella pieza de metal a partir de fragmentos que cortaron del casco de la nave del djinn.

—¿Tienes idea de quiénes eran esos que nos atacaron desde el aire?

—Sólo podían ser djinns, señor —le explicó el derviche mientras le aseguraba las otras piezas de su armadura—. Volando en alfombras, como se decía que hacían para el rey Salomón.

—¿Y cómo vamos a defendernos si esos malditos nos atacan desde el aire?

—Cada especie de djinn es vulnerable a algún tipo de material distinto. El ágata, la esmeralda, la obsidiana, el hierro. Pero absolutamente todos se ven afectados por el cobre. ¡Así lo ha querido Alá, grande es su misericordia! Ante su exposición prolongada, sus poderes se debilitan y su conciencia se licua. Una vez tuve una gran idea: rodear Bagdad con una red de hilos de cobre. Eso mantendría alejados a los djinns de nuestros hogares. ¡Imagínatelo, señor!

Ibn Jalid lo miró con mal humor.

—¿A qué viene eso ahora, Zafir? —exclamó—. ¿Tienes idea del cobre que haría falta para cercar Bagdad? No me hagas perder el tiempo en un momento como este.

El derviche le entregó el escudo redondo de cobre, que estaba tan bruñido como el resto de la armadura. Ibn Jalid vio su reflejo en el metal e hizo una mueca de disgusto. Estaba ridículo. El peto tenía más o menos la forma de una campana, y sus pies y sus brazos sobresalían ridículamente de ella. ¿A quién pretendía engañar? Siempre había sido el más escuálido de su familia. De niño, si en cualquier juego alguien tenía que acabar en el suelo con las narices sangrando, siempre era él. Luego, mientras sus hermanos se metían en el ejército en busca de fama y fortuna, él se encerraba en las bibliotecas para leer sobre las leyes y ordenanzas del califato. Como buen ajedrecista,

su tablero de juego era la ciudad de Bagdad, y aquellos códigos legales eran las reglas de la única lucha en que demostró ser mejor que nadie: la política.

Así había ido ascendiendo poco a poco en la dura y competitiva corte, hasta sentarse a la derecha del califa Muhammad ibn Mansur al-Mahdi. Luego, su hijo mayor, al que llamaban al-Hadi, intentó apartarle del poder. Afortunadamente, su reinado no llegó a durar ni un año, y el más complaciente Harún al-Rashid lo restituyó en el cargo de gran visir. Sí, en esos asuntos se movía como pez en el agua, pero ¿en un combate? No sabía lo que iba a hacer, pero tenía que ir él en persona, por muy poca inclinación que sintiese, no podía confiarle el talismán a nadie.

—¿Dónde está? —le preguntó al derviche.

Zafir dio la vuelta al escudo y le mostró el talismán encajado en su cara interna.

—He pensado que de este modo siempre estará a tu alcance, señor.

Ibn Jalid respiró hondo y asintió. Ya no iba a librarse de lo que se le venía encima.

El barón Jürgen se plantó frente a él, impresionante con su barba roja, su armadura de cuero y placas, su espada ancha y sus dos hachas colgadas a la espalda.

—Me mentiste —acusó al gran visir.

—¿Que te mentí? —Ibn Jalid puso cara de asombro—. Busca a Kassim y pídele cuentas a él, que fue quien se fugó con la dama. Aunque a estas alturas imagino que a esos dos ya se los habrá comido algún cocodrilo. Pero no te quejes, barón; ha valido la pena esperar. Ahora tenemos el talismán y con él nuestras posibilidades de vencer aumentan. Ve preparando a tus soldados: vamos a asaltar esa playa de inmediato.

Los hombres subieron en las barcas. Habían sido improvisadas con tablones de madera, lona de las velas y brea. Tenían un aspecto desastroso, pero cumplían su función de llevar a los guerreros a tierra sin que tuvieran que hundirse hasta el cuello ni llegar empapados y agotados por avanzar por el cieno.

Ibn Jalid se fijó en los arqueros mientras iban subiendo a las barcas. Las puntas de acero de sus flechas tenían ajustados delgados anillos de cobre. La idea era que se quedasen dentro del cuerpo del djinn si este intentaba arrancarse el dardo. Durante la noche se habían producido varios conatos de abordar los tres dhows, y habían sido rechazados por los arqueros. Aquellas flechas les hacían verdadero daño a los ghuls, que así había llamado el derviche a aquellos horribles nativos grises. Lo que aún no sabían es si resultarían tan efectivas contra los otros y más poderosos djinns. Bueno, tanto para unos como para otros, también habían preparado las espadas y las puntas de las lanzas con aquellos anillos de cobre.

Un rápido toque de tambor fue la señal para ponerse en movimiento. Todos los corazones se aceleraron por aquel ritmo que anunciaba la batalla.

* * *

Las barcas avanzaron hacia la orilla, empujadas cada una de ellas por largas pértigas que manejaban los hombres más forzudos de a bordo. En su interior, los soldados y sus armas iban apretados como dátiles en una bolsa, pero secos. Tan sólo un puñado de soldados, la mayoría arqueros, se habían quedado vigilando la retaguardia desde los dhows.

Llegaron a la ribera de piedras negras, y una compacta masa de hierros y hombres saltó de las barcas y avanzó haciendo temblar el suelo con cada paso.

Los ghuls se habían retirado de nuevo detrás de las cañas, para ocultar su número, y habían dejado la playa vacía. El gran visir iba en medio de todo aquello, con hombres a su alrededor protegiéndolo. Estaba cubierto de sudor por culpa de aquella aparatosa armadura y le temblaban las manos de la emoción. Para disimularlo, apretó con fuerza la espada.

En los tiempos de Héctor y Aquiles, al menos los caballeros con armadura iban en lo alto de un carro, pensó. Pero avanzar sobre la gravilla, con todo aquel metal encima, estaba destinado a hombres con mucha más fuerza física que él.

—¡Están sobre la colina, ocultos por las cañas! —avisó Jürgen.

—¡Preparados! —gritaron los dos adalides de la tropa.

—¡Sobre esa colina, idiotas! ¡Tras los matojos!

—¡Preparad los dardos! —ordenó el adalid de los arqueros—. ¡Atentos!

Los soldados se movían aprisa y en absoluto silencio. Era importante alcanzar la cumbre de la loma para no quedar atrapados entre esa elevación y la ribera del canal. Al menos, tener el cauce detrás les evitaría ser rodeados por ese lado por los ghuls, de modo que siempre tendrían la posibilidad de escapar por el río.

Entonces restalló un sonido semejante al de las velas de un barco rasgándose por la fuerza del viento, y una nube de lanzas tan gruesas como la muñeca de un hombre se elevaron por encima de la colina e impactaron contra el grupo de guerreros cristianos que avanzaban en vanguardia. Los cuerpos fueron atravesados limpiamente y la sangre salpicó hacia lo alto. Tras el impacto, llegó el infalible coro de gemidos, gritos y sollozos.

El barón Jürgen levantó su espada, lanzó un grito de batalla en su lengua bárbara, y todos sus hombres se lanzaron con él colina arriba. Menos impulsivos pero mejor disciplinados, los adalides musulmanes se colocaron al frente de sus hombres y lograron ejecutar una carga coordinada con los cristianos. De este modo, alcanzaron juntos la cima de la colina.

Frente a ellos se extendía una amplia llanura sembrada de hierbajos. Una nube de polvo lo ocultó todo durante un momento, pero cuando se dispersó vieron por fin al ejército enemigo desplegado frente a ellos. Un espectáculo terrorífico que heló la sangre en sus venas.

Millares de ghuls avanzaban hacia ellos como una ola destructora.

Los habían conducido a una trampa. Pensaban que iban a cazar a unos cuantos salvajes desorganizados, aquellas miserables criaturas grises que vivían en chozas. Pero ahora se encontraban frente a un ejército de verdad, desplegado en una perfecta formación de media luna.

Su frente de combate abarcaría casi medio kilómetro de anchura.

Algunos djinns, de color rojinegro y aspecto diferente de los ghuls, cabalgaban alfombras voladoras como la que habían visto la pasada noche atacando a los barcos. Esos djinns blandían en alto unas grandes espadas curvas, y lanzaban espantosos e inhumanos aullidos. Mientras avanzaban, los pies de los ghuls aplastaban el terreno con una cadencia que retumbaba impresionante por toda la llanura. Sus lanzas dispuestas para una nueva andanada.

Esto es el fin, asumió Ibn Jalid con fatalidad.

Miró el interior de su escudo y se preguntó si el talismán le protegería de aquella avalancha que se les venía encima. No lo creía. Es posible que pudiera controlar la voluntad de diez o cien djinns a la vez. Pero todos esos millares, lo veía imposible. Y aunque así fuera, seguramente moriría aplastado por sus propios hombres cuando se dieran a la fuga.

—¿Qué está pasando aquí? —le interpeló el barón Jürgen acercándose a él.

—Está muy claro —dijo Ibn Jalid—. Nos han engañado para atraernos. Nos hicieron creer que eran poco más que animales. Imagino que hasta las escaramuzas nocturnas fueron maniobras de distracción para que nos confiásemos.

—¿Y ahora qué?

—Barón, creo que de aquí no salimos.

—¿Cuáles son tus órdenes?

—No lo sé —gimió el gran visir—. ¡Estamos muertos!

—¡Cobarde! —escupió Jürgen.

La ola de ghuls se precipitaba hacia ellos a la carrera, levantando una espesa nube de polvo. En unos segundos iban a arrollarlos. Y nadie se movía en la tropa de humanos.

Alzando su espada por encima de la cabeza y agitándola en el aire, el barón Jürgen les gritó a sus hombres con todas sus fuerzas:

—¡A la cargaaaaaaaaa! ¡Por Carolus Magnus! ¡Por Cristo y por toda la cristiandad! ¡A por ellos! ¡Devolvamos a esos demonios al infierno!

Y se lanzó sin más hacia el frente enemigo. Aquella demostración de valor, o estupidez, tuvo la cualidad de despertar una furia ciega entre sus hombres. Ante la atónita mirada de los musulmanes, el centenar de bárbaros que los acompañaba se abalanzó contra la tupida maraña gris de los ghuls, sin reparar en el número de los adversarios que tenían enfrente, como si cada uno de ellos quisiera ser el primero en clavar su hierro en un pecho enemigo.

Chocaron y se mezclaron en una masa caótica, estrellando las astas de las lanzas, golpeando espadas y mazas contra la carne y el acero. Los ghuls aguantaron el embate con desdeñosa firmeza, mientras los bárbaros empujaban con una furia pura y primordial. Pero mientras gritaban e insultaban a sus enemigos, iban cayendo uno tras otro, sin remedio, aplastados por la abrumadora superioridad numérica.

Los ghuls barrieron al grupo de cristianos y los rebasaron, dejando a su paso una carnicería indescriptible, desgarrando la carne, matando, mutilando, resbalando sobre la sangre y las vísceras de los humanos muertos. Avanzaron imparables hacia las tropas del gran visir, que, apretados hombro con hombro, levantaron sus lanzas para recibirlos. Los arqueros dispararon varias andanadas, que eran como llovizna cayendo en el mar.

Cuando los ghuls estuvieron más cerca, el terror los sobrecogió. Los rostros de los que iban en vanguardia eran una pesadilla. Ojos como bolas de sebo, orejas membranosas y dientes cónicos y afilados. Sus fauces estaban manchadas con la sangre de los bárbaros.

—No sirve de nada rendirse —gritó uno de los adalides a sus hombres—. Luchad hasta la muerte, hermanos, ¡y que no os cojan con vida!

En medio de toda la tropa, cerca de la retaguardia, Ibn Jalid estaba hecho un ovillo, con las rodillas en el suelo y el escudo sobre su cabeza. Rezaba y le pedía perdón a Alá, y a la vez juraba que si salía de aquella, desollaría vivo al derviche que le había asegurado que los djinns se someterían sin más al talismán.

Entonces algo pasó en la vanguardia. Ibn Jalid oyó un murmullo extraño. Pasó el tiempo y no escuchó el esperado choque de las armas ni los gritos de dolor. Por fin se decidió a ponerse en pie y a asomarse por encima de sus hombres. Vio que las filas grises de los ghuls se habían abierto para dejar pasar a una figura pálida y gigantesca que avanzaba con paso elástico entre ellos. Cuando llegó al frente del ejército se plantó desafiante ante los humanos, con los brazos cruzados, dominándolos desde sus tres metros y medio de altura.

Era al-Hajjaj.

—Yahia Ibn Jalid —pronunció con un vozarrón que hizo temblar el aire—. Sal de tu escondite, gran visir de los humanos. Tenemos que hablar.

* * *

Ibn Jalid caminó entre sus hombres que se fueron apartando para dejarle sitio en la primera fila. Dobló el cuello hacia atrás para mirar el rostro del gigante plantado frente a él. Tragó saliva. Al-Hajjaj había cambiado desde que escapó de la Nave

Mágica. Su piel estaba adquiriendo un tono rojizo, y bajo ella se marcaban ahora unos músculos impresionantes, que se contraían y distendían con cada movimiento. Los grandes dientes cónicos asomaban por la comisura de su gran boca. Iba vestido sólo con un taparrabos de piel, pero llevaba anillos de oro colgando de diferentes partes de su cuerpo. En aquella especie de cresta ósea que le nacía de la nariz y le atravesaba la frente, había colocado varios anillos encajados de diferentes diámetros.

—Siento que llevas encima el talismán —dijo con su voz de trueno—, pero si intentas algo contra mí, ellos te matarán antes de que tengas tiempo de dominarme. Dudo mucho que hayas aprendido tanto como para dominar la voluntad de varios efrits a la vez.

Extendió los brazos a ambos lados para señalar a las cuatro alfombras que flotaban a su derecha e izquierda. Sobre ellas iban montados sendos djinns que parecían versiones en miniatura de al-Hajjaj. Medirían «sólo» dos metros y medio de altura, tenían la piel de un color que iba del granate oscuro al negro, e iban vestidos con una especie de mandiles de cuero. Sujetaban grandes arcos tensados con flechas que apuntaban a Ibn Jalid.

Volvió a tragar saliva y dijo:

—Veo que has aprendido a hablar muy bien mi idioma.

—Hablo todos vuestros simples idiomas, humano. El metal maléfico que me rodeaba por todas partes confundía mis sentidos y mi mente. He estado medio dormido durante mucho tiempo... dos mil años desde que tu rey Salomón me encerró... pero ahora he despertado y puedo verlo todo con claridad. Te veo a ti, hombrecillo, y a tu patético ejército de humanos.

—Dime una cosa, djinn —dijo el gran visir ganando confianza por momentos, quizá el final no estaba tan cerca como había creído—, ¿qué es lo que te retiene ahora para acabar con mi vida? Si de verdad estuviera en tu mano, ya lo habrías hecho. Yo creo que el talismán me protege de todos vosotros aunque tú pretendas que no lo hace.

El gigante hincó una rodilla en el suelo para acercarse a la altura de Ibn Jalid.

—Soy un efrít, y nosotros consideramos la palabra «djinn» como desdeñosa.

—Mis disculpas —dijo Ibn Jalid llevándose la mano al pecho. Sonrió para sí, se sentía por fin en un terreno que él dominaba. Estaban hablando, y las palabras eran las armas por las que él había llegado a ser poderoso y temido en la corte de Bagdad. No el sucio y brutal acero.

—Llámame al-Hajjaj. Es mi nombre en tu lengua y ahora no me importa que lo uses. Recuerdo que fui tu esclavo en la nave de cobre, pero ahora eres tú quien está en mi poder.

—Te repito que creo que si pudieras matarme, ya lo habrías hecho.

—Puedo hacerlo. A ti y a todos tus hombres, como ya has visto. Los ghuls

devorarán hasta vuestros huesos. Sí, ya sé que tienes el talismán de Salomón, pero tú no eres Salomón. No tienes su voluntad ni su ciencia. Aún no sabes controlar el talismán. Aunque lograses que te protegiera a ti de todos nuestros ataques, no lo haría con el resto de tus hombres. Podríamos masacrarlos uno a uno delante de tus ojos y nada podrías hacer para evitarlo. También destruiríamos tus barcos, para que, con talismán o sin él, te quedaras para siempre en esta tierra, vagando solo y perdido. Dime, humano, ¿serías capaz de sobrevivir aquí tú solo?

Ibn Jalid sintió que gran parte de su confianza se desvanecía, pero se esforzó por mantener su voz firme:

—En ese caso, ¿qué es lo que quieres de mí, al-Hajjaj?

El efrit se rascó la barbilla con una uña que era semejante a un largo espolón.

—La cuestión es —dijo—: ¿qué es lo que quieres tú, gran visir Yahia Ibn Jalid?

—¿Qué quiero?

—¿Por qué has viajado hasta estas tierras remotas? ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero oro, tesoros, poder... Por eso he venido —dijo el gran visir.

De nuevo, la agradable sensación de que aún había esperanza volvía a calentar su pecho.

El djinn gigante asintió a las palabras del hombrecillo y dijo con su voz de trueno:

—Entonces, Ibn Jalid, tú y yo somos aliados, no enemigos.



Sindbad el Marino 18.^a

Cuando Qaid supo por boca de Sindbad que su mujer estaba prisionera en las naves del gran visir, no quiso esperar más y partieron juntos para rescatarla.

Los demás se quedaron esperando allí donde habían aterrizado. Fue una noche larga, oyeron rugir a los leones y vieron sus ojos brillar en la oscuridad. Encendieron un fuego y formaron un círculo con la espada en una mano y una antorcha en la otra. Cuando estaba amaneciendo, los dos djinns se ofrecieron a llevarles hasta *El Viajero* en sus alfombras voladoras. Radi comprobó que, efectivamente, uno de ellos era una mujer. Es decir, una hembra, ya que aquellas criaturas con la piel pálida como la de un espectro no eran humanas.

—¿Quieren que volvamos a montar en una de esas cosas? —preguntó Bilal mirando con desconfianza a los gigantes—. He estado vomitando hasta hace un momento.

—No hay otro modo —dijo la hembra—. Y tu amigo herido tiene que ser evacuado.

Radi miró a Ozman, que seguía inconsciente sobre una de aquellas alfombras. El enorme marino le había salvado durante el ataque ghul y ahora se debatía entre la vida y la muerte. Qaid y los djinns habían dicho que podían salvarlo, pero era necesario sacarlo de allí.

Yahiz se acercó a una de las alfombras que flotaba a dos palmos del suelo y la estudió con cuidado a la luz de su antorcha. Llamó a Radi.

—Fíjate, muchacho; de cerca no parecen hechas de tela, sino de escamas.

Radi pasó la mano por la superficie de la alfombra. De lejos parecía seda tejida con brillantes y coloridos dibujos, pero de cerca recordaba más a la piel de un reptil recubierta con escamas muy pequeñas que creaban extraños patrones de colores. Verde, gris, café, rosado o amarillo de distintas tonalidades, combinado con una pigmentación secundaria que incluía manchas, puntos, retículas o bandas de casi cualquier color imaginable.

Pero lo más asombroso lo notó Radi en la yema de los dedos. Y se lo señaló a Yahiz:

—Tiene pelos saliendo entre las escamas.

El erudito rozó con la mano la superficie de aquellos vellos, y la alfombra se estremeció como si fuera el lomo de un gato al ser acariciado.

—¡Está viva! —exclamó.

Radi se puso en pie y tomó una decisión. Se acercó al grupo de indecisos marinos.

—Yo sí voy —les dijo. No le importaba lo que eran o no eran en realidad las alfombras; la cuestión era que Ozman, que había resultado mal herido por protegerle, podía morir si no era inmediatamente llevado a un lugar seguro en una de aquellas cosas voladoras.

—¿Cómo sabes que podemos fiarnos de estos djinns? —le preguntó Bilal.

—Sólo soy un muchacho —reconoció Radi—. Pero recuerda que el capitán Sindbad confió en ellos. ¿Qué opinas tú, Yahiz?

—Que no es una buena idea quedarnos más tiempo aquí —dijo el erudito mientras montaba en la alfombra que habían estado estudiando—. Los rugidos de los leones parecen cada vez más decididos. Y Ozman necesita ayuda o morirá.

Los djinns observaron en silencio mientras los humanos subían voluntariamente a las alfombras. Se miraron el uno al otro, quizá su gesto significaba: *Vaya, por fin se han decidido.*



Cuando volaban hacia el dhow, escucharon el estruendo de una batalla. Bueno, ni Radi ni Yahiz oyeron nada, pero al parecer los djinns tenían el oído más fino que los humanos.

—¿Qué pasa, Neema? —gritó Yahiz con el viento azotándole la cara.

El nombre de la hembra era Neema, así se lo había dicho ella misma. Y la raza djinn a la que pertenecía se llamaba si'lat. Los si'lats.

Neema ordenó al otro djinn que se dirigiese hacia *El Viajero* mientras Yahiz, Radi y ella iban a investigar. Así vieron la batalla, o más bien la carnicería que los ghuls infligieron a una parte de los humanos. Y también cómo todo se detenía de repente y aparecía al-Hajjaj para parlamentar. Ni siquiera el fino oído de Neema era suficiente para escuchar lo que decían desde aquella distancia, y no podían acercarse más sin ser descubiertos, pero para la djinn fue suficiente contemplar aquella escena para comprender que implicaba un peligro inminente.

—Ya hemos visto bastante —dijo Neema haciendo girar la alfombra en el aire.

Detrás de ella, Radi y Yahiz tuvieron que tumbarse boca abajo y extender los brazos a los lados para no salir despedidos. El erudito ni siquiera se atrevía a mirar

hacia el exterior. Pero Radi sí lo hacía. Se sentía perdido, pequeño en medio de un mundo mágico y singular. Todo le parecía tan extraño y amenazante; allí había demasiados misterios para su comprensión. Pero por nada del mundo quería perderse un detalle de lo que estaba pasando.

—¿Sabes contra quién luchaban el gran visir y sus tropas? —preguntó el muchacho, gritando contra el viento—. ¿Y por qué se ha detenido el combate?

—Sí. Y eso no es bueno para nosotros. Tenemos que ir a avisar a tus amigos.

Neema significaba «Hermosa Noche» y Radi pensaba que poseía una extraña belleza que lo turbaba. De unos dos metros de altura, la piel de una palidez absoluta y estremecedora, los rasgos afilados, marcados por unos potentes pómulos. Los ojos con el iris de color amarillo, las pupilas rasgadas y colmillos como los gatos. El pelo era tan oscuro como el ala de un cuervo, y tan largo y lacio que casi llegaba a la corva de las rodillas. Ahora flameaba a su espalda como una capa negra. Vestía una especie de gonela hasta los pies de color negro, sin adornos excepto un cinturón ancho de cuero para ceñirla.

El gato era diminuto y tenía el pelaje de color gris plomo. Se encaramó al hombro de Neema y estiró el cuello para mirar a los humanos tendidos en la parte de atrás de la alfombra. El animal dijo: «¿Miiii?», mientras ladeaba la cabeza. A Radi le gustaban los gatos. Pensó que aquel era la mascota de la hembra si'lat. El caso es que ambos tenían los ojos iguales.

El dhow de Sindbad apareció entonces anclado en medio del río como si fuera un barquito de juguete, y la alfombra voladora se precipitó hacia él. Radi y Yahiz gimieron mientras sentían cómo sus cuerpos flotaban y se separaban un poco de la alfombra.

Quizá fue su imaginación, pero en ese momento Radi alzó la vista y le pareció que el gato de la djinn se estaba riendo de ellos.



Sindbad el Marino 19.^a

Neema se posó sobre el castillo de popa de *El Viajero*. Radi y Yahiz vieron cómo la otra alfombra, en la que iba el inconsciente Ozman, volvía a elevarse inmediatamente después de que bajasen sus compañeros. Aceleró con la velocidad de una flecha y se alejó hacia el sur.

—¿Adónde se dirige? —le preguntó Yahiz a Neema.

—Llevan a vuestro amigo a la ciudad de Vathek. Allí nuestros médicos lo curarán.

Radi paseó la vista por la cubierta de *El Viajero*. Humanos y djinns estaban mezclados y creaban un extraño contraste de alturas y colores de piel. Vio muchos gatos de diferentes colores deambulando a sus anchas por el barco. Algunos habían trepado por las jarcias y se habían instalado en la cofa. Distinguió entre todo el grupo a Aisha, que estaba junto a su esposo Qaid y el capitán. Advirtió las huellas que su cautiverio habían dejado en el hermoso rostro de la mujer. El golpe amoratado en la sien, las heridas, la delgadez de sus mejillas.

Todos los presentes atendían las palabras de un si'lat tan alto que su cabeza sobresalía por encima de la de todos los demás compañeros de raza. Era muy delgado y tenía el pelo gris en vez de negro, pero nada en su atuendo lo distinguía de los otros si'lats.

—Mi nombre es Nahodha —decía el djinn de largo pelo cano—. Soy un adalid de los si'lats, pero también soy hermano vuestro en el islam.

—La paz de Alá sea contigo —dijo el erudito Yahiz llevándose la mano al pecho.

—Y contigo sea la paz de Alá —respondió el si'lat—. Humanos, tengo algo muy importante que deciros. Escuchadme todos: tenéis que abandonar esta nave cuanto antes para que podamos llevaros a todos a un lugar seguro.

—No me gusta la idea de dejar mi nave a su suerte —dijo Sindbad.

—La esconderemos —repuso Nahodha—, pero mientras estéis en ella seréis muy vulnerables si los efrits os encuentran. Aquí, en el río, no podremos protegeros. Estas son las tierras de los ghuls. Debéis acompañarnos a nuestra ciudad de Vathek. Allí estaréis seguros. Como vuestro compañero herido, que ya vuela hacia allí para ser atendido.

Nahodha extendió un gran mapa sobre las tablas de la cubierta. Todos se acercaron a él.



—Cuando veníamos hacia aquí —intervino entonces Neema—, vimos a Msafiri parlamentando con el jefe del ejército humano.

—¿Msafiri está libre? —exclamó Qaid, apartándose un poco de su esposa.

—¿De quién estáis hablando? —les preguntó Sindbad.

—Del efrít que estaba encerrado en el barco que envié a por mi esposa —dijo Qaid—. Su nombre árabe es al-Hajjaj. Es muy anciano y muy poderoso.

—Mis disculpas —dijo Aisha—. Creo que yo soy la culpable.

—¿Por qué dices eso? —preguntó su esposo.

—El gran visir se había apoderado del talismán y pensé que soltar al djinn era mi única oportunidad para escapar y avisarte de sus planes. Estaba segura de que pensaban utilizarme como cebo para capturarte también a ti.

—Si el talismán ya no estaba en tu poder —dijo Nahodha frunciendo el ceño—, ¿cómo pudiste liberar al efrít?

—Corté los cables de su armadura con un cuchillo —dijo ella.

—Eso es imposible —aseguró el si'lat—. Esa armadura fue construida y sellada por el propio rey Salomón. Ningún djinn podría escapar de ese cepo.

—Pero sí de las vasijas —apuntó Yahiz.

—Es diferente —explicó Nahodha—. Los efríts encerrados en las vasijas eran jóvenes y no muy poderosos. Salomón quiso imponerles sólo unos miles de años de castigo. Las selló con plomo, esperando que algún día sus sellos se borrarían y los efríts quedarían en libertad. Pero al-Hajjaj, o Msafiri, es otra cosa. Es un efrít viejo y uno de los lugartenientes de Iblis. Salomón forjó esa armadura con símbolos

imperecederos para asegurarse de que nunca pudiera liberarse.

—Bueno —dijo Mustafá—, si la forjó Salomón, entonces la hizo hace dos mil años. Las cosas no duran para siempre, afortunadamente para nosotros los comerciantes.

—El problema no es al-Hajjaj —dijo Qaid mirándolos a todos—. El problema es que el gran visir Yahia Ibn Jalid tiene ahora el talismán de Salomón, y los efrits lo saben. Con la ayuda de los humanos podrían hacer algo que para ellos es imposible.

—¿Y qué es eso? —preguntó Yahiz.

—Liberar a Iblis —dijo Qaid—. El más antiguo y poderoso de los efrits, aquel que se atrevió incluso a desafiar a Alá. Iblis no puede morir. Pero cuando Salomón lo derrotó, lo enterró dentro de su Ciudad de Cobre, guardado por sellos mágicos que deben mantenerlo en estasis para toda la eternidad. Ningún djinn podría acercarse a su sarcófago, pero un humano sí, y con el talismán podría romper sus cadenas estáticas.

Yahiz miró a Qaid con dureza y le dijo:

—En ese caso creo que te arriesgaste demasiado al enviar ese talismán y a al-Hajjaj en la misma nave.

—Es verdad —admitió Qaid—. Ese fue mi error. Mi única excusa es que deseaba con todo mi corazón volver a estar al lado de mi esposa. Pero jamás imaginé que Harún al-Rashid se habría retirado y que sería el ambicioso Ibn Jalid quien gobernaría Bagdad. Calculé los peligros que acecharían a la nave durante el viaje, pero no esperaba la traición en mi hogar. Me equivoqué, pero todo lo hice por una sola razón: volver a reunirme con mi amada.

Qaid tomó la mano de Aisha, se la llevó a los labios y la besó.

Sindbad se quedó mirándolos. Bajó los ojos hacia las manos entrelazadas de la pareja, y luego los alzó hacia el rostro sereno y agradable de Qaid. Se preguntó hasta qué punto sería cierto lo que había contado. Había algo falso y forzado en su historia, aunque era incapaz de imaginar de qué se trataba y cuál era el motivo que le impulsaba a mentir. Pero sus dudas también podían deberse al demonio de los celos que estaba revoloteando entre sus entrañas.

¿Qué podía hacer? Aquel hombre parecía demasiado perfecto para ser real, pero allí estaba, y Sindbad comprendía ahora por qué Aisha estaba tan unida a él. Qaid era sabio además de valiente, capaz de descifrar los antiguos enigmas dejados por el rey Salomón, y luego partir en busca de los más temibles djinns. Indiferente a los peligros y los desafíos, pero tan enamorado de Aisha como para arriesgarlo todo sólo para volver a estar con ella.

—No hay poder ni gloria excepto la de Alá —dijo Nahodha—, así que nada está decidido más allá de su voluntad. Tenéis que venir todos a Vathek. Allí, desde la seguridad de sus muros, decidiremos cuál es el mejor camino a partir de...

El djinn se detuvo en seco y se quedó mirando a uno de los gatos que estaban a su izquierda. El animal parecía tener sus ojos enfocados en algo que estaba más allá de la borda. Pero allí no había nada. Miró a los otros gatos de la cubierta y comprobó que todos estaban concentrados en el mismo punto. Nahodha se giró hacia un arquero si'lat.

—Wawindaji —musitó.

—Lo he visto, señor. —Sacó una flecha de su carcaj, y a una velocidad cegadora la colocó en el arco y disparó hacia el lugar en el que confluían los ojos de los gatos.

Un efrít se materializó en mitad del aire, sobre una alfombra voladora. Era bastante más voluminoso que un si'lat y con la piel de color granate oscuro, casi negro. A la flecha de Wawindaji, que quedó clavada en medio de su pecho, se unieron otras más disparadas por el resto de los arqueros si'lats. Finalmente, el efrít cayó al agua y se hundió como una piedra.

Neema se volvió hacia Radi y le sonrió mostrando sus largos colmillos.

—Ahora comprendes por qué siempre vamos acompañados de gatos. Si no se mueven, los efríts tienen el poder de volverse invisibles.

—Nuestros enemigos ya saben que estamos aquí —dijo Nahodha mirando a su alrededor—. Vuestra única oportunidad es venir con nosotros a Vathek. Encallaremos esta nave en la orilla de barro. Os aseguro que oculta entre los otros pecios nadie la descubrirá.

Mustafá se acercó a Gafar y le dijo por lo bajo:

—No me fío de ellos. ¿Para qué nos quieren llevar a esa ciudad de djinns? ¿Te has fijado en sus colmillos? Estoy seguro de que se alimentan de carne humana.

Gafar se quedó mirando la abultada barriga de Mustafá, su papada mantecosa, sus brazos carnosos y desmesurados, y dijo:

—Entiendo tu preocupación.

—¿Y qué piensas hacer? Podrías hablar con el capitán Sindbad. Eres su amigo, él te escuchará a ti antes que a nadie.

—¿Prefieres que nos quedemos aquí a esperar a los efríts o a los ghuls? Por mucho que nos esforcemos, con esta nave no podríamos huir de seres capaces de volar en alfombras mágicas. Y ese tal Qaid asegura que ha vivido durante dos años con los si'lats, y parece que alguno de ellos es un buen creyente... Yo creo que ir a su ciudad es la mejor de nuestras opciones. Y, piénsalo, vas a ser el primer comerciante de Basora que tendrá la oportunidad de establecer una delegación comercial en la tierra de los djinns.

Mustafá asintió con una sonrisa. Sin duda lo último dicho por Gafar le había agradado.



Sindbad el Marino 20.^a

Un sol sangriento lanzaba sus últimos rayos sobre los cuerpos amontonados. Las ropas destrozadas y teñidas de rojo por igual se confundían entre sí. La maraña de lanzas clavadas en los cuerpos recordaba el lomo de un gigantesco puercoespín muerto y pudriéndose lentamente al sol. Los buitres revoloteaban ansiosos de darse un festín.

El barón Jürgen de Westfalia despertó sepultado entre las dunas de cadáveres, y lo que vio le hizo pensar que ya estaba alojado en alguno de los círculos del infierno. El cielo era de un sobrecogedor color amarillento, que se ensuciaba allí donde las columnas de polvo se fundían con las nubes rojas del atardecer.

En aquella atmósfera turbia se arrastraban los ghuls, gritándose en su lengua gutural o aporreándose sin piedad para solucionar cualquier disputa, excitados por un delirio febril, saltando como sapos o retorciéndose como las salamandras de fuego sobre un tronco encendido, o como los demonios que bailan sobre las llamas del infierno. Silueteados de amarillo por el reflejo del sol moribundo.

Como los buitres en busca de su ración de carne humana, los ghuls estaban despojando a los muertos y dejaban los cuerpos desnudos a un lado. Arrancaban sin miramientos sus ropas y correajes, y se peleaban sobre todo por las armas y las chaquetas con placas de acero de los guerreros carolingios. Actuaban como jaurías de alimañas carroñeras, y en ocasiones se enzarzaban en sucias peleas, arañándose los ojos, mordiéndose y rodando obscenamente sobre la pila de cadáveres para disputarse alguna prenda valiosa, como perros hambrientos tras un hueso. De vez en cuando tocaban por error alguno de los anillos de cobre sujetos a las espadas o las lanzas y soltaban un grito dolorido a la vez que saltaban chispas entre el metal y sus pieles grises. Algunos arrastraban a los muertos desnudos por un pie o por un brazo hacia un rincón oculto tras los cañaverales, con la intención de devorarlos sin la molestia de sus compañeros.

Jürgen estaba boca arriba, el rostro cubierto de sangre, inmovilizado por el dolor, en el mismo lugar donde había caído después de que una maza le golpeará en la frente. Sin duda lo dieron por muerto y allí lo dejaron en medio de la batalla. Estaba

herido y el dolor le impedía pensar con claridad. Poco le quedaba ya por hacer, excepto morir, de modo que envidió a sus compañeros caídos por la valerosa y limpia muerte que habían tenido. Ese hubiera sido un final justo para un guerrero como él, pero temía que no iba a tener tanta suerte.

Notó que tiraban de una de sus piernas con fuertes sacudidas. Levantó la cabeza y vio a un ghul encorvado de espaldas a él, empeñado en quitarle sus botas de piel. Estiró un brazo y su mano derecha se encontró una lanza rota. La sujetó por el mástil, la hoja de acero estaba intacta y aún conservaba la espiral de hilo de cobre enrollada en su punta.

Quizá aún no era tarde para una última acción.

Se incorporó y clavó la hoja de acero y cobre en la huesuda espalda del ladrón. El monstruo se derrumbó y murió entre estertores mientras su cuerpo chisporroteaba. Los otros ghuls no se habían dado cuenta, afortunadamente seguían pendientes de sus asuntos.

Jürgen se arrastró rodeando la pila de cadáveres. Con cada movimiento, el dolor reverberaba como martillazos secos en su cráneo. La sangre se escurría por su frente y sobre sus ojos, y tenía que frotárselos con los puños manchados de tierra y barro. Mientras caía la noche, se dirigió hacia el canal, arrastrándose a través de yerbajos espinosos y sobre el cieno húmedo y maloliente. Sentía los pulmones trabajando como los fuelles de una fragua, las piernas le temblaban y la espalda le dolía por el esfuerzo de permanecer acuclillado. El roce de las astillas y los guijarros le había despellejado las palmas de las manos. Escuchó voces al otro lado de una loma y se levantó para mirar por encima de la curva de la colina. Lo que apareció ante sus ojos estuvo a punto de arrancarle una exclamación de asombro.

Fuegos y fuegos hasta donde alcanzaba la vista. La luz anaranjada de una constelación de hogueras se perdía en la distancia, como un reflejo de las estrellas que ya brillaban en el cielo. Y hombres y ghuls caminaban juntos sujetando antorchas. Bueno, no exactamente juntos porque se mantenían a cierta distancia unos de otros, pero no había hostilidad entre ellos. Además de los ghuls, distinguió la otra especie de djinns, aquellos musculosos con la piel de color grana y una cresta ósea que nacía del puente de su nariz y dividía su frente en dos.

Entonces vio a un gigante que doblaba la altura de todos los otros monstruos, y conversaba con el gran visir Yahia Ibn Jalid. Comprendió que, aunque había cambiado muchísimo su aspecto, era el mismo djinn que había escapado de la Nave Mágica.

Sintió que la rabia y el deseo de venganza se apoderaban de su alma y le teñían la vista con una niebla rojiza. No le importaba a qué pactos había llegado Ibn Jalid con los djinns, el honor de los caídos le exigía que él fuera el instrumento de su venganza.

Se deslizó colina abajo y se encontró con los cuerpos de varios arqueros. Todos

sus compañeros habían muerto, contra sólo un puñado de los hombres del gran visir. Buscó entre los cadáveres algo que pudiera utilizar. Un chaleco que aparentemente estaba en buenas condiciones se desgarró cuando intentó abrochárselo. Sus hombros anchos eran un problema. Encontró por fin una chilaba de arquero que estaba en buenas condiciones, se la puso y se echó la capucha hacia delante. Así vestido, y con una daga oculta bajo la ropa, se dirigió en silencio hacia el grupo. Se acercó al último de la fila y dijo usando las pocas palabras que sabía en árabe:

—*As-Salamu Alaykum...*

El arquero se volvió extrañado y Jürgen le golpeó en la mandíbula. Antes de que cayese al suelo lo cogió, le sujetó la antorcha, y lo arrastró fuera de la fila. Lo escondió detrás de unos matojos y le dio bofetadas para que despertase. Cuando el musulmán abrió los ojos, Jürgen colocó la daga sobre su garganta.

—No digas una palabra más alta que otra o te degüello, ¿me has entendido?

El arquero miró el cuchillo y asintió. Esto animó al barón, que supuso que aquel moro hablaba algo de latín y que podría comunicarse con él.

—¿Qué está pasando? Dime, ¿cómo es que marchas junto con esos monstruos?

El musulmán sacudió la cabeza y dijo algo incomprensible en su idioma.

—¿Qué te pasa? ¿Es que no entiendes lo que estoy diciendo? ¿Adónde vais con los djinns? ¿Adónde? ¡Habla, no me hagas perder el tiempo!

El arquero volvió a decir algo en árabe y Jürgen lo mató.

—No importa, no te preocupes, ya me enteraré yo.

Cogió la antorcha y corrió para incorporarse a la fila.

Caminó en silencio, con la capucha ocultando sus rasgos, y cuando se asomó para mirar hacia delante, vio el enorme banco de niebla hacia el que se dirigían.



Un sol sangriento lanzaba sus últimos rayos sobre los cuerpos amontonados.

La flotilla de alfombras ascendía con elegancia hacia las nubes, mientras el reflejo pálido de la luna en el río Pangani quedaba atrás a una velocidad asombrosa. Ni Sindbad ni sus compañeros se atrevían a romper el silencio de aquel firmamento de color índigo. Abajo, como un mundo sin límites, se deslizaban los territorios africanos. Sus colores intensos durante el día se habían desvanecido en un uniforme tono azul manchado con sombras impenetrables. Si se miraba fijamente se tenía la sensación de asomarse a un abismo infinito.

La luna proyectaba la sombra de la gran alfombra sobre la llanura. Era una inmensa superficie escamosa, de más de veinte metros de anchura, que según los si'lats era semejante a la que el rey Salomón había utilizado en su guerra contra los efrits.

Tumbado boca abajo junto al borde derecho de la alfombra, Radi contemplaba la sabana sin fin que sobrevolaban. Sus jóvenes ojos miraban llenos de asombro aquel paisaje estremecedor bajo las estrellas, la esencia de aquella tierra, su grandeza y su crudeza. La luz pálida de la luna le inducía a pensar que todo aquello formaba parte de un sueño.

Pero lo que le había contado Aisha le hacía creer que en realidad era una pesadilla.

Desde que se separaron, su padre había estado en poder de los mismos hombres que asesinaron a su hermano Aakil. Más aún, según le había contado Aisha, su padre había sido raptado por el djinn que estaba prisionero en la Nave Mágica, uno de los más poderosos conocidos, un efrit llamado Msafiri, o al-Hajjaj, o el Peregrino. Y la mujer no sabía qué habría sido de él, pero estaba mal herido cuando el efrit se lo llevó. Quizá hubiera muerto ya.

Radi tenía la mente en blanco. Su joven alma no podía absorber tantas desdichas. Volvió de nuevo la vista hacia el exterior, hacia el oscuro paisaje del País del Sueño que se deslizaba bajo ellos. Algunos animales de hábitos nocturnos se asustaban cuando las alfombras más pequeñas que los escoltaban se acercaban al suelo. Vio a un león devorando a su presa, manadas adormecidas de elefantes, cebras y gacelas corriendo bajo ellos, un gran rinoceronte con su cría, poblados de nativos sumidos en

el sueño, con sus cabañas de barro y paja en sombrío silencio.

No quería pensar, dejó que aquellas imágenes le penetrasen y llenasen su mente.

* * *

Viajaban más deprisa; tanto, que la sensación de velocidad iba dejando paso a un desvanecimiento casi imperceptible de la mente.

Una manada de herbívoros de grandes cuernos escapaba por la llanura, asustados por la sombra de la flotilla que proyectaba la luna. Dos de las alfombras individuales se separaron y descendieron raudas hasta casi tocar el suelo. Allí la hierba era alta y el aire desplazado por el vuelo rasante de las dos alfombras la aplastaba marcando sendos surcos paralelos. Los si'lats colocaron una flecha en sus arcos, tensaron y dispararon casi a la vez. Uno de aquellos herbívoros quedó tendido entre la hierba. Y luego otro, y otro. Descendieron más alfombras y cargaron a las bestias muertas. Luego remontaron para situarse de nuevo a la altura de la flotilla.

Gafar, que estaba contemplando la escena junto a Mustafá, le dijo:

—Ahora ya sabes de qué se alimentan los si'lats. Carne aquí no les falta.

—Fíjate en eso —dijo el comerciante, señalando con su rollizo dedo índice.

Los cazadores si'lats estaban realizando una ceremonia verdaderamente extraña. Mientras se mantenían en vuelo, con un delgado cuchillo, cortaron las gargantas de los animales y recogieron la sangre que manaba humeante en vasos de acero, que se fueron pasando unos a otros. Todos los cazadores bebieron y los vasos llegaron a la gran alfombra, donde los adalides si'lats también disfrutaron con placer del espeso líquido rojo. Nahodha, con la boca húmeda de sangre, le devolvió ceremoniosamente el vaso al guerrero que se lo había entregado.

Después de haber desangrado a sus presas, los cazadores las lanzaron sobre la llanura para que los leones y las hienas dieran cuenta de su carne.

Mustafá se volvió hacia Gafar y le dijo:

—Te lo repito una vez más: esta gente no me gusta nada.

Esta vez, Gafar no supo qué contestar. Él también se sentía asqueado.

Sindbad se acercó a Aisha, aprovechando que su marido se había alejado hasta el borde de la amplia superficie voladora para contemplar la ceremonia de los si'lats.

—No he tenido ocasión de decírtelo, pero me siento feliz de volver a verte —le dijo.

La joven levantó hacia él su exquisita barbilla redondeada y le sonrió con expresión conmovida. Extendió las manos y las puso sobre las de Sindbad.

—Hiciste una promesa y la cumpliste —musitó—. Gracias, capitán Sindbad,

estaré siempre en deuda contigo. Y te diré algo...

Ella se detuvo y miró hacia lo lejos, como si intentase alejar el recuerdo de algo muy doloroso. Sindbad notó que la mujer tenía un nudo en la garganta y dijo:

—Lo peor ha pasado ya, Aisha. Estás con tu esposo, como deseabas.

—Capitán Sindbad —dijo ella por fin—, en aquella celda de Bagdad...

—Fue un momento terrible —dijo él—. Es mejor olvidarlo.

—Lo fue. Pero aunque no estabas en mejor situación que yo, me diste lo único que me podías dar en esas circunstancias: esperanza. En los peores momentos de mi cautiverio, cuando estaba sola y parecía que no había lugar para la esperanza, siempre encontraba un pensamiento que podía aliviar mi tristeza, y ese pensamiento eras tú. Lo vi en tus ojos aquel día, capitán Sindbad, antes de que me llevaran lejos, cuando nuestras miradas se cruzaron y me dijiste que vendrías a buscarme. Yo nunca dudé de esas palabras. Nunca. Incluso en los momentos más terribles, fueron un cálido rincón en el que refugiarme. Me prometiste que me buscarías hasta en el fin del mundo. Y lo has cumplido. Ciertamente, este lugar se parece mucho al fin del mundo. Tienes mi agradecimiento y mi amistad para siempre, capitán Sindbad.

Él no supo qué decir, fascinado por la proximidad y el contacto de aquella mujer tan hermosa con la que había soñado cada día desde que se conocieron. «Mi amistad y mi agradecimiento»; quizá había esperado otra cosa, pero era lo único que ella podía darle.

—Estaré siempre a tu servicio, señora —acertó a decir.



Sindbad el Marino 21.^a

—¡Allí está la ciudad, ya diviso sus torres! —anunció Neema.

Iba sentada en el borde delantero de la gran alfombra, con los pies colgando sobre el abismo. Volaban por encima de las nubes, y a través de sus amplios agujeros vislumbraron aquella ciudad de piedras blancas como la bruma, rodeada por una soledad inabarcable.

Sindbad se acercó al borde de la alfombra. Distinguió los muros derruidos dispersos en la arena, el esqueleto blanqueado por el tiempo de una ciudad. Las casas comunes, hechas de barro, habían retornado casi enteramente a la tierra; sólo quedaban en pie las fachadas de roca de los palacios, horadadas por grandes ventanas ojivales e iluminadas de lado por la luz de la luna.

—¡Sólo son ruinas! —exclamó entre decepcionado y confuso.

Era el final del vuelo y las alfombras descendieron suavemente en una amplia zona abierta, frente a las puertas de la ciudad de Vathek. Algunos gatos se escabulleron saltando veloces entre las piedras agrietadas.

—¿Qué engaño es este? —preguntó Sindbad mientras bajaba de la gran alfombra—. Este lugar lleva deshabitado cientos de años.

Sus hombres pisaron el suelo detrás de él y miraron desconcertados las ruinas.

—Miles de años, en realidad —dijo Nahodha mientras cruzaba bajo el arco de la puerta—. Ven, quiero mostrarte algo, capitán Sindbad.

El si'lat avanzó sorteando los escombros. La luna lo inundaba todo con una luz pálida e irreal, pero nada delataba el paso de Nahodha, ni las huellas de sus pisadas, ni sombra alguna que proyectase contra las piedras.

—¿Qué es esto, capitán? —preguntó Gafar.

—¡Estamos entre demonios! —le oyó susurrar a Abdul. Aunque Sindbad pensó que no hacía más que expresar lo que los demás estaban pensando.

—Esperad aquí y manteneos alerta —le ordenó al piloto.

—Capitán, ¿vas a ir con él?

—No tengo más opción. Esperadme aquí.

Caminó detrás de Nahodha por el esqueleto blanqueado y lleno de sombras de

una ciudad devastada que los acogía como a espíritus nacidos de sus ruinas. Entre calles alineadas como un cementerio de fachadas blancas, paredes descoloridas de tanto reflejar el cielo, y columnas corroídas por el viento y por los siglos. Los seres que habían levantado aquel lugar habían escondido los misterios de su civilización olvidada en la noche de los tiempos en extraños e indescifrables caracteres labrados en la roca, fragmentos de inscripciones que aparecían y desaparecían por el capricho del viento y la arena. Incomprensibles para él, Sindbad pensó que quizá Yahiz pudiera leerlos.

Nahodha encaminó sus pasos por un recorrido sinuoso, el viento arrastraba la arena en remolinos que se filtraban entre las paredes agrietadas y emitía un sonido semejante a un lamento interminable y estremecedor. De repente apareció ante ellos una gigantesca cúpula dorada. Sindbad miró hacia atrás, asombrado e incrédulo. Era imposible que no la hubiera visto cuando descendieron, porque sin duda aquella cúpula competía en tamaño con la verde *al-Qobbat al-Khadra*, del palacio del califa en Bagdad. Tenía que ser un espejismo, pero a medida que se acercaban, comprobó que no era un sueño aquello que veían sus ojos, ni el fresco verde de las parras que crecían directamente del polvo calcinado y trepaban por sus muros de mármol, ni las escamas de oro puro que recubrían la cúpula.

—Nosotros la hemos preservado de la voracidad del tiempo —le explicó Nahodha—. Antes de que tus amigos entren en nuestra ciudad, quiero que conozcas algo sobre nuestro pasado. Por favor, acércate, capitán Sindbad.

En el friso triangular de la puerta que daba acceso al interior de la cúpula se levantaba un conjunto escultórico que representaba a multitud de figuras en actitud de luchar. Quizá eran dioses de aquel pueblo pagano, nacido sin ninguna duda en la Era de la Ignorancia, pues Alá quiere ser adorado solo, sin deidades asociadas, sin representación y sin rostro. Pero aquel friso representaba a muchas figuras, con tal realismo que no pudo menos que admirar al desconocido artista que había conseguido extraer esa sensación de vida de la piedra misma. Sindbad detuvo su mirada ante un rostro de mármol veteado. Los ojos de piedra expresaban un dolor y una desesperación indescriptibles. Su boca abierta lanzaba el grito sordo de un pueblo desaparecido.

Entonces comprendió qué era lo que representaba la escena. Detrás del humano de piedra que gritaba se erguía la figura perfectamente esculpida de un si'lat. Sindbad pudo distinguir perfectamente sus rasgos afilados y sus ojos de pupila rasgada, su pelo extendiéndose a su espalda. Era mucho más alto que el humano y estaba doblado sobre él, mordiéndole en el cuello y desgarrando su carne. Otros si'lats, detrás del grupo principal, apresaban también a humanos de ambos sexos y bebían su sangre.

En cuestión de una fracción de segundo, su alma dio un vuelco y todo pareció transformarse a su alrededor. Desenvainó su espada y miró a Nahodha con nuevos

ojos.

—¿Es eso verdad? —le preguntó entre dientes.

—Lo que ves ahí representado es la realidad —afirmó el si'lat—. Nosotros llegamos primero a este mundo y lo dominamos durante incontables eras, alimentándonos del alma de todas las bestias que lo poblaban. Luego Alá creó a vuestra especie. De hecho, os creó no muy lejos de aquí. —Señaló hacia poniente—. Seres peludos y de escasa inteligencia, pero vuestra alma era más poderosa que la de cualquier animal que hubiera aparecido antes.

—¿Nuestra alma?

—Vuestra sangre. El alma de todo ser vivo reside en su sangre. Los djinns nos alimentamos de esa energía, y ninguna es más poderosa que la de los humanos. Fue por eso por lo que estuvimos a punto de exterminaros. En esta ciudad que ahora ves en ruinas, se desarrolló una civilización maravillosa. Sus logros artísticos te emocionarían si los conocieses en detalle. Su música, sus letras, su concepto de la belleza. Nosotros acabamos hasta con el último de ellos. Por eso fuimos maldecidos. —Hizo una pausa y añadió—: ¿Quieres acompañarme dentro?

Nahodha le hizo un gesto invitador y luego descendió por los escalones de mármol que penetraban en el interior del edificio que sustentaba la cúpula de oro. Sindbad dudó un instante, pero finalmente caminó detrás de él sin dejar de aferrar con fuerza su espada.

Bajaron por aquellas escaleras hacia una amplia cueva cuyas paredes eran de mármol vetado. La luz provenía de espejos de oro pulido que la conducían desde el exterior y de braseros colgados del techo en los que se quemaba incienso. Aquellas piedras exhalaban un denso perfume, ungidas como estaban por humos aromáticos desde la antigüedad. Mientras descendía, sus pies tanteaban con cuidado el borde de los escalones, desgastados por el roce del tiempo. La escalera desembocó en una amplísima galería sostenida por innumerables columnas de mármol negro. Se alineaban allí cuatrocientos sarcófagos de cuarzo oscuro pulimentado. Sobre cada uno de los túmulos estaba labrada una inscripción en los mismos caracteres desconocidos del exterior.

Nahodha se acercó al primero de ellos y leyó:

—«¡Oh hijo de los hombres, qué vanos son tus planes! La muerte está cercana, no hagas cuentas para el porvenir porque te enfrentas a la Voluntad del Señor del Universo, aquel que destruye las naciones y los ejércitos, y arroja a los reyes más orgullosos a la estrecha morada de una tumba, a la igualdad de la tierra, donde son reducidos a un montón de ceniza y polvo.»

Cuando terminó de leer, se volvió hacia Sindbad. Las lágrimas corrían por su rostro.

—Estos fueron los cuatrocientos últimos defensores de Vathek —dijo—.

Construimos este templo como ofrenda en su honor, tal y como Alá quiso que se hiciera. Él ordenó que, a partir de entonces, nos inclinásemos ante la criatura de barro que había creado como a nosotros, y que nunca más le hiciéramos daño alguno. Muchos djinns lo aceptamos y muchos otros no. Pero en nuestra ciudad seguimos fieles al mandato del Señor del Universo. Algunos luchamos para que llegue un día en el que la raza de los hombres y las razas de djinns se relacionen abiertamente y compartan sus conocimientos y su visión del mundo. Otros, en cambio, se oponen fanáticamente a que esto suceda. Quería que conocieses estos hechos antes de entrar en mi ciudad, y también para que tus hombres tuvieran la oportunidad de decidir si hacerlo.

—¿Y dónde está tu ciudad? —le preguntó Sindbad—. Aparte de esta tumba, sólo he visto ruinas.

El djinn se volvió y señaló:

—Al otro lado de esa puerta. Capitán Sindbad, debes estar preparado para aceptar que aquí nada es lo que parece.



Sindbad el Marino 22.^a

Jürgen atravesó el bosque envuelto en la niebla. Era una jungla casi impenetrable, bajo una fina lluvia que nunca cesaba. Tenía la ropa pegada al cuerpo, los aullidos de unos monos azules le llegaban desde lo alto, helechos gigantes y líquenes tan vigorosos que tejían un manto denso en las copas de árboles milenarios. Con todos los musulmanes aglomerados en las hogueras de la periferia, aquella zona estaba oscura y solitaria. Innumerables raíces de diferentes tamaños se desparramaban por el suelo, y todo lo que tocaba rezumaba humedad. El aire estaba saturado por el hedor de la vegetación corrompida. Mientras caminaba iba pisando algo que crujía y pensó que eran nueces. ¿Aquellos árboles gigantes darían ese fruto?

Se agachó y comprobó que eran huesos.

Una alfombra de huesos. Sobre todo abundaban las vértebras, al parecer a los ghuls les encantaba sorber los tuétanos humanos. Aquella era su verdadera ciudad y no las chozas que habían visto en la playa de grava negra. Buscaban djinns rojos encerrados en las vasijas de cobre y los liberaban, quizá por encargo de los mismos djinns rojos. Sonrió. Él sabía distinguir una relación amo-esclavo en cuanto la veía. Allí estaba funcionando eso mismo, los djinns grises eran siervos de los djinns rojos. Y los humanos eran el alimento de ambos.

Se topó entonces con un árbol muy extraño. Con un tronco tan ancho que cien hombres cogidos por las manos no lograrían abarcarlo. La corteza era negra y tenía el brillo de la obsidiana. La niebla se condensaba en gotitas por toda su superficie y se escurría en regueros sinuosos. Gruesas raíces se enredaban sobre él como serpientes que quisieran estrangularlo. Jürgen comprendió que no era un árbol, sino una torre de piedra de color azabache, atrapada y devorada por aquel bosque fantasmagórico. Las viejas paredes rocosas y agrietadas asomaban a través de una lujuriosa vegetación que se apoyaba en sus muros para llegar a mayor altura y conseguir algo más de luz. Los sombríos capiteles de sus columnas se perdían entre las hojas más altas. Jürgen los siguió con la vista y vio algo aún más asombroso.

Era uno de los pecios del río. Un barco gigantesco, con gruesas cuadernas de madera de cedro. Flotaba a gran altura sobre el bosque, unido a la parte superior de la

torre por unos cables. Algo se enrollaba sobre su casco como una serpiente multicolor. Era una criatura larga y plana, como una gran banda de tela, pero era evidente que estaba viva, y abrazaba al barco como una boa rodearía a un ternero. El dibujo de su piel recordaba al tejido de las alfombras.

Jürgen resopló. Ciudades perdidas, ejércitos enterrados, barcos flotantes, extraños monstruos con la apariencia de una serpiente plana... todo parecía normal en esa niebla eterna que se fundía con el polvo y la arena arrastrada por el viento desde la sabana. El bosque de niebla era un lugar siniestro y confuso, apropiado solamente para los muertos.

Un guardia turco estaba apostado frente a la puerta de la torre negra, por lo que imaginó que Ibn Jalid tenía que estar allí. Desenvainó la daga y dio un rodeo para acercársele por detrás. Tapó su boca con la mano y lo acuchilló. Luego dejó el cuerpo apoyado contra las raíces que trepaban por el muro, como si estuviera durmiendo, y se dirigió al interior de la torre.

Apartó la cortina raída que cubría la entrada. Miró a un lado y a otro.

Con la espada en una mano y la daga bien sujeta en la otra, siguió avanzando. No oía sus propios pasos, amortiguados por unas alfombras que acolchaban el suelo. Las paredes también estaban cubiertas de tapices, y en ellos se representaban grandes batallas entre ejércitos de demonios que cabalgaban en alfombras voladoras. El aire estaba cargado de perfume de sándalo que intentaba ocultar el olor de la descomposición.

Le llegó el rumor de voces conversando más adelante, y se ocultó detrás de unos tapices que delimitaban el espacio amplio y circular que era el centro de la torre. Se asomó y vio al gran visir vestido con un lujoso caftán de seda color jazmín. Estaba repantigado sobre unos grandes almohadones de plumas. El derviche se sentaba a su lado, en el suelo, las piernas cruzadas y el rollo de cuerda de cáñamo entre los dedos.

Frente a ellos estaba desplegado un gran mapa dibujado sobre la piel curtida de algún animal. Ibn Jalid hablaba y señalaba el mapa con amplios gestos de sus manos y se dirigía a alguien a quien Jürgen no podía ver desde donde estaba. Toda la iluminación provenía de grandes braseros sustentados por trípodes de hierro y dispuestos en círculo.

—Dices que la Ciudad de Cobre está situada en lo alto de esta montaña —decía.

—Has visto la Gran Montaña mientras nos dirigíamos hacia aquí —le respondió un vozarrón que, a pesar de los tapices que colgaban de las paredes, hizo que el aire de la sala se estremeciera. Los oídos de Jürgen zumbaron dolorosamente y tuvo que mover las mandíbulas para destaponarlos. Hablaban en árabe, así que, por más que se esforzase, sólo podía entender una palabra de cada tres—. Su cumbre está cubierta de hielos eternos.

—Y si sabéis dónde está —repuso el gran visir—, ¿por qué no habéis ido vosotros

mismos a rescatarlo?

—A los efrits no nos gusta el frío, y ya sabes que el cobre es dañino para nuestros cuerpos y nuestras mentes. Vuestro rey Salomón fue muy listo al construir la ciudad con ese material y situarla en medio del hielo. Nosotros podemos usar protecciones para manipular el cobre, y también podríamos protegernos del frío durante un tiempo, pero sin el talismán nunca podríamos liberar a nuestro rey. Y el talismán no podemos ni tocarlo.

Ibn Jalid se inclinó hacia el derviche y este le confirmó con un susurro:

—Dice la verdad, gran visir. Salomón, hijo de David, derrotó a los djinns en una cruenta batalla que sacudió las propias raíces del mundo. Encerró al ejército derrotado en vasijas de cobre que arrojó al río, y a Iblis lo enterró en una tumba sin tiempo en lo alto de la montaña.

—Hay algo más en la Ciudad de Cobre —dijo el efrít—, y vosotros lo sabéis muy bien. Salomón guardó también allí sus más valiosos tesoros, provenientes de todos los rincones del mundo. Y esos tesoros serán vuestros. Pero primero debéis liberar a Iblis.

—¿Y cómo iremos a la Ciudad de Cobre? Esa montaña parece imposible de escalar —preguntó Ibn Jalid.

—El barco flotante que has visto ahí fuera os llevará hasta la Ciudad de Salomón.

—Pero ¿cómo saldremos de ella? —preguntó el gran visir entornando sus ojillos, que siempre parecían desconfiados.

—¿Qué quieres decir?

—Entiendo que ahora nos necesitéis, ya que yo tengo el talismán. —Al decir esto se llevó la mano al pecho—. Pero una vez que liberemos a vuestro rey, ¿por qué ibais a sacarnos de allí con nuestro botín? Podríais dejarnos para siempre en lo alto de esa montaña.

—Os enseñaremos a manejar el barco. Con él podréis salir igual que entrasteis.

—¿Y debo confiar en ti ciegamente?

—¿Debo hacerlo yo en ti? Podrías intentar someter a Iblis con el talismán de Salomón. No creo que lo lograses, pero podrías intentarlo y eso también es un riesgo. Tenemos que encontrar un camino de confianza entre nosotros, o nuestro rey se quedará eternamente entre los hielos y tú volverás a casa con las manos vacías... —La voz del efrít se detuvo en seco, y cuando volvió a hablar lo hizo en un tono tan asombrosamente bajo que retumbó como un trueno lejano en el cielo—: Alguien nos vigila. Uno de tus guerreros, gran visir.

—No lo creo. Dejé a un guardia en la entrada para que no nos molestasen.

—¡El intruso es un humano! —bramó la voz de trueno.

Jürgen comprendió que lo habían descubierto y apartó el tapiz tras el que se ocultaba. Dio un paso adelante para enfrentarse al viejo efrít. Desde sus tres metros y medio de altura, los ojos rojos de al-Hajjaj contemplaron a aquel ser insignificante

que lo amenazaba con una espada y una daga.

* * *

—¿Y tú quién eres? —La voz del gigante pronunció estas palabras en árabe. Su sonido era como el siseo que provocaría un hierro candente al atravesar la sangre.

Desde los almohadones de plumas, el gran visir se volvió hacia Jürgen con el asombro más absoluto pintado en el rostro, incapaz de entender lo que estaba pasando allí.

—¡Barón Jürgen de Westfalia! —dijo Ibn Jalid en latín—. No puede ser. ¡Te vi morir!

El guerrero cristiano giró sobre sí mismo para mirar a un lado y a otro. Todas las lámparas encendidas iluminaban justo aquel círculo de luz y no conseguía distinguir nada fuera de él. Detrás de los tapices que lo delimitaban sólo se veía oscuridad.

Al igual que él había hecho, cualquiera podría estar acechando oculto detrás de ellos.

Al-Hajjaj avanzó un paso y levantó un pie como si quisiera aplastarlo como a un insecto. Sin pensárselo dos veces, Jürgen se lanzó contra el gran visir, lo sujetó por la pechera de su elegante caftán y apoyó la daga en su garganta. El derviche gateó para alejarse de ellos y se acurrucó temblando en un rincón.

Los ojos azules de Jürgen se movían de un lado a otro, como los de un león acorralado, intentando penetrar la penumbra que los rodeaba y a la vez vigilar los movimientos de Ibn Jalid y del efit gigante. Buscó alguna señal, algún movimiento por imperceptible que fuera, que delatase la posición de los que se ocultaban en la oscuridad. Porque estaba seguro de que Ibn Jalid no estaría allí solo con el efit. El gigante avanzó un poco más hacia él.

—Si das un paso más, juro que degollaré al gran visir —le aseguró Jürgen.

Ignorando su amenaza, al-Hajjaj se movió por la sala hasta quedar justo enfrente de ellos. Ahora que se había erguido por completo, su cabeza quedaba oscurecida por las sombras.

—Eres valiente, hombrecillo —dijo el efit con algo parecido al respeto.

—¡Suéltame, barón! —le gritó Ibn Jalid—. ¿Qué te he hecho yo para que me sometas a esta indignidad?

Jürgen le rodeó el cuello con un brazo y apoyó el filo de la espada en su nuca. De ese modo podía usar al gran visir como escudo.

—Jürgen, esta situación no puede acabar bien para ti, y lo sabes, ¿verdad? —le dijo Ibn Jalid con voz desesperada—. Has enloquecido. Suéltame e iremos juntos a por el

tesoro del rey Salomón. No seas estúpido, el premio ya está al alcance de nuestras manos.

—Todos mis hombres están muertos, traidor —dijo Jürgen intentando mantener la calma. Su mente funcionaba de una forma lineal pero segura y no era ningún estúpido—. Si te libero, al siguiente instante ordenarás mi ejecución.

—Acéptalo, humano —dijo el gigante que tenía enfrente, hablando en un más que correcto latín—. Ya estás muerto.

—¡Lo estaré cuando deje de respirar! —dijo mientras rebuscaba debajo de la camisa de seda del gran visir—. ¿Y cómo es que hablas mi lengua, monstruo?

—Soy al-Hajjaj, el Peregrino. Conozco todas vuestras ridículas naciones. Cuando estaba en la nave de cobre, mi mente se hallaba enturbiada por el metal ponzoñoso y mi cuerpo era el de un esclavo sin voluntad. Pero ahora las cosas han cambiado, como puedes ver.

La mano de Jürgen se cerró sobre lo que estaba buscando, el talismán oculto bajo las ropas del gran visir, sujeto por una cadena que rodeaba su cuello. De un tirón seco lo sacó a la luz, y lo levantó en alto en su puño.

—¿Qué dice de esto tu recién recobrada voluntad? —le preguntó al djinn.

El efrit retrocedió un paso.

Y, de repente, un dardo surgido de la oscuridad cruzó el aire y rozó el cráneo de Jürgen, arrancándole la mitad de su oreja derecha, para luego ir a clavarse en un tapiz del fondo. Otra flecha se clavó en uno de los grandes almohadones de plumas, junto a su pie izquierdo. Jürgen se movía de un lado al otro, intentando protegerse con el cuerpo de Ibn Jalid.

Este se debatía y lanzaba patadas hacia atrás intentando soltarse.

—¡Quédate quieto, gran visir! —gritó Jürgen—. ¡O juro por Dios que te degüello!

—¡No te atreverás a...!

Jürgen esquivó otra flecha que iba dirigida hacia él, giró sobre sí mismo y lanzó al gran visir contra una de las paredes. Había decidido que el anciano era demasiado pequeño para ser útil como escudo. De todos modos, ya tenía lo que buscaba, el poderoso talismán que le permitiría dominar a los djinns. Empujó uno de los braseros contra los tapices colgantes. El fuego prendió inmediatamente en la lana seca y todo estalló y se inflamó a su alrededor, como un nido de paja construido en la boca de un cañón. Un huracán de llamas azotó los viejos tapices de seda que representaban batallas, que desaparecieron convertidos en ceniza, mientras una lengua de fuego se elevaba hacia las alturas.

Las llamas iluminaron a tres guerreros turcos que habían permanecido en la oscuridad. Uno de ellos colocó una nueva flecha en el canal de disparo de su arco y le apuntó. Los otros dos iban armados con picas y se dirigieron hacia Jürgen, con cuidado de no interponerse en la trayectoria del arquero. Las llamas seguían

extendiéndose de un tapiz a otro, que se agitaron empujados por el aire desplazado por el calor intenso. Toda la torre se convirtió con rapidez en una gran chimenea llena de humo negro.

El arquero empezó a toser y a lagrimear, y destensó el arco, ya no podía ver con claridad su objetivo. El gran visir se arrastró por el suelo, intentando escapar de las llamas.

Uno de los turcos se lanzó hacia Jürgen, e intentó ensartarlo con su pica. Pero él lo esquivó y lo empujó contra los tapices en llamas. En un instante prendieron sus ropas y corrió ciegamente, como una pavesa arrastrada por el viento, gritando y agitando las manos. El otro guerrero, al ver a su compañero convertido en una antorcha, se dio la vuelta y huyó hacia la salida. Con una sangre fría extraordinaria, Jürgen recogió la pica del primero y la lanzó con todas sus fuerzas hacia el hombre que huía, atravesándolo de parte a parte.

Las llamas ya lo envolvían todo. Era imposible escapar o distinguir nada a más de un metro. Todo estaba ceñido por volutas de humo negro que abrasaban los pulmones.

Jürgen levantó el talismán por encima de su cabeza y gritó:

—¡Al-Hajjaj, por el poder de Salomón, te ordeno que me saques de aquí!

El efrít apareció entonces en medio de las llamas. Su cuerpo gigantesco era iluminado majestuosamente por el fuego, que aunque lamía su piel era incapaz de quemarle. Abrió los brazos, y el incendio se extinguió a su alrededor. El humo se elevó hacia lo alto de la torre.

Jürgen tosía como si fuera a sacar los pulmones por la boca, pero se sobrepuso. Levantó los ojos enrojecidos y lacrimosos hacia el gigante.

—Eres mi esclavo, djinn —dijo.

—Tú posees ahora el talismán —admitió al-Hajjaj.

—¡Sí, aquí lo tengo! —Se puso en pie, desafiante—. ¿Tienes algo que decir al respecto?

El efrít frunció el ceño.

—No. —Al-Hajjaj hizo una pausa y añadió—: Pero quizá él sí.

Jürgen se volvió hacia donde el efrít señalaba, pero aún estaba cegado por el humo y no pudo ver con claridad la sombra que se abalanzaba hacia él. Sintió un dolor intenso en el vientre, como si una tea encendida se hubiera abierto camino entre sus tripas. Bajó la vista y vio el cuchillo que se hundía en su estómago; la mano que lo empuñaba estaba cubierta con un vendaje ensangrentado. El bárbaro cayó al suelo, retorciéndose de dolor, mientras se sujetaba la herida con las dos manos. Entonces alzó la vista y vio al hombre que lo había matado:

—¡Tú!

Hussein el orfebre soltó el cuchillo, que repicó contra el suelo, y se quedó

observando fríamente al extranjero pelirrojo mientras agonizaba.



Sindbad el Marino 23.^a

Cuando salió de la tumba, Sindbad quiso regresar con sus hombres. Se sentía agotado y con la mente nublada. Las preguntas relumbraban como relámpagos, pero las apartaba sin intentar responderlas. Su decisión estaba tomada y era irrevocable: iba a continuar.

Pasara lo que pasase, iba a llegar al final de todo aquello.

Pero entonces se vio perdido, desconcertado. Pensó que estaba viviendo una alucinación. El sol había salido de repente y ya estaba en el cenit, ningún objeto arrojaba sombras. ¿Cuánto tiempo había pasado dentro de la tumba? En vez del suelo polvoriento por el que había pasado con Nahodha, un momento antes, ahora pisaba una hierba verde y mullida. En vez de ruinas, lo rodeaban edificios de piedra blanca y reluciente, con pequeños balcones engalanados con flores de color violeta. Y estaba seguro de haber tomado el mismo camino.

El sendero lo condujo a través de aquella ciudad deslumbrante hasta el borde de un acantilado cuyo fondo desaparecía en la bruma. Sindbad se asomó y vio unos jardines que habían sido acondicionados en la misma pared, y estrechas cascadas que nacían entre las rocas calcáreas y se precipitaban al vacío. Miró a su alrededor desconcertado, unas criaturas muy extrañas volaban a lo lejos, parecían pájaros con larguísimas colas con plumas de colores. Ese no era su mundo.

Oyó voces y se volvió. Por el mismo camino venía un grupo de personas. Reconoció a su tripulación, y delante de ellos iba Qaid abd al-Siqlabi, conduciéndolos.

—Es importante no desviarse del sendero —les decía a los demás—. Intentad pisar exactamente donde yo piso, porque este lugar tiene una geometría desconcertante.

Sindbad les salió al paso.

—Os había dicho que esperaseis a que yo regresara —dijo.

—Y así lo hicimos, capitán —le respondió Gafar—, pero tardabas y Qaid nos aseguró que no había ningún peligro.

—Es mi tripulación —dijo Sindbad encarándose con Qaid—. No te corresponde a ti dirigirles.

Qaid rio y puso una amigable mano en el hombro de Sindbad.

—Amigo mío —dijo—, recuerda que esta ha sido mi casa durante dos largos años. El único peligro que hay aquí es perderse recorriendo este sendero, como sospecho que te ha sucedido a ti, ¿verdad? Por eso creí que lo mejor era ir a buscarte.

—¿Cómo es posible? —preguntó Aisha asomándose al acantilado—. No vimos nada de esto desde el aire.

—Lo que vemos es lo que nuestros ojos nos muestran y nuestra mente quiere entender —le explicó Qaid mientras le cogía cariñosamente la mano—. Como sé que me amas, esposa mía, estoy seguro de que cuando me miras me ves más guapo de lo que he sido nunca. —Rio de nuevo—. Cada uno de nosotros habita en una esfera de percepción diferente. Y los djinns, todas las razas de djinns, poseen el poder especial de manipularlas.

—Esto no me gusta —dijo Abdul—. A mí me suena a brujería.

—¡Y a mí! —exclamó Mustafá, retrocediendo un paso.

—Sí. Es mejor que volvamos por donde hemos venido, como nos aconsejó el capitán —dijo Bilal, que parecía decidido a dar media vuelta y salir corriendo.

Radi se volvió hacia los marineros y el comerciante. El rostro del muchacho expresaba asombro y decepción.

—No puedes hablar en serio. ¿Retroceder ahora?

—El chico lleva razón —dijo Yahiz—. ¿Quién ha tenido la oportunidad antes de nosotros de visitar un lugar semejante? ¡Estamos en el país de los djinns!

—Pues sigue tú solo, ojos de sapo —gruñó Mustafá—, ya que te gustan tanto estas cosas extravagantes.

—¡Hermanos! —gritó alguien desde el otro extremo del sendero.

Todos se volvieron a la vez hacia la voz, y vieron al enorme Ozman caminando hacia ellos con los brazos abiertos. Su rostro labrado con cicatrices estaba iluminado por una sonrisa.

—¡Mi querido amigo! —exclamó Mustafá abrazando con fuerza al marino. Se apartó un poco y lo miró—. Es un milagro. ¡Te has recuperado por completo!

—Los si'lats me han curado. —Se abrió la camisa para demostrar a sus compañeros que sus heridas estaban perfectamente cicatrizadas—. ¡Alabado sea Alá!

Detrás de Ozman venía un grupo de gente bastante numeroso. Sindbad distinguió entre ellos varias túnicas negras, las *hirqat al-Tasawwuf*, el atuendo distintivo de los sufíes.

Yahiz reconoció a uno de aquellos hombres.

—¡Hermano Abbas Ibn Ata'Illah al-Safa! —exclamó, mientras corría a abrazar a un anciano que, a pesar del calor, iba vestido con aquella toga de gruesa lana que era señal de penitencia y ascetismo. Para caminar se apoyaba en un grueso bastón de enebro.

—Abú Uthman Amr Ibn al-Bahr al-Fukaymi Basri —dijo el anciano abrazando a

Yahiz—. ¡Alabado sea Alá! Qué sorpresa verte por aquí. ¿Cómo está tu familia?

—¡Alabado sea por siempre!... ¡Bien, bien! —Yahiz se volvió hacia Sindbad, que los observaba con una ceja levantada—. Este es mi buen hermano Abbas, de la escuela de los *mutazilíes* de Basora. ¡Es una gran sorpresa, no esperaba encontrarte aquí!

—Llevo dos años aquí, hermano —dijo Abbas—. Vinimos con Qaid.

—Y yo he pasado un año viajando para completar mi libro. El tiempo es como arena entre los dedos, hermano.

—No hay poder ni gloria excepto la de Alá —asintió Abbas.

—Ya lo ves, capitán Sindbad —dijo Qaid con una sonrisa iluminando su rostro—. Aquí no hay ningún peligro. Acéptalo, ahora estáis entre amigos.



El grupo recorrió junto el resto del sendero, y llegaron a la puerta de dos hojas de mármol. Sólo que esta vez no estaba en el interior de una cripta, sino en el muro de un agradable jardín al aire libre. Sindbad no hizo ningún comentario, la atravesaron y se encontraron en una plaza amplia y redonda, llena de grandes edificios de piedra blanca.

El sol caía de plano sobre el mármol que formaba el suelo de la plaza, y proyectaba sobre los vanos de las paredes sombras tan oscuras que parecían manchas de tinta. Los tejados brillaban como si estuvieran cubiertos con láminas de cristal.

¡Y sigue siendo mediodía!, se asombró Sindbad.

Los si'lats deambulaban por la plaza, machos y hembras mezclados por igual, ensimismados en sus respectivas tareas. No le prestaron ninguna atención a los recién llegados.

Yahiz y su amigo se habían adelantado. El anciano le iba diciendo:

—Observa esta magnificencia, mi querido Abú. Estamos rodeados por un flujo interminable de números y proporciones. Los universales principios del álgebra y la geometría están contenidos en la esencia misma de esos edificios que rodean la plaza. Sus ventanas están matemáticamente alineadas sobre las paredes de mármol, y los tejados de cuarzo hialino inclinados en su ángulo justo para encauzar la luz.

—Pero Alá sabe más —apuntó Yahiz.

—Eso sin duda, sin duda alguna... —admitió el anciano.

Se detuvieron frente a una gran estatua del rey Salomón que ocupaba el centro de la plaza. Al contrario que otras representaciones que Yahiz había visto en antiguos libros judaicos, aquel Salomón parecía un fiero guerrero de larga y florida barba. Cabalgaba una alfombra voladora y exhibía una espada en la mano derecha. En el

pedestal había una inscripción con los caracteres de la escritura de los djinns. «*Mfalme Sulemani, mshindi wa afarit*», leyó Abbas.

—«Rey Salomón, vencedor de los efrits» —tradujo en beneficio de su amigo—. No puedo decir que me agrade esta representación de la figura humana, y menos tratándose del rey Salomón, pero tengo que admitir que es interesante ver cómo...

Pero Yahiz no estaba escuchando. Miraba atónito algo enorme que en ese momento cruzaba la plaza con paso indolente. Debía de medir cuatro metros de alto y pesar tanto como varios elefantes. Se sustentaba sobre dos patas musculosas y no tenía brazos, pero sí una cola larga y plana que ondulaba tras él como una anguila. Su cabeza, pequeña en comparación, era redonda y estaba situada al extremo de un cuello largo y robusto, como el de una tortuga. No tenía ojos, o al menos nada que Yahiz pudiera identificar como tal, pero su boca casi dividía su cabeza en dos y mostraba unos dientes grandes y planos. Llevaba una especie de bozal y palpaba el aire con unos tentáculos situados por debajo de la mandíbula, a cada lado de su cráneo. Tenía el cuerpo recubierto de pequeñas escamas multicolores, con dibujos semejantes a los que cubrían las alfombras voladoras, y estaba rodeado por una especie de arnés con el que cargaba sacos y otros bultos de aspecto pesado. A pesar de su tamaño, parecía una bestia apacible, pues un solo si'lat lo conducía con unas riendas no muy diferentes a las de un caballo.

—¡Un dragón! —exclamó—. Nunca creí que existieran. ¿Arroja fuego?

—No es un dragón, amigo mío, sino un *hinn*; es decir, un djinn irracional. Los si'lats los han preservado por su utilidad como bestias de carga. No son muy listos.

—Pero ¡esto es asombroso! No sabía nada de ellos.

—Fíjate ahí, en el extremo de su cola...

Yahiz miró donde le indicaba el anciano y vio algo aún más asombroso. En sus ondulaciones, partes de la cola plana del animal desaparecían, como si otra bestia aún más enorme se la hubiera arrancado de un mordisco, y luego volvía a aparecer, a veces desplazada unos metros del resto del cuerpo. Al cabo de un rato todo volvía a su lugar.

—¿Cómo es posible? —exclamó Yahiz sin entender lo que sus ojos le mostraban.

Abbas sonrió y dijo:

—¡Hay tantas cosas fascinantes que tengo que explicarte, hermano!

—Y yo estoy ansioso por conocerlas.

Todos los marinos, excepto Ozman, que ya estaba habituado a ellas, habían quedado tan asombrados como el erudito por la aparición de aquella bestia. Pero al poco tiempo vieron otra, y otra más, y comprendieron que eran un elemento común en aquel lugar asombroso.

Nahodha apareció entonces en la entrada de uno de los edificios más impresionantes de la plaza. Pasó bajo los arcos del pórtico central y se dirigió hacia

ellos tras bajar por una escalinata de mármol blanco que abarcaba toda la fachada.

Se acercó a Qaid.

—Lo que vio Neema sugiere que los efrits y los humanos de Ibn Jalid han llegado a un acuerdo —le dijo—, la situación es de extremo peligro. El talismán tiene poder para despertar a Iblis. Tenemos que reunir al Consejo inmediatamente.

—Primero me voy a ocupar de atender a mi esposa —dijo Qaid mientras cogía a Aisha de la mano—. Está agotada por tan largo viaje y por todos los acontecimientos terribles que ha sufrido. Tiene que descansar y me necesita ahora a su lado.

—Cada instante cuenta —dijo Nahodha sacudiendo la cabeza—. Los efrits podrían estar dirigiéndose ahora mismo hacia la Ciudad de Cobre.

—Tendréis que esperar —dijo Qaid terminante—. Iré a la reunión tan pronto como pueda. Ahora debo llevar a mi esposa a casa.

—Estoy bien, querido —le susurró Aisha al oído.

Él la miró con detenimiento y dijo:

—No, no lo estás. —Lo cierto es que parecía exhausta—. Permíteme que me ocupe de ti antes que de ninguna otra cosa. El resto del mundo puede esperar un poco más.

Qaid pasó la mano por la cintura de Aisha y se alejaron juntos.

Si Nahodha se sintió furioso por las palabras del humano, no lo demostró de ningún modo. Se dio media vuelta y volvió por donde había venido. El resto de los marinos se marcharon con Ozman, mientras Yahiz y el viejo mutazilí conversaban tranquilamente.

Sindbad permaneció donde estaba, mientras contemplaba pensativo cómo Aisha y su esposo se perdían por una de las callejuelas que desembocaban en la plaza.

—Bueno, ¿qué piensas hacer, capitán?

Sindbad se volvió. Era Radi, que seguía plantado a su lado, como esperando algo.

—¿A qué te refieres?

—Que si vamos con Ozman y los demás... No conviene separarse del resto.

—Tienes razón —dijo Sindbad—. Vamos.



Sindbad el Marino 24.^a

La vivienda de Qaid tenía el suelo de mármol y las paredes blancas. Los muebles de la primera estancia eran una mesa baja y varios arcones, y estaban pintados del mismo color. Tan sólo los almohadones de terciopelo granate y un astrolabio de latón, que descansaba sobre la mesa, rompían aquella uniformidad. Una de las paredes emitía luz y si Aisha entornaba los ojos podía ver árboles iluminados por un sol cegador y agitados por la brisa.

Era una ventana al exterior, pero ¿adónde? Cuando habían llegado a la casa, esta se encontraba en el centro de la ciudad de los djinns, rodeada por otros edificios. ¿A qué paisaje extraño y luminoso se abría aquella ventana imposible?

—¡Este lugar es maravilloso! —exclamó.

Qaid se volvió hacia ella y la miró con intensidad.

—No lo era sin ti. He soportado estos años, pero ya no podía estar más sin verte.

Después de tanto miedo y dolor, Aisha sintió que aquellas palabras eran como un halo cálido que se abría paso por su interior. Caminó hasta él y lo abrazó.

—Yo tampoco podía pasar más tiempo sin ti.

Y, una vez más, como ella recordaba tan bien, el cuerpo de Qaid permaneció rígido y frío ante su demostración de afecto. Pero sus palabras fueron tan suaves como siempre:

—Ahora estamos juntos, querida, y no voy a permitir que nada nos vuelva a separar.

Aisha intentó besarlo, buscó su boca con los labios, y él se apartó suavemente.

—Estás agotada, tienes que descansar —dijo—. Te prepararé una bebida de los si'lats que es muy nutritiva y te ayudará a recuperarte.

Qaid se metió en otra sala y Aisha miró a su alrededor. De repente sentía que aquella casa era menos acogedora y que el calor se iba apagando dentro de ella. Como tantas veces.

Había conocido a Qaid poco después de que llegase a Córdoba como embajador del califa. Ella había sido invitada a la recepción junto con el resto de la familia de su tío. De inmediato se sintió fascinada por aquel hombre maduro, de porte altivo, que

parecía un poco fuera de lugar entre la nobleza y que hablaba de libros y de países lejanos. Había algo en sus ojos, en la determinación de su rostro, que le recordó con intensidad a su padre.

Unos días después, con la excusa de enseñarle la biblioteca familiar, le invitó a su antigua casa, que había permanecido cerrada desde la muerte de sus padres. Al pasar por el jardín, Aisha echó una mirada al pequeño palacio en el árbol, que estaba medio desarmado y cubierto de maleza, pero apartó los ojos cuando los recuerdos sombríos la asaltaron.

Empezaron a besarse casi en el instante en el que cruzaron el umbral, y sin dejar de hacerlo ella lo condujo hasta una habitación.

—¿Es aquí donde fueron asesinados? —preguntó Qaïd.

—No, este era mi dormitorio —dijo pegando sus labios contra los de él.

Cayeron sobre la cama y empezaron a desnudarse el uno al otro mientras se acariciaban y se besaban. Un momento después, la escena era muy distinta. Qaïd estaba sentado en la cama, desnudo y abatido, y ella lo miraba sin comprender lo que había pasado.

—¿He hecho algo que te desagrade? —le preguntó tímidamente.

Él la abrazó.

—No es tu culpa, eres una mujer maravillosa, pero...

—Pero...

—Mi mente está ocupada por pensamientos tristes. Estoy muy decepcionado con ciertos acontecimientos recientes de mi vida. Yo no tendría que estar aquí ahora.

—¿Es que no querías venir a al-Ándalus?

Él la miró a los ojos.

—Ahora me siento dichoso sólo por haberte conocido, pero tengo que reconocer que en su momento fue una gran contrariedad para mí que me destinasen tan lejos de mi hogar y mis libros. Pero la corte de Bagdad está llena de intrigas y maquinaciones políticas, y yo nunca me he sabido mover bien en esos ambientes. La búsqueda del conocimiento siempre ha sido mi única obsesión. Los libros antiguos eran mis únicos amigos. Pero ahora siento que mi camino se ha desviado, estoy desesperado y no sé qué hacer para recuperar mi vida en Bagdad.

Aisha lo miró emocionada. Nunca había conocido a un hombre que tuviera la fortaleza de mostrarse débil ante una mujer. La admiración que sentía por él aumentó y experimentó el deseo de ayudarlo en todo lo que estuviera en su mano.

—Te dije que te mostraría la biblioteca de mi padre. Quizá no es tan extensa como la que dejaste en Bagdad, pero es posible que encuentres en ella algún ejemplar interesante.

—Te lo agradezco mucho.

Se vistieron, subieron al primer piso y entraron en la gran sala donde su padre

guardaba los libros y los códices antiguos. Ella abrió las batientes de una ventana para que entrase la luz. Entonces Qaid lanzó una exclamación y corrió hacia el centro de la estancia, varios volúmenes descansaban sobre una mesita de madera de acacia. Para sorpresa de ella, el erudito arrojó los libros al suelo y se quedó admirando extasiado los grabados del tablero de oro de la mesa.

—Esto... —musitó—, ¿de dónde ha salido?

—Ha pertenecido a mi familia desde hace incontables años. ¿Te parece valiosa?

—¡No puedes imaginarte cuánto!

Los recuerdos de Aisha se desvanecieron cuando Qaid regresó con una taza humeante.

—Bebe esto, querida. Te aseguro que de inmediato te sentirás mejor.

—Estoy bien. Sólo quiero saber más cosas de este lugar y lo que has hecho aquí durante estos años. ¿Has conseguido lo que te proponías?

—Todo a su tiempo, querida. Ahora que por fin estás conmigo ya no hay motivos para el apresuramiento. Toma, bébetelo todo, el sabor es un poco amargo pero te ayudará a dormir.

—Como quieras —dijo ella sujetando la taza entre sus manos.



Al-Ándalus

—Quiero que veáis algo con vuestros propios ojos y que me deis vuestra opinión — dijo Ozman mientras conducía al grupo de marinos por las calles de la ciudad.

—¿De qué se trata, hermano? —le preguntó Fahd, que era pequeño de estatura, pero con el cuerpo curtido y musculoso por el duro trabajo de subir y bajar de las jarcias.

—Ya me contaréis. A lo mejor pensáis que me he vuelto loco...

—Bueno, veámoslo de una vez y hablaremos —gruñó Gafar, que no se sentía nada cómodo en aquel lugar tan desconcertante.

Sindbad caminaba detrás de ellos, en silencio. Apenas era consciente de aquella asombrosa ciudad que lo rodeaba. Las estatuas, las placas en las calles, todo estaba rotulado en el idioma de los djinns, y por lo tanto era incomprensible para él. Sus ojos saltaban de un punto a otro sin ser capaz de centrarse en nada en concreto. Su mente daba vueltas y vueltas al mismo asunto. Una y otra vez. Tenía que admitirlo: no le gustaba Qaid.

Era consciente de que esa sensación no tenía ninguna lógica, no había nada extraño en el comportamiento de Qaid. Y aun así...

Ella le había dicho en Bagdad que nunca habían hecho el amor. ¿Qué clase de matrimonio era ese? Sindbad imaginó entonces que él era un hombre viejo o tullido, y que la relación entre ambos sería más parecida a la de un padre con su hija. Pero no había resultado ser así. Qaid era mayor que ella, pero era un hombre fuerte y atractivo. Tenía la imagen de un líder capaz de entusiasmar a la gente y hacer que lo siguieran en su aventura. ¿Le había mentado Aisha? Sería comprensible para justificarse después de haber tenido sexo con él. Pero en ese momento ella era una mujer sola y amenazada, prisionera del gran visir. Necesitaba un aliado, y él había llegado en el momento oportuno. Y no hay duda de que consiguió atraer su atención.

Y él no tenía derecho a decir nada, pues ella estaba junto a su esposo, a quien al parecer adoraba. Lo mejor en su posición era apartarse a un lado y dejar que los dos siguieran con su vida. Eso era lo único que sensatamente podía hacer si no quería meterse en un buen lío.

Pero no confiaba en Qaid.

Sentía, en lo más profundo de su alma, que había algo oscuro en aquel hombre, y no comprendía cómo Aisha, a pesar de ser tan inteligente, no lo veía. Estaba convencido de que ella seguía necesitando su ayuda. De una forma distinta a como él desearía, pero la necesitaba.

Miró alrededor. Ahora estaban en otra plaza redonda, mucho más pequeña que la anterior. La mitad de la circunferencia era una balconada que daba a un jardín situado debajo de ella. Ozman condujo hacia allí a la tripulación, pero Sindbad se entretuvo mirando la fuente que ocupaba el centro de la plaza. Era una esfera verde que parecía tallada en una única pieza de jade de cuatro metros de diámetro. El agua salía por su polo superior y resbalaba por toda la superficie de la piedra. Pero no la mojaba por completo, porque algunas partes sobresalían del resto, y el agua se escurría alrededor de esas zonas más elevadas hasta que llegaba al polo inferior de la esfera, donde era recogida en una especie de pileta de alabastro.

Sindbad rodeó la fuente y de pronto tuvo una revelación: ¡era un mapa! Ahora lo veía muy claro, reconoció los perfiles de las tierras emergidas. Aquella era la península Arábiga, y allí estaba el golfo Pérsico... el Mar Rojo, el océano Índico, la costa de África. Sí, incluso la pequeña isla de Zanzíbar estaba representada. ¿Eran correctas las proporciones? El Oriente parecía enorme y las zonas del norte de Europa no las reconocía.

Sin embargo... Sindbad rodeó la esfera de jade y se quedó mirando las extrañas tierras emergidas que el artista había representado allí. Un continente largo y estrecho, comprimido en la parte central como si Alá lo hubiese cogido con la mano y hubiese apretado. ¿Sería aquello real también o sólo era producto de la imaginación del artista? Quizá había esculpido ese continente desconocido sólo para no dejar vacío aquel lado. O quizá...

Estaba rodeado de misterios y de cosas fascinantes, y era hora de despertar su mente. Comprendió que para entender las intenciones de Qaid, tendría primero que entender aquel lugar que había sido su obsesión y en el que había vivido durante dos largos años.

—¡Oh, esto es asombroso! —exclamó Fahd desde la balconada—. ¡No puedo creerlo!

Sindbad se volvió hacia ellos. Todos estaban asomados en la terraza, incluso Radi y Gafar, y fuera lo que fuese que estaban viendo había captado toda su atención. Al parecer, lo que tenían frente a ellos aún era más interesante que aquella esfera de jade. Se acercó para averiguarlo.

La terraza daba a un gran jardín de plantas exquisitamente cuidadas, con una extensa superficie de césped justo debajo de ella. Pero lo más asombroso es que aquella llanura parecía extenderse hasta el infinito. Sindbad tuvo que parpadear y

frotarse los ojos cuando su mirada se perdió en la línea de un horizonte que estaba mucho más lejos de lo acostumbrado. Los si'lats hacían cosas extrañas con la realidad, la dominaban y distorsionaban a su voluntad.

Decenas de ellos hacían ejercicios en aquel prado aparentemente infinito. Practicaban con el arco, se enfrentaban en un arte marcial parecido a la lucha persa, o simplemente corrían de un lado a otro. Todos estaban completamente desnudos. Los más alejados eran simples motas en la distancia. Había machos y hembras compitiendo juntos, pero su tripulación parecía interesada sobre todo en las hembras. Sus cuerpos eran esbeltos y fibrosos, los músculos se marcaban bajo la piel blanca como el mármol. Sus cuellos eran un poco más largos que los de los humanos, y carecían de pelo en todo el cuerpo, excepto las largas cabelleras negras, que eran iguales en machos y hembras... Y algún que otro detalle más, pero las diferencias anatómicas se disimulaban con la distancia. Era como ver un jardín repleto de estatuas griegas cobrando vida.

—¿A que desde aquí parecen tener una altura normal? —dijo Ozman satisfecho.

—¡Son tan hermosas! —exclamó Radi, que nunca en su vida había visto a una mujer desnuda. Aunque, claro, aquellas hembras en realidad no eran mujeres.

—Eso no es para mí —dijo Gafar agitando una mano en el aire—. Tengo muy mal recuerdo de las hembras de otras especies.

Pero siguió mirando como todos.

—¡Pervertidos! —gritó alguien a su espalda—. ¡Sé lo que estáis pensando, puedo ver cómo la lujuria anida en vuestro corazón! ¡Pero eso que miráis con tanto deseo no son mujeres, sino criaturas satánicas, súcubos con los que yaceréis sólo para ser maldecidos por Alá!

Todos se volvieron hacia él. Parecía un anciano decrepito, pero el pelo de su deshilachada barba aún era negro, por lo que quizá no tenía tantos años como aparentaba. Parecía un esqueleto andante, no tenía dientes y estaba tan flaco que las venas se marcaban como sinuosos riachuelos discurriendo por debajo de su arrugado y reseco pellejo.

—¿Y quién eres tú? —le preguntó Sindbad.

—¡Yo soy Ebrahim el morabito! ¡Soy la voz que denuncia vuestro pecado!

—¿Y es necesario que lo digas todo gritando? —le preguntó Gafar, lo que arrancó una carcajada a sus compañeros.

—Reíros si queréis, ¡pero eso no os salvará de la justicia de Alá!

El hombre iba casi desnudo, con un simple trapo enrollado tapándole los genitales. Sus piernas parecían dos ramas de abedul a punto de partirse.

—¿Por qué estás tan furioso con nosotros? —le preguntó Radi—. Acabamos de llegar y aún no hemos tenido tiempo de hacer nada malo.

—¡Pero lo haréis! ¡Yo sé que todos estáis corrompidos hasta los tuétanos!

Fahd dio un paso hacia el morabito y alzó un puño amenazante.

—¿A quién te crees que estás insultando, alfeñique?

Ozman lo sujetó por el brazo y dijo:

—Tranquilo, hermano, este hombre es inofensivo. Es uno de los santones que vinieron con Qaid, y todos piensan que perdió el seso al poco de estar aquí.

—Espera —dijo Sindbad—, me interesa lo que dice... —Se volvió hacia el hombre y añadió—: ¿Estás insinuando que algunos de los que te acompañaban tuvieron contacto carnal con los si'lats?

—¿Contacto carnal? —exclamó el morabito—. ¡Fornicaron! ¡Copularon! ¡Follaron! ¡Se revolcaron como lujuriosas bestias en celo con las hembras de esos monstruos!

Dejaron al morabito despotricando solo y siguieron a Ozman en su recorrido por la ciudad. Sin embargo, Sindbad no podía apartar las palabras de aquel hombre de su mente. Una vez más, comprendía que con aquel viaje había abierto una puerta a un nuevo y extraño mundo.

Era imposible adivinar cuáles iban a ser las consecuencias, pero las cosas nunca volverían a ser como antes.



Morabito

—¿Nunca te has sentido un extraño entre esta gente? —preguntó Yahiz.

Abbas caminaba lentamente, apoyándose en su bastón de enebro. Paseaba junto a Yahiz por las salas de una biblioteca que formaba un anillo abierto a un gran jardín. Se detenían de vez en cuando a contemplar libros y manuscritos viejos escritos en la lengua de los djinns.

—Al principio se apoderó de mí la melancolía por estar tan lejos de mi tierra, pero comprendí que todos somos extranjeros que estamos de paso en este mundo, del que partiremos de un momento a otro. No hay nada propio, nada que puedas atesorar, ni tu tierra ni tu gente.

—Esa es la verdad, hermano.

—Cuéntame, Yahiz, ¿qué has estado haciendo tú en estos años?

Llegaban las voces amortiguadas de otros paseantes, el lugar tenía una extraña acústica y los sonidos parecían venir de muy lejos. La contemplación de los libros abstraía a Yahiz, pero, incapaz de entender los textos, se contentaba con la visión de las láminas.

De vez en cuando le preguntaba a Abbas, y este le leía los nombres de flores y animales desconocidos para él en algún voluminoso tratado sobre la naturaleza. Plantas y seres extraños, pero fascinantes, que crecían en algún lugar totalmente desconocido para Yahiz.

—Acompañé al capitán Sindbad en su anterior viaje —dijo el mutazilí más joven—, y conseguí interesantes especímenes para mi libro, que por desgracia fueron robados en Bagdad. Aunque aún no puedo entender qué clase de demente o idiota podría robar un montón de cajas llenas de insectos, plumas y lagartos en salmuera.

—Sí, recuerdo que me hablaste de aquel tratado que estabas escribiendo..., el *Kitâb al-hayawan* (El libro de los animales), ese era su nombre, ¿verdad? —Yahiz asintió y Abbas siguió hablando—: Recuerdo también que en él defendías una idea curiosa: que las especies animales no están fijadas en el tiempo, sino que se transforman lentamente unas en otras. Es decir, que progresan en sus formas y capacidades.

—Así es. Tienes buena memoria, hermano. Para apoyar mi idea, realicé ese viaje de seis meses con el capitán Sindbad. Afortunadamente, además de las muestras que recogí, también hice multitud de dibujos que se han salvado. Pero ahora contemplo todos estos tratados y estos maravillosos dibujos de plantas y animales desconocidos con una mezcla de sentimientos. Por una parte, en estos libros de los djinns veo mi idea confirmada. Yo tenía razón, las especies cambian. Por otro lado, siento que todo mi esfuerzo es fútil. No sólo el mío, sino el de toda la humanidad. ¿Qué podemos descubrir que ellos no hayan descubierto ya hace miles de años?

—Y, sin embargo, Alá sabe más. En nuestro esfuerzo por aprender, es más importante el camino del aprendizaje que los conocimientos que adquirimos. Es ese camino que tenemos que recorrer, de una forma u otra, el que nos hace mejores. Fíjate que nosotros vinimos con la esperanza de enseñar a los djinns nuestra visión del Creador, y atraerlos a la Casa Común del Islam. Más de cien ulemas de las diferentes escuelas y ramas del islam, sunitas, chiítas, sufíes o mutazilíes, llegamos a esta ciudad con el orgullo anidando en nuestro corazón. Y aquí todos aprendimos a ser humildes. Pero hemos conseguido un triunfo. Nahodha, que es uno de los principales miembros del Consejo de los Djinns, se ha convertido al islam. No es mucho, esa es la verdad, cien de nosotros para convertir a uno solo de ellos, pero alabado sea Alá.

—Es verdad, hermano. —Yahiz sonrió con reverencia—. He dejado que un pensamiento mezquino me cegase por un momento.

—Quiero mostrarte algo, hermano.

Caminaron juntos por aquel largo corredor donde el tiempo parecía estacionado. A un lado se alineaban las estanterías llenas de libros y pergaminos, al otro los arcos que daban al jardín, donde podían ver los árboles dispuestos con algún oculto significado: la palmera, el granado, la higuera y el olivo. Yahiz miraba a un lado y a otro, intentando absorber e interpretar la belleza que los rodeaba. Los capiteles de las columnas eran como un libro en piedra blanca que mostraba escenas de la vida cotidiana de los si'lats. También eran una especie de bestiario, en el que se podían apreciar criaturas asombrosas, además de flores y hojas bellamente trabajadas. Percibió un sonido agradable, cada vez más cercano, el del agua que brotaba de una fuente bañada por un rayo de luz. Estaba rodeada de gatos que saciaban plácidamente su sed.

—Fíjate, Yahiz, la luz incide directamente sobre la piedra blanca de la fuente y el agua dibuja un maravilloso arco iris. Los si'lats crean armonías con la luz igual que nosotros lo hacemos con la música. Así como unos cuantos acordes pueden trasladarnos en un instante lejos de nuestras preocupaciones mundanas, llenándonos el alma de un significado más fundamental y sublime, así los rayos de luz hábilmente manipulados por los si'lats pueden vincularnos directamente con la misma esencia

del universo.

Un poco extrañado, Yahiz se volvió hacia su amigo. Sus palabras le resultaban un poco desconcertantes y se preguntó quién habría influido más en las creencias de los otros, si los humanos en los djinns, o los djinns en los humanos. Para desviar su mente de esa incertidumbre, señaló hacia la fuente y preguntó:

—¿De dónde salen tantos gatos? ¿Lo sabes?

Abbas sonrió.

—Los gatos son *hinns*. Es decir, son «animales djinns». El Corán no las menciona todas, pero hay muchas especies distintas entre los djinns. La mayoría habitan en los desiertos y no se acercan jamás al hombre. Los gatos son los únicos que se han acostumbrado a vivir entre nosotros. Y resultan muy útiles, pues son capaces de ver en varias esferas de percepción a la vez, y así nos avisan de la presencia de un djinn oculto o invisible. Mira allí...

Abbas le mostró un exquisito mural pintado en una pared del fondo, que contenía detalladas ilustraciones de las diferentes especies de djinns:

Los horribles y grises ghuls, que se alimentaban de la carne de los seres humanos, y a los que Yahiz ya tenía la desdicha de conocer.

—Los ghuls son una especie menor y están anclados a este plano —le explicó Abbas.

Los hinns, que contenían a varias subespecies que podían pasar por animales.

—Los gatos, como te he dicho antes. Pero también esa bestia que vimos fuera, y que no está constreñida al plano que habitamos los humanos, del que puede salir y entrar libremente.

Abbas siguió mostrándole el resto de las especies:

Los efrits, los más malvados y poderosos. Podían moverse entre los planos y hacerse invisibles, siempre que permanecieran inmóviles. Sus colores iban del rojo pálido al granate oscuro, y algunas especies tenían excrescencias óseas en el cráneo, similares a cuernos.

Los janns, que habitaban los desiertos, podían tomar la forma de remolinos, y desplazarse a voluntad entre los planos de la realidad. Eran, entre todos los djinns, a los que más gustaba el contacto con los seres humanos. A veces sólo por diversión, otras por curiosidad.

Los marids, que habitaban por toda la Tierra, incluidos los océanos, y que estaban divididos en muchas subespecies, algunas poderosas y otras casi irracionales.

Los nasnas, que eran híbridos con las formas de seres humanos y animales, y que explicaban muchos de los encuentros de los exploradores con criaturas extrañas.

Los palis, que vivían en el desierto y se alimentaban de sangre. Atacaban por la noche a los viajeros dormidos, y drenaban su sangre lamiéndoles las plantas de los pies. Para evitar esto, los tuaregs dormían siempre en pareja, con las plantas de los

pies juntas.

Los shiqqs, que eran djinns menores, criaturas a medio formar y de aspecto monstruoso.

Y los si'lats, inteligentes y con la piel pálida. Enemigos mortales de los efrits.

—Algunos pueden moverse entre los planos —siguió diciendo Abbas—. Otros son casi inmortales, como los si'lats o los efrits, o tienen la habilidad de regenerarse y sanar de las más terribles heridas. Los efrits, además, pueden volverse invisibles. Pero todos ellos pertenecen a la especie de los djinns, y todos son más antiguos y más poderosos que los hombres.

—Es fascinante —dijo Yahiz admirando aquel retablo—. Pero ¿qué quieres decir con eso de que pueden moverse entre los planos?

—Los humanos solamente podemos movernos en tres direcciones del espacio. Podemos ir hacia delante... —Abbas se lo demostró avanzando un paso—. De lado... o hacia arriba... —Dio un pequeño saltito—. Estamos limitados a movernos en esas direcciones, pero la mayoría de las especies de djinns no. Ellos pueden desplazarse en una cuarta dirección.

—¿Y qué dirección es esa?

Abbas dudó antes de responder. Se agachó y dibujó un cuadrado en la tierra del jardín.

—Nuestra mente de «tres direcciones» no puede comprenderlo. Imagina, hermano, que este cuadrado es un ser inteligente que habita un mundo de sólo dos direcciones. Por más que se esfuerce, jamás podrá entender nuestro mundo con una dirección más. Y si hago esto... —Abbas clavó su dedo índice en la arena—, lo único que verá de mí es un círculo que aparece de repente frente a él. Jamás podrá entender la complejidad de un cuerpo humano. Muchas de las cosas increíbles que los djinns son capaces de hacer, como esta ciudad, se debe a su facultad para desplazarse en esa dirección de más. Pero ese mismo poder se convirtió en su debilidad, pues el rey Salomón, alabada sea su sabiduría, pudo encerrarlos en esa cuarta dirección e impedirles el regreso a nuestro mundo.

—Entonces, las alfombras voladoras son también hinns capaces de moverse entre los planos, ¿verdad? Las escamas que las recubren me recordaron la piel de la bestia de la plaza.

—Están emparentadas, pero no son la misma criatura. En realidad, las alfombras voladoras son los hinns más complejos conocidos. Sólo vemos la pequeña parte de ellos que penetra en nuestro plano. Me han intentado explicar su aspecto real, pero he sido incapaz de vislumbrarlo. De la misma forma que mi habitante del mundo plano no podría comprender la forma de un ser humano sólo a partir del pequeño círculo de un dedo que él puede ver.

—¡Asombroso! —exclamó Yahiz.

Abbas miró con gesto afable a su amigo.

—Todos experimentamos las mismas sensaciones cuando llegamos. Creíamos estar en otro mundo. Y es así en parte. Es justo lo que Qaid abd al-Siqlabi nos había asegurado que íbamos a encontrar cuando nos convenció para que lo acompañásemos: la tierra de los djinns.

—¿Todos los djinns habitan en esta zona?

—Oh no, no. De hecho la mayoría de los de aquí proceden del Gran Desierto del norte. El desierto es su medio natural, así que imagino que estarán presentes en todos los de este mundo. Pero aquí se libró la Gran Batalla contra Salomón, que Alá lo bendiga y le otorgue la paz, y se construyó aquí su Ciudad de Cobre, para guardar en ella sus tesoros y también para encerrar para siempre a Iblis, el rey de los djinns derrotados.

—¿Y la ciudad de Hofu?

Abbas asintió.

—La ciudad de Hofu y su puerto fluvial fueron levantados por los hombres fieles al rey Salomón, que vinieron para luchar contra Iblis y luego se quedaron como guardianes de la Ciudad de Cobre. Había muchos sabios entre ellos, e hicieron cosas maravillosas. Hofu brilló con luz propia, compitiendo con los logros de los si'lats.

—¿Y qué pasó con ella?

—Dicen que muchos años después de la muerte de Salomón, se corrompieron por culpa de su orgullo. Abrieron algunas vasijas de cobre y utilizaron a los efrits prisioneros como esclavos para sus intereses, en artefactos como el barco de metal que viste... Al final Alá los abandonó, y Hofu fue destruida por los djinns malvados. Los ghuls devoraron a sus habitantes y los efrits se instalaron en ella soñando con que algún día liberarían a su rey. Y algunos si'lats se mantuvieron aquí, vigilantes durante siglos y siglos para que nunca lo lograsen.

—Y Qaid envió una de esas naves del puerto de Hofu para traer a su esposa.

—Así es. Yo conocía a los cinco hombres que zarparon en esa nave de cobre. Lihab, el sufí, era un gran amigo mío. Ha sido muy doloroso enterarme de su muerte. Los si'lats se enfurecieron cuando se enteraron de que Qaid había utilizado una de las naves de la ciudad maldita, y aún más cuando supieron que había arriesgado un talismán.

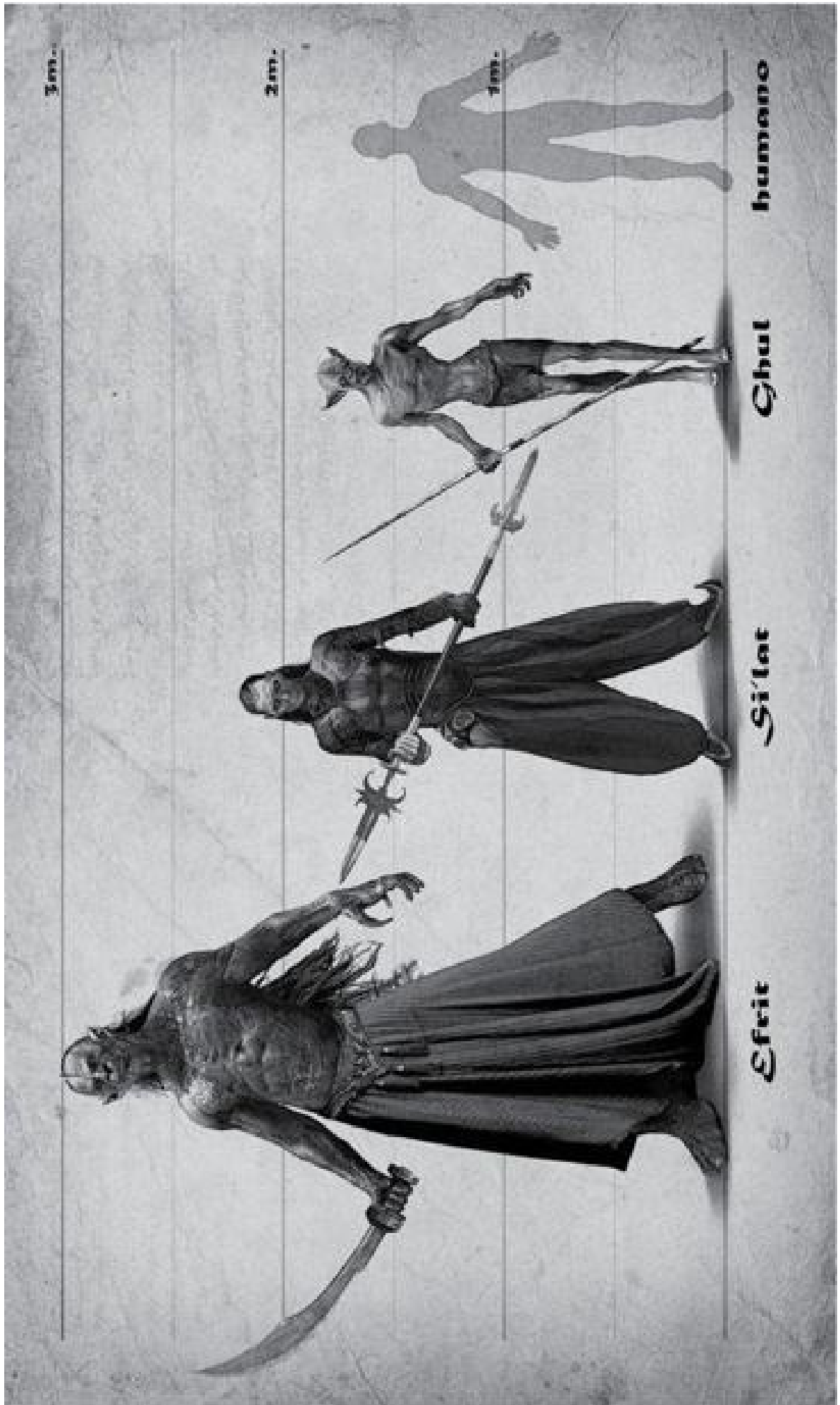
—¿Y no te parece extraño?

—Lo cierto es que no. Creo conocer bien a Qaid abd al-Siqlabi. Por debajo de su aparente frialdad hay un hombre apasionado, con una certera visión de lo que el destino le manda. Fue su entusiasmo el que nos hizo a todos confiar en él y seguirle hasta esta tierra. Y fue su pasión y el deseo de reunirse con su amada lo que le llevó a asumir grandes riesgos. Envío la nave más rápida de Hofu a por ella, y le envió el talismán para protegerla de los efrits durante su viaje, pues temía que pudieran

seguirla. Se lo confió a Lihab, cuya fidelidad estaba por encima de toda duda. Cometió un error, cierto, pero fue por el mejor de los motivos, el amor.

—Es verdad. El amor estará siempre en el fondo de nuestra naturaleza como humanos —asintió Yahiz con una sonrisa—. Sobre todo el amor por Alá.

—Hermano, allá donde vuelvas la mirada encontrarás siempre la faz de Alá.



Cuando los dos amigos salieron de la biblioteca era de noche y en el cielo brillaba una gran luna llena. Yahiz ya había renunciado a intentar entenderlo, un momento antes estaban en el jardín interior en el que aún era mediodía. Un emisario se acercó a ellos y les dijo:

—El Consejo va a reunirse ahora y Nahodha me ha pedido que os comunique que le gustaría contar con vuestra presencia.

El Consejo Si'lat estaba situado en el edificio de las grandes escalinatas, al otro lado de la plaza, no muy lejos de la biblioteca. Cuando Yahiz y Abbas entraron en la sala de reuniones, ya estaban allí el capitán Sindbad, Qaid y su esposa Aisha. También vieron a Mustafá, el comerciante, con su gordo cuerpo despatarrado sobre unos almohadones situados en un rincón.

Una mesa de madera ricamente tallada dominaba el centro geométrico de la sala. En el testero, un sillón de terciopelo rojo con los caracteres djinns bordados en su alto respaldo. A cada lado de la mesa había cinco sillones más, todos con un emblema distinto bordado. Muchos si'lats llenaban la sala y permanecían de pie, hablando con susurros respetuosos. Cuando llegaron los consejeros, fueron ocupando sus puestos; había varias hembras entre ellos.

Nahodha se sentó a la derecha de la cabecera, y el puesto de honor lo ocupó el si'lat más anciano que Yahiz había visto hasta entonces. Era como un viejo y delgado roble recubierto de cuero. Caminaba muy encorvado, pero erguido debía alcanzar los tres metros de altura. Su pelo era blanco como una cascada de espuma y casi lo arrastraba por el suelo. Sus ojos estaban desgastados por el roce de los siglos, como viejas cuentas de vidrio devueltas por la marea.

—Ese es Dirmiyat. La Voz del Consejo.

Yahiz alzó la vista y contempló el asombroso tapiz que cubría la pared que estaba detrás del anciano. De nuevo el rey Salomón estaba representado en aquella batalla decisiva contra los efrits. Distintas razas de djinns luchaban en el aire. Salomón volaba junto con los generales de su ejército en una extensísima alfombra, las águilas surcaban el cielo sobre ellos protegiéndoles del sol, las fieras de la sabana corrían bajo

la alfombra. En ella iban humanos y si'lat combatiendo hombro con hombro. Le llamó la atención un si'lat representado en primer término, cerca de Salomón. Juraría que era el tal Dirmiyat, pero mucho más joven.

—La Batalla de Todos los Tiempos —le explicó Abbas al advertir su mirada—. Duró tres días, al cabo de los cuales, Salomón y su ejército obtuvieron la victoria. Dirmiyat, a quien ves aquí presidiendo el Consejo, hirió e hizo prisionero a Iblis.

—¡Hace dos mil años! —se asombró Yahiz.

—Sí, eso es. Silencio ahora, hermano. El Consejo va a empezar.

* * *

En el otro extremo de la sala, Sindbad observó a Aisha, que permanecía en silencio al lado de su esposo. Estar en la misma habitación que ella y no poder acercarse y hablarle requería toda su fuerza de voluntad. *Es tan hermosa que duele*, pensó.

Notaba un cambio extraño en su actitud. Después de un breve saludo cuando llegaron a la sala del Consejo, ella no había vuelto a mirarle. Aisha mantenía los ojos fijos en el suelo, con una pose muy distinta de la mujer que había conocido en Bagdad. Era como si su heroico esposo le hubiera absorbido parte de su extraordinaria energía y ella estuviera un poco más sombría y sumisa. Qaid, en cambio, exhibía una actitud altiva y relajada al mismo tiempo.

Demasiado relajada, quizá, dada la gravedad del momento. Estaba con los brazos cruzados sobre el pecho, balanceándose de la puntera al talón, del talón a la puntera. Sin parar. Lo que poco a poco iba exasperando a Sindbad, que antes de gritarle que se estuviera quieto de una vez, prefirió mirar hacia otro lado. En la cabecera de la mesa del Consejo, el anciano djinn llamado Dirmiyat ni siquiera tuvo que elevar un poco la voz para que todos los murmullos cesasen en el momento en el que él despegó los labios.

—Esta sesión va a ser necesariamente breve porque el tiempo corre en nuestra contra. Nuestros espías acaban de regresar después de sobrevolar el Bosque de Niebla. —Su voz era suave, pausada. Si reflejaba alguna emoción era tan sólo una apacible serenidad—. Han visto a los humanos y a los efrits preparándose juntos para volar hacia la Ciudad de Cobre. Es de suponer que los efrits han prometido el tesoro de Salomón a los humanos, a cambio de que ellos rompan con el talismán las cadenas de estasis que mantienen a Iblis prisionero.

Dirmiyat señaló a uno de los consejeros y dijo:

—Habla, Zamani. —Al parecer, aquel consejero había hecho un gesto pidiendo la palabra que sólo el anciano había visto.

—Lo que quiero preguntarle a Qaid es si realmente podrían hacerlo.

—Bien —el esposo de Aisha carraspeó—, tienen el talismán de Salomón. Por supuesto que podrían romper las cadenas de Iblis con él. Lo que no creo que puedan lograr es dominar la voluntad de Iblis. Para hacer eso necesitarían el mismo poder que tenía Salomón. Creo que Iblis los matará a todos en el momento en que lo despierten. Estoy seguro de que los efrits no le han explicado esto al gran visir y a sus hombres. Quizá ellos podrían imaginarlo, pero su afán por conseguir el oro y los tesoros que se encuentran allí sin duda nublará su mente.

—Triste consuelo si ya han roto las cadenas de Iblis —dijo Zamani.

—Por favor, Qaid, ¿qué es lo que propones tú? —preguntó Dirmiyat.

—Gracias a Sindbad y a Yahiz, aquí presentes —dijo inclinándose con respeto ante ellos—, he recuperado mi libro de notas, que será muy valioso en estos momentos. Ellos tienen el pentágono, pero gracias al contenido de este libro tendré una descripción precisa del interior de la Ciudad de Cobre. Podremos adelantarnos a sus acciones y así recuperar el talismán.

—Eres muy optimista, humano —dijo otro de los consejeros llamado Wasiwa—. Aun así, no seréis más que un puñado contra más de doscientos guerreros. ¿Con cuántos de los cien humanos que llegaron contigo puedes contar?

Qaid miró al anciano Abbas, y admitió:

—No con muchos. La mayoría son hombres versados en la religión, no en la guerra. Pero vine con una guardia de veinte buenos soldados que estarán a mi lado.

—Veinte contra doscientos —insistió Wasiwa—. Creo que te engañas a ti mismo.

—Quizá no —dijo Dirmiyat—. Busara tiene algo que contarnos.

La consejera Busara era una mujer si'lat con el pelo gris, aunque ningún otro detalle en su rostro pálido delataba su edad, que tenía que ser muy avanzada. Pero cuando se puso en pie, Yahiz abrió aún más sus ojos siempre asombrados. Busara sobrepasaba la altura de los demás consejeros, que debía de estar por encima de los dos metros.

La si'lat se acercó a una puerta del fondo y la abrió. Lo que la atravesó hizo que Sindbad diera un respingo. Era un gigante en una armadura negra, como la que había llevado al-Hajjaj en la nave de metal. Pero la primera impresión era engañosa. Este gigante no era mucho más alto que el si'lat medio, y cuando se quitó el casco confirmó que se trataba de uno de ellos.

—Es un traje que aislará a nuestros guerreros de cualquier contacto con el cobre de la Ciudad de Salomón —explicó Busara—. Está hecho con varias capas de cuero prensado y es completamente hermético, además de permitir cualquier movimiento. Lo interesante está en la celada. —Les mostró a todos aquel extraño casco, que era de metal y recordaba la cabeza de un pájaro, con dos ojos redondos de cristal y un largo pico cónico lleno de agujeros—. El pico está relleno de lana, que filtrará cualquier

partícula de cobre que flote en el ambiente y permitirá respirar a nuestros guerreros en el ambiente nocivo de la ciudad.

—Magnífico —dijo Dirmiyat—. ¿De cuántos trajes disponemos?

—De momento tenemos confeccionados diez —dijo Busara.

—Tendrán que bastar —dijo Dirmiyat—. Diez si'lats contra doscientos humanos ya me parece bastante igualado. Y si además contamos con la ayuda de tus veinte guardias, Qaid, todo el asunto ya empieza a tener mejor cariz.

—Siete de mis hombres y yo también iremos —anunció Sindbad—. A cambio de una parte del tesoro, claro. Lo hablé con ellos antes, y están de acuerdo.

Qaid lo miró con desdén.

—No dudo que tú y tus hombres sois magníficos en el mar, capitán Sindbad, pero en esta batalla estaríais como... —Sonrió—. Sí, como peces fuera del agua.

—Aun así, iremos —replicó Sindbad.

—Y yo también iré —dijo Mustafá—. Ya he llegado muy lejos y nadie me va a dejar fuera del reparto.

—Necio —dijo Qaid—. Para disfrutar de la riqueza al menos tienes que estar vivo.

—Sí, ya lo sé. —Mustafá se palmeó el vientre con un gesto de satisfacción—. Pero si Alá quiere que me llegue la hora, no puedo imaginar un lugar mejor que rodeado de las mayores riquezas conocidas en este mundo. Además, mi fiel Ozman me protegerá. Iré, está decidido.

—Veo razonables tus objeciones —dijo Nahodha desde su silla de consejero. Sindbad se había fijado en que durante toda la sesión, el adalid había mantenido la mirada fija en Qaid, y el ceño fruncido—. Lo que no entiendo entonces es por qué estás planeando llevar a tu mujer a esta batalla. Porque sé que eso es lo que pretendes hacer.

—Soy yo la que desea ir —dijo Aisha sin mirar a nadie en concreto—. Ya he vivido sola grandes peligros, y ahora sólo quiero permanecer al lado de mi esposo.

—Tu lugar como mujer está en tu casa —le recordó Abbas alzando un dedo y agitándolo en el aire—, esperando el regreso del hombre que Alá te ha dado.

—Mi esposa vendrá conmigo —dijo Qaid sin hacer ningún caso a sus palabras—. No necesita más protección que la de estar a mi lado. Yo cuidaré de ella.

Sindbad pensó que si había una mujer capaz de arreglárselas en medio de una batalla, esa sin duda era Aisha. Al menos así le había parecido en Bagdad, donde demostró más valor y entereza que la mayoría de los hombres que había conocido. Sin embargo, no dijo nada porque esta Aisha que ahora estaba en la sala parecía una persona totalmente diferente. Buscó encontrarse con sus ojos, pero no pudo porque ella los mantenía bajos, mirando al suelo.

—Hay algo en todo este asunto que me parece muy extraño, Qaid abd al-Siqlabi —dijo Nahodha con parsimonia—. Enviaste a Bagdad a uno de los efrits más

poderosos. Y en esa misma nave del puerto de Hofu, que usaste sin consultar con el Consejo, iba el talismán de Salomón, que es capaz de liberar a cualquier efit, incluyendo a Iblis.

—Lo sé. El amor por mi esposa y mi deseo de volver a verla me cegaron. Ya he pedido perdón a este Consejo por ese gran error, pero no me importa hacerlo una vez más.

—Y, sin embargo, ahora pretendes llevar a tu amada esposa a un peligroso campo de batalla. —Nahodha entornó los ojos—. No lo entiendo.

—¿No lo entiendes? —Qaïd señaló a Neema, la guerrera que había ido con ellos a rescatar a Aisha y que estaba presente—. ¿Acaso vosotros no lleváis a vuestras hembras al campo de batalla? ¿Qué estás intentando decirme, Nahodha?

—Nosotros sí, pero no vosotros. Conozco muy bien vuestras costumbres.

—Creo que lo mejor será que tu esposa se quede aquí —dijo Dirmiyat.

—¿Como rehén?

—No digas cosas absurdas, humano.

—Digo esto al Consejo. —Qaïd enrojeció, como si toda aquella furia se hubiera estado acumulando en algún lugar de su interior y estallase de repente—. No iré sin Aisha. No volveré a correr el riesgo de separarme de ella. Y si no voy, no dispondréis de mis conocimientos sobre la arquitectura interior de la Ciudad de Cobre.

—Yo podría completar la traducción —dijo Yahiz mirando desafiante a Qaïd.

—Nunca lo lograrías a tiempo —replicó él con una sonrisa malévola.

Dirmiyat se puso en pie. Su ira tan sólo se le notó en un leve temblor de la voz.

—¿Es que quieres ver a Iblis libre? —dijo—. Si eso llega a suceder, seréis vosotros los humanos quienes sufriréis las peores consecuencias.

—No, por supuesto que no quiero que Iblis sea liberado —dijo Qaïd bajando el tono de su voz y esforzándose por sonar razonable—. No hay necesidad de amenazas. Aisha es mi esposa y he decidido que estará a mi lado. Yo cuidaré de ella. Y ninguno de vosotros tiene nada más que decir sobre el asunto.

Un murmullo irritado recorrió la sala. Dirmiyat volvió a sentarse y puso las manos sobre la mesa. Cuando miró de nuevo a Qaïd, sus viejos ojos brillaron de ira.

—No tenemos muchas opciones —dijo—, y lo peor es que no tenemos tiempo. Mientras hablamos, las alfombras de los efits pueden estar volando ya hacia la Ciudad de Cobre.

Qaïd se inclinó respetuosamente ante el viejo si'lat, y dijo:

—Te juro por mi honor que evitaré que los efits lleguen hasta la tumba de Iblis.

—¿Qué podrías hacer tú contra un efit? —le preguntó Dirmiyat.

Qaïd sujetó las solapas de su túnica y con un movimiento pausado las abrió para mostrar su cuerpo. Hubo una exclamación de sorpresa entre los si'lats presentes.

La piel del torso, de los brazos y las piernas de Qaïd estaba labrada con una

profusa maraña de cicatrices coloreadas con tinta azul, semejantes a las que lucía Ozman en el rostro. Pero los dibujos que cubrían el cuerpo de Qaid como un intrincado tatuaje reproducían los caracteres angulosos del talismán de Salomón. Más aún, por toda la superficie de su piel tenía perforaciones que alojaban cientos de agujas y arandelas de cobre. Algunos de estos colgantes estaban unidos entre sí con delgadas cadenas del mismo metal.

Todos, humanos y si'lats, enmudecieron cuando Qaid dijo:

—Me he preparado para ese enfrentamiento durante años. Tenéis que confiar en mí.



Historias de Salomón

Las alfombras tapizaban el suelo de la gran explanada frente a Vathek. Toda la expedición se había reunido allí y los adalides estaban organizando los grupos de vuelo.

Durante las horas transcurridas dentro de la ciudad, Sindbad había perdido por completo la noción del tiempo, pero ahora volvían a estar en el mundo común a todos los mortales y al levantar la vista podía comprobar que el sol ya había recorrido la mitad del cielo.

Entre la multitud vio a Aisha. Estaba sola y miraba el suelo con una expresión fascinada. Se acercó a ella.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella tardó un instante en reaccionar. Se volvió hacia Sindbad y levantó sus grandes ojos, que ahora estaban un poco enrojecidos.

—Sí tienen sombra —musitó con un hilo de voz.

—¿Cómo dices?

—Los djinns sí proyectan sombras en el suelo. El derviche estaba en un error, y si se equivocó en eso me pregunto en qué más cosas pudo equivocarse...

—Aisha, pareces enferma.

Ella sonrió con un gesto cansado.

—¿También me vas a aconsejar que no vaya, capitán Sindbad?

—Nunca haría algo así. Entiendo que tu esposo quiera tenerte a su lado y protegerte.

Aisha asintió sin que ninguna emoción cruzase por su rostro. Luego volvió la mirada de nuevo hacia el frente. Sindbad esperó un momento, se sintió estúpido y se dio media vuelta.

Se alejó de ella pensativo y preocupado.

—Reconozco los efectos —dijo Mustafá.

El marino se volvió, no había advertido que el comerciante se había acercado a él.

—¿A qué te refieres? —le preguntó.

Mustafá señaló con uno de sus gordos y anillados dedos hacia Aisha.

—Opio. Comercio con esa sustancia, y aunque no tengo por costumbre tomarla, he visto a mucha gente bajo su influencia. Los ojos enrojecidos, la mirada perdida, los movimientos lánguidos del cuerpo. Esa muchacha ha tomado opio en las últimas horas.

Sindbad se volvió hacia Aisha y vio que Qaid estaba ahora junto a ella y le sujetaba las manos. Pensó que lo que le había dicho Mustafá explicaba perfectamente el cambio de actitud que había observado en la mujer. La pregunta era ¿por qué?

Qaid se volvió entonces hacia él y sus ojos se encontraron. Sindbad mantuvo su mirada durante un momento. *¿Qué estás tramando?*, se preguntó.

Un hombre capaz de hacerle eso a su esposa, que ha corrido grandes riesgos por volver a su lado, debe de tener un alma llena de una profunda maldad. Con un escalofrío comprendió que no eran imaginaciones suyas, ni fruto de infundados celos. Qaid era un ser infame.



En otro punto de la explanada, el joven Radi miraba las alfombras listas para partir. Alguien le dio una palmada en la espalda que lo devolvió a la realidad. Se giró para verse frente a un pecho cubierto de placas de cuero negro. Al alzar la vista, vio el rostro sonriente de Neema.

—¿Qué piensas hacer, Radi? —le preguntó la amazona si'lat mirándole desde sus dos metros de altura—. ¿Vas a ir en la alfombra grande con el resto de los humanos, o prefieres montar en una de las pequeñas? Te garantizo que es mucho más emocionante.

—No me da miedo, si es eso lo que me preguntas —dijo el muchacho.

Neema estaba impresionada con su armadura negra. Llevaba el casco con el pico puntiagudo bajo el brazo, un arco a la espalda y un gran escudo con forma de hoja.

—Sí, ya lo sé. Recuerdo que te comportaste muy bien en nuestro vuelo. Te he estudiado y veo que eres fuerte y tienes buenos reflejos. Y a mí me vendría muy bien alguien de tu peso. Eso me daría más capacidad de maniobra. ¿Te atreves a volar conmigo otra vez?

—¡Claro que sí! —exclamó el muchacho intentando ocultar su entusiasmo... y fracasando. Por fin la alegría volvía a iluminar su rostro.

Al menos mientras volara al lado de Neema podría olvidarse de las muchas desdichas que se habían abatido sobre su familia.

—Estupendo, serás mi *kilinda*. —Le entregó el escudo y Radi tuvo que sujetarlo con las dos manos porque era muy pesado. La djinn se ajustó entonces el casco y

levantó la visera con forma de pico de pájaro. Sus ojos amarillos y de pupila rasgada le miraron divertidos—. Vamos entonces, humano.

Subieron a la alfombra voladora, que tendría cuatro metros de largo por dos metros y medio de ancho. En el momento en el que Neema pisó en ella, esta empezó a elevarse poco a poco, como si flotase en un embalse de agua que se fuera llenando.

—¿Qué se supone que debe hacer un *kilinda*? —preguntó el chico.

—Fíjate —dijo Neema señalando—, hay dos tamaños de alfombra, además de la enorme que es semejante a la que usó el rey Salomón. Las que son como la nuestra las llamamos *mbili*, «dos tripulantes». Yo soy el *upinde*, la que maneja y dispara flechas. Tú eres el *kilinda*, el que me protege con el escudo mientras disparo. ¿Lo entiendes?

—Sí. ¿Y esos?

Radi señaló otras alfombras más pequeñas, de unos dos metros por uno y medio, que llevaban un solo tripulante armado con un gigantesco espadón.

—Esos son *farag'a*, «solitarios». Más rápidos que nosotros. Manejan y luchan con la espada. Vamos a ir en total un centenar de alfombras. Sesenta *farag'a* y cuarenta *mbili*. Seremos la escolta de la gran alfombra que ocupará el centro de la flotilla. En ella irán Sindbad y sus marineros y los guardias de Qaid. Los *si'lats* con armadura negra la dirigirán hacia el interior de la Ciudad de Cobre. Pero nosotros tenemos que conseguir que llegue hasta allí.

—Lo haremos —dijo el muchacho con confianza.

—Sí, pero no será fácil. Los *efrits* intentarán impedirnoslo.

Radi se fijó en que Qaid era el único humano que manejaba una alfombra voladora. Una *mbili* en la que también iba Aisha. Vio cómo se elevaban en una lenta espiral. Qaid parecía un rey, con las piernas separadas y las manos a la espalda.

Cuando su alfombra empezó también a ascender, Radi miró a Sindbad y levantó la mano, saludándolo como un héroe legendario a otro.

* * *

Sindbad respondió el saludo, pero lo miró con preocupación. Sabía que lo que Qaid había dicho en el Consejo era la verdad, sus hombres no eran guerreros. Pero nadie lo es hasta que sobrevive a su primera batalla. Ocupó su sitio en la gran alfombra y esta empezó a elevarse.

En la puerta de la ciudad vio aparecer a Abdul y a Bilal, los dos marineros que le habían dicho que no pensaban ir.

—¿Qué estáis haciendo? —les preguntó.

—Nos lo hemos pensado mejor, capitán —dijo Abdul—. No queremos quedarnos

para siempre en esta ciudad de djinns. Alá nos ayudará si luchamos por él.

Las alfombras se elevaron hacia el cielo como una ola gigantesca que se desprendiese de la superficie de la tierra. Al instante siguiente ya estaban volando hacia la Gran Montaña.



La Ciudad de Bronce 1.^a

Durante horas se deslizaron por el aire, apartándolo sin violencia, sin ruido, de la forma más sutil, incorporándose al curso natural de los vientos. La alfombra vibraba y se estremecía debajo de los pies de Radi, como el lomo de un potro lanzado al galope. Neema iba justo detrás del muchacho y la controlaba sin grandes esfuerzos, con leves movimientos de su cuerpo.

Radi se deleitaba con la fabulosa visión de la sabana. El tenue susurro del aire y la brisa presionaban su piel, pero nada era comparable a lo que sentía en su interior. Era como si esa asombrosa alfombra voladora se hubiera incorporado a su ser y ahora viera el mundo como lo hacía un pájaro. Estaba seguro de que si Neema le dejase pilotarla, él ya sería capaz de hacerlo. Había observado cómo la amazona husmeaba el aire en busca de las corrientes ascendentes, y cómo la alfombra entraba en ellas de forma natural, sin aparente esfuerzo. No había sentido miedo en ningún momento, ni siquiera durante el primer vuelo hacia la ciudad de Vathek.

—Nos estamos acercando —dijo de repente Neema.

Tan de repente, que Radi, que tenía su espíritu desplegado como las alas de un pájaro, volvió bruscamente a la realidad de sus preocupaciones inmediatas. Se avecinaba un combate a vida o muerte, no debía olvidarse de eso. Pensó que si moría iría a reunirse con su hermano y su padre, si él también estaba ya en el otro mundo. No era una perspectiva tan terrible.

—¿Has hecho esto antes? —le preguntó a la si'lat—. Me refiero a lo de luchar en el aire como un pájaro.

—En realidad no. Aún soy muy joven y es mi primer combate. Pero me he entrenado mucho para este momento.

Radi no podía ver a la amazona, él iba delante de ella, recibiendo el viento en la cara, sintiéndose como la cabeza de un halcón. Ella dirigía el vuelo desde atrás, pero era como si los dos y la alfombra estuvieran fundidos en un solo cuerpo.

—¿Eres joven? —preguntó. Se sentía incapaz de calcular la edad de un si'lat—. ¿Cuántos años tienes?

—Cincuenta recién cumplidos. Eso para un si'lat es casi ser un bebé. Pero no te

preocupes, lo que me falta de experiencia me sobra de entusiasmo.

—No estoy preocupado... ¿Has dicho que tienes cincuenta años?

* * *

Mientras tanto, un poco por debajo y por detrás de ellos, en la gran alfombra que ocupaba el centro de la formación, Sindbad se acercó a Nahodha y le dijo:

—Me he fijado en que no pierdes de vista a Qaïd. ¿Es que no confías en él?

—Eso no es ningún secreto, capitán —murmuró el adalid si'lat.

—Si crees que Qaïd tiene planeada alguna traición, ¿por qué no has evitado que siguiera adelante con sus planes?

—Lo necesitamos, al menos hoy. Y, además, muchos lo admiran. Cuando llegó a Vathek, al frente de su grupo de religiosos, todos pensamos que era un hombre bueno. ¡Había hecho un viaje tan largo y peligroso porque quería salvar nuestras almas! Hay un paraíso para los hombres y otro para los djinns, decía, y luego nos hablaba de su profeta con entusiasmo. Él era así cuando llegó, y yo creo que era sincero. Pero cambió.

—La gente no cambia tanto.

—Él sí lo hizo, por culpa de algo que descubrió en los libros antiguos de nuestras bibliotecas. Su orgullo fue creciendo y dejó de ser un hombre humilde.

—¿Qué descubrió?

—Nadie lo sabe. En esos libros hay cosas que para nosotros no tienen relevancia, pero para un humano sí. Los hombres nunca han aceptado que no pueden hacer magia, y que tienen que depender para ello de una insegura alianza con un djinn.

—¿Crees que algún efit ha podido poseerlo? —se extrañó Sindbad.

—No, eso lo hubiéramos sabido de inmediato. Pero algo que descubrió en nuestras bibliotecas afectó a Qaïd. O quizá únicamente sacó a la superficie algo malo que siempre había vivido en su interior. Por eso Dirmiyat me pidió que te advirtiese... Es posible que en la batalla de hoy no sólo vayamos a tener a nuestro enemigo delante de nosotros.

—Mantendré los ojos abiertos —le aseguró Sindbad.

* * *

Radi ya divisaba el mar de nubes, los farallones de roca y las crestas de hielo

recortándose contra el cielo de un azul cada vez más oscuro. Mientras se iban acercando a la Gran Montaña, pensaba que parecía algo salido de un sueño. Aquel gigante de piedra, con su cumbre cubierta de nieves eternas, emergía solitario en medio de una llanura africana que parecía infinita. Pero lo más extraño era que estaba rodeado por un amplio y espeso mar de niebla, de modo que daba la impresión de flotar en el aire. Como un castillo construido sobre las nubes.

Los si'lats debían de tener sentido del humor, pues en su idioma la llamaban Kilimanjaro. *Kilima* significaba «pequeña montaña», y las *Njaro* eran las «caravanas». Neema le explicó que las caravanas de hombres que cruzaban aquel territorio nunca se atrevían a acercarse a ella, porque sabían que muchos djinns hostiles habitaban sus laderas. Por eso creían que era una montaña pequeña, porque siempre la veían a lo lejos.

—Pero no es pequeña —le dijo Neema.

—No, desde luego que no es pequeña.

Conforme se iban acercando, se iba convirtiendo en una visión portentosa y aterradora. Grandes y retorcidas cornisas de nieve y hielo se extendían como dedos crispados sobre una caída vertical de miles de metros. Al sobrevolarla, vieron el cráter interior, el cono, los bordes jalonados de nieve helada, los glaciares y las cascadas de agua helada que se precipitaban al vacío. Empezaba a atardecer y el espectáculo era grandioso, el cráter nevado reflejaba unas asombrosas tonalidades púrpura y roja. El horizonte se recortaba con la línea recta, casi perfecta, del océano de niebla que se extendía a los pies del gigante y que resplandecía con los rayos rojizos del sol. Y debajo de ese estable manto de nubes estaba una selva oscura y húmeda, en la que la vida salvaje compartía su espacio con las más aterradoras razas djinns.

—Mira, allí está la Ciudad de Cobre —dijo Neema señalando hacia abajo.

Aún no se veía gran cosa. Un anillo de brillo rojizo en la sombra del cráter.

—Todo parece muy solitario —dijo Radi—. Quizá llegamos antes que ellos.

—Yo no contaría con eso... —Neema hizo que la alfombra se elevase tan bruscamente que Radi cayó de rodillas. A la vez que ascendía, la amazona hizo gestos hacia las otras alfombras, avisándoles del inminente ataque.

¿Desde dónde?, se preguntó el muchacho. Y entonces las vio.

Cientos de alfombras voladoras desgarraban la superficie de la niebla y elevaban hacia ellos a sus tripulantes efrits, armados con grandes cimitarras, arcos o lanzas.



—Va a comenzar la batalla —le dijo Neema al muchacho humano mientras colocaba una flecha en su arco—. No tengas miedo.

—No tengo miedo —dijo Radi.

—¿Crees que sabrás manejarte con el escudo?

Radi asintió con un seco cabezazo. Era bastante pesado, pero no tanto como para que no pudiera levantarlo para proteger a Neema y a sí mismo. Todos los *kilinda* sujetaban escudos similares, pero él era el único humano cumpliendo esa función de proteger al arquero. Según Neema, el poco peso de su cuerpo en comparación con el de un *si'lat* le iba a dar más capacidad de maniobra, y al parecer eso era algo muy bueno en el combate que se avecinaba.

Sobrevolaron la gran alfombra de veinte metros de ancho que ocupaba el centro de la formación. Llevaban gatos para detectar a los efrits invisibles, aunque estos sólo podrían permanecer en ese estado si se mantenían en una perfecta inmovilidad, lo que era difícil con la vibración que el viento imprimía a las alfombras. Pero toda precaución era poca. Los arqueros se habían dispuesto formando un anillo defensivo para evitar que las alfombras de los efrits pudieran atacarles por los costados. Algunos estaban tumbados y apuntaban hacia abajo. Para los humanos era difícil creer que pudieran tensar sus arcos y disparar en esa incómoda posición, pero los *si'lats* parecían convencidos de poder hacerlo.

Por debajo de ellos, los efrits volaban solos. Formaban un apretado enjambre de casi doscientas alfombras, que ascendían en vertical desde el mar de niebla.

Nahodha hizo una señal y un grupo de *farag'a* pasó al ataque. Picaron hacia las alfombras enemigas, intentando ganar velocidad y rentabilizar su posición elevada. Aún en ascenso, los efrits se vieron sorprendidos por la rápida respuesta de los que iban a ser sus presas. No pudieron hacer otra cosa que romper su formación y dejar que los *si'lats* se deslizasen a través de ellos como dos nubes de dardos entrecruzándose a una velocidad cegadora.

Entonces se entablaron decenas de combates individuales.

Un efrít se lanzó en línea recta, desde abajo, contra la alfombra de Neema. Su

flecha la atravesó justo junto al pie de Radi. Neema dejó que se acercase un poco más y luego dijo: «Sujétate», y se dejó caer hacia un lado. La otra alfombra hizo lo mismo, como si ejecutasen una danza sincronizada en mitad del cielo. Pero la amazona ya había conseguido ponerse debajo de él y disparó una flecha que se clavó en la pierna del efrít.

Aulló de dolor y se arrancó el dardo, que arrojó lejos. Era una criatura enorme, una masa de músculos recubiertos de duro pellejo granate. No llevaba más que el arco y la cimitarra colgando de una correa, y un taparrabos. Su pelo flameaba detrás de él como una capa negra.

Disparó varias flechas que Radi consiguió interceptar con el escudo y se dirigió hacia la Montaña. El muchacho pensó que el efrít iba a intentar aterrizar en algún lugar seguro, y retirarse del combate por causa de su herida en la pierna. Pero había subestimado su fiereza. Cuando estaba a sólo unos pocos metros del suelo, de repente niveló y dio media vuelta para dirigirse en línea recta hacia ellos. Neema logró dispararle un dardo que se hundió entre los gruesos músculos de su tórax.

Pero antes de que lograra colocar otra flecha en el arco, ya lo tenían encima.

El efrít había soltado su arco y blandía ahora la cimitarra con ambas manos. Mientras se cruzaban, lanzó un mandoble que Radi consiguió desviar por muy poco. Casi sintió cómo el alfanje le cortaba algunos pelos de la cabeza. A la vez que se agachaba, lanzó hacia delante el afilado extremo inferior del escudo y golpeó el costado del djinn. Apenas un topetazo, pero su enemigo no lo esperaba, su alfombra perdió estabilidad y se alejó girando sobre sí misma. Neema aprovechó para clavarle tres flechas más, que lanzó en rápida sucesión. Al final, el efrít chocó contra un promontorio rocoso y su cuerpo se precipitó desmadejado al vacío.

Radi sintió la mano de Neema en su hombro.

—Muy bien, chico —dijo.

Él miró a su alrededor, el cielo estaba lleno de alfombras, revoloteando unas en torno a otras como avispas. Un torbellino de combates singulares se estaban desarrollando en ese momento. Las alfombras efríts atacaban sin descanso. Eran más ágiles que las *mbili* de los *si'lats*, y más fuertes que las *farag'a*. Su movimiento era frenético. Se deshacían las formaciones, ganaban altura, y luego se dejaban caer en picado en busca de encarnizados encuentros.

Era evidente lo que los efríts intentaban hacer: romper el anillo protector para llegar hasta la gran alfombra donde iban los humanos, y destruirla.

Radi se fijó en algo:

—Los hombres de Ibn Jalid no van con ellos. ¡Ya deben de estar en la Ciudad de Cobre! —dijo señalando el anillo de metal iluminado por el sol poniente.

Neema no dijo nada. Tenía otras preocupaciones: una alfombra voladora se abalanzaba recta hacia ellos, tan imparable como un carro cargado de piedras por una

pendiente.

La amazona se inclinó hacia delante y descendieron en picado. Justo en ese momento Radi levantó la cabeza y alcanzó a ver la otra alfombra pasándoles por encima y colocándose a su espalda. Miró sobre su hombro y vio el furioso rostro del efrít casi sobre ellos. Apuntaba con un ojo cerrado y tenía una flecha lista para ser disparada. Neema fintó hacia un lado y el dardo pasó silbando junto a su oreja.

Pero el efrít no se daba por vencido, seguía a su cola y ya estaba preparándose para disparar de nuevo. Neema picó hacia el mar de niebla, con la intención de zambullirse en él y eludir el acoso del efrít. Pero aún estaban demasiado lejos de aquel manto protector, y su cazador también había picado en su persecución. Neema voló en espiral, tratando de escapar de su adversario. Radi se asomó de nuevo hacia atrás y lo que vio estuvo a punto de hacerle gritar.

El efrít caía sobre ellos como un halcón sobre una paloma. Tenía el arco tensado y una flecha lista para disparar. Estaba demasiado cerca y tenía un buen blanco, era imposible proteger toda la espalda de Neema. Radi no se lo pensó, lanzó el escudo hacia atrás y este giró dos veces en el aire antes de alcanzar al efrít en pleno rostro y descabalarlo de la alfombra.

Neema consiguió nivelar y miró al muchacho humano mientras la alfombra se deslizaba como una tabla sobre el océano de niebla.

—Has perdido el escudo —le recriminó—. Muy mal.

—Lo lamento —musitó Radi mientras blandía la vieja espada que llevaba colgada del cinto. Se sentía más cómodo con ella que con el pesado escudo, y Yahiz había tenido la precaución de enrollarle un largo alambre de cobre por toda la hoja de acero.

La amazona se elevó y eligió otro enemigo. Un imponente efrít, con una abultada cresta nasal y un color de piel de un rojo tan oscuro que parecía negro. Acababa de partir en dos a un si'lat de un salvaje mandoble, y buscaba otro contrincante.

Neema se lanzó hacia él en un apretado rizo y consiguió situarse justo en la cola del efrít. La alfombra enemiga se distanció, y las flechas de la amazona sólo encontraron el vacío. Lo persiguió dibujando un arco vertical y fue acortando distancias, tratando de encontrar hueco para un disparo certero entre los omóplatos del efrít.

El efrít intentó igualarle en el giro, y esa era la oportunidad que Neema necesitaba. Dos flechas cruzaron el espacio entre ellos casi simultáneamente. Las dos iban bien dirigidas hacia su vientre, pero el efrít partió una con su cimitarra y esquivó la otra.

Radi se quedó atónito. A pesar de su tamaño, aquel djinn era muy rápido.

—Es un efrít viejo —dijo Neema por encima del ruido del viento—. Se vuelven muy listos. —No parecía asustada, sólo le informaba del problema que tenían entre manos.

Inclinó su cuerpo hacia la izquierda y la alfombra viró para colocarse de nuevo sobre su cola. Lanzó varias flechas más, y falló. Era difícil apuntar porque estaban dentro del canal que creaba la alfombra del efrít al atravesar el aire, y eran sacudidos por las turbulencias.

De repente, Radi sintió que Neema se estremecía detrás de él, como si algo la hubiera sobresaltado. Vio por el rabillo del ojo que varias flechas pasaban a menos de un metro de su alfombra y desaparecían en la distancia. Se volvió y dio un respingo. Tenían a su cola por lo menos a media docena de efríts, disparando contra ellos y maniobrando para situarse en posición de tiro. El efrít viejo había estado actuando como señuelo para conducirlos hacia aquella trampa. Otro giro a la izquierda, y más flechas pasaron por los costados.

La amazona se hincó de rodillas y se derrumbó hacia un lado. Radi tuvo que darse la vuelta y sujetarla por un brazo para evitar que se precipitase al vacío.

Entonces vio que la djinn tenía tres flechas hundidas en la espalda.



La Ciudad de Bronce 3.^a

La amazona lo miró con sus pupilas dilatadas por el dolor.

—Déjame caer —musitó, y un hilo de sangre se le escapó entre los labios—. Tú solo podrías manejar la alfombra, pero no lo lograrás con mi peso desequilibrándote.

Radi la tumbó de lado. Se plantó de pie, con las piernas separadas, en el centro de la alfombra. A pesar del viento helado que llegaba de la cima de la Montaña, el sudor se escurría por su frente y se le metía en los ojos. Se limpió con la manga.

—Será mejor que me obedezcas ahora —le dijo a la alfombra.

Los seis efrits lo rebasaron y ganaron altura en amplios giros ascensionales.

¿Qué podía hacer? Iban a caer sobre él y era incapaz de tensar el arco de Neema. De hecho, no sabía ni cómo empezar a manejar la plataforma de piel escamosa sobre la que estaba plantado.

Se inclinó hacia delante, y deseó bajar. ¡Y la alfombra se lanzó en picado!

Y, mientras caían, se dobló un poco hacia la derecha y, ¡milagro!, la alfombra giró hacia la derecha. Trazó así una amplia curva con la que volvía sobre los seis efrits a toda velocidad.

Acortó rápidamente la distancia con el efrít viejo. Vio cómo su rostro horrendo se estiraba en una mueca llena de dientes que pretendía ser una sonrisa, cerraba un ojo y tensaba su arco mientras apuntaba con cuidado. Sin duda pensaba que aquello era un regalo, pues aquel estúpido cachorro humano se lanzaba ciegamente hacia la muerte.

Radi se agachó de golpe y su plataforma cayó libremente un par de metros.

La flecha se perdió por encima de su cabeza, su alfombra pasó rauda por debajo de la del efrít. El muchacho estiró el brazo hacia arriba, sujetando con fuerza su vieja espada, y con ella cortó por la mitad la alfombra del djinn, desde atrás hacia delante. Los dos pedazos se separaron y siguieron volando, pero el efrít no tuvo dónde sujetarse y cayó dando vueltas hacia las rocas heladas.

Los otros cinco atacantes se quedaron atónitos durante un momento, pero reaccionaron y se lanzaron contra Radi dispuestos a vengar a su compañero. Pero varios sí'lats habían advertido la encerrona y acudieron al rescate del muchacho. Se lanzaron contra los efrits, y le dieron a Radi la oportunidad de escapar y volar hacia la

gran alfombra.

Pasó sobre el tapiz flotante de más de veinte metros de largo, y gritó:

—¡Neema está herida! ¡Ayudadme!

Varios guerreros si'lats, vestidos con trajes protectores de cuero negro, se colocaron justo debajo para frenar su caída. Radi se detuvo casi en el borde de la gran alfombra.

Neema abrió sus ojos amarillos y lo miró:

—Eres un tonto, humano —murmuró antes de desmayarse de nuevo.

La dejó caer y los de abajo la agarraron, y la colocaron con suavidad en el suelo.

Sindbad saltó sobre la alfombra biplaza y apartó al muchacho. Sujetaba un arco entre sus manos.

—¿Qué haces, capitán? —le preguntó Radi, sorprendido.

Sindbad señaló con un dedo a lo lejos.

—¡La alfombra de Qaid y Aisha se ha salido de la formación y se dirige sola hacia el cráter! —le gritó—. No sé lo que pretende ese hombre, pero arrastra a Aisha con él.

—¡Déjame ir contigo, capitán! ¡Sé manejarla! —gritó Radi.

La alfombra empezó a elevarse con Sindbad sobre ella.

—No, solo iré más rápido.

Se dirigió como una flecha hacia el cráter. Los combates se sucedían sin descanso a su alrededor. Los djinns de piel blanca luchaban con fiereza y se lanzaban hacia los efrits sin importarles sus propias bajas. Eran conscientes de que la situación sería desesperada si Iblis era liberado, así que su único objetivo era llevar a los humanos al interior de la Ciudad de Cobre.

Sindbad se adelantó al grupo de combatientes, pero algunos efrits comprendieron rápidamente lo que pretendía hacer y se lanzaron en su persecución, como una jauría de lobos hambrientos. Los arqueros efrits le lanzaban una flecha tras otra. Aún estaban demasiado lejos, y aunque salpicaban el cielo de dardos, no lograban alcanzarle. Pero iban ganando terreno.

—¡Seguid así! —gritó, furioso—. Adelante, gastad todas las flechas y seréis un problema menos del que preocuparme.

Empezó a descender y colocó un dardo en el canal de su arco. Apuntó y, de forma súbita, con una gran violencia, una mole ciclópea chocó contra su alfombra. Milagrosamente, Sindbad absorbió el impacto sin ser lanzado fuera de ella, perdió el arco y sintió como si su cerebro rebotase dentro del cráneo.

Al girarse, se quedó atónito al ver al gigantesco al-Hajjaj plantado encima de la alfombra.

* * *

—¡No puede ser! —musitó.

El enorme y anciano djinn blandía una cimitarra que era tan ancha como el cuerpo de un humano. Sindbad seguía sin creérselo, aquel temible gigante estaba ahora frente a él, en el estrecho espacio de tela, que se doblaba bajo su peso. No había alfombras efrits cercanas, y comprendió que había saltado desde el suelo. Para ello debía de haber esperado su oportunidad, invisible entre las rocas de la ladera de la Montaña, a cientos de metros por debajo de él. Era un salto prodigioso, pero al-Hajjaj era un djinn muy viejo y muy poderoso, y era perfectamente capaz de hacerlo. Imaginó su plan. Después de matarle, intentaría alcanzar la gran alfombra.

La cuchilla de acero cayó sobre Sindbad como un zarpazo de la propia muerte.

Desenvainó su espada y consiguió detener el golpe a un palmo de su rostro. Saltaron chispas por la violencia del impacto. Cada hueso de su cuerpo se estremeció por la reverberación. Pero, en realidad, lo único que logró salvar a Sindbad de ser partido en dos trozos por la fuerza de aquel sablazo fue que la alfombra no era una superficie firme y que se hundió absorbiendo gran parte de la fuerza de la brutal cuchillada.

Pero sus pies habían desgarrado la piel escamosa y la alfombra se tambaleó.

—Te recuerdo, hombrecillo —dijo el djinn—. Tú viniste a reírte de mí cuando estaba encadenado en aquel barco de cobre...

—En realidad no fue exactamente así —murmuró Sindbad.

Al-Hajjaj volvió a atacar. Sus dientes puntiagudos asomaron entre sus labios, anticipando una torcida sonrisa de triunfo. Lanzó un mandoble en bies que Sindbad sólo pudo esquivar echándose a un lado, rodando sobre sí mismo en aquel espacio estrecho.

Consiguió levantarse, y dio un salto a la vez que proyectaba el brazo hacia delante. Alcanzó al efrit con una estocada en el pecho que hubiera matado a cualquier humano. Pero que para aquella mole de piel y huesos fue como la picadura de un mosquito.

No hay enemigo pequeño, recordó. El mosquito puede dañar los ojos del león.

Pero era la alfombra la que ya no estaba funcionando bien. Empezó a temblar como haría una lámina de corcho en medio de la marejada. Al-Hajjaj era muy grande y pesaba mucho, y aquellas sacudidas le afectaban aún más que a él. Retrocedió un par de pasos.

Sindbad pensó: *¡Sí!, recula un poco más y vete al infierno, monstruo.*

Pensó que el gigante iba a caer por el borde, pero al-Hajjaj mantuvo el equilibrio como si de repente pesase menos que una pluma. Se irguió con su formidable altura y lanzó el alfanje como un rayo horizontal, con la intención de decapitar al escurridizo humano.

Pero, una vez más, Sindbad lo esquivó. Podría haber intentado parar el golpe,

pero prefirió no tentar de nuevo la suerte, todavía le dolían todos los huesos por culpa de la reverberación de aquel primer impacto, y empezaba a sentir los brazos entumecidos y pesados. No era enemigo para al-Hajjaj.

* * *

Mientras tanto, frente a la gran alfombra, los combates se sucedían sin descanso. Las alfombras efrits habían formado un amplio anillo y atacaban en oleadas sucesivas, que se descolgaban del círculo y caían escupiendo dardos hacia sus enemigos. Su único objetivo era apartar a los si'lats de la ruta hacia la Ciudad de Cobre. Algunas flechas lograban atravesar la barrera defensiva y llegaban hasta la gran alfombra. Las bajas en ella también iban aumentando.

* * *

Sindbad era consciente de eso como algo que sucede en la periferia de su conciencia, a la vez que concentraba su atención principal en mantenerse con vida. Lo que no era nada fácil. No sabía cuántos ataques de al-Hajjaj había eludido. Le corría el sudor por todo el cuerpo y su camisa empapada se le pegaba a la piel. Toda su frente estaba cubierta de gotas que eran arrastradas por el viento. Profirió una maldición cuando algunas cayeron en sus ojos. Porque mientras esquivaba los continuos ataques del efrít, no le quedaba tiempo para frotárselos.

Todo lo que podía hacer era pestañear y tratar de no perder de vista a su adversario.

Y de repente se dio cuenta de que estaban rodeados de muros de hielo. Estaban dentro del cráter y la Ciudad de Cobre apareció súbitamente, a sólo unos metros frente a ellos. Vio sus paredes de metal reluciente reflejando todo lo que le rodeaba. Los gigantescos glaciares, como torres de hielo, el cielo de un increíble violeta, y los diminutos puntitos que volaban hacia ella mientras luchaban a muerte entre sí.

Sindbad notó que le faltaba el resuello. Llenaba sus pulmones de aire y eso no parecía ser suficiente. A su brazo entumecido ya no le quedaban fuerzas ni para sujetar la espada. El muro de metal se alzaba a gran altura sobre el hielo. Pensó que iban a chocar contra él, pero no se atrevía a apartar la vista ni un instante de al-Hajjaj para dirigir el vuelo de la alfombra.

Y esta se precipitaba hacia el ondulante espejo de cobre.

Sindbad intentó desesperadamente variar la trayectoria de la alfombra y un brutal impacto lo lanzó hacia un lado. El efrít le había golpeado con el plano de su alfanje. El machetazo lo dejó sin aliento, pero podría haberle partido en dos de haber usado el filo. Quizá le pareció más divertido hacerlo caer por el borde para que se estrellase contra los acantilados de hielo. Pero el marino rodó y se agarró con las uñas a la superficie desgarrada.

La delgada piel escamosa de la alfombra se estaba deshaciendo y ya no obedecía sus órdenes. Sindbad se quedó colgando sobre el abismo, mientras la rotura se iba ampliando más y más. Al-Hajjaj se acercó con calma para darle el golpe de gracia. No tenía escapatoria.

El viejo efrít se plantó sobre él lanzando un grito terrorífico, mientras levantaba de nuevo su alfanje. Entonces, antes de que consiguiese descargar el golpe mortal, sucedió...

La Ciudad de Cobre le atacó. Varios relámpagos de luz azul saltaron desde los aguzados remates de las murallas y alcanzaron la cimitarra. Luego los rayos pasaron de la empuñadura a la mano y recorrieron nerviosos todo su cuerpo gigantesco, abrasando su piel rojiza. El aire se llenó del olor a carne quemada y el enorme al-Hajjaj lanzó un grito estremecedor.

El djinn soltó su cimitarra y se desplomó por el borde de la alfombra. Cayó libremente varios metros, girando sobre sí mismo, y finalmente se estrelló contra el filo de la muralla. Hubo otro estallido de luz y más relámpagos cuando la carne entró en contacto con el metal. Una gran salpicadura de sangre negra, y el viejo y poderoso efrít quedó partido en dos.

La mitad inferior de su cuerpo cayó dentro y la otra, fuera de la Ciudad.



Algunos efrits comprendieron lo que pretendía hacer y se lanzaron en su persecución.

Con sus últimos estertores, la alfombra consiguió llevar a Sindbad hasta el interior de la Ciudad de Cobre, y justo cuando tocó el suelo se quedó tan inmóvil y sin vida como un simple trozo de tela. Se tumbó de espaldas, agotado y dolorido. Respiró hondo y miró hacia arriba.

La luna llena estaba en lo alto, y parecía orlada por un anillo de cristales de escarcha. Por encima de los muros de cobre asomaban los acantilados de hielo azul. Le faltaba el aire, necesitaba dar muchas y profundas bocanadas para respirar, y aun así tenía la sensación de que no conseguía llenar del todo sus pulmones. Pero no se podía quedar allí. Habían aterrizado en una plaza que era un perfecto cuadrado por el que se accedía a cuatro calles, la entrada a cada una de ellas estaba en un lado del cuadrado. El espacio se encontraba rodeado por soportales sujetos con estrechas columnas de metal. Sobre estos, las casas eran de dos pisos de altura y tenían ventanitas diminutas y cuadradas, distribuidas aparentemente al azar por las fachadas de cobre. El cardenillo de un vivo color verde se escurría desde ellas hasta el suelo.

La gran alfombra aterrizó entonces a lo lejos. Se puso en pie y caminó hacia ella. Le salió al paso un si'lat con el traje hermético. Tenía el rostro tapado por aquella máscara que parecía la cabeza de un pájaro, pero Sindbad reconoció su forma de moverse.

—Nahodha —le dijo.

—Sí, soy yo, Sindbad. Cuando te vi en el suelo temí que estuvieras herido.

—Estoy bien, sólo que... resulta difícil respirar...

—El aire es más delgado aquí —le explicó el si'lat, que lo miraba fijamente.

—¿Qué pasa? —le preguntó Sindbad.

—Tú, un humano, derrotaste a Msafiri —dijo con admiración—. Yo lo vi.

—No. Esta ciudad lo derrotó. Yo no hice otra cosa que esquivar sus golpes.

—Aun así es una hazaña impresionante. Msafiri habría vencido a veinte de nosotros.

—Entonces, ¿está muerto? ¿Nos hemos librado de él?

—Es difícil saberlo —admitió Nahodha—. Si su cabeza hubiera caído del lado de

la Ciudad, probablemente. Pero no ha sido así y creo que algún día volveremos a verlo. Pero al menos la caída de su líder hizo que los otros efrits se retirasen. De momento hemos vencido.

Sindbad no le iba a poner ningún pero a aquel regalo inesperado.

—Entonces sigamos con lo que hemos venido a hacer —dijo.

Caminaron juntos hasta la gran alfombra. Yahiz estaba vendando el hombro de uno de los guardias de Qaid que había recibido un flechazo. Varios cadáveres humanos estaban tendidos sobre la alfombra, al lado de un gran cuerpo cubierto de negro. Hombres y si'lat mezclando sus sangres, como debió de suceder en el tiempo de Salomón.

—¿Neema? —preguntó señalando el cadáver si'lat.

—No, es uno de mis arqueros que fue alcanzado en la cabeza. Neema estaba mal herida, una de las flechas le había atravesado el corazón, pero se recuperará. La evacuamos junto con otros heridos en una alfombra que los llevará a Vathek. Otro de mis hombres está usando ahora su traje de protección. —Nahodha miró a su alrededor y añadió—: Este es un lugar estremecedor para nosotros, estos trajes son lo único que nos separa de una muerte segura. Un pequeño desgarrón y esta ciudad envenenada acabará con nosotros en un instante.

—A mí tampoco me entusiasma estar aquí. ¿Habéis visto a Qaid y Aisha?

—Allí —señaló.

Sindbad los distinguió a lo lejos. Estaban en el otro extremo de la plaza, junto a un montón de escombros y fragmentos de madera esparcidos sobre las losas de cobre.

Al caminar hacia ellos, Sindbad comprendió que aquellos cascotes eran el pecio de un barco gigantesco, como los que habían visto en el río. Pero en lo alto de aquella montaña parecía completamente fuera de lugar. Aparentemente tranquilo, Qaid estudiaba los restos diseminados por el suelo. Aisha seguía sus pasos, silenciosa y distante, como si estuviese en otro lugar. Pero nunca se alejaba mucho de él.

—¿Capitán, estás bien? —le preguntó Radi. Sindbad apartó la vista del pecio y vio que su tripulación se había congregado en torno a él. El muchacho siguió diciendo—: Cuando vimos que ese monstruo saltaba sobre tu alfombra, te dimos por muerto.

—Pero, gracias a Alá, te encuentras a salvo —dijo Abdul.

—¡Aquí no se puede respirar! —se quejó Mustafá llevándose la mano al pecho.

—Mejor si no hubieras venido —le respondió Sindbad con voz cansada.

Yahiz se acercó a ellos limpiándose la sangre de las manos con un trapo.

—Han muerto seis hombres y un si'lat por las flechas —dijo—. Demasiadas bajas.

—A él no parece que le importe —dijo Gafar mirando hacia el pecio.

—¿Tenéis idea de qué es ese montón de escombros y por qué le interesa tanto a Qaid? —preguntó Sindbad.

—Creo que los humanos del gran visir llegaron hasta aquí en ese barco —dijo

Nahodha.

—¿En ese pecio? ¿Cómo?

—Volando, es evidente, pero al parecer no tuvieron un buen aterrizaje.

—Vamos a verlo —dijo Sindbad—, con un poco de suerte se habrán matado todos.

Los efrits podrían haber llevado a dos centenares de humanos en aquel barco hasta la Ciudad de Cobre, y si no habían muerto al aterrizar, iban a tener que enfrentarse a ellos.

Al menos, ningún efrít podría pisar nunca aquella plaza metálica, a no ser que tuvieran trajes como los que los si'lats habían fabricado. Pero mejor no pensar en eso.

La armadura negra de Neema la llevaba ahora el arquero Wawindaji, que caminaba justo delante de Sindbad. Podían ver los grandes parches de cuero en su espalda, allí donde las flechas habían penetrado y el traje había sido apresuradamente recompuesto.

—Sólo he contado diez cadáveres entre los restos —les dijo Qaid cuando Sindbad y Nahodha llegaron junto a él—. Me temo que vamos a tener que luchar.

Sindbad se fijó en Aisha, que lo miraba todo con los ojos enrojecidos y el rostro convertido en una máscara impasible. Estaba drogada, le había asegurado Mustafá, y él ya no tenía ninguna duda al respecto. Sintió deseos de aplastar a Qaid contra el suelo, pero tragó saliva y preguntó:

—¿Por qué te separaste de la formación? Al hacerlo, corriste un gran riesgo y pusiste a tu esposa en peligro.

—Es verdad —admitió Qaid—, pero vi este barco volando a lo lejos, dirigiéndose hacia la Ciudad, y no me lo podía creer. ¿Cómo es posible que este viejo pecio pudiera volar?

—Mira esos restos —le respondió Nahodha señalando varios jirones de piel escamosa y multicolor que sobresalían entre los escombros—. Es el mismo tejido de las alfombras, y forma parte de una criatura del otro mundo. Creo que envolvieron el barco con ella, quizá le enseñaron a uno de los humanos a dirigirla en su vuelo hasta la Ciudad de Cobre.

—Pero, al parecer, una cosa es volar y otra aterrizar —se burló Qaid.

—Sí, eso parece. Pero los efrits no podían hacer otra cosa.

—Les salió bien —dijo Sindbad—. Casi todos sobrevivieron.

—Tendremos que luchar, ya lo he dicho —asintió Qaid—. Así que no perdamos más tiempo aquí. Nuestros enemigos ya están en la Ciudad.

* * *

El grupo se puso en marcha. Iban cuatro si'lats delante y cuatro vigilando la retaguardia, con los arcos tensados y listos para lanzar sus flechas. Nahodha caminaba junto a Qaid y su esposa, con el arco colgado a la espalda y la espada en la mano.

—¿Estás seguro? —le preguntó al humano.

—Sí —dijo Qaid—. Por aquí llegaremos a la tumba de Iblis. Pero te advierto que es todo un laberinto. Salomón se aseguró de que no fuera fácil de encontrar.

Cruzaron por un pasadizo bastante oscuro. Era un túnel abovedado, tachonado con agujeros con forma de estrella que dejaban pasar algunos pálidos rayos de la luz de la luna. Cuando salieron de nuevo al exterior, se encontraban en una especie de terraza elevada. Y el espectáculo que se presentó ante sus ojos los dejó a todos sin aliento.

Aquella ciudad parecía salida de un sueño.

En toda la extensión que podía abarcar la mirada, dentro del recinto circular de cobre, se veían innumerables estructuras, de una complejidad tal que era imposible retenerlas en la memoria una vez que apartabas la vista. A pesar del aparente caos, cada elemento aislado se insertaba dentro de un marco unificador en una perfecta y equilibrada geometría. Torres octogonales y minaretes afilados como agujas de metal apuntando hacia el cielo. Edificios de perfiles curvados y complejas decoraciones talladas sobre sus paredes de metal. Cúpulas bulbosas, de diferentes diámetros, pero hechas de un metal tan pulido que eran los destellos los que dibujaban sus formas voluptuosas. Cuatro canales, que sin duda representaban los cuatro ríos del Paraíso, brillaban entre los edificios. Pero lo que discurría por ellos no era agua sino mercurio. Iban a desembocar en un amplio mar circular de metal líquido, cuya fría superficie reflejaba con la nitidez de un espejo la luna y las estrellas. Los canales estaban flanqueados de cipreses que acentuaban las líneas de perspectiva, pero que en realidad eran esculturas de hojas metálicas. Árboles tan irreales como aquel lago de azogue.

Todo se fundía bajo la helada brisa de la noche y aquella luna mágica y pálida que parecía suspendida como un globo de luz sobre la Ciudad. Sin embargo, aquella belleza extraña y desconcertante estaba sepultada bajo el espectral silencio de una tumba. No se distinguía ni un vestigio de vida humana, ningún otro movimiento que el de los miles de murciélagos que volaban en bandada en la noche, esquivando los edificios de metal, reflejándose en el lánguido mar de mercurio y en las cúpulas con forma de cebolla.

—¡Por las...! —empezó a decir Gafar, pero se quedó sin palabras.

—Tenemos compañía —anunció Wawindaji, a la vez que apuntaba su arco hacia dos figuras que estaban plantadas al fondo de la terraza, observándoles.

Estaban bajo la sombra de un soportal, pero se podía ver brillar las lanzas que sujetaban en las manos y el brillo de sus petos.

—Guerreros —dijo Sindbad.

—Sólo pueden ser los hombres del gran visir —dijo Nahodha mientras le hacía señas a los arqueros para que se preparasen para disparar.

Pero Qaid se puso en medio.

—Me parecería muy poco educado matar a esos hombres sin darles al menos la oportunidad de hablar —dijo—. Podrían ser desertores.

—Tiene razón —reconoció Sindbad.

—Me acercaré a ver qué quieren —dijo Qaid—. Podéis esperarme aquí. No tiene sentido que nos arriesguemos todos. Tú también, querida.

—¿Es que te crees inmortal, humano? —le preguntó Nahodha.

Qaid sonrió y empezó a andar hacia los dos hombres. Sindbad le siguió.



La Ciudad de Bronce 4.^a

—Será mejor hablarles antes de que se inquieten con nuestra presencia —dijo Qaid sin mirar al marino. Levantó las manos y dijo—: La paz sea con vosotros.

No obtuvo respuesta y los dos hombres siguieron avanzando. Ya podían ver que eran dos guerreros armados con lanzas y escudos, pero no parecían pertenecer al ejército del gran visir. Sus armas y sus ropas eran extrañas, como si procediesen de un pueblo desconocido. Los dos estaban inmóviles y en actitud defensiva.

—Quizá no deberíamos acercarnos más.

—¿Tienes miedo, capitán Sindbad? —le preguntó Qaid mirándole sonriente.

Con varias zancadas, cubrió la distancia que le separaba de los dos guerreros y se plantó frente a uno de ellos. Sindbad se acercó más lentamente. Llevaban un casco de metal brillante, muy decorado, y con una visera echada sobre los ojos.

—La paz sea con vosotros —repitió Qaid—. ¿Es que no me oís?

Estiró un brazo y apoyó su dedo índice en la mejilla del guerrero. Este no se movió. Qaid empujó un poco más y su dedo se hundió en la piel, rasgándola como si fuera de papel reseco, y levantando una nubecilla de polvo. Se echó a reír.

Sindbad se acercó al otro guardia y comprobó que también era una momia.

—Esto lo sabías —le dijo a su acompañante.

—Por supuesto que lo sabía, capitán —respondió Qaid—. Son las momias de los guerreros humanos que se unieron a Iblis en su lucha contra Salomón. Llevo mucho tiempo preparándome para este momento, para pisar esta Ciudad mágica. Este es un sueño que he acariciado desde que era un niño, y antes de mí fue el sueño de mi padre. Y aquí estoy.

—¿Y qué papel tiene Aisha en todo esto? ¿Por qué la hiciste venir?

Qaid entornó los ojos y miró fijamente a Sindbad.

—¿Por qué te preocupas tanto por mi esposa, capitán? ¿Quieres que empiece a plantearme si entre vosotros sucedió algo vergonzoso en vuestro encuentro en Bagdad?

Las palabras tan directas de Qaid dejaron a Sindbad mudo durante un instante.

—No sé a qué te refieres —dijo por fin.

—Tu expresión te delata, capitán. Dime, ¿encontraste jugosos los muslos de mi mujer?

—¡Perro! —Sindbad avanzó hacia él y lo derribó de un puñetazo.

Qaïd no se inmutó y volvió a levantarse frotándose la barbilla.

—Eso ha sido innecesario. A mí me da igual, y tú te engañas si crees ser el primero.

Sindbad apretó los puños, conteniéndose para no golpearlo de nuevo. Cuando habló, su voz sonó entrecortada por la ira:

—¿Qué clase de hombre eres?

—Uno con una visión más elevada que tú.

Sabía lo que había sucedido entre ellos y no le importaba un comino. Entonces, si no amaba a su mujer, ¿por qué la había hecho venir asumiendo tanto riesgo?

Sindbad no podía ni imaginarlo, pero sabía que era un motivo oscuro.

—No voy a permitir que le hagas daño —musitó.

Qaïd soltó una carcajada y lo miró desafiante, sin dejar de frotarse la barbilla.

Les interrumpió una confusión de gritos que llegaban del grupo que había quedado atrás. Algunos guardias y marinos gritaban y agitaban los brazos en el aire. Las altas siluetas negras de los si'lats los miraban impasibles, por lo que no debía de tratarse de un ataque.

—Me parece que vamos a tener que dejar este asunto para otro momento —dijo Qaïd.

* * *

—¿Qué pasa? —preguntó Sindbad cuando regresaron junto con los demás.

—Tu gente ha enloquecido —dijo Nahodha.

Una de las casas que daban a la terraza estaba abierta, y de su interior salió Mustafá cargado con joyas, con collares de perlas alrededor del cuello y una gran copa de oro, rubíes y esmeraldas en la base. Se encontró cara a cara con Sindbad.

—Capitán, esto es asombroso —dijo—. Todas esas edificaciones no son viviendas. ¡En realidad son almacenes de tesoros! ¡Y las puertas están abiertas!

Dos de los guardias de Qaïd salían en ese momento de otro de los edificios. Iban tan cargados de oro que casi no podían andar. Uno de ellos llevaba una corona orlada de diamantes sobre la cabeza y un cetro bajo el brazo. En las manos cargaba collares y monedas de oro.

—Intenta controlar a tu gente, Sindbad —le ordenó Nahodha, que parecía asombrado por todo aquel caos—. Recuérdales que estamos rodeados de enemigos.

Pero Sindbad no sabía qué hacer. Todos corrían de un lado a otro, abriendo puertas y lanzando gritos de asombro y alegría. Hasta Gafar apareció de repente con un puñado de joyas entre los brazos, que se le iban cayendo por el camino.

—Por las barbas de mi padre, capitán —dijo—. ¿Has visto esto?

La verdad es que incluso él sintió la tentación de unirse a la fiesta. Tan sólo Yahiz y los si'lats parecían inmunes a aquella locura por el oro.

Uno de los guardias se asomó por la barandilla de la terraza y gritó:

—¡Eh, mirad! Ahí abajo hay más almacenes abiertos. ¡Las monedas rebosan hasta mitad de la calle!

Bajaron atropelladamente por las escaleras. Pero cuando llegaron abajo, se detuvieron de repente y toda su alegría se esfumó. Soltaron las joyas que llevaban en las manos y sacaron las espadas y cargaron los arcos. La calle que estaba debajo de las terrazas era muy amplia y tenía almacenes de tesoros a ambos lados. Pero se encontraba llena de guerreros.

El centro de la calle estaba ocupado por un ejército de más de cien hombres, formando una falange con las lanzas en ristre. La luz de la luna resplandecía en el acero de sus armas.

Los si'lats llegaron y tomaron posiciones. Nahodha miró alrededor.

—Esto no me gusta —dijo—. Nos han atraído hasta aquí abriendo las puertas de los almacenes de joyas. Pero es una encerrona, la plaza a nuestra espalda no tiene salida.

—No son reales —dijo Sindbad.

—¿Qué?

—Esos guerreros deben de llevar muertos miles de años. Sólo son momias.

—¿Estás...?

Nahodha no llegó a completar la frase. Detrás de cada guerrero momificado salió un mercenario del gran visir. Se habían ocultado detrás de las momias, y ahora cargaban contra el pequeño grupo de hombres y si'lats a los que, efectivamente, habían atraído con engaños. Al avanzar pisotearon los cadáveres milenarios, que se deshicieron bajo sus pies como si fueran estatuas de ceniza, mientras los cascos de metal y partes de las armaduras rodaban por el suelo.

Los nueve si'lats pusieron una rodilla en tierra y lanzaron una descarga de flechas tras otra. Disparaban, colocaban un nuevo dardo, y volvían a disparar. La primera fila de mercenarios se derrumbó contra el polvo. Y los que los seguían de cerca saltaron por encima de los cadáveres, o tropezaron y cayeron de bruces para ser también pisoteados por los que venían detrás.

Una nube de polvo gris se levantó en medio de la calle, proveniente de tantas momias trituradas, y sólo se veían sombras moviéndose o cayendo en medio de aquella polvareda.

Pero nada evitaba la mortal puntería de los si'lats. El aire entre los dos bandos estaba acribillado por flechas que zumbaban certeras hacia sus objetivos. Sindbad y los otros humanos esperaban, con las espadas preparadas, a los enemigos que lograsen rebasar la cruel y compacta granizada de dardos que los si'lats eran capaces de lanzar. Pero el choque no llegó a producirse. Al sufrir tantas bajas en la primera fila, el ataque de los mercenarios se dispersó. Ni siquiera su superioridad numérica les dio ánimos para seguir luchando. Algunos se tiraron al suelo y otros huyeron hacia los lados, para refugiarse y hacerse fuertes en el interior de los almacenes.

—¡No tenemos por qué seguir peleando! —gritó Mustafá desde detrás de la fila de arqueros si'lats—. Aquí hay riquezas de sobra para vosotros y nosotros. ¿Qué digo? Aquí hay para diez veces más gente que nosotros. ¿Se puede saber por qué estamos luchando?

—¡Silencio! —le ordenó Sindbad.

—Eso me pregunto yo también —respondió un mercenario desde su escondite al otro lado de la calle.

—Vosotros habéis empezado —le gritó Sindbad.

—El gran visir nos prometió infinitas riquezas. Y aquí están, eso era verdad. Pero los efrits nos dijeron que para ganarlas antes tendríamos que mataros a vosotros, y que seríais menos de treinta. Pero no nos dijeron nada sobre que os ibais a traer a varios djinns como aliados. Los efrits nos aseguraron que ningún djinn podía pisar la Ciudad de Cobre.

—Mercenario, dime una cosa —intervino Gafar—, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Yusuf ibn Hurayth. Era capitán de la guardia en Zanzíbar hasta que llegó el gran visir Ibn Jalid. Y a partir de ese momento mi vida se ha complicado mucho.

—Pareces un hombre inteligente, Yusuf —dijo Gafar—. Dime una cosa más, ¿está con vosotros Ibn Jalid?

—No. El gran visir desapareció poco después de llegar a la Ciudad y nos dejó a nosotros con todo este lío.

—Pero lo vamos a arreglar para que todos salgamos beneficiados —le aseguró Gafar—. Los efrits han sido derrotados y se han retirado, vuestro barco volador está destruido... De modo que pensad bien lo que hacéis, porque sólo nosotros os podemos sacar de aquí.

—¿Y por qué íbamos a creeros?

—En serio, Yusuf —dijo Gafar con una sonrisa—, ¿tenéis más opciones? ¿Es que queréis quedaros en esta ciudad para siempre, junto con los tesoros que os prometieron? Quizá dentro de mil años alguien encontrará y pisoteará vuestras momias...

—Capitán, mira —advirtió Yahiz.

Sindbad se dio la vuelta y vio que Nahodha desaparecía por una de las puertas que daban a la plaza. Entonces se dio cuenta que ni Qaid ni Aisha estaban ya con ellos.

Ahora sí que han huido juntos, pensó.

Le dio una palmada en el hombro a Gafar y le dijo:

—Continúa negociando, que es lo tuyo. Ahora vuelvo.

—Capitán, ¿te acompaño? —le preguntó Yahiz.

—No, iré más rápido si voy solo. Quedaos aquí, amigos míos.

Sindbad corrió hasta la puerta. Con la espada en la mano la abrió y vio que era otro de aquellos almacenes repletos de tesoros. Cuatro paredes de metal y una sola puerta, pero había visto cómo el adalid si'lat entraba allí. Se dirigió a la pared del fondo y la empujó. Nada. Parecía sólida como el acero, aunque estaba hecha de cobre pulido como el resto de la Ciudad. Entonces vio las huellas gigantescas de Nahodha desapareciendo en la base de la pared. Y unos arañazos en el suelo. Empujó lateralmente y la puerta se abrió.

Al otro lado había una estrecha escalera que descendía hacia las profundidades.

Estaba muy oscuro y Sindbad no tenía ninguna lámpara a mano. Arrastró un cofre lleno de monedas de oro y lo atravesó en el marco para evitar que la puerta se cerrase. Así tendría algo de luz. Cuando se dirigió de nuevo hacia la escalera, alguien le tocó por detrás.

Sindbad dio un respingo y se giró.

—¡Radi! —exclamó—. ¿Qué haces aquí, muchacho? Te ordené que esperases junto con los demás. ¿Es que nunca en tu vida vas a obedecer una orden?

—Capitán, es posible que el asesino de mi hermano esté escondido ahí dentro... O quizá el gran visir Ibn Jalid pueda decirme lo que ha sido de mi padre. Necesito respuestas, capitán, y por eso he hecho este largo viaje. Te respeto, pero no te obedeceré esta vez.

Sindbad dudó un momento. ¿Qué iba a hacer con aquel chico testarudo?

—De acuerdo —dijo por fin—, pero mantente cerca de mí y no hagas ruido.

Los dos empezaron a bajar por los resbaladizos escalones de metal.



La Ciudad de Bronce 5.^a

Nahodha siguió la escalera hasta que esta desembocó en una sala inmensa y redonda, cubierta por una cúpula que estaba sujeta por columnas de cobre de una altura prodigiosa. Miles de vasijas de cobre cerradas con el sello de Salomón se amontonaban en aquel recinto.

El si'lat las contempló con una mezcla de sentimientos. Rencor hacia los djinns que se habían puesto de parte de Iblis, y piedad por todas aquellas almas congeladas en el tiempo y perdidas al conocimiento, quizá para siempre.

Unas grandes águilas de oro colgaban con cables desde lo alto del domo con las alas desplegadas y las garras dispuestas para atrapar a su presa. En el pecho hueco de las águilas ardían unos fuegos que iluminaban con luz mortecina aquel espacio. El si'lat comprendió que eran una representación de las aves que habían luchado al lado de Salomón durante su batalla contra Iblis. Un símbolo de su victoria. Comprendió que la cripta no podía estar muy lejos. Continuó por una galería que se abría en el centro de la sala, y que descendía como una rampa espiral hacia las profundidades de la tierra. El suelo estaba muy inclinado, además de cubierto por una capa de humedad. Tenía que colocar los pies con cuidado para no resbalar.

Su parte superior estaba decorada con una cornisa, en la que estaba grabada con caracteres de oro sobre fondo azul una inscripción en lengua hebrea que decía:

¡En el nombre del Inmutable, el Soberano de los destinos! ¿Dónde está Adán, padre de los humanos? ¿Dónde están Nuh y su descendencia? ¿Dónde está Nemrod el formidable? ¿Dónde están los reyes, los conquistadores, los soberanos de Hamán y Karún? ¿Dónde están Scheddad, hijo de Aad, y todos los pertenecientes a la posteridad de Canaán? Por orden del Eterno, abandonaron la Tierra para ir a dar cuenta de sus actos el día de la Retribución. Como tú pronto harás también. Arrepiéntete por ello de tus pecados y glorifica al Creador.

Por fin Nahodha llegó al final de aquella espiral descendente. La rampa desembocaba en una habitación cilíndrica de cinco metros de diámetro, con el techo a diez metros de altura.

Y no había más puertas, aquel era el final del camino.

Las paredes también estaban recubiertas de planchas de cobre, pero por ellas se deslizaba una delgada cortina de mercurio, que fluía sin cesar desde lo alto y se iba acumulando en un canalillo que rodeaba toda la sala. De allí, el azogue era conducido por cuatro conductos radiales hasta el centro de la sala, donde se levantaba una pileta cóncava de cristal de roca. La base que sustentaba la pileta era un cilindro de cobre de un metro de altura por cincuenta centímetros de diámetro. Un extraño resplandor rojo irradiaba desde el cristal y lo iluminaba todo, de modo que al reflejarse en el mercurio de las paredes lo hacía parecer sangre.

Se acercó a la pileta y se asomó a ella. Imposible no mirar dentro si aquel era el único objeto de la sala. Pero lo que vio lo hizo temblar dentro de su traje hermético de cuero negro.

Una cabeza gigantesca y negra, con un rostro espantoso que recordaba al de un buey. Con grandes orejas colgantes y una cabellera de crin áspera entre dos cuernos curvados hacia atrás. En las cuencas de sus ojos llameaban dos furiosas pupilas rojas, semejantes a las de un león a punto de caer sobre su presa.

¡Iblis!

Aquello no era otra cosa que un aparato óptico muy complejo, que doblaba la luz y ampliaba la imagen del interior del cilindro que estaba justo debajo. Porque Iblis se encontraba dentro de aquel recipiente de cobre de un metro de altura, en otra dimensión de la realidad. Por el efecto de aquella lente, aparecía como si estuviese a menos de un palmo de su cara. Sin duda el artefacto había sido diseñado y construido para vigilar a Iblis desde aquella cámara.

Pero era Iblis el que parecía mirarle directamente a él, con ira terrorífica. Se estremeció, aunque sabía que el más poderoso de los efrits estaba encerrado y congelado en el tiempo, incapaz de moverse por las ligaduras de estasis que había creado Salomón dos mil años antes.

El rostro temible de aquel antiquísimo efrít lo dejó fascinado durante un momento.

Y esa fue su perdición.

Alguien saltó a su espalda y la clavó una daga muy afilada a la altura de la cintura. Sus piernas se doblaron y su pecho rebotó contra la pileta para luego caer de lado. Una silueta humana se acercó a él mientras estaba aturdido, y cortó las sujeciones de su casco con forma de cabeza de pájaro. Se lo arrancó de un tirón.

—Así está mejor —dijo Qaid, que sujetaba en la mano una larga y estrecha daga con inscripciones de cobre incrustadas en la hoja—, así podemos vernos las caras.

—¡Maldito seas, humano! —masculló Nahodha entre dientes.

Se dio la vuelta e intentó levantarse. Los nervios de su columna vertebral empezaban a regenerarse y estaba recuperando el movimiento de las piernas.

Pero había otro problema: no podía respirar.

El si'lat boqueaba desesperado como un pez fuera del agua. Mientras su rostro se iba amoratando, alargó una mano para intentar atrapar a Qaid.

Este retrocedió un paso y soltó una risita.

—No puedes respirar este aire saturado de partículas de cobre, ¿verdad? Te está quemando los pulmones más rápido de lo que puedes curarlos. ¿O me equivoco?

Nahodha sangraba por la boca y la nariz. Se arrastró por el suelo, sin otro objetivo que recuperar la máscara que le permitía respirar en el aire envenenado de la Ciudad de Cobre. Cayó de bruces y se quedó inmóvil, con el brazo extendido y los dedos engarfiados como si aún quisiera atrapar a Qaid.

—No, creo que no me equivoco —dijo el humano con una sonrisa torcida.

* * *

El djinn estaba inmóvil y él se giró en redondo al advertir que su esposa, Aisha, intentaba huir por el corredor ascendente. La cogió del pelo y la arrastró hacia atrás.

—¡Suéltame! —gritó ella.

—No, querida. Ten un poco de paciencia, te lo ruego. Ya casi estamos y te va a encantar lo que vas a ver —dijo él mientras la obligaba a levantarse.

—¿Por qué haces esto, Qaid?

—¿Por qué? —Él inclinó la cabeza—. Es una pregunta curiosa. Somos aquello en lo que creemos, querida, y nadie escoge las cosas en las que debe creer. Son ellas las que te atrapan y se apoderan de tu alma. Yo pertenezco a esos sueños, toda mi vida ha sido un largo camino para llegar hasta aquí, a este preciso momento. Deja que esos perros de ahí arriba se peleen por unas migajas de oro, lo que ahora está al alcance de nuestras manos es infinitamente más valioso.

—Siempre he sido parte de tus planes. Nada más que eso.

Qaid la obligó a darse la vuelta y la miró a los ojos.

—Te he amado, Aisha, y lo he hecho con devoción, porque sabía que gracias a ti mis sueños se iban a cumplir. Tú pusiste a mi alcance la Mesa de Salomón, que yo había estado buscando durante toda mi vida y que finalmente encontré en poder de tu familia. Y te juro que, cuando emprendí mi viaje, pensaba que nuestro destino sería compartir juntos este éxito.

Mientras hablaba, la arrastró hasta la pared, donde la cortina de mercurio caía con una fuerza asombrosa, como una cuchilla líquida. Se detuvo frente a la cascada y añadió:

—Por desgracia, no puede ser así. Vamos a tener que separarnos, querida, porque

en las bibliotecas de la ciudad de los si'lats encontré algo que me abrió los ojos. Algo que había estado siempre delante de mí y nunca había visto.

—¿Qué vas a hacer, Qaid? ¡Suéltame!

El hombre la tenía agarrada con fuerza por el pelo, y la cortina de mercurio estaba a un palmo de su rostro. La violencia con la que caía el metal líquido hacía temblar el suelo.

Aisha intentó soltarse y golpeó hacia atrás con el talón del pie. Pero no consiguió hacer nada. Su mente estaba demasiado confusa y entumecida por el opio.

—Por eso envié a por ti, querida. Ahora sabremos si valió la pena todo lo que arriesgué para traerte hasta aquí sana y salva.

Y la empujó con fuerza contra la cascada de mercurio.

Ella gritó y cerró los ojos, pero no pasó nada. El metal ni la rozó. Abrió los ojos y vio que la cortina de mercurio se apartaba a los lados y creaba una puerta alrededor de su cuerpo. La pared detrás de ella había desaparecido y sólo se veía oscuridad detrás de la cascada.

—¿Qué es esto? —preguntó la mujer, desconcertada.

Qaid soltó una risotada y cruzó junto a ella.

—Asombroso, ¿verdad? Contempla la magia poderosa del rey Salomón. La sala es un cilindro que contiene otro cilindro, y el exterior del cilindro mayor es en realidad el interior del cilindro de menor tamaño. No intentes entenderlo, pero funciona, estamos dentro del recipiente.

—Me empujaste contra el mercurio, pero tú sabías que iba a cruzar...

—¿Ahora lo comprendes por fin? —le preguntó—. ¿O siempre lo has sabido? Sí, yo creo que de algún modo siempre has sido consciente de ello. Por eso decidiste liberar al efrít prisionero en el barco de cobre. ¿Recuerdas lo que dijo Nahodha? Sin el talismán era imposible, y sin embargo tú lo lograste. Quizá él no te creyó, pero yo sí.

—¿De qué estás hablando? —Ella lo miraba con los ojos desorbitados.

Avanzaban por un corredor estrecho y curvo, que estaba casi completamente a oscuras, tan sólo un remoto fulgor rojizo se reflejaba en las paredes de cobre. Bajaban y bajaban sin cesar, como si aquel túnel los llevase al corazón del mundo.

—Te estoy hablando, querida, de la sangre del rey Salomón que corre por tus venas. Eso fue lo que encontré en los libros antiguos de Vathek. La sangre de Salomón era el verdadero talismán, no esa vulgar lámina de cobre con grabados. Y su poder es tan grande que mantuvo a los djinns esclavizados durante muchos años después de su muerte. ¿Recuerdas lo orgullosa que estaba la hermana de tu padre de vuestros gloriosos antepasados? Tenía razón, tú vienes de varias generaciones de descendientes del rey Salomón que se han ido emparejando durante siglos entre ellos. En realidad tú eres el talismán, Aisha.

El túnel estaba muy oscuro, y tropezaron con un cuerpo tendido. Qaid se agachó y

lo estudió. Presentaba una herida en la cabeza y la sangre le cubría el rostro. Tenía la boca abierta y dentro de ella brillaba un charco de mercurio. Le limpió la sangre con un paño, pero lo que había debajo había dejado de ser un rostro humano. El cadáver estaba contraído y retorcido de una forma horrible, las cuencas de los ojos se habían desplazado una encima de la otra. Delgadas láminas de cobre, como cuchillas muy afiladas, se perfilaban debajo de la piel, como si lo atravesaran desde dentro de su cuerpo hacia fuera.

—Es horrible —murmuró la mujer tapándose la boca para no gritar. No quería mostrar ninguna debilidad ante Qaid.

—Va vestido como un derviche. Debe de ser el hombre de Ibn Jalid del que me hablaste.

—Pero Zafir era un anciano normal, y eso es un monstruo.

—Parece que tuvo problemas al cruzar. No vivió mucho después de hacerlo.

Frente a ellos brillaba el final del corredor en color rojizo. Una bocanada de viento, cargado de calor y olor mefítico, los alcanzó y agitó sus ropas.

—¡Ya estamos! —exclamó Qaid con entusiasmo.

Cogió a su esposa por la mano, y tiró de ella hacia el resplandor rojo. Cuando ambos salieron del túnel, un espectáculo turbulento se desplegó ante sus ojos.

Se encontraban en el interior de un desmesurado cilindro de paredes de cobre. Su techo con forma de cúpula se elevaba a más de cincuenta metros. Nubes de mercurio gaseoso se acumulaban en lo alto y eran absorbidas por un anillo de tubos que rodeaban el techo. Esto era muy extraño pues el azogue vaporoso es mucho más pesado que el aire, pero era evidente que en aquel lugar regían principios muy diferentes a los del mundo real. Qaid levantó la mirada y pudo distinguir una lente cristalina en el centro de la cúpula metálica. Toda la luz provenía de allí. Aquella era la pileta de la sala donde había matado a Nahodha, y ellos estaban dentro del aparentemente pequeño recipiente cilíndrico que ocupaba su centro. En aquel plano de la realidad las relaciones de tamaño eran diferentes a las del mundo conocido por el hombre. Cuatro cascadas de mercurio se desplomaban desde lo alto hacia donde enfocaba la lente.

Bajó la vista y lo vio.

Iblis. Gigantesco. De quizá diez metros de envergadura. Pero yacente, flotando boca arriba sobre un lago de mercurio que ocupaba casi toda la base del cilindro, de unos veinticinco metros de diámetro. El metal líquido se evaporaba constantemente por el calor generado por su cuerpo, los vapores eran conducidos hacia el exterior para ser enfriados, y luego caían de nuevo como cuatro cascadas, para formar el lecho eterno del más poderoso de los efrits.

Qaid estaba extasiado por esa visión. Él y su esposa se encontraban sobre una plataforma de metal que formaba una terraza cuadrada a partir de la salida del túnel.

Más adelante descendía, moldeando unos amplios escalones, que se hundían en el lago de mercurio. Una gran lámina de cobre plegado dibujaba la escalera, que estaba sustentada por anchas columnas que se elevaban por encima de ella.

Qaid dio un paso para empezar a bajar, y alguien apoyó el filo de una espada en su garganta.

Giró los ojos hacia la persona que sujetaba el arma y la reconoció de inmediato:

—¡Ibn Jalid!



La Ciudad de Bronce 6.^a

El anciano había estado agazapado junto a la salida del túnel, esperando el momento en el que Qaid quedase expuesto. Sonrió mostrando sus dientes sucios y retorcidos.

—Parece que el destino quería que tú y yo nos reuniésemos al final, en este lugar fuera del espacio y del tiempo.

—¿Puedo preguntarte qué haces aquí, gran visir? —dijo Qaid con calma, aunque la espada de Ibn Jalid le estaba arañando la garganta—. Los tesoros se hallan en otro sitio.

—Sabes muy bien, Qaid, que ni tú ni yo emprendimos esta aventura sólo por el oro.

—En ese caso, si nos mueven los mismos intereses, podemos colaborar, gran visir.

—Quizá. Pero primero suelta ese cuchillo que escondes.

Qaid obedeció, y la hoja manchada con la sangre de Nahodha repicó contra los escalones de metal.

—Muy bien —dijo Ibn Jalid—, ahora te mostraré algo.

El talismán estaba sujeto alrededor del cuello del anciano con una cadena de oro.

—¿Lo reconoces?

—Ya veo lo que pretendes —dijo Qaid.

—Los efrits nos trajeron hasta aquí para que liberásemos a su rey, Iblis, el más temible de los efrits. Para lograrlo es necesario romper las cadenas de estasis que lo sujetan y que fueron creadas por el propio rey Salomón.

—Sí. Tienes el talismán, pero ¿sabes cómo usarlo? ¿Acaso lees hebreo antiguo?

—No —reconoció el gran visir—. El derviche que traje conmigo sí que sabía interpretar estos símbolos, pero no sobrevivió al paso por debajo de la cascada de mercurio.

—Ya lo he visto. —Qaid sonrió—. Fuiste descuidado en ese punto. Tendrías que haberte asegurado su supervivencia, porque sin él nunca lograrás dominar a Iblis. Aunque tengas el talismán, no te servirá de nada si no eres capaz de leer la invocación. Pero yo podría ayudarte.

Ibn Jalid apretó un poco más el acero contra la garganta de Qaid y un hilillo de

sangre corrió hacia abajo, hasta manchar el cuello de su túnica.

—Pero yo nunca he confiado en ti, ese es el problema —dijo el anciano—. Siempre veo tus intenciones, y ahora, si me descuido, pronunciarás unas palabras que yo no entenderé... Y al instante siguiente Iblis se volverá contra mí y me aplastará como a una cucaracha.

—¿Tienes otra opción que no sea confiar en mí...? —Con un movimiento rápido, Qaid se giró y le arrebató la espada al anciano—. ¡Viejo estúpido!

Ibn Jalid perdió el equilibrio y cayó rodando por los escalones. Luego se arrastró por el suelo hasta que casi llegó al borde del lago de mercurio en el que estaba prisionero Iblis.

—No tienes adónde huir, gran visir —dijo Qaid mientras descendía con calma hacia él. Con una mano sujetaba la espada que le había arrebatado a Ibn Jalid y con la otra la muñeca de su mujer, a la que arrastraba detrás de él.

—Estás muy equivocado, Qaid —dijo el gran visir poniéndose rápidamente de pie.

Y soltó una risotada que desconcertó a Qaid. *¿Qué ardid estará tramando el viejo zorro?*, se preguntó con repentina aprensión. No tardó en averiguarlo. De detrás de una columna surgió un hombre bastante alto. Lucía una larga barba gris y estaba tan cambiado que Qaid no pudo reconocerlo en un primer momento. Pero Aisha no dudó de quién era:

—¡Hussein al-Rahmaan!

La última vez que Aisha lo había visto, Hussein estaba herido e inconsciente, y el djinn que ella había liberado lo arrastraba con él en su huida. Vio que la mano derecha del orfebre estaba vendada. Recordó que había perdido varios dedos cuando Jürgen le golpeó con su espada. Quizá nunca pudiera volver a ejercer su arte, pero su aspecto era saludable.

Hussein sujetaba un alfanje con su mano izquierda, y lo blandió frente a Qaid. Era un hombre grande y fuerte, quizá no fuese un gran espadachín, pero sin duda era un enemigo más temible que el anciano visir. Qaid decidió mantener la distancia de momento.

—Hussein es el artesano de Basora que contrataste, ¿lo recuerdas ya, Qaid? —dijo Ibn Jalid—. Ha sido mi prisionero desde hace algo más de un año, y siempre sospeché que sabía cómo construir otro talismán. Él siempre lo negó, pero mentía. Como buen artesano que es, aprendió a fabricar el talismán estudiando en profundidad el libro que le entregaste. Lo memorizó por completo, y ahora es capaz de recitar las invocaciones que transcribiste tú mismo, y que romperán el poder de los sellos de Salomón. ¿No es así, Hussein?

—Sí, gran visir —dijo el artesano—, todo está en mi memoria.

—Hussein, no tienes por qué hacer esto —le dijo Aisha—. El gran visir es tu

enemigo.

—Haz callar a esa mujer —dijo Ibn Jalid.

—Hazla callar tú si puedes —replicó Qaïd. Y añadió—: Yo también tengo curiosidad... Hussein, ¿por qué ayudas al visir? ¿Y por qué me amenazas con esa espada?

—Es evidente —dijo Ibn Jalid—, lo hace por oro. Por mucho oro, como todos los desgraciados que se están llenando los bolsillos ahora ahí arriba, sin saber si podrán salir de aquí o no. Y también lo hace por fidelidad, a fin de cuentas yo le revelé la identidad del asesino de su hijo mayor y le permití vengarse de Jürgen.

—El bárbaro pelirrojo estaba bajo tus órdenes —le acusó Aisha.

—Alá sabe que eso no es verdad, y que esa bestia actuaba por su cuenta. Precisamente intentó matarme a mí también un instante antes de que Hussein acabase con su vil existencia.

—Hussein —dijo Aisha mirándole a los ojos—; Radi, tu hijo pequeño, está aquí.

—¿Qué? —Por primera vez la expresión del artesano se iluminó.

—Está arriba, con todos los demás. Ha venido a buscarte.

—Eso no es posible. Radi está en Basora, con su madre. Mientes.

—Por supuesto que no es posible —dijo Ibn Jalid—. Esta bruja de al-Ándalus miente más que habla. Es mejor que ignores lo que dice y empecemos ya, si es que queremos salir alguna vez de esta ciudad extraña. Dime lo que debo hacer para liberar a ese djinn gigante.

—Tienes que acercarte al borde del lago de mercurio y leer siete veces lo que dice el talismán mientras lo sujetas en alto —dijo Hussein—. Me sé el texto de memoria. Tú sólo tendrás que repetir lo que yo diga.

—¿Es eso correcto? —le preguntó Ibn Jalid a Qaïd.

Este se limitó a sonreír y a encogerse de hombros.

—Veo que no me ayudarás —dijo el gran visir—. Bueno, no importa. Límitate a quedarte ahí quieto y a mirar cómo libero al más poderoso de todos los djinns.

Ibn Jalid caminó hasta el borde del lago y sujetó el talismán por encima de su cabeza calva. Se asomó un poco y tuvo que apartarse rápidamente por el calor y los vapores que emanaban del cuerpo del monstruoso gigante de color negro rojizo y cabeza de buey. Flotaba sobre una superficie de mercurio en constante fusión. Pero aún pasaba algo más extraño a su alrededor. Los chorros de azogue que caían desde lo alto se descomponían de repente en una miríada de esferas perfectas que parecían flotar en un aire con la consistencia de la miel. Seguían cayendo, pero muy lentamente, hasta fundirse con el gran charco de mercurio.

Aquí hay magia, pensó Ibn Jalid. Quizá no era una magia diferente de la que permitía volar a las alfombras, pero era impresionante que aquel hechizo siguiera funcionando siglo tras siglo, desde los años de Salomón. Él estaba dispuesto a

romperlo por fin y así podría salir de aquella ciudad con más riquezas de las que jamás soñó tener un califa. Con ese tesoro podría comprar mercenarios y crear un ejército que cambiaría la relación de poder en Bagdad.

Pero Ibn Jalid esperaba conseguir algo más. Quería que esta acción le granjease la amistad de los efrits, los djinns más poderosos. Y con unos aliados así, nadie podría detenerle.

—Levanta el talismán más alto y repite estas palabras... —le gritó Hussein.

Usando la transcripción de sonidos hecha por Qaid, recitó en hebreo antiguo el texto cuya traducción era:

*Rompo tus cadenas y grilletes.
Donde Salomón ilumina las cinco puntas,
Su estrella da poder a mi voluntad.
Y nada que exista puede impedirlo,
Porque hablo en nombre de los ángeles
Y digo que las cadenas ya no pueden atarte...*

Cuando Ibn Jalid terminó de pronunciar estas frases, una de las gigantescas garras de Iblis se movió un poco.

—¡Está funcionando! —exclamó—. ¡Se mueve!

Enmudeció de repente, porque la enorme garra negra de Iblis se abalanzó sobre él, y a punto estuvo de atraparlo. Ibn Jalid se echó desesperadamente hacia atrás, intentando esquivar la rociada de mercurio que el djinn lanzó al agitar su brazo. Pero una salpicadura tan ancha como su cuerpo lo alcanzó de lleno en la espalda. El gran visir se quedó sin aliento por el impacto, trastabilló y se fue de bruces contra los escalones. Se golpeó en la boca, dejándose varios dientes sobre el metal. Luego, medio inconsciente, rodó hasta el lago de mercurio y se deslizó sobre su superficie como si se tratase de hielo. Intentó regresar a la escalera dando frenéticos manotazos, pero era inútil. No podía nadar en aquel pesado elemento. Poco a poco, sin que sus desesperados esfuerzos pudieran evitarlo, se fue acercando al cuerpo del gigante.

—¡Ayudadme! —gritó Ibn Jalid con todas sus fuerzas—. ¡Ayudad...!

Su grito fue cortado en seco cuando la manaza del gigante cayó sobre él y lo hundió en el mercurio. Sólo unas gotas de sangre y trozos de seso permanecieron en la superficie.

—Fue una mala idea empezar la invocación justo por ahí —dijo Qaid mirando a Hussein, que estaba atónito por lo que acababa de pasar—. Hubiera sido más inteligente someter primero la voluntad de Iblis, antes de liberar su brazo.

Aisha aprovechó aquel instante para escapar del lado de su esposo. Pero él fue detrás de ella, la agarró por el pelo y le dio un tirón salvaje hacia atrás. La mujer le respondió con un codazo en el vientre que lo dejó sin respiración durante un

momento. Intentó huir de nuevo, pero Qaid volvió a lanzarse sobre ella y la sujetó con fuerza, apretando sus brazos contra su cuerpo. La arrastró hacia el borde del lago. Las salpicaduras de mercurio arreciaban, mientras el enloquecido gigante golpeaba con su mano libre contra la superficie del lago de metal líquido.

—¡Qaid!

Alguien había gritado su nombre desde la entrada de la gran caverna. Al girarse Qaid, vio a Sindbad. Sujetaba el arco de Nahodha entre sus manos, y tenía una flecha preparada en el canal de disparo. A pesar de su tamaño y su dureza, había conseguido tensarlo.

—No te atreverás a disparar, capitán —dijo Qaid con una calma inhumana, mientras se agazapaba detrás de su mujer—. Si disparas, la flecha atravesará a Aisha antes que a mí. No puedes hacer nada, no te muevas de donde estás o la mato.

—¡Canalla! —gritó Sindbad, sintiéndose impotente. A duras penas conseguía mantener la tensión del arco. El brazo izquierdo empezaba a temblarle, lo que hacía casi imposible un tiro certero. Si soltaba la flecha, esta tenía tantas posibilidades de clavarse en Aisha como en Qaid.

Ignorando el riesgo de ser alcanzado por las salpicaduras de mercurio, Qaid se colocó en el mismo borde del acantilado, y acercó la hoja de acero al cuello de Aisha.

—Ese viejo estúpido nunca tuvo ninguna oportunidad —le susurró a su esposa al oído—. Los efrits lo engañaron miserablemente. El talismán tiene el poder para liberar a Iblis, pero no para someterlo. Sólo tú tienes ese poder, querida. Sólo tú. Tu sangre convertirá al más poderoso de todos los djinns en mi esclavo para toda la eternidad.

Empezó a pronunciar en hebraico las palabras que iban a ligar la voluntad de Iblis para siempre a la suya, y al mismo tiempo se dispuso a clavar la hoja en la garganta de Aisha. Sólo necesitaba derramar su sangre sobre el azogue para convertirse en el amo del mundo. Sindbad estaba demasiado lejos para impedirlo y no se atrevería a disparar. La mano que aferraba el cuchillo empezó a descender mientras él seguía recitando la interminable invocación.

—¡No! —gritó Sindbad a la vez que empezaba a bajar el arco. Ya no aguantaba más tiempo la tensión, y sabía que si soltaba la flecha podría ser él quien matase a la mujer.

Qaid se dispuso a completar el sacrificio. Pero la mano de un muchacho surgió, aparentemente de la nada, y lo sujetó por la muñeca.

—¡Suéltala! —gritó Radi.

En aquel momento de tensión, todos los ojos habían estado clavados en Qaid, al borde del lago de mercurio, y en Sindbad, en lo alto de la escalera. Nadie se había fijado en aquel muchacho delgado que se deslizaba sigilosamente por los escalones. Nadie excepto Hussein, que había visto llegar a su hijo, pero había enmudecido por la

sorpresa y por no delatarlo.

Ahora Radi se había plantado frente a Qaid y le sujetaba el brazo que empuñaba el cuchillo. El hombre miró al muchacho con los ojos desorbitados por la ira, pero intentó seguir y empujó con todas sus fuerzas la daga hacia la garganta de Aisha.

Radi sabía que no podría resistir su fuerza, pero tampoco era ese su plan. Él también tenía un cuchillo y lo usó para clavarlo en el brazo con el que sujetaba a Aisha.

La mujer se soltó de inmediato, saltó hacia Radi y lo empujó contra el suelo.

—¡Dispara, capitán! —gritó Aisha.

Sindbad no se lo pensó dos veces. Sólo tendría una oportunidad. Levantó el arco de Nahodha, lo tensó y, casi sin detenerse a apuntar, disparó.

La flecha cruzó el espacio que los separaba y se hundió en el pecho de Qaid. Cayó hacia atrás y rodó por el suelo hasta el borde del lago de azogue. Clavando la punta del cuchillo en el suelo de cobre logró detener su caída. El asta de la flecha sobresalía de su pecho, tenía los dientes tan apretados que su mandíbula crujió mientras se le llenaba de sangre la boca. Sus ojos estaban casi fuera de las órbitas, y los tenía clavados en Aisha. Con un esfuerzo sobrehumano, empezó a arrastrarse hacia ella. La mujer se volvió y lo golpeó con el pie en la cara.

Ahora sí se soltó y cayó al lago de mercurio. La sangre que manaba de su pecho empezó a escurrirse por la brillante superficie del metal líquido. Qaid estiró un brazo hacia la orilla. Era difícil adivinar si era un gesto amenazante hacia su esposa o si pedía clemencia.

La garra de Iblis lo atrapó en ese momento y lo levantó por encima de ellos. Qaid aulló mientras los dedos gigantes le aplastaban las costillas y el abdomen. La sangre inundó su boca y el grito de dolor se ahogó en ella. Entonces el monstruo lo lanzó contra la pared, como a un muñeco roto e inservible, y empezó a golpear con el puño la superficie del lago.

Sindbad dejó caer el arco y corrió escalones abajo para ayudar a Aisha a levantarse.

Hussein ya abrazaba con fuerza a su hijo.

—La dama me dijo que estabas aquí, pero no la creí. No la creí... —musitó.

La mujer apartó los ojos del guñapo ensangrentado en que se había convertido Qaid y miró al marino.

—Sabía que vendrías —le dijo.

Él la besó.

—¡Capitán, tenemos que salir de aquí! —gritó Radi—. ¡Esto se está poniendo feo!

La garra gigantesca de Iblis, la única parte de su cuerpo que había sido liberada por Ibn Jalid, dio otro puñetazo contra la superficie del lago levantando una ola de metal líquido que salpicó pesadas esferas de azogue por todos los lados. Uno solo de

aquellos proyectiles, impulsados por la furia ciega del gigante, podría abrirle la cabeza a un hombre.

Iblis volvió a levantar el brazo y su garra se clavó en el borde de la escalera. Al entrar en contacto su carne con el cobre, se produjo un fogonazo de luz y saltaron chispas. El metal crujió, empezó a fundirse. El gigante intentaba arrastrarse fuera del lago, quizá pensaba que así lograría liberarse. Su rostro estaba inmóvil, pero sus ojos inhumanos llameaban de furia.

Sindbad sujetó a Aisha entre sus brazos, y dijo:

—Sí, es mejor que empecemos a correr.

Toda la estancia tembló mientras grandes pedazos de la bóveda se desprendían y caían sobre el lago de azogue. El brazo libre de Iblis golpeaba el metal con todo su poder, provocando chispazos y relámpagos que saltaban por doquier, desestabilizando la delicada estructura del cilindro de cuatro dimensiones. Las paredes de cobre empezaron a agrietarse con una serie de estampidos ensordecedores que parecían estremecer al propio universo. Radi corría junto a su padre, levantó instintivamente las manos, tratando de protegerse del diluvio de esferas de mercurio y fragmentos de metal que caían desde lo alto de la cueva. Aquel mundo en miniatura se estaba colapsando y se les venía encima. Envueltos en una nube de polvo de cobre, treparon por las escaleras hacia la salida del corredor. Era terrorífico, no veían por dónde iban, o si un trozo de metralla o un cascote los iba a aplastar en el siguiente instante. A su alrededor se levantaba un estrépito monstruoso, como si la Ciudad entera se estuviera hundiendo sobre ellos.

Cascadas de polvo y trozos de metal volaban por todas partes. Se elevaba hacia las alturas una columna de venenoso vapor de azogue y un surtidor de relámpagos. La escalera tembló bajo sus pies, y cayeron de bruces mientras una espesa humareda amarillenta lo cubría todo. Llegaron a la salida y los cuatro corrieron juntos por el pasillo que comunicaba con el exterior. El olor a metal fundido impregnó el aire.

Por fortuna, la cortina de mercurio seguía abierta, tal y como Aisha la había dejado.



La Ciudad de Bronce 7.^a

—No podemos esperar más. Esta ciudad se está hundiendo —exclamó Mustafá.

Era verdad. Toda la Ciudad temblaba. Las cúpulas abullonadas se estaban agrietando, los minaretes se derrumbaban sobre las casas, esparciendo su contenido de joyas y oro, el lago de mercurio se había vaciado por completo cuando se abrió una grieta en su fondo. Una de las torres más altas se desmoronó lentamente a lo lejos.

—De aquí no se va nadie hasta que no regrese Sindbad —dijo Gafar.

—Tu capitán está muerto, acéptalo o tu tozudez nos costará la vida —repuso Mustafá.

—¡Mirad! —gritó entonces Yahiz—. ¡Ahí vienen!

Sindbad, Hussein, Radi y Aisha llegaron hasta la gran alfombra. Los cuatro estaban casi sin resuello después de la carrera desde las profundidades de la Ciudad de Cobre.

—¡Capitán, justo a tiempo! —exclamó Gafar por encima del estruendo.

Sindbad miró a su alrededor. La amplia superficie escamosa de la alfombra estaba ahora abarrotada, pues los mercenarios turcos también habían montado en ella. Pero lo peor era la enorme montaña de tesoros que habían acumulado en el centro.

—¿Esto podrá volar? —le preguntó a Wawindaji.

El si'lat le miró a través de los cristales de su máscara de pájaro.

—Ya les hemos dicho que no, pero se niegan a desprenderse de nada. ¿Dónde está Nahodha?

—Murió.

—Pero ¿qué está pasando? —preguntó el arquero si'lat.

—Iblis ha revivido en parte —dijo Aisha—, y creo que en su esfuerzo por liberarse está arrastrando a toda la Ciudad hacia el plano en el que está prisionero.

—¿Y quién es ese? —preguntó Mustafá señalando a Hussein—. Yo no pienso compartir mi parte del tesoro con él. Que quede eso claro.

El suelo dio una salvaje sacudida y ninguno de ellos consiguió permanecer de pie.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Sindbad—. Esta ciudad se hunde.

Wawindaji se colocó en el frente e intentó que la alfombra se elevase. Sus cuatro

esquinas se levantaron, pero el centro quedó pegado al suelo por el peso del oro acumulado allí.

—No puede remontar. ¡Llevamos demasiada carga! —gritó el si'lat.

—No lo estás intentando con bastante convicción —le recriminó Mustafá.

—¡Vamos a rasgarla!

Aisha fue la primera que cogió un cofrecillo de joyas y lo lanzó lejos. Hussein la imitó y empezó a empujar objetos recubiertos de perlas y esmeraldas por la borda.

—¿Qué hacéis? ¿Os habéis vuelto locos? —chilló Mustafá.

Varios mercenarios se pusieron de su parte y quisieron impedir que aquellos recién llegados tirasen el botín que tanto les había costado reunir. Sindbad se interpuso entre ellos.

Los ánimos se estaban calentando, cuando un estampido ensordecedor, comparable al derrumbe de una montaña, hirió los oídos de todos. Un vendaval ardiente los dejó sin aliento, a la vez que el suelo se sacudía con tanta fuerza que derribó de nuevo a todos los hombres y si'lats que estaban de pie sobre la alfombra. Un surtidor de vapor de azogue apareció a unos metros de donde estaban, lanzando por el aire grandes fragmentos de cobre, piedras, tierra y astillas de metal fundido que saltaban y estallaban a su alrededor. Mientras un estruendo interminable lo llenaba todo, haciendo que los oídos zumbasen dolorosamente.

En ese momento no hicieron falta más palabras. Todos los que estaban a bordo de la alfombra se unieron a la labor de empujar fuera de ella los tesoros, el oro, las joyas, las coronas de reyes olvidados, las copas adornadas con zafiros y rubíes. Poco a poco empezaron a elevarse, mientras la Ciudad se iba hundiendo lentamente sobre sí misma, como un papel estrujado por la mano de un gigante. Un intenso calor surgió de las profundidades, junto con una retícula de relámpagos, que derritió parte de los glaciares que rodeaban la ciudad. El agua inundó el cráter, transformándose en un denso vapor blanco que se mezcló con los efluvios de azogue. Durante bastante tiempo sobrevolaron la zona, pero no lograban distinguir nada en aquella humareda.

Vieron relucir algo entre la niebla, en el gran lago de agua helada que ahora ocupaba el espacio donde había estado la Ciudad de Cobre. Tan sólo era un cilindro de metal, que flotó durante unos instantes en la superficie. Era la vasija en la que estaba encerrado Iblis.

Finalmente se hundió en el lago que ya empezaba a helarse de nuevo.



Epílogo

El Viajero estaba listo para zarpar y todos los que irían a bordo, incluso Mustafá el comerciante, tenían motivos para sentirse felices por el resultado del viaje.

Es verdad que no habían conseguido el tesoro inmenso que ansiaban, pero habían salvado la vida y se llevaban suficientes riquezas para justificar los grandes riesgos que habían corrido. Se podía decir que ahora todos eran hombres ricos, aunque sólo habían podido conservar aquellas joyas que les cabían en las manos, en los bolsillos o dentro de la ropa. Pero era más que suficiente para plantearse un porvenir lleno de comodidades.

—No, no lo es —estaba discutiendo Mustafá con Ozman y Abdul—. ¡Cuando pienso en los tesoros que tuvimos que dejar allí!

—¿Y de qué te servirían en el infierno? —le preguntó Ozman—. Allí todo el oro del mundo no podría pagarte ni un instante de aire fresco.

—Tonterías —dijo Mustafá—. Todo ese oro y esas joyas se han hundido para siempre en el fondo de un lago helado. Ese pensamiento es tan triste que me desgarró el corazón.

Un grupo de guerreros si'lats había estado todo el tiempo con ellos, mientras se preparaban para zarpar. Vigilaban el río por si los efrits o los ghuls intentaban atacarlos de nuevo. Pero desde la batalla sobre la Gran Montaña ya no se tenía noticias de ellos.

Los si'lats también les dieron embarcaciones de remo a los mercenarios que habían luchado al lado del gran visir Ibn Jalid. Con ellas podían descender por el río Pangani hasta su desembocadura, y luego continuar hasta Zanzíbar.

El último día, el propio Dirmiyat acudió a despedirse, junto con los humanos que habían llegado con Qaid.

—Hemos enviado exploradores a la llanura y no encontramos rastro de los efrits —dijo—. Es posible que al ver cómo la Ciudad de Cobre desaparecía de nuestro plano, junto con Iblis, hayan decidido regresar a los desiertos del norte de los que proceden.

—¿Crees que Iblis está muerto? —le preguntó Sindbad al viejo djinn.

—Iblis no puede morir.

—Entonces, ¿es posible que algún día se libere?

Estaban en el castillo de popa de *El Viajero*, sentados en la borda. Dirmiyat miró hacia lo lejos, hacia el lugar donde se alzaba la Gran Montaña que en ese día neblinoso era invisible para ellos. Pero el anciano dirigió hacia allí sus ojos como si pudiera ver las cumbres nevadas. A Sindbad le fascinaban sus iris de un color amarillo apagado, como si la luz los hubiera descolorido como a una vieja tela.

—¿Quién sabe? Quizá ahora se esté hundiendo lentamente hacia las profundidades del otro plano. Pero allí donde esté, seguirá vivo y algún día encontrará el modo de regresar.

—¿Y entonces?

—Entonces, si de verdad llega ese día, volveremos a enfrentarnos a él —dijo Dirmiyat alzando las cejas—. En este mundo hay fuerzas en constante lucha. Los hombres, y también algunos djinns, quieren ver en esas fuerzas representaciones de una lucha eterna entre el Bien y Mal. Por supuesto, todos creen siempre que luchan del lado del Bien. Pero yo soy demasiado viejo y he visto ya demasiadas cosas como para creer que el universo es así de sencillo.

Sindbad lo miró extrañado.

—¿Acaso creen los efrits que ellos luchan del lado del Bien?

—Por supuesto. Verás, Sindbad, intentaré mostrarte todo esto desde su punto de vista. Dios nos creó y nos dio este mundo del mismo modo que les dio el cielo a los ángeles. ¿Sabes?, una vez conocí a un ángel. Sí, puedes creerme, fue hace muchos años, en mi juventud. No puedo decir nada interesante sobre aquel encuentro porque fue como hablar con un autómatas, una marioneta cuyo titiritero estaba muy lejos. Quizá por eso, por tener a alguien interesante con quien hablar, Dios quiso hacer un experimento y nos dio a los djinns la facultad del libre albedrío. Era una nueva idea, y así vivimos durante miles y miles de años, hasta que un día Dios decidió crearos a vosotros. No fue muy original esta vez, también os dio un cuerpo, un alma y libertad para decidir. Y entonces nos dijo que debíamos aceptar en paz a su nueva criatura y compartir la Tierra con ella. De repente, los humanos erais su juguete favorito. Iblis se negó a aceptar la nueva situación y desobedeció, usando ese mismo libre albedrío que Dios le había dado. Porque si lo que quería era obediencia ciega, ya tenía a los ángeles, ¿no? Iblis hizo justo aquello para lo que Él lo había creado. Usó su libertad y decidió por sí mismo. Decidió luchar.

—Se diría que, de algún modo, estás de acuerdo con él.

—No. Sólo se podría decir que entiendo sus motivos, y que no creo que su rebelión sea un acto irracional. Pero yo elegí mi bando hace mucho y seré fiel a él hasta el final.

—Pero nunca podrás convencerme de que los ghuls están del lado del Bien.

—Desde luego. —Dirmiyat le dedicó una sonrisa traviesa que, durante un momento, le hizo parecer un muchacho—. Igual que no intentaría convencer a una cebra de que un león está haciendo lo correcto.

—Entonces, ¿crees que nuestro lugar en este mundo es el de simples presas? Nahodha no pensaba como tú.

—A Nahodha le fascinabais los humanos. Pero sois débiles y esa debilidad hace que ansiéis el poder de tal modo que eso os empuja a actos tan horribles como los que cometió Qaid. Y además vivís un tiempo ridículamente corto. Tanto, que un día decidí que no iba a tener más amigos humanos, pues siempre acababa sufriendo cuando morían, y siempre era mucho antes de lo que yo podía imaginar. Y, sin embargo, en esa debilidad vuestra, en la brevedad de vuestra vida, es donde veo vuestra auténtica fuerza. Porque sois capaces de realizar acciones asombrosas, como si decididamente os olvidaseis de vuestras limitaciones, como si de verdad creyeseis que vais a vivir para siempre. Sí, me han contado con qué valor luchaste y cómo derrotaste a Msafiri... Sólo por eso creo que os merecéis un lugar en este mundo.

Sindbad se quedó rumiando las palabras del si'lat. Mucho de lo que había dicho le había parecido desagradable, incluso insultante. Otras cosas le pareció que abrían las puertas a un futuro entendimiento entre las dos razas. Humanos y djinns, después de milenios de separación, estaban por fin en contacto. No podía adivinar lo que iba a pasar a continuación, pero sin duda ese era un paso que no se podía desandar. El mundo ya no sería el mismo a partir de entonces.

Dirmiyat se marchó poco después, y con él regresaron a Vathek un puñado de los humanos que habían llegado con Qaid. Otros se quedaron en *El Viajero* para volver con ellos a Bagdad, y por eso la nave estaba abarrotada.

—¿Por qué no te quedas, hermano? —le preguntó Abbas a Yahiz antes de marcharse—. Aquí tendrías los mejores medios para documentar tu trabajo.

—Ya lo sé, Abbas, querido hermano, pero es cierto lo que hablamos: es necesario que cada uno encuentre su propio camino. Además, como *mutazilí* creo que mi trabajo está en Basora. Sin embargo, mi deseo será regresar algún día. Espero que volvamos a encontrarnos entonces, si así lo dispone Alá.

—Alabado sea entonces en todas las circunstancias.

Alguien más de la tripulación de *El Viajero* se unió a los que se quedaban.

Hussein se acercó a Radi mientras el muchacho preparaba el hatillo con sus escasas pertenencias. Neema, la joven guerrera si'lat, estaba a su lado.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer, hijo? —le preguntó.

—Sí, padre —dijo Radi con una amplia sonrisa—. Creo que he nacido para manejar esas maravillosas alfombras voladoras. ¿Cómo podría renunciar a algo así? ¡Volar! Nunca creí que tal cosa fuera posible. Pero ya lo ves, he encontrado mi lugar en el mundo. ¡Con la ayuda de Neema seré el mejor *farag'a* de todos los tiempos!

—Lo será —dijo Neema con una sonrisa—. Yo me ocuparé de instruirle bien.

Hussein puso su mano izquierda sobre las manos de la guerrera si'lat.

—Cuida de mi hijo —le rogó.

—Lo haré —le aseguró ella.

Cuando los dos abandonaban la nave, Sindbad se acercó a despedirse.

—Eres afortunado, amigo mío —le dijo al muchacho.

—Gracias a ti, capitán, que me diste la oportunidad de viajar.

Radi y Neema fueron los últimos en bajar. Después, *El Viajero* desplegó velas y empezó el largo viaje de regreso. La mañana era espléndida. El sol no había penetrado aún en el valle del río Pangani pero sus rayos doraban ya las pendientes de la cordillera Korogwe.

Gafar iba al timón y se fijó en que Sindbad, que estaba a su lado, miraba insistente hacia la amura de estribor. Allí estaba sentada Aisha, alejada de todos, solitaria y melancólica, dejando que el viento le diese en el rostro.

—Deberías ir a hablar con ella, capitán —le aconsejó.

Sindbad no estaba tan seguro. Los últimos días ella había andado errante por el barco como si él y las demás personas que atestaban la cubierta fueran invisibles.

—Si está ahí es porque quiere estar sola. Las heridas no se cierran tan deprisa.

—Eso no significa que el silencio sea lo mejor para ella. Hablar con un amigo, confiarle sus inquietudes, puede ayudarla mucho en un momento como este.

Sindbad miró al piloto.

—Tú nunca te has planteado lo que es el respeto a la intimidad, ¿verdad?

—¿En un barco? —Gafar alzó las cejas e hizo un gesto de desconcierto.

Sindbad decidió hacer caso a su amigo y se acercó a Aisha.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó—. Si necesitas algo para estar más cómoda...

Ella sonrió y se inclinó hacia delante para decirle:

—Ya me has dado el camarote de Mustafá.

Como no podía ser menos, aunque habían tenido que sacar al comerciante a rastras y pataleando. Pero ser la única mujer a bordo tenía sus privilegios.

—Me doy cuenta de que te sientes mal, y haría cualquier cosa para ayudarte.

—Eso ya lo sé. Pero no estoy tan mal en realidad. Es sólo que... Una parte de mi vida, los últimos doce años, desde que mi tío concertó la boda con Qaid, siento que no han existido. Que no los he vivido realmente, y que todo se ha perdido como un sueño cuando despiertas. Recuerdo los momentos con Qaid. Buenos momentos a veces, otros no tanto, pero nada extraño. Esa era mi vida, y yo me sentía afortunada de estar con él. Y ahora repaso cada uno de esos instantes de falsa felicidad, e intento encontrarle la doblez a cada palabra que él pronunció, a cada gesto que hizo. Y me pregunto cómo pudo engañarme durante tanto tiempo.

Sindbad apoyó una mano sobre la de ella y le dijo bajando la voz:

—Toda esta gente que está a nuestro alrededor, y los que se han quedado en Vathek, lo siguieron a ciegas hasta el fin del mundo. Creyeron tanto en él como para poner sus vidas en sus manos. Y muchos si'lats pensaban que cuando llegó era un buen hombre, y que luego cambió.

—Nadie cambia tanto.

Él la miró a los ojos y trató de encontrar en su rostro alguna expresión que le indicara lo que estaba pensando. Finalmente dijo:

—No te tortures con el pasado, Aisha, y piensa en el mañana. Dime, ¿qué planes tienes para el futuro? ¿Qué harás cuando llegemos a Basora?

—Sólo estoy segura de una cosa, y es que no pienso regresar a la casa en Bagdad en la que viví con Qaïd. —Inspiró hondo y añadió—: Creo que ha llegado el momento de que vuelva a mi tierra de al-Ándalus. Sí, eso es lo que deseo... ¿Y tú ya sabes lo que harás?

—Primero, me ocuparé de que las familias de mi antigua tripulación reciban lo que les corresponde de las ganancias de este viaje al país de los djinns. Después, creo que invertiré el dinero que me quede en unirme a una caravana que vaya a Jerusalén, y desde allí me embarcaré hacia al-Ándalus.

—A... ¿al-Ándalus? —Una sonrisa se abrió paso por la tristeza del rostro de ella.

—Siempre he soñado con viajar a ese lejano país —asintió Sindbad devolviéndole la sonrisa—. He pensado que el viaje sería más agradable si fuéramos juntos. ¿Qué opinas?

Aisha se acercó a él y lo besó. Fue un beso delicioso, largo y apasionado, suave y muy lento, mientras se iban rodeando el uno al otro con los brazos. Sindbad sintió que sus cuerpos estaban hechos para estar entrelazados, que encajaban con una precisión asombrosa.

Se fueron separando poco a poco, como si les costase un gran esfuerzo hacerlo.

—Me sentiré muy feliz de enseñarte mi país —dijo ella mirándolo a los ojos.

Sindbad la abrazó de nuevo y se volvieron para contemplar el mar. *El Viajero* navegaba sin prisas hacia un horizonte nítido como el borde de un cristal.



Agradecimientos

Escribir una novela de fantasía oriental es un viejo sueño que por fin he visto realizado. Quiero agradecer su ayuda y consejos a:

Mi amigo **Javier Negrete**, que se ha leído y revisado la novela tantas veces, y han pasado tantas versiones por sus manos, que seguro que pensó que estaba leyendo novelas distintas. Gracias por tu paciencia, compañero.

A **Rosa Sanmartín**, audaz editora y correctora, que leyó una de las últimas versiones y me hizo valiosas sugerencias que me apresuré a seguir.

A **León Arsenal**, que me describió las infinitas posibilidades que nos ofrecen los códigos **QR** y me enseñó a usarlos.

A **Alejandra Medina**, que siempre está a mi lado apoyándome, revisando mis textos, dándome buenos consejos, y sobre todo, aguantando mis rarezas mientras escribo.

Notas

[1] En la época del califa Harún al-Rashid se utilizaba el codo, con una longitud de 0,68 metros. También era común usar la braza, que es la distancia de dos brazos extendidos y mide, aproximadamente, 1,5 metros. <<